ANGELA MONTOYA



# LA ISLA DE LAS PECADORAS

VR YA




En una remota isla, perdida en el inmenso océano, viven las Majestuosas. Mujeres poderosas y preciosas brujas que son temidas por la sociedad debido a su magia, pero, a la vez, deseadas por muchos hombres que quieren usarlas a su favor.

Y allí está Rosalinda. Una Majestuosa que esconde algo más, quizá sea su increíble belleza, sus temidos encantos, o el hecho de que en breve cumplirá la mayoría de edad y será vendida al mejor postor en la Ofrenda de este año; pero antes de que esto suceda se ha propuesto abandonar la isla. No puede permitir que algún hombre rico se aproveche de sus sombras, podría ser la destrucción, su destrucción…

Mariano se cree intocable, y todo porque piensa que ser el príncipe de los piratas le da carta blanca, hasta que la flota del rey ataca su barco y es derrotado. Así acaba desterrado en la Isla de las Pecadoras, con una cadena encantada que lo guiará hacia lo que

más quiere su corazón. Pero no debería haber problema si lo tiene claro, ¿no?

Hasta que aparece Rosalinda, una bruja descarada, dispuesta a utilizarlo para escapar de la isla antes que acabe la Ofrenda, aunque no será fácil si los enemigos acechan y Mariano no está dispuesto a colaborar, ¿seguro que tenía claro lo que su corazón quería?

**Angela Montoya** lleva obsesionada con la magia de contar historias desde pequeña. No ha visto un día sin un libro en la mano, una melodía de un programa en mente o una cita de una película en los labios.

Angela proviene de una familia de narradores con ideas revolucionarias, incluido su abuelo José Montoya, quien fue un célebre activista y poeta. Cuando no está perdida en el mundo de las palabras, la encontrarás en su pequeña granja en el norte de California, donde está ocupada dando órdenes a su pareja y sus dos hijos, así como a una gran cantidad de animales.

ANGELA MONTOYA

# LA ISLA DE LAS PECADORAS



# CAPÍTULO 1

## Rosalinda

### Un día antes de la Ofrenda

La brisa tiraba del cabello de Rosalinda y desarmaba su trenza desgastada por la sal, los pelos sueltos la azotaban como serpientes enfadadas. Ella se recogió los mechones detrás de las orejas y frunció el ceño, a la espera de que se formaran nubes tormentosas que igualaran su estado de ánimo; pero el cielo permanecía de color azul.

Después de todo, las ráfagas nunca tocaban la Isla de las Pecadoras, e incluso las tormentas evitaban a las Majestuosas. Ojalá el joven rey y su corte ofrecieran la misma amabilidad. Sabía que era un sueño absurdo. El rey Sebastián había dejado su castillo y en la actualidad navegaba por los traicioneros mares. Venía a su encuentro.

—Señorita, su cabello se ha soltado de su trenza —dijo Cora, una criada, desde el interior de la alcoba de Rosa—. Por favor, vuelva para que pueda arreglárselo.

Rosa ignoró a Cora y mantuvo la mirada fija en el mar. Era la única pizca de libertad que había tenido en sus once años en la isla. Ahora

ya tenía dieciocho y era una mujer, aunque era considerada menos que eso debido al poder que poseía.

—¿Señorita? —Rosa suspiró.

En silencio, abandonó el balcón, se dirigió al tocador, se sentó y colocó las manos en su regazo. Permaneció quieta, con la espalda recta y la barbilla en alto, tal como le habían enseñado desde que era una niña. Pero, en su interior, en las profundidades ocultas de su alma, su rugido era tan fuerte como el de una bestia atrapada.

Cora chasqueaba la lengua mientras se movía delante de Rosa. Toda su piel, incluido su arrugado rostro, estaban cubiertos con una sencilla muselina, como la de todos los sirvientes de palacio. Doña Lucía, su señora, no permitía que sus invitados vieran otra cosa en la isla que no fuera belleza, perfección y vitalidad. Y la edad (en especial en una Majestuosa, una mujer con magia que fluía por sus venas, bendecida por la misma diosa Xiomara) era lo opuesto a la belleza ante los ojos de la doña.

—Es un desastre, señorita. Y después de todo el trabajo que acabo de hacer. —Ajustó los mechones sueltos del cabello casi negro de Rosa—. Quédese quieta, por favor. —Cora levantó un dedo y lo pasó por los labios de Rosa.

Un rastro de hielo siguió al ardor que provocaba su toque, pero eso no era nada nuevo. La magia siempre encontraba una manera de hacer daño.

Los ojos de Rosa se desviaron hacia el espejo y vio cómo el suave tono rosa de sus labios se volvía de un color ciruela profundo. La magia de Cora no era extraordinaria, nada de verdadero valor para el reino de Coronado. Ni tampoco algo por lo que valiera la pena

pagarle a la Iglesia un alto diezmo. Aun así, era perfecta para un día como ese.

—Ya está lista, señorita. Tan preciosa como siempre. —Cora acarició la mejilla de Rosa—. Ahora, debo ocuparme del resto de las señoritas antes de la llegada del rey.

Tan pronto como Cora se fue, Rosa se dejó caer.

La puerta de su alcoba crujió al abrirse y luego se cerró de golpe.

—¿Ha olvidado algo, Cora? —preguntó, sin molestarse en levantar la vista de su regazo.

—Sí, mi cerebro. ¿Lo has visto?

La cabeza de Rosa se giró hacia la puerta. Juana, su querida amiga, jadeaba como si hubiera corrido desde el otro lado de la isla. Tenía el pecho agitado, apoyaba las manos en las caderas y su piel morena brillaba con sudor. Llevaba un vestido rosa pálido con bordados dorados y su cabello negro estaba recogido en un moño de apretados rizos que enmarcaban su bonito rostro, que reflejaba irritación.

Rosa apretó los labios para evitar sonreír. Muchas de las chicas usaban con gusto los finos vestidos dispuestos para ellas por doña Lucía, pero no Juana: ella odiaba la idea de que docenas de capas de faldas se amontonaran alrededor de sus piernas. También detestaba el maquillaje, y, sin embargo, allí estaba con colorete en las mejillas.

—¿Acaso no estás guapa? —bromeó Rosa.

Juana arrancó una flor de su cabello y la aplastó en su palma.

—Intentaron meterme en un vestido tan escotado que podría haber estado desnuda.

Rosa sonrió.

—Puedo imaginármelo: tú, allí parada en los muelles, solo con tus tacones y una tiara.

—Oh, sí, obtendría la atención de toda la armada, y es probable que incluso de este bestial rey. —Juana se golpeó la barbilla con el dedo—. Pero, ahora que lo pienso bien, no estaría tan mal. Podría decirle que he visto su futuro y que está condenado a pasar el resto de sus días con la cabeza metida en su culo.

Rosa sonrió.

Juana cruzó la habitación y se derrumbó en un diván cerca del balcón.

—Tuve que salir corriendo cuando las sirvientas hablaron de usar magia para alargarme las pestañas; si doña Lucía se entera, me meteré en problemas.

—La señora está demasiado ocupada con los preparativos de la fiesta como para preocuparse por tus pestañas.

—Tanto tú como yo sabemos que eso es mentira. —Juana se mordió la cutícula, algo que solo hacía cuando su mente estaba atrapada en una espiral de pensamientos angustiantes.

—Sé que no te importa realmente lo que haga doña Lucía —dijo Rosa.

Una vez, cuando Juana rompió el jarrón más preciado de doña Lucía, pasó varios días encerrada en su habitación. Bueno, ella no lo rompió, fue Rosa. Pero Juana asumió la culpa, siempre hacía cosas así para protegerla, bajo el razonamiento de que tenía tres meses más y, por lo tanto, era mucho más fuerte que lo que Rosa jamás podría ser. «Además», decía siempre, «apenas me caes bien, y mucho menos a cualquier otra persona. Unos días de paz y tranquilidad serán un placer».

—Dime en qué piensas —dijo Rosa mientras se sentaba al lado de Juana.

Juana le sostuvo la mirada.

—Durante mucho tiempo he sabido que este día llegaría, pero ahora que está aquí y todos nuestros planes comienzan a llevarse a cabo, no puedo evitar sentir que algo saldrá muy mal.

Rosa conocía los peligros que implicaba huir de la isla, había visto lo que les sucedía a las chicas que intentaban escapar. Había visto cómo las guardias de doña Lucía las torturaban hasta que sus gritos se ahogaban en sus gargantas. Había observado cómo eran arrastradas a las profundidades por *tlanchanas* tan pronto como alcanzaban las aguas turquesas que rodeaban la isla, pero ¿enfrentarse a las sirenas para evitar la Ofrenda? Valía la pena correr el riesgo.

—Yo… —La boca de Rosa se abrió y se cerró al momento. Trató de formular las palabras adecuadas para hacer que Juana comprendiera por qué tenían que irse esa misma noche.

—No tienes que decirme nada. —Juana apretó su mano—. Nunca debes hacerlo, al menos no conmigo. De todos modos, eso no significa que no esté asustada.

—Lo siento —dijo Rosa. Y lo estaba. Lo lamentaba por todo lo que les hacían soportar.

Lamentaba que el poder de una Majestuosa fuera codiciado y odiado. Lamentaba que su valía se midiera por el diezmo; es decir, cuánto alguien estaba dispuesto a pagar a la Iglesia por los servicios de una Majestuosa.

No siempre había sido así. Hacía solo un siglo, las Majestuosas vivían libremente en el reino insular. Curaban a los enfermos,

calmaban los mares, invocaban la lluvia de los cielos para ayudar a los agricultores a producir cosechas abundantes. Pero cuando el antiguo monarca, el tatarabuelo del rey Sebastián, descubrió que podía debilitar el poder de una Majestuosa colocando alguna cosa de hierro en su piel, todo cambió.

Las reunió, las llevó a su castillo y les colocó aros de hierro en sus lóbulos para debilitarlas. Solo se los quitaba para poder usar su poder y convertir su capital en un paraíso floreciente. A las Majestuosas les pasaba factura, pues su poder era como un pozo vivo en su interior. Cuando se secaba, también lo hacía su fuerza vital.

Tras décadas de maltrato, las Majestuosas lucharon contra el rey y sus guardias, pero solo pudieron resistir durante un tiempo antes de que su magia debilitada se agotara por completo.

Cientos de Majestuosas poderosas perdieron la vida durante la rebelión y una generación entera de ancianas desapareció en solo meses.

La Iglesia comenzó a crear historias para su rebaño, por medio de panfletos que calificaban a las Majestuosas como «pecadoras en vida». Muchos que alguna vez simpatizaron con las Majestuosas les dieron la espalda por miedo a ser arrojados a uno de los siete infiernos, y la gente comenzó a cazarlas para liberar las tierras de su magia malévola.

Pero el rey no permitiría que su único acceso a un verdadero dominio desapareciera como querían la Iglesia y su rebaño; tampoco lo harían los nobles de la tierra, que clamaban por poder.

Se llegó a un acuerdo. Todas las Majestuosas fueron desterradas a una pequeña isla en el centro del mar. Una Majestuosa solo podría

vivir fuera de los límites de la Isla de las Pecadoras si ella y sus poderes estaban vinculados a una persona influyente una vez que alcanzara la edad adulta. Una persona elegida por el rey y los cardenales de la Iglesia por su lealtad al trono y a sus dioses. Allí, la Majestuosa pasaría el resto de sus días satisfaciendo sus demandas, sin importar cuáles fueran.

Un pensamiento travieso cruzó la mente de Rosa.

—¿Te apetece una aventura antes de que comience este día miserable?

Juana sonrió con malicia.

—¿De verdad necesitas que te responda?

Rosa agarró la mano de Juana, y la llevó hacia la puerta. La abrió. Los sirvientes corrían de un lado a otro, llevaban jarrones rebosantes de lirios blancos y cestas con sábanas de lino. Un torbellino de Majestuosas vestidas de gala pasó riendo y cuchicheando con nerviosa excitación. Cuando el pasillo quedó despejado, Rosa condujo a Juana hacia la derecha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Juana, mirando por encima del hombro.

—¿A la capilla?

Juana titubeó.

—¿La capilla? ¿Para qué?

—Solo espera. —Juntas, subieron a toda prisa los largos y tortuosos escalones hacia el punto más alto del palacio. Ahí era donde se suponía que debían rezar a los dioses, a los dioses que les habían dado la espalda hacía mucho tiempo atrás.

El incienso ardiente obstruía las fosas nasales de Rosa, seguido de los recuerdos repugnantes de horas pasadas de rodillas, bajo la

súplica de perdón por algo que no podía controlar: ser una Majestuosa.

La capilla era pequeña, austera, destinada solo para unos pocos pecadores a la vez. En la parte delantera de la habitación circular había un altar con velas brillantes y doce pequeñas figurillas esculpidas a semejanza de los dioses. Una vez hubo trece dioses, pero Xiomara fue apartada de la misma manera que las Majestuosas que ella había creado.

—¿Vas a decirme por qué estamos aquí? —preguntó Juana, mientras apretaba la nariz. De verdad odiaba el olor de la capilla.

—Pensaba en ese libro. —Rosa señaló hacia el libro de la salvación. Era una versión del panfleto impreso y entregado en todos los hogares del reino, y las escrituras que todas las Majestuosas en la isla memorizaban y recitaban en el momento en que eran lo suficientemente mayores como para hablar.

*Las Majestuosas son pecado hecho carne*.

*No conocen más que destrucción y lujuria.*

*Arrancarán la piedad de un alma, haciendo que los hombres cometan actos condenables porque esa es su naturaleza, para eso nacieron.*

Pasó las páginas hasta encontrar lo que buscaba.

Juana miró hacia abajo y leyó.

—«El pozo más bajo del séptimo infierno está reservado para la Majestuosa y aquellos que la adoren» —se burló—. ¿Estás tratando de hacer que me sienta mejor o peor por el día de hoy?

—Vamos, sigue leyendo —la instó.

Se apartó y buscó un poco de tinta o tiza que se usaba para practicar las escrituras.

Juana puso los ojos en blanco, pero continuó.

—«La salvación puede llegar para una Majestuosa, alabados sean los dioses, si renuncia a su voluntad, a su naturaleza pecaminosa, y se ofrece a sí misma y su magia a un hombre piadoso que sirva bien a su rey y su país. Entonces, y solo entonces, podrá entrar al cielo cuando se haya separado de este mundo».

Los ojos de Rosa se posaron en un lápiz bajo uno de los bancos, lo cogió y regresó al altar.

—Aquí —se lo ofreció a Juana—, creo que es hora de escribir nuestra propia historia para que se produzca un cambio. —Una brillante sonrisa inundó el rostro de Juana.

—Eres diabólica.

—Aprendí de la mejor.

Con una risa, Juana le arrebató el lápiz y comenzó a garabatear algunas palabras en el libro sagrado. Reemplazó versículos santificados con lenguaje soez y cambió la palabra «hombre» por «burro». Rosa se rio tan fuerte que las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Cuando las hojas estuvieron repletas de las marcas de Juana, cogió una de las estatuillas del altar. Mientras ella comenzaba a dibujar una barba en la estatua de Izel, el dios de la naturaleza, Rosa se acercó a la única ventana que había dentro de la capilla y la brisa salada rozó sus coloridas mejillas mientras observaba toda la isla extendida ante ella, repleta de vida.

La guarida, las cuevas de las *tlanchanas*, se encontraba en la orilla de una bahía de color azul; a simple vista parecían preciosas mujeres tomando el sol, pero debajo de la superficie del agua sus colas de serpiente se agitaban y deslizaban en el mar mientras

esperaban su próxima comida. El pequeño pueblo que albergaba a los sirvientes de la isla y a sus familias se acurrucaba contra un frondoso bosque lleno de vida silvestre. También estaban los baños y el templo donde algunos sacerdotes residían. Una red de caminos de tierra se entrelazaba por todos lados, hasta el palacio de las Majestuosas, donde vivían Rosa y Juana.

Cada mujer en la Isla de las Pecadoras era una Majestuosa, desde la más humilde sirvienta hasta la dueña de la isla misma, pero solo aquellas con dones dignos del rey y su corte y las muy jóvenes tenían permitido vivir y aprender dentro de los muros del palacio.

Una vela blanca brilló en la distancia, Rosa se mordió el labio y entrecerró los ojos mientras se inclinaba hacia delante. Otra vela apareció en escena, y luego otra más. Cambió su peso de pierna y su pulso se aceleró a medida que docenas de barcos borraban el horizonte.

—Están aquí —dijo, y su voz era tan suave como las olas que rompían en la orilla muy abajo. Tal vez, si pronunciaba las palabras en silencio, no sería esa la realidad y los barcos tan solo dejarían de existir. Sin embargo, no importaba cuántas veces parpadeaba, seguían allí. En lo que se sintió como un instante, las embarcaciones pasaron entre las estatuas blancas como esqueletos que custodiaban la bahía.

La oscuridad interior de Rosa, esa magia de sombras enfermas que deseaba hacer daño y destruir, cobró vida. Los malvados fantasmas se estiraron y suspiraron como si despertaran de un profundo sueño. Forzó su respiración para calmarse, lo último que necesitaba era preocuparse por sus poderes, menos aún cuando el rey y sus invitados al fin habían llegado.

Estaban allí por la Ofrenda, un evento que sucedía cada año al comienzo del nuevo ciclo lunar. Durante siete días, el gobernante y los nobles del reino de Coronado venían a pagar sus diezmos a la Iglesia y adorar a los dioses. No con cabezas inclinadas y cánticos de alabanza a sus creadores, sino con fiestas, bebidas, bailes de máscaras y vestidos extravagantes. Y las Majestuosas que habían alcanzado la mayoría de edad, o que todavía no habían sido elegidas, serían exhibidas como pavos reales en plena floración, a la espera de ser seleccionadas para servir y purificar sus almas.

De repente, Rosa se dio la vuelta con un nudo en el estómago y apoyó la espalda contra una pared. La sonrisa de Juana desapareció, y dejó caer la figurilla de arcilla que se hizo añicos en el suelo.

—¿Es el momento? —preguntó. Rosa tragó saliva.

—Sí.

Tanto Rosa como Juana habían cumplido los dieciocho años desde la última Ofrenda y estaban listas para ser presentadas al recién coronado rey. Su padre había muerto hacía solo un mes, pero los rumores de traición y sublevación habían llegado hasta la isla. Algunos decían que simplemente su corazón estaba enfermo, otros decían que había sido envenenado. Fuera como fuese, el nuevo rey acudiría a la Ofrenda, a pesar de estar de luto, porque necesitaba elegir a una Majestuosa para sí mismo. Una que estuviera a su lado y lo protegiera hasta su último aliento.

No había dudas de que elegiría a Rosa; sus poderes no tenían rival. ¿Qué joven rey no querría a alguien que pudiera desatar una hueste de fantasmas malvados sobre el mundo?

¿Alguien que tuviera armas imparables al alcance de la mano?

Ante ese pensamiento, las sombras de Rosa se retorcieron en sus venas.

«Serás tú», susurraban en su mente. «Él te elegirá y perderás a Juana por siempre. Te obligará a usarnos para hacer cosas inefables».

Las campanas de bienvenida sonaban en la torre y los barcos se apiñaban en la bahía. Los botes de remos ya estaban en camino.

Rosa tomó la mano de Juana.

—Debemos irnos.

«No tienes que hacer esto», decían sus sombras, mil voces que se fundían en una. «Podemos liberarte. Podemos hacer que esto sea muy fácil si nos dejas hacer lo peor».

Un escalofrío recorrió la piel de Rosa mientras las palabras resonaban en su cerebro. Ella nunca haría algo así; no otra vez. Había visto lo que la oscuridad que llevaba dentro podía hacer si no se controlaba constantemente. Había causado destrucción en el pasado cuando su mente y su corazón estaban bajo presión y su fuerza de voluntad se vio quebrantada.

Las campanas sonaban cada vez más fuerte.

—De verdad, debemos irnos —dijo Rosa—. No queremos arruinar nuestros planes antes de que hayan comenzado.

Juana asintió. Empezó a caminar con Rosa, pero luego se detuvo.

—Un momento. —Caminó hacia el altar, agarró el palo ardiente de incienso y lo arrojó por la ventana. Luego, sonrió—. Mucho mejor.

Se cogieron de las manos y rieron mientras salían de la capilla por última vez.

Una figura solitaria se detuvo a los pies de la escalera. Su cabello de color ámbar le caía por la espalda y pequeñas flores rosadas se

entrelazaban en sus rizos. La piel morena de Lola brillaba bajo la luz de la mañana, lisa como porcelana, excepto por la marca con la que le habían quemado en la mejilla cuando era niña.

Todas las Majestuosas llevaban una marca, una línea corta y delgada en el cuello, una vez que se vinculaba a su anfitrión. Pero la de Lola era algo totalmente distinto; la cicatriz en su rostro se la hizo un traficante de magia que la había reclamado antes de que la llevaran a la Isla de las Pecadoras.

Cometer tal acto estaba en contra de las leyes tanto de la Iglesia como del reino, pero aquellos que trabajaban en los mercados clandestinos no se preocupaban por lo que estaba permitido o no.

—¿Qué haces aquí? —Los ojos de Lola se dirigieron a Juana, en busca de una respuesta. Juana se frotó la nuca y miró hacia sus zapatillas.

—Queríamos decir nuestras oraciones —respondió Rosa.

—Ya veo. —La mirada de Lola no se apartó del rostro de Juana, y una punzada de tristeza recorrió a Rosa. Aunque Juana nunca se lo había dicho, Rosa sabía que Juana amaba con locura a Lola. Pero el amor era inútil para las Majestuosas, su único propósito era servir a su anfitrión y a su reino.

Pronto, un grupo de jóvenes Majestuosas corrió a su lado.

—Daos prisa, hermanas —gritó la más pequeña, con el cabello dorado revoloteando por su cara—. Llegaréis tarde.

—Recordad, chicas —les advirtió Lola—. No habéis alcanzado la mayoría de edad y no debéis ser vistas. Manteneos alejadas de la multitud.

—Lo sabemos, hermana Lola —gritaron sin parar de reír.

—Deberíamos darnos prisa —dijo Rosa, que sentía la rigidez en la espalda de Juana y la tensión en su boca—. Doña Lucía nos cortará la cabeza si llegamos tarde a la entrada del rey.

La tensión zumbaba entre las tres chicas.

—Vamos —instó Lola—, veamos cómo se ve este joven rey, quizá no sea tan malo y sea amable.

Rosa resopló.

—El rey anterior era un monstruo. Seguro que su hijo es igual.

Las chicas se movieron en silencio. Incluso con la mente atrapada por el miedo, Rosa captó las miradas compartidas entre Juana y Lola. Vio la forma en que se sostenían la mirada y se decían un millón de versos entre ellas sin pronunciar una sola palabra. Pero fuera lo que fuera lo que se dijeron, no debió ser lo que deseaban, porque ambas fruncieron el ceño y bajaron la cabeza.

El aire cálido rozó a Rosa al salir del palacio y se dirigió al sendero empedrado que conducía hacia la bahía. Las frondosas palmeras se extendían ante ella, y con sus ramas ofrecían destellos de sombra. Un pequeño pájaro de color lima revoloteó antes de aterrizar en el hombro de una estatua perlada de Izel, el mismo dios que Juana había profanado con un lápiz minutos antes. Gorjeó y cantó antes de volar hacia la espesura. El mundo a su alrededor parecía tan pacífico, tan sereno; tan en completo desacuerdo con su mente beligerante y las sombras que arañaban contra sus costillas…

¿Qué le pasaría si el plan de escape fallaba y el rey se la llevaba?

*Lejos*. La misma palabra la hizo llorar.

*Lejos*. Sin posibilidad de volver a ver a Juana. La ley prohibía que dos o más Majestuosas estuvieran en la misma habitación una vez abandonaban la isla, Rosa no podía soportar la idea. Tampoco podía

permitir que un hombre, o cualquiera, tuviera control sobre ella o sus sombras. Preferiría morderse la lengua antes que atarse a alguien que no fuera digno de su corazón.

—¿Has escuchado algo sobre el rey Sebastián? —le preguntó a Lola, ante la necesidad de poner en orden sus pensamientos.

Lola tenía dos años más que ellas y era muy querida por todos, pero eso podría deberse a su poder. Ella disipaba las inhibiciones, hacía que incluso los corazones más duros se pusieran de su parte. Quizá ese fue el motivo por el cual la Iglesia la había elegido para ser la sucesora de doña Lucía cuando llegara el momento.

—He escuchado algunas cosas —dijo Lola—. La gente cuenta chismes cuando está celosa.

Rosa arqueó las cejas.

—Dicen que es egoísta, malcriado, amargado, insolente y despreocupado.

Rosa pensó que ahora tenía un mayor motivo para irse.

—Pero tan solo es un chico de diecinueve años.

—Y nosotras tenemos dieciocho, y aquí estamos —dijo Rosa con amargura.

La sal y la brisa llenaron sus sentidos al llegar al aire libre de la bahía. Las estatuas imponentes construidas a imagen de Xiomara se cernían sobre la entrada a la bahía; se decía que la diosa había usado su poder de seducción sobre los demás dioses. Estos habían quedado tan absortos que no vieron cómo ella sustraía fragmentos de su magia y los transfería a las mujeres humanas, en una pequeña cantidad, para que pudieran defenderse de aquellos que las oprimían.

Cuando los dioses salieron de su trance y vieron lo que había hecho, la despojaron de su cabello y sus ropas y la ataron con cadenas de hierro antes de arrojarla al mar. Mientras yacía agotada en el fondo del agua, los últimos fragmentos de su magia se rompieron y se filtraron en los corazones de las sirenas, convirtiéndolas en las bestias viciosas que llamaban *tlanchanas*.

Ellas eran su furia y las Majestuosas su corazón.

Una brisa agitó la falda color mango de Rosa, que entrecerró los ojos para protegerse del sol que rebotaba en las aguas color zafiro. Levantó una mano para proteger sus párpados y soltó un grito ahogado. Nunca, en todos sus años en la isla, había habido tantas embarcaciones ancladas: anchas, robustas, largas y ornamentadas.

Los tonos dorados y brillantes destacaban, pero había uno que sobresalía entre todos los demás, un barco negro azabache con el escudo del rey pintado en las velas.

—Todo el reino de Coronado parece estar aquí —dijo Rosa.

—Sí, han venido a ver al nuevo rey realizar su elección, y todos los ojos estarán puestos en ti. —Los ojos de Lola se posaron en Rosa—. Estaría bien que lo recordaras.

Había cierta mordacidad en las palabras de Lola, una advertencia que Rosa no acababa de descifrar.

Lola se detuvo ante Juana y levantó la mano para ajustar sus rizos.

—Sé fuerte, hazlo por mí —susurró Lola.

Un aluvión de criadas se apresuró a llevarlas a un escenario con sombra donde esperaban las demás Majestuosas. Rosa y Juana fueron empujadas al frente junto a las otras cuatro chicas que habían llegado a la mayoría de edad y que iban a participar en la

Ofrenda. Intercambiaron miradas comprensivas, pero permanecieron en silencio.

En el muelle, los hombres cargaban palanquines sobre sus hombros y apretaban los dientes mientras decenas de invitados, vestidos con finas sedas y suntuosas pelucas subían y se dejaban caer en los bancos. Sus cabezas se balanceaban mientras avanzaban por el camino empedrado y pasaban junto a las Majestuosas. Algunas movían sus abanicos y las señalaban, otros miraban a las chicas como si estuvieran hechas de agua y estuvieran sedientos de un trago. A continuación llegaron los sacerdotes, con sus vestimentas elegantes y sus ridículos gorros, decían oraciones por las Majestuosas y gruñían ante su maldad. A Rosa le picaba la piel de la rabia.

Al fin, llegó el rey Sebastián.

Su silla era grande y ancha, hecha de madera negra y pulida. Los sirvientes que la llevaban tenían gotas de sudor que resbalaban por sus sienes, aunque apenas habían comenzado a subir la colina. Cuando Rosa lo miró, soltó un suspiro. Era guapo. No, esa palabra no era suficiente. Era *guapísimo*. El rey Sebastián tenía una piel suave y morena, pómulos altos y cejas arqueadas. Sus labios eran brillantes y perfectamente carnosos.

Sus ojos recorrieron a cada mujer antes de detenerse en Rosa. Los labios, que tan solo hacía segundos ella había considerado encantadores, se fruncieron con desdén. Luchó por mantener su rostro neutral mientras sostenían sus miradas.

«Él te menosprecia», susurraron sus sombras.

No podía discutirlo. El rey Sebastián parecía disgustado ante su simple presencia y apostaba a que era el tipo de gobernante al que

no le importan sus súbditos, en especial la Majestuosa que serviría a su lado. ¿Quién sabe qué haría con los espectros a su disposición? ¿A quién le ordenaría hacer daño y con qué propósito?

Incluso después de que él se hubiera ido, los ojos de Rosa permanecieron fijos hacia delante, mientras recorrían las estatuas de Xiomara como una distracción para calmar sus nervios. ¿Qué pensaría ella de sus Majestuosas en la actualidad? Esto no podía ser lo que deseaba. Esta no podía ser la vida que había planeado para ellas: una vida sin libertad ni elección.

La vergüenza cubría los hombros de Rosa. Apartó su atención hacia Juana, quien miraba fijamente sus zapatillas; a las otras chicas, que jugueteaban con sus vestidos, y a las Majestuosas que habían sido ofrecidas en los años anteriores, pero no habían sido elegidas porque sus poderes eran débiles. Algunas parecían emocionadas, optimistas por si pudieran ser seleccionadas esta vez, pero muchas estaban cansadas y resignadas. Sabían que tendrían que atender los caprichos y deseos de los distinguidos invitados de doña Lucía durante la fiesta.

Las sombras de Rosa le arañaron la garganta y se colaron en su boca. Apretó los puños y mantuvo la mirada fija hacia delante. Los fantasmas susurraban: «Libéranos y podremos desatar el caos en quien desees».

Se clavó las uñas en las palmas, algo que hacía desde la infancia, cuando su madre le trenzaba el cabello demasiado apretado. El recuerdo de su madre hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas; esto no era lo que quería para el futuro de su hija. ¿No había perecido su familia en un intento de salvarla de este tipo de situaciones? Habían luchado mucho por verla a salvo. Arrodillarse

ante el joven rey sería como escupir sobre sus tumbas sin nombre. Rosa se volvió hacia su querida amiga. ¿Cómo sería Juana en un año si no lograban salir de esta isla? ¿En cinco? ¿Tendría sus preciosos ojos marrones hundidos y sin vida? ¿Sería una versión apática de sí misma? Rosa parpadeó e intentó apartar el pensamiento. Jamás vería apagar la luz de Juana, ni la suya. Iba a escapar por Xiomara, por su familia, por Juana y por ella misma; tendría su libertad o moriría en el intento. Mejor morir mil muertes miserables que ser un arma para un vil rey, para un gobernante monstruoso que clavaría sus dientes en todo lo bueno del mundo y lo desgarraría como la carne de un hueso. Le hizo a Juana una leve inclinación de cabeza y con ese acto minúsculo le dijo mil cosas: «No veré tu luz apagarse. No inclinaré la cabeza y dejaré que el rey me tenga. No sufriré por su causa». Después, con ese mismo movimiento discreto, dijo:

—Al demonio, vayámonos de esta isla.



# CAPÍTULO 2

## Mariano

La tormenta se abatió sobre la tripulación del Venganza con tal fuerza que hasta el marinero más curtido rezó a los dioses del mar. El gran galeón se tambaleaba en terribles oleadas sin que se vislumbrara el final. Cayó un rayo, y, desde la ventana de los aposentos del capitán, Mariano no pudo hacer otra cosa que contemplar cómo las olas negras se estrellaban contra el casco.

Miró con el ceño fruncido las botellas de cristal que tintineaban sobre la mesa. No eran las aguas turbulentas las que le producían malestar, sino el hombre que yacía a menos de cinco pasos de él, que se marchitaba a raíz de una herida que no sanaba. El hombre que le había enseñado las costumbres de un pirata, el que tomó a Mariano en su regazo cuando era solo un mocoso y le señaló las estrellas que los guiarían de vuelta a su hogar en la Fortaleza del Pirata.

Mariano se giró cuando el cuerpo de su padre se atragantó en un ataque de tos. Tomó el bálsamo que había preparado —un brebaje de ron, limón, agua y hierbas—, y con la otra mano agarró el farol que iluminaba los aposentos del capitán. Las tablas del suelo crujieron cuando se arrodilló junto al catre de su padre y colocó la tintineante luz sobre la mesita de noche. Deslizó una mano bajo el

cuello del hombre y lo inclinó hacia delante hasta que pudo incorporarse con dificultad.

Cuando se le pasó la tos, Mariano cogió la petaca.

—Bebe esto, te ayudará.

Los labios agrietados del Draque se entreabrieron y bebió un sorbo. Mariano intentó ofrecerle más, pero su padre hizo un pequeño movimiento con la cabeza.

—Ya basta, mijo —susurró.

Mariano asintió, lo soltó con suavidad y se levantó. Frunció el ceño. Su padre ya no se parecía al infame pirata que lo había criado. El pelo canoso yacía enmarañado a ambos lados de las sienes, y su barba negra y aterciopelada estaba desaliñada y deshilachada, cuando antes estaba llena de vida y vigor. El Draque, el dragón, había sido el forajido más temido de todos los mares, y le habían puesto ese apodo los enemigos que juraban haberlo visto respirar fuego durante una batalla entre la armada del rey; pero, ahora, el Draque parecía un esqueleto vestido de carne.

—¿Dónde están mis hermanos? —preguntó.

Mariano cerró los puños. Los hermanos del capitán podían hundirse en el fondo del mar, no eran más que unos cabrones conspiradores; sanguijuelas que succionaban al Draque para poder prosperar.

—Están ocupados con sus juegos de azar.

—Bien —dijo el capitán—, tengo algo que decirte que no quiero que oiga ningún otro hombre… —Intentó levantarse, pero Mariano le puso la mano en el hombro.

—Deberías descansar, padre.

—Mijo, pronto descansaré en la eternidad. Bueno, eso si tu madre me deja. —Una sonrisa se deslizó por su delgado rostro curvando su bigote hacia arriba.

Rara vez hablaba de la madre de Mariano. Una bruja furiosa se la había arrancado de los brazos y arrojado al mar cuando él era un niño. Solo mencionarla solía sumir al Draque en una espiral de bebida y aislamiento que acababa en gritos por ella o maldiciones a las asquerosas Majestuosas que se la arrebataron demasiado pronto.

—Ayúdame a sentarme —dijo su padre.

Los dedos de Mariano rodearon con facilidad los brazos del Draque y tiró con suavidad de él para que se sentara contra sus almohadas de plumas. La realidad de la mortalidad de su padre lo abrumaba, era la única verdadera familia viva que le quedaba a Mariano. Sus rodillas flaquearon, se desplomó en el banco junto a la cama del capitán y se pasó una mano callosa por la cara.

—Me he portado mal contigo —le dijo su padre.

Mariano frunció las cejas, confundido. Nunca había oído al gran Draque hablar con tanta humildad.

—Cuando nos robaron a tu madre, fue como si me arrancaran el alma del cuerpo. Perdí todo mi mundo y me perdí a mí mismo. Y tú… me recordabas tanto a ella. Tienes su espíritu y su buen corazón. Lo siento, mijo. Siento no haber sido un padre para ti, no como necesitabas. Te dejé a tu suerte en un barco lleno de barracudas.

Mariano no pudo decir nada, su cuerpo estaba paralizado.

—Mis hermanos llevan maquinando amotinarse contra mí desde nuestra última batalla contra el comandante Alejo y su armada. Tienen votos suficientes para hacerlo. —Sacudió la cabeza—. A ti te

dejaría este barco y todos sus tesoros, pero mis hermanos lo saben y no lo aceptarán. Cuando muera, no dudarán en acabar contigo.

Mariano sonrió con satisfacción.

—Que lo intenten, soy fuerte y bravo con la espada. Si lo que buscan es pelea, se la daré. —De hecho, disfrutaría haciendo que sangrasen y cada ataque sería una compensación por el terror que le habían causado mientras crecía.

—Tienes hombres que lucharían hasta la muerte por ti, es cierto, pero no los suficientes. Serán masacrados y tú con ellos. Y, si de algún modo salieras con vida, el peso de sus muertes te perseguiría toda la vida. Te conozco, mijo, y conozco la bondad de tu alma. Te preocupas demasiado por todos.

—Te equivocas, solo me importa el mar.

El capitán resopló.

—Estoy seguro de que eso es lo que crees.

Su débil mano se alzó y tiró de la cadena que descansaba contra su garganta por encima de su cabeza.

—Toma esto.

La cadena estaba caliente cuando aterrizó en la palma de Mariano; había cogido temperatura por la piel febril de su padre.

Mariano entrecerró los ojos e hizo girar la piedra azul oscura entre sus dedos. La gema de labradorita era de su madre y se la había regalado una reina *tlanchana* mucho antes de que Mariano naciera.

Le dolía el alma pensar en su madre. Empezaba a olvidarla: su cara, su voz… La piedra era cuanto quedaba de ella.

El Draque extendió un dedo tembloroso y dio unos golpecitos en la fina cadena de reluciente plata y hierro que la sujetaba.

—Hay magia en esa gema.

Mariano soltó una carcajada.

—Te has vuelto loco.

Su padre detestaba todo lo sobrenatural. Una vez mató a un miembro de la tripulación porque un hombre trajo a su barco una flor besada por una Majestuosa y dijo que era un amuleto de buena suerte. Pero, claramente, no fue así, ya que el hombre ahora descansaba en el fondo del mar.

—Estoy tan cuerdo como tú fuerte, te mantendrá protegido. Y —el capitán bajó la voz—, te guiará al deseo de tu corazón. Es lo que nos llevó a tu madre y a mí a los mayores tesoros.

El padre se inclinó hacia él, lo que hizo que su piel aceitunada adquiriera un tono verde pálido.

—Tus tíos vendrán a por eso una vez que yo haya partido de este mundo, pues su magia solo funciona para los de nuestra familia, pero te pertenece a ti.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó Mariano.

El capitán sostuvo la mirada de su hijo. Los dos se parecían en muchas cosas: tenían los mismos rasgos oscuros, unos ojos astutos y casi negros, el mismo ceño amenazador, lo bastante siniestro como para poner a un hombre de rodillas.

El silencio llenaba el espacio que los separaba, cargado de verdades inconfesables. El único sonido que rompió la quietud fue el crujido de un trueno.

Al fin, el Draque dijo:

—Debes huir. Coge uno de los botes pequeños y escapa antes de que alguien se dé cuenta de que te has ido. Esa piedra te mantendrá a salvo.

Mariano retrocedió.

—¿Quieres que huya con la cabeza gacha como un perro? ¿Mi propio padre? ¿El que me enseñó que la debilidad es para los inútiles? ¿Quién dijo que los verdaderos hombres nunca se retiran de una pelea? ¿Te atreves a pedirme que me fugue? —La cadena le quemaba la piel mientras apretaba el puño—. Soy lo bastante fuerte para enfrentarme al mar sin ti.

—Lo sé, mijo. Pero mis hermanos vendrán por la gema y la obtendrán sin importar el precio que debas pagar.

—Que intenten quitarme algo. Los mataré a todos si es necesario y les clavaré mi sable en el vientre si osan mirar en mi dirección.

Mariano frunció el ceño al ver sus botas, desgastadas por navegar bajo el nombre de su padre desde que tenía memoria. El Draque despiadado e intrigante. Solo su nombre infundía miedo en todo el reino de Coronado. El Draque nunca dejaría vivir a un hombre que huyera asustado. Aun así, haría que su hijo, el hombre que había criado para ser tan cruel como él, huyera de su propio barco.

—Dime, ¿qué sentido tendría todo esto? Me has enseñado los caminos de los mares y las estrellas, cómo dirigir una cuadrilla y los mejores métodos para abatir a un hombre. Me educaste para ser tu heredero.

—Y no lo lamento. Pero podrías ser más y podrías ser mejor. Tu madre lo hubiera querido así, su alma era oro puro. Puede que fuera una pirata feroz, pero actuaba con un propósito y luchó como un demonio por la gente que amaba.

La situación se estaba volviendo ridícula.

—No necesito amor —dijo Mariano—. Un barco y el mar, eso es todo lo que necesito.

Su padre se rio.

—Yo también lo pensé una vez, pero me equivoqué. Ahora, coge la cadena y vete. Te llevará al verdadero deseo de tu corazón. Esta es tu única oportunidad de escapar, ya que la tormenta ocultará tu partida.

El puño de Mariano golpeó la mesa haciendo temblar el farol.

—No huiré. No soy un cobarde.

Los ojos de su padre brillaban con una fiereza que Mariano no había visto en semanas.

—Que me condenen si dejo que mi hijo perezca por nada.

Se oyeron pasos procedentes del corredor. Mariano reconoció las voces que bromeaban de forma animada; los tres hombres actuaban como si su hermano no estuviera en su lecho de muerte.

Cuando Mariano se levantó, su padre lo agarró de la muñeca.

—Vete. Es una orden.

Mariano miró los dedos esqueléticos envueltos de manera ajustada en su propia piel.

—Me has dado órdenes toda la vida y he obedecido, ¿no? Lo he hecho todo por ti: robar, mentir, luchar y cosas peores. Habría dado mi alma al mismísimo diablo por ti, padre. Pero ahora quieres que me escabulla como un niño asustado o como un maldito traicionero. No lo haré.

—Ya tengo suficiente sangre en mis manos. No tendré la tuya también.

—Bastardo. Incluso al borde de la muerte, solo piensas en ti mismo.

La cara del padre temblaba de rabia.

—Ese mal genio no te llevará a ninguna parte, mijo.

—Ah, ¿sí? ¿De quién crees que lo aprendí?

La mano del capitán se soltó cuando sus hermanos irrumpieron en la habitación. Mariano se metió la cadena en el bolsillo y se enfrentó a los hombres que lo habían arrojado por la borda a los siete años para ver si podía flotar.

—¿Cómo está nuestro hermano mayor? —preguntó el tío de más edad.

—Su herida está empeorando —respondió Mariano.

—No te estaba preguntando a ti, gusano. —Su tío chocó con fuerza contra su hombro mientras se dirigía a la ventana. Siempre hacía cosas así, agresiones sutiles para recordarle que nunca estaría a la altura de los hermanos de León. Era blando, decían. No era lo suficiente hombre para asumir el papel de capitán; su propio padre también lo pensaba.

Las carnosas manos de su tío descansaban a ambos lados del cristal y su camisa mojada se pegaba a su espalda.

—Esta tormenta no se parece a nada a lo que nos hayamos enfrentado antes, no veo nada más allá del barco. —Inclinó la cabeza hacia Mariano—. Trae el vino, muchacho, porque esta noche mis queridos hermanos y yo beberemos en honor del gran Draque.

Mariano levantó la barbilla.

—Solo obedezco órdenes del capitán.

—¿Perdón? —Las manos de su tío se deslizaron hacia sus costados mientras se giraba—. ¿Te atreves a hablarle a tu superior con semejante falta de respeto?

Pero la atención de Mariano se había desplazado del rostro de su tío a la ventana, a la silueta de un barco que se abría paso entre la densa niebla. Las campanas de aviso sonaron desde la cofa. Los hombres gritaban desde cubierta y el pavor crujió en su cráneo,

goteó por su cuello y sobre sus hombros como lluvia helada. Era un buque de guerra de Coronadia, un navío el doble de grande que el Venganza, que se sabía que estaba repleto de los preciados oficiales navales del rey.

Giró hacia el catre de su padre.

—Es la armada del rey.

Las facciones del Draque se endurecieron.

—Maldito cerdo. Deben estar usando magia majestuosa para navegar durante la tormenta. ¿Qué día es hoy?

Mariano negó con la cabeza porque en verdad no lo sabía. Llevaba una semana pensando solo en el bienestar de su padre.

—Es el comienzo del ciclo de luna nueva, hermano.

—Mierda. —El Draque se inquietó, su rostro palideció mientras luchaba por moverse—. Rápido, ayúdame con mi armadura, nos hundirán si no nos damos prisa. Es esa maldita Ofrenda auspiciada por la Iglesia. Los mares deben estar llenos de barcos de guerra para proteger a los nobles que navegan.

—Pero… —Mariano se interrumpió. Nada impediría al Draque gobernar su barco, y menos cuando se trataba del rey.

—Hermanos, preparad la tripulación y los cañones.

Sus tíos asintieron y salieron corriendo de la habitación.

Mariano cogió el chaleco metálico de su padre y se lo ató al pecho para cubrirle la herida supurante. Después echó una capa roja sobre los hombros del capitán. Sacó un poco de alquitrán de un frasco y lo utilizó para alisar el pelo enmarañado de su padre antes de colocarle el sombrero de ala ancha sobre la cabeza. Por último, Mariano tomó su sable favorito y se lo puso en las manos.

Los labios agrietados del Draque se contrajeron con una sonrisa de júbilo.

—Es un buen día para una escaramuza, ¿no te parece?

El pecho de Mariano sufrió una rápido y doloroso pinchazo. Su padre siempre decía eso antes de abordar un barco, antes de que la tripulación lo saqueara y lo destruyera.

Pero las cosas iban al revés: no eran ellos los que tomaban el barco, era Venganza el que estaba siendo invadido.

Necesitaba su ayuda.

En el fondo de su mente, sabía que esta sería su última lucha juntos. Su padre estaba demasiado frágil para sobrevivir, pero Mariano estaría allí; se enfurecería como los siete infiernos para llevarlo a la victoria. Para un pirata, morir durante una batalla era el mayor triunfo.

Las paredes retumbaron cuando las primeras explosiones de cañón estallaron en la parte inferior de la nave y tres estampidos sordos resonaron desde más allá. El buque de guerra ya tomaba represalias. Una descarga de cañones chocó contra Venganza, destrozándolo y astillando sus preciosos tablones.

—Vamos —instó el capitán—, nos estamos perdiendo la diversión.

Cogidos del brazo, padre e hijo se adentraron cojeando en el frenético caos. La lluvia les empapó los hombros a la vez y golpeaba la piel de Mariano como una bestia helada. El choque de acero contra acero rebotaba sobre los gritos de los moribundos y por encima del estruendo de los cañones.

Cinco hombres vestidos con las capas rojas y negras de la armada del rey se dirigieron hacia el Draque y Mariano con las espadas en alto. El Draque, haciendo acopio de todas sus fuerzas, levantó su

sable, gritó a pleno pulmón y corrió a su encuentro. Mariano lo siguió, corriendo para poder anteponer su cuerpo al de su padre. Se paró en seco cuando el primero de los oficiales le clavó su espada.

La esquivó con facilidad, clavó su bota en las tripas en respuesta. Volvió su atención hacia los otros dos, mientras atacó con su sable a través del aire empapado por la lluvia y sintió el miserable roce del metal contra la carne. Sus gritos lo animaron y sus músculos se movieron por reflejo.

Mientras Mariano daba tajos, patadas y puñetazos, podía sentir a su padre cerca. Oía al Draque soltar una retahíla de insultos mientras luchaba.

Un torrente de cañonazos sacudió el barco, haciendo que todos los hombres cayeran de rodillas o se agarraran a algo para estabilizarse. El mástil principal se partió y la cofa se estrelló contra la cubierta. Los gritos de los hombres aplastados llenaron el cielo atronador.

—¡Mariano!

Giró sobre sus talones y sus ojos recorrieron el caos hasta que se posaron en su padre. El gran pirata yacía atrapado bajo el pesado mástil.

—¡Padre! —Mariano resbaló con la sangre de otro hombre caído. Se enderezó antes de lanzarse hacia el Draque. Cayó de rodillas y sus manos se dirigieron de forma instintiva a la viga.

Gruñendo, intentó levantar el enorme peso del cuerpo de su padre, pero la madera no se movía.

—¿Qué hago? —gritó Mariano, con el pánico que invadía sus entrañas.

La sangre rezumaba de los labios del Draque, pero se disolvió rápido cuando las gotas de lluvia golpearon su piel.

—No creo que haya nada que hacer, mijo. —Soltó una risita, con los dientes manchados de rojo.

—Puedo conseguir ayuda. Puedo…

El capitán agarró a Mariano por el cuello.

—Sigue la piedra y encontrarás el tesoro que necesitas.

El rostro de Mariano se endureció.

—No te dejaré.

—No hay nada que dejar porque ya estoy muerto. Llevo muerto mucho tiempo, mi alma se fue con la de tu madre hace muchos años. —Sus ojos se clavaron en Mariano con una urgencia que obligó a su mente a detenerse.

—Vete, es una orden. —La mano del Draque resbaló, después, se estremeció y tosió—. Por favor, mijo. Por mí. Por tu madre.

¿Entonces era esto? Su padre de verdad deseaba que huyera.

—Pero ¿adónde? —No tenía más hogar que este barco. La Fortaleza del Pirata. Su padre era su casa.

—La piedra te llevará a donde necesitas estar. —El Draque esbozó una sonrisa temblorosa—. Ve.

Mariano tenía las piernas entumecidas cuando se puso en pie. Quería que su padre viera el hombre en que se había convertido, el hijo que había criado.

—Sí, capitán.

Al pirata moribundo se le llenaron los ojos de lágrimas. Hizo un último gesto con la cabeza antes de volver su mirada hacia el cielo enfurecido, y, sin decir una palabra más, Mariano echó a correr.

Le mostraría al mundo de qué estaba hecho y haría que su padre se sintiera orgulloso. Gobernaría un barco y encontraría tesoros increíbles. Es más, conseguiría una flota de barcos suficiente para derrotar a toda la armada del rey si así lo deseaba. Mariano gobernaría los mares como nadie antes que él.



# CAPÍTULO 3

## Rosalinda

Rosalinda caminó de puntillas por el pasillo, escabulléndose hacia la habitación de Juana, en el lado opuesto al ala de las Majestuosas. La luna brillaba a través de las ventanas que bordeaban la pared, mientras proyectaba sombras alargadas por el pasillo.

Cuando era más joven, creía que eran los fantasmas de las Majestuosas muertas, que volvían para llevarla a lo más profundo de los siete infiernos por los pecados que había cometido; Juana se reía y se burlaba de ella por tener una imaginación tan oscura. Mucho más tarde, se dio cuenta de que no eran los engendros los que debían preocuparla, sino sus propias sombras. Su propia magia era peor que cualquier criatura del inframundo.

Sujetó el picaporte de la puerta en ángulo para evitar que crujieran las bisagras, se deslizó hasta los aposentos de Juana y cerró rápido la puerta. La habitación era casi idéntica a la suya, con tocador, diván y cama con dosel; la única diferencia era la vista desde el balcón. Rosa podía ver la isla y la bahía, pero el balcón de Juana solo daba al mar infinito. ¡Cuántas veces habían soñado con escaparse en un barco pirata tripulado por el mismísimo Draque!

Una vez había matado a una serpiente marina, o eso decían los rumores. Eran bestias enormes con escamas de granito y colmillos

destinados a destrozar barcos. Si las historias eran ciertas, podría enfrentarse con facilidad a doña Lucía. Pero, para su desgracia, él no iba a venir y las chicas debían salvarse ellas solas.

—¿Rosa? —susurró Juana desde las sombras de su habitación.

—¿Esperas otra visita a estas horas de la noche? ¿Un amante secreto quizá? —Rosa se burló.

Juana resopló.

—No seas ridícula.

—¿Has tenido suerte? —preguntó Rosa. Juana había sido la encargada de conseguir los disfraces, ya que a menudo se la veía pasar por delante de las dependencias de la servidumbre para llegar a los jardines.

—Sí. —Juana se acercó a la luz de las velas, para mostrar que iba vestida con las ropas que llevaban las criadas. Una blusa gruesa, falda marrón, con una cubierta para el pelo y la cara.

—¿Qué tal estoy? —Juana dio una vuelta. No se cubrió la cara. Pero podrían hacerlo fácilmente si fuera necesario.

—Perfecto, nadie pensará que somos más que criadas domésticas dedicadas a recados nocturnos.

—Esperemos. —Juana le tiró un paquete a Rosa—. Ponte esto, te quedarán algo ajustados, pero tendrán que servir.

Rosa se quitó el vestido sin pensarlo dos veces. La modestia no era algo por lo que una Majestuosa pudiera permitirse preocuparse. Al menos, no en la Isla de las Pecadoras.

Se quitó la blusa por encima de la cabeza y la tela luchó contra ella al instante.

—Por todos los mares, Juana, ¿de dónde has sacado esto? —Las costuras gimieron mientras ella tiraba de la blusa por sus abultados

pechos—. ¿A qué pobre niña le has robado esto?

—Era eso o la ropa de la jefa de cocina, que es dos cabezas más alta que tú.

—Tendré que aguantar la respiración hasta que estemos fuera de la isla para que no se me rompan las costuras —dijo Rosa.

—Bien, y también evitar abrir la boca. No querrás que nos descubran en plena huida por tus constantes quejas. —Juana sacó una daga de los pliegues de su falda—. Pero, si nos atrapan, tengo esto. Y tú tienes… —Agitó las manos en dirección a Rosa—. Ya sabes.

Sí, Rosa sabía lo que tenía. Día y noche, las sombras se agitaban en su vientre, suplicando ser liberadas. Y solo se habían vuelto más hambrientas con la edad.

Las Majestuosas estaban dotadas de todo tipo de magia maravillosa: poder sobre los elementos, comunicación con diversas criaturas, hacer bello lo detestable y curar a los heridos. Pero los poderes de Rosa no tenían bondad; ya no. Cualquier benevolencia que pudiera haber existido murió en el barco mientras navegaba desde su isla natal de Paso Robles hasta la Isla de las Pecadoras. Las espirales de colores que bailaban en las manos de Rosa y la hacían reír de niña se transformaron en cosas oscuras y peligrosas; los ojos de doña Lucía se habían vuelto codiciosos en cuanto las vio.

Mientras la mayoría de las jóvenes Majestuosas pasaba los días bajo el aprendizaje de ser dóciles sirvientes u obedientes protectoras, Rosa los pasaba perfeccionando su poder. Trabajaba en convertir a sus fantasmas en asesinos y monstruos. Ellos habían obedecido, y ella los odiaba por eso, tanto como ellos la odiaban por mantenerlos a raya.

Deslizó los pies dentro de unas sandalias planas de cuero. No servirían para correr, pero el plan no era ese. Era entrar de puntillas en el silencio de medianoche, colarse en el barco mercante que traía las provisiones para la Ofrenda y esconderse detrás de los barriles vacíos hasta que estuvieran lejos, muy lejos.

Los ojos de Rosa se posaron en Juana. Sus manos temblaban un poco mientras jugueteaba con su falda e intentaba actuar como si no tuviera miedo. Juana odiaba sentirse vulnerable y que alguien la viera sudar. Solo Rosa podía tirar de las suaves cuerdas de su corazón, pero porque solo Rosa sabía volver a ponerlas como a Juana le gustaba.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —preguntó Rosa.

—Por supuesto. —Juana soltó una pequeña risita—. Te acababan de coger y te habían puesto a mi lado. Eras muy pequeña, pero tenías fuego detrás de esos grandes ojos marrones.

Rosa frunció el ceño y sus pensamientos volvieron a su hermano mayor, a la luz de sus ojos dorados apagándose mientras su cuerpo yacía desplomado sobre la hierba. En el miedo que se le instaló en la garganta cuando aquellos miserables cazadores se la llevaron.

Tres semanas navegó con esos hombres apestosos. Tres semanas llorando por una familia que había perdido para siempre. Y todo por su culpa, por el poder almacenado en su ser. Juana estuvo allí siempre. No derramó ni una sola lágrima, pero tampoco culpó a Rosa por llorar. Se quedaba allí sentada, mientras tomaba la mano de Rosa hasta que todas las lágrimas se secaron.

Juana le contaba historias de la isla de la que era originaria. No estaba lejos de la de Rosa, pero era muy diferente: Paso Robles era la tierra de los altos robles y los bosques infinitos. La isla de Rosa

rebosaba de vida salvaje y olor a humo de leña. La bahía de Calaveras, donde había nacido Juana, era más calurosa y árida, pero había peces del tamaño de barcos en la costa. La gente incluso los montaba, le dijo, lo que hizo reír a Rosa por primera vez desde el duelo por su hermano.

Se tragó el recuerdo y dejó que se hundiera en la boca del estómago.

—Dijiste que me habías visto en una visión.

—Así es —dijo Juana.

—Dijiste que seríamos como hermanas y que siempre nos protegeríamos.

Juana tenía el don de la videncia: visiones del pasado y del futuro. Un poder digno de cualquier rey si fuera fiable, pero su magia iba y venía de manera tan esporádica como una lluvia de verano.

A veces le venían tres imágenes proféticas en un día. Pero en otras ocasiones no veía nada durante meses. Doña Lucía había intentado obligar a Juana a controlar su don, pero la mente y los nervios de Juana nunca se calmaban lo suficiente como para convocar las visiones a demanda.

—Lo has hecho por mí estos últimos once años. Me has mantenido a salvo.

Cuántas veces Juana había protegido a Rosa de sí misma. Cuando los gritos de las sombras se hacían demasiado fuertes, cuando rompían los muros que con tanto cuidado había levantado, Juana siempre la traía de vuelta.

—Claro que sí. Te quiero, Rosa. Tú y yo somos familia.

—Por eso tenemos que hacer esto juntas. Tenemos que escapar —apretó el hombro de Juana—, esta es nuestra única oportunidad.

Debo cuidarte, Juana. No te defraudaré.

Juana sonrió satisfecha.

—Te tomo la palabra.

—Bien. —Rosa atravesó la alcoba hacia la puerta y la abrió de un tirón. Se asomó al pasillo y comprobó que no hubiera nadie a la vista. Sacudió la cabeza—. Vamos, ahora.

Salió detrás de Juana y cerró la puerta a su paso. El largo pasillo olía al aceite de limón que los criados utilizaban para fregar los suelos de baldosas. Los apliques de las paredes titilaban con una luz suave y dorada que iluminaba lo suficiente como para ver una persona de frente, pero no mucho más que eso. Su atención estaba fija hacia delante, perforando las sombras, a la caza de cualquier señal de movimiento. Sentía como si un millón de ojos las observaran, pero no había nadie… nadie excepto una araña solitaria que tejía su tela en lo alto.

Susurró:

—La capitana dijo que nos esperaría hasta que la luna se alzara sobre la isla. Eso es dentro de una hora, llegaremos con tiempo de sobra.

Y luego irían a donde el barco las llevara, lo harían funcionar. Juana era afilada como un cuchillo y Rosa había huido toda su infancia. Primero con sus padres, y, cuando murieron, sola con su hermano mayor durante dos años. Sabía cómo atrapar animales, cómo esconderse y, esta vez, mantendría sus poderes bajo control. Esta vez no le daría a nadie la oportunidad de delatarla.

—¿Cómo es que conoces a esta capitana? —preguntó Juana.

—Viene tres veces al año a traer provisiones a la isla. Poco a poco nos hicimos amigas, es una simpatizante.

Algunas personas se opusieron a la Ofrenda incluso después de que la Iglesia las amenazara con una eternidad de sufrimiento. Intentaron salvar a las Majestuosas de ser capturadas cuando eran jóvenes, pues una vez que las niñas llegaban a la isla, escapar era casi imposible. Pero esta capitana estaba dispuesta a arriesgar su vida para llevarse a Rosa y a Juana.

—¿Lo es? —preguntó Juana.

—Sí, además me ofrecí a pagarle con todas las baratijas que hemos robado a los huéspedes durante años.

Incluso los simpatizantes tenían un precio por sus servicios. Rosa había tardado siglos en reunir mercancías para pagar por las dos, pero no era suficiente: aún tenía que prometer a la capitana que usaría sus sombras cuando estuvieran libres para robar aún más riquezas.

Juana asintió con aprobación.

—Realmente has estado conspirando.

Las chicas avanzaron rápido por el pasillo, mientras agitaban las faldas a cada paso. Las puertas que cruzaban permanecían cerradas y silenciosas, y se cernían sobre la baja estatura de Rosa como guardias vigilantes. Tal vez el latido de su corazón en los oídos ahogaba los ruidos, pero el ala de las Majestuosas del palacio parecía especialmente silenciosa.

El pasillo se curvaba antes de desembocar en una gran escalera que daba al salón de baile. Del techo dorado colgaban arañas de cristal y las columnas delimitaban el espacio con lujosos tapices de Majestuosas desnudas. Todo brillaba, incluso con poca luz. Sin duda, era mágico, mítico y seductor; como un anzuelo brillante que atrae a un pez antes de atraparlo.

Juana se agarró a la barandilla, dispuesta a bajar.

—Tengo que decirte algo —susurró—. Hablé con Lola sobre nuestro plan.

Rosa se paró en seco.

—¿Que hiciste qué?

—Yo… —Juana enderezó sus hombros antes de mirar a Rosa—. Tenía que hacerlo. Tenía que ver si vendría con nosotras. Protejo a los que quiero.

—Entonces, ¿estás enamorada de ella? Lo sabía. ¿Es ella la canción de tu corazón?

Rosa hablaba de un vínculo más profundo que lo que las no Majestuosas llamaban alma gemela. La conexión entre una Majestuosa y la canción de su corazón era como las raíces de dos robles, que atravesaban la tierra para llegar uno a otro. Y, cuando lo hacían, sus almas se entrelazaban, creando un vínculo eterno e irrompible.

Muchas Majestuosas no tenían una canción del corazón, sus almas eran enteras y completas por sí mismas. Tenían grandes amores, por supuesto, pero esos amores no las completaban porque no lo necesitaban. Para otras, las que sí tenían una canción del corazón, era como si les faltara una pieza. Un vacío que solo su verdadera pareja podía llenar, y qué desdichado sería para una pobre Majestuosa perder la oportunidad de encontrar su canción del corazón porque ya se había atado a otra persona: a alguien a quien no amaba.

—No lo sé —dijo Juana—. Nunca puedo oír nada más allá de mis malditos pensamientos, pero eso no hace que la desee menos.

—Pero, Juana, podrías decírselo a doña Lucía.

—Lola nunca lo haría. No lo entendería. No has estado enamorada. —Negó con la cabeza.

La amargura irradiaba por el cuerpo de Rosa.

—¿Por qué no me preguntaste al menos qué opinaba de que viniera?

—¿Por qué iba a hacerlo?

«Te lo contaba todo», decían las sombras de Rosa. «Sois como hermanas, y las hermanas deben saber cuando la otra está enamorada. ¿Qué más te está ocultando?».

Rosa rechazó los malos pensamientos.

—¿Qué se supone que debía hacer, Rosa? ¿Irme sin decírselo? ¿Sin darle a ella también una oportunidad de libertad?

—Sí, somos tú y yo contra el mundo. Y así es como siempre ha sido.

—Hay sitio para una más. —Los ojos de Juana se desviaron hacia sus pies—. No importa. Ella declinó mi oferta. Me ama, pero eso… no fue suficiente.

—Bien.

La cara de Juana se llenó de dolor.

Rosa respondió ante la expresión de su amiga.

—No quería decir eso. Yo… —Sus sombras hacían estragos en su compostura.

Se acercó a Juana, pero su amiga retrocedió. Entonces, buscó los ojos de Rosa, como hacía siempre que esta cometía un error. Juana buscaba su bondad y la persuadía para que no la consumieran sus propias sombras.

—Lola soportó las cosas más horribles de esta isla cuando estaba bajo el dominio de los traficantes de magia. La isla es un lugar

seguro para ella, y, como será la responsable cuando muera doña Lucía, siempre estará protegida. Tiene sus razones para quedarse y no puedo reprochárselas —dijo Juana—. Igual que yo no te culpo a ti por querer irte. Todos tenemos angustias del pasado que se aferran a nosotros.

—Tú… quieres irte, ¿verdad? —preguntó Rosa.

—El hecho de que me estés preguntando esto ahora es absurdo. No ataré mi alma a un noble que acabo de conocer.

La Atadura era un ritual que se celebraba la última noche de la Ofrenda. Las Majestuosas que habían sido consideradas dignas —ya fuera por su poder, su belleza o su intelecto— fusionaban su magia con quien las había elegido. Aunque los hombres no podían acceder a la magia de las chicas, sí podían controlar su voluntad. Ellas no tendrían más remedio que obedecer cualquier cosa que esos hombre les ordenaran.

Con un suspiro, Juana dijo:

—Deberíamos darnos prisa. —Y bajó la escalera.

Las palmas sudorosas de Rosa patinaron sobre la baranda de madera de cerezo mientras seguía de cerca a su amiga. Sus sandalias tocaron el rellano y juntas se dirigieron a la derecha. El tapiz que ocultaba la entrada de la servidumbre estaba al otro extremo del salón de baile. En unos minutos estarían en las cocinas, y luego atravesarían las puertas que daban al exterior. Un pequeño sendero las llevaría directo a la bahía donde las esperaba el navío mercante. Casi podía sentir la brisa fría y salada contra su piel caliente. Casi podía saborear la libertad.

No era tan emocionante como ella pensaba que sería, no era posible cuando su amiga sufría y ella lo había causado en parte.

—Juana, lo siento. No quise ser…

La mano de Juana apretó el brazo de Rosa, deteniéndolas en el centro del salón de baile.

Se le desencajó la cara, sus ojos se pusieron en blanco y todo su cuerpo tembló.

—No —gimoteó Rosa—, ahora no.

Agarró a Juana por los hombros y la sostuvo mientras un temblor despiadado recorría su cuerpo.

—Muerte —resolló Juana—. Muerte y llamas. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas—. La serpiente, ya viene. Se desliza por el agua, pero no la dejes entrar. Se enroscará alrededor de tu corazón y te apretará hasta que ya no existas.

Rosa tenía los ojos desorbitados, el corazón le retumbaba en el pecho. Latía tan rápido que le preocupaba que pudiera explotar.

—Cuidado con la serpiente del mar. Ella será tu perdición.

Juana jadeó, se dobló y cayó de rodillas. Jadeaba y aspiraba bocanadas de aire con avidez. Rosa se arrodilló a su lado, y le frotó la espalda como siempre hacía cuando venían sus visiones.

—Solo respira —susurró Rosa.

Juana se estremeció.

—Yo… —Su atención se desvió hacia la oscuridad cuando una figura se deslizó desde las sombras. Juana se puso en pie de un salto, e interpuso su cuerpo entre Rosa y quienquiera que fuese.

Apareció doña Lucía. Sus largos dedos golpeaban sus esbeltas caderas y sus uñas negras chocaban con el color crema de su vestido.

Todo el cuerpo de Rosa se estremeció y sus sombras se aferraron a sus costillas.

Los ojos grises de la doña se fijaron en Rosa, mientras sus labios rojo carmesí formaron una fina línea de desaprobación.

—Después de todo lo que he hecho por ambas, tratáis de escaparos como ladronas en la noche.

¿Había sido la capitana quien las había traicionado? No, no podía ser. Ella tenía tanto que perder como ellas y sería castigada de modo severo por albergar a Majestuosas.

¿Lola entonces? No, ella quería a Juana, ¿no? Ella sabía que habría consecuencias terribles si las descubrían. Entonces, ¿quién? ¿Y cómo? Rosa había sido meticulosa con sus planes.

—Te he mantenido cómoda y bien alimentada, segura e intacta. Y, sin embargo, me deshonras de esta manera.

Los tacones de doña Lucía repiquetearon sobre las baldosas al salir de las sombras. Ella era alta y preciosa de un modo que resultaba perverso. Su piel se extendía tensa sobre su rostro, y ocultaba cualquier arruga que tuviera.

El pánico recorrió cada célula del cuerpo de Rosa. ¿Qué les haría doña Lucía? ¿Las daría de ofrenda a la brutal *tlanchana* que vivía en la laguna? ¿Las castigaría delante de los invitados?

—El mundo fuera de la isla te habría destruido. En los mercados negros cortan el pelo a las Majestuosas y meten los mechones en frascos para venderlos como amuletos. Beben nuestra sangre porque creen que los hará poderosos, pero solo les da hambre de más. Serás marcada y usada como Lola antes de que la encontrara. ¿Lo entiendes? Fuera de mi protección, morirías. Si no es por los traficantes de magia que te chuparían la sangre, entonces sería en manos de los cazadores de la Iglesia, por tu traición contra los dioses.

Los cazadores, así se llamaban a sí mismos. Unos necios conspiradores que arrancaron a Rosa y Juana de sus familias cuando solo tenían siete años.

—Se apresura a vendernos —dijo Rosa—. Se beneficia de nuestro poder para tener una lujosa cama donde dormir. Esto —Rosa señaló el opulento salón de baile—, no es protección. Esto es una jaula disfrazada tras flores y perlas. ¿Cuánto le paga la Iglesia por mantenernos aquí? ¿Por qué traiciona a las suyas?

Doña Lucía se burló.

—Lo hago por nosotras. Por todas nosotras. Estoy aquí para asegurarme de que vuestras almas sean purificadas, y la Ofrenda consigue eso. Partiréis con familias dignas, porque mis hijas son tratadas como ídolos.

Rosa resopló disgustada.

Doña Lucía se puso las manos sobre el corazón.

—Sé que estás asustada por lo que está por venir; es natural y entendible. Pero te aseguro que unirte a un hombre de la talla del rey es el mayor honor de la vida de una Majestuosa.

Juana metió la mano en el bolsillo y sacó una daga de su escondite. Clavó el arma en el aire, entre su cuerpo y el de la dueña del palacio.

—Nos vamos. —Tenía la barbilla elevada de modo desafiante, y su espada se mantenía recta y firme ante ella—. El rey nunca pondrá un dedo sobre Rosa.

—Siempre tan rápida para protegerla, pero nada me impedirá dar a los gobernantes de Coronado lo que quieren. Ni siquiera tú, Juana.

Juana levantó su puñal y corrió hacia la doña.

—Juana, ¡no! —Rosa se lanzó tras su amiga, pero la falda demasiado ajustada le oprimió las piernas y cayó al suelo.

La daga atravesó el aire y descendió hacia el pecho de la doña en un movimiento lento. Demasiado lento.

El cuerpo de Juana se sacudió y su espalda se tensó. La hoja repiqueteó contra la baldosa mientras sus músculos parecían congelarse.

El poder de doña Lucía se había impuesto. Ella podía detener el movimiento al helar la sangre de una persona.

Rosa se puso de pie y llamó a Juana, pero se detuvo al ver la mano de doña Lucía agarrada al cuello de Juana.

—Lástima que debas morir, Juana. Eres una cosa muy bonita, y podría conseguir un buen precio por ti, con tus dones patéticos y todo, pero no puedo dejar que ninguna de mis muchachas levante una espada contra mí y quede impune.

Los ojos de la doña brillaban con un tono azulado. Era más que fuerte, e incluso sus uñas eran irrompibles. Tenían puntas afiladas que podían desgarrar la carne de una persona. Ninguna otra Majestuosa podía hacerle daño, pero eso no impidió que Juana lo intentara. Le dio una fuerte patada a la doña en el estómago. Los labios de Juana emitieron un sonido sibilante y crepitante, y la doña apretó más fuerte los dedos alrededor de su cuello.

—¡No! —Rosa negó con la cabeza—. ¡Por favor, no!

—Lo siento, Rosita. Sé que es tu amiga, pero esto es lo mejor. No dejaré que nadie se burle de mí.

—¡Por favor, ama!

La doña levantó a Juana del suelo, sus sandalias sonaron bajo ella con un ruido sordo. Las sombras de Rosa le arañaban los huesos.

«Déjanos libres», coreaban. «Podemos salvarla».

Pero ¿y si las liberaba y en lugar de eso hacían daño a Juana? ¿Y si soltaba a sus sombras y mataban a todos a su paso como habían hecho con sus padres? Perdería el control si no podía mantener la concentración. Pero ¿cómo iba a mantener la concentración cuando le estaban arrebatando la vida a Juana?

Las guardias de doña Lucía, que poseían una fuerza, agilidad y velocidad increíbles, irrumpieron por las puertas de entrada. Los uniformes plateados que vestían se ceñían a sus musculosas formas, pero fueron sus manos, cubiertas con guantes negros, las que llamaron la atención de Rosa. Los guantes estaban hechos de piel de serpiente marina y las protegían de los grilletes de hierro forjados por los mejores herreros del reino que rebotaban en sus caderas.

Rosa sabía con exactitud lo que significaba el uso del cuero; las guardias planeaban colocar los grilletes sobre su piel y amortiguar su poder. Se lo hacían a cualquier Majestuosa que desobedeciera las normas. Cuando ella y Juana eran jóvenes, otra Majestuosa intentó robar un par de guantes para poder liberar a su mejor amiga. Pero estaban hechizados y estallaron en llamas, chamuscando las manos de la pobre mujer.

El sudor corría por la espalda de Rosa mientras se dirigían hacia ella. Sin embargo, permaneció inmóvil, su propio miedo la volvía una piedra.

«Deprisa», le exigieron sus sombras. «Antes de que sea demasiado tarde».

Pero Rosa no podía moverse. No podía hacer otra cosa que escuchar la respiración entrecortada de Juana.

«Podemos salvarla».

Una guardia de pelo blanco como el hielo agarró a Rosa por el brazo y la pellizcó con una fuerza que perforaba los huesos.

El dolor la liberó del pánico y puso su cuerpo en acción.

—¡Suéltame! —Luchó contra la guardia.

«Matarán a Juana».

Una segunda guardia sujetó a Rosa y, con la mano libre, sacó los grilletes de su cinturón. En cuestión de segundos, la guardia los pondría alrededor de las muñecas de Rosa, y de este modo contendría a sus sombras.

«Libéranos o serás testigo de cómo perece la única persona que amas».

El cuerpo de Rosa se tensó. Ya había perdido a sus padres y a su hermano, no iba a perder también a Juana.

No podría soportar la vida sin ella.

Sus ojos se desviaron hacia Juana. Incluso con los poderes de la doña que le helaban la sangre, seguía luchando y resistiéndose, pero sus movimientos se habían ralentizado. Fatigada, sus patadas se habían vuelto inertes.

—No —Rosa gimoteó—. No. No. ¡No!

Las venas de Rosa se volvieron negras y oscuros ríos de sangre se fundieron bajo su piel. Las yemas de sus dedos se volvieron cenicientas mientras el resto de su cuerpo cobraba vida. Cada pedazo de su carne se despertó y sus sombras se filtraron por sus palmas como una densa niebla antes de tomar la forma de una docena de fantasmas.

Con un gesto de Rosa, se lanzaron hacia delante.

La guardia que sujetaba a Rosa chilló cuando las sombras se introdujeron en su cuerpo y se apoderaron de su corazón. Otra

blandió su espada, pero poco pudo hacer contra un enemigo invisible. Las sombras se solidificaban y se disolvían con la misma rapidez con la que se parpadea. Dos guardias cayeron al suelo y se arañaron los ojos mientras los crueles fantasmas se clavaban en ellas.

A Rosa le subió la bilis a la garganta. Ella nunca quiso hacerle daño a nadie, se suponía que debían escabullirse en la noche y ser libres. Madre Xiomara, ¿por qué no podían ser libres?

Un gemido volvió a centrar su atención en Juana. No duraría mucho más y, con un solo pensamiento, Rosa envió sus sombras hacia la doña.

Pero la mujer poseía una fuerza impenetrable, su piel era dura como un bloque de hielo. No había forma de llegar a ella ni a Juana. Las sombras de Rosa estallaron en un frenesí salvaje. Azotaron el salón de baile como un huracán. Los cristales se hicieron añicos, mesas y sillas se estrellaron contra las paredes y golpearon a la doña, pero nada funcionó.

Doña Lucía se limitó a sonreír.

—Ya deberías saber que mis poderes son inquebrantables. Yo soy inquebrantable, pero Juana no.

Rosa chilló de frustración. Todo era por su culpa; si no hubiera tratado de escapar, esto nunca habría pasado. Si se hubiera inclinado y hubiera hecho lo que le dijo la doña, Juana no estaría en este estado. Sus sombras tiraban del lazo invisible que ataba su miserable oscuridad a su alma.

«No seas débil», le dijeron, pero tal vez lo era. Era Juana la que siempre la había protegido y la que le secaba las lágrimas. La doña

estaba a punto de matarla, y entenderlo hizo que Rosa cayera de rodillas.

Levantó las manos ante la doña.

—Se lo ruego, por favor, no le haga más daño. —La sangre rezumaba por el cuello de Juana, donde las uñas de la doña se clavaban en su piel.

El tiempo se ralentizó, e incluso sus sombras recorrían el salón de baile a paso de tortuga. Todo quedó en silencio, salvo los gemidos de Juana.

—Por favor. Perdónela y haré lo que quiera.

Doña Lucía arqueó una ceja y su mirada se volvió en dirección a Rosa.

—¿Lo que quiera?

—Sí… No arriesgaría la vida de Juana por mi propia libertad.

—Controla tus poderes —dijo seca la doña—. Están arruinando mi decoración.

Rosa apretó los ojos. Se obligó a respirar más despacio para que su corazón se calmara. Los sintió en su espíritu como telarañas que se extendían desde su alma; tiró de las fibras de seda.

«Venid», les ordenó.

Las sombras luchaban contra su voluntad porque querían continuar la masacre, luchar y hacer pedazos el palacio.

«Venid».

Un suspiro colectivo resonó en el interior de sus sombras, pero le hicieron caso. Poco a poco, y a regañadientes, las sombras de Rosa volvieron a su cuerpo, enroscándose en su vientre y bajo sus costillas.

—Buena chica —expresó doña Lucía.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Juana. Las gotas resbalaban por los dedos de la doña, y se mezclaban con la sangre que goteaba de su cuello.

—Guardias.

La doña llamó a las mujeres heridas en el suelo.

Tres se arrastraron hacia arriba; sus cabellos sobresalían de sus apretadas trenzas, y sus abrigos y armaduras estaban destrozados. Ver lo que sus sombras, y no ella, habían hecho le revolvió el estómago.

—Llevaos a esta traidora.

La doña arrojó a Juana a los brazos de una guardia. Juana jadeaba; tosió y se le escapó saliva por las comisuras de los labios.

—¡Espera! —gritó Rosa—. Escapar fue idea mía. Llévame a mí en su lugar.

La doña soltó una carcajada.

—Eres demasiado valiosa, querida, para esconderte. —Rosa miró a su ama—. No te enfades conmigo, no cuando te estoy dando misericordia. Podría arrojaros a las dos a las *tlanchanas* de un momento a otro… —La doña respiró hondo—. Pero te prometo esto: ningún daño se le infligirá a Juana.

Rosa parpadeó y la esperanza llenó sus pulmones.

—Siempre que cumplas tu parte del trato.

—¿Mi qué?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la doña.

—Dijiste que harías cualquier cosa por verla ilesa. Ahora, debes demostrarlo.

El pavor obstruyó la garganta de Rosa.

Juana empezó a luchar y a gritar mientras las guardias se la llevaban a rastras.

—No hagas esto —se enfureció—. ¡Olvídate de mí!

A Rosa le tembló la barbilla y lágrimas gruesas resbalaron por sus mejillas.

—Lo siento.

—¡Vete! O encontrarás tu fin —Juana gritó—. La serpiente del mar. Recuerda lo que te dije. ¡Viene a por ti!

—Mi paciencia se está agotando, Rosalinda —dijo doña Lucía—. ¿Tenemos un trato?

Rosa apenas podía pensar.

Doña Lucía levantó una mano y las guardias se detuvieron. Una de ellas retorció el pelo de Juana alrededor de sus nudillos y le tiró la cabeza hacia atrás. Su grito golpeó a Rosa como un millón de puños.

—¡Sí! —gritó—. Haré todo lo que me pida con tal de que Juana esté a salvo. —Doña Lucía hizo un gesto a las guardias, que aflojaron el agarre.

—Por mi honor, no se tocará ni un pelo más de su cabeza. Pero si vuelves a traicionarme, arrojaré su cuerpo al mar.

Rosa se estremeció cuando esa imagen se grabó en su mente.

—Entendido, ama.

—Rosa… no… —La voz de Juana se quebró.

Doña Lucía chasqueó los dedos.

—Sacadla de aquí.

—¡Esperad! —Rosa sacudió la cabeza—. ¿Adónde la llevan?

—Eso no es de tu incumbencia —dijo la doña—. Vuelve a tus aposentos, Rosalinda. Mañana tenemos un día ajetreado y necesitarás estar descansada.

Las furiosas maldiciones de Juana herían los oídos de Rosa mientras las guardias la sacaban de la habitación. Se le clavaron en el cráneo.

Pero Rosa se levantó, hizo una reverencia antes de darse la vuelta para marcharse. Como presa de un trance, se dirigió hacia la escalera por la que Juana y ella habían entrado no hacía mucho. Sus dedos recorrieron la fría madera de la baranda.

¿Cómo había salido todo tan mal y tan rápido? En un instante, su mundo se había desmoronado. Había perdido a Juana por nada y había atacado a las guardias sin finalidad. El peso de esa certeza se posó sobre sus hombros.

En cuanto cerró la puerta de su dormitorio, se echó a llorar. Se deslizó por el suelo de madera y se sentó. Le temblaban las entrañas.

Se tapó los oídos con las palmas de las manos para acallar el zumbido que hacía estragos en su cerebro. Pronto sentiría un dolor de cabeza debilitante. Siempre sucedía cuando dejaba a sus sombras libres. Su cuerpo comenzó a balancearse de un lado a otro cuando la pena se hizo demasiado dolorosa para soportarla.

—Lo siento, Juana —susurró en la oscuridad.

Rosa se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos. En aquel momento echaba mucho de menos a su padre, con sus brazos ágiles y su barba rasposa. Solía sentarla en su regazo y leerle historias fascinantes. Tenía cinco años la última vez que lo vio, y solo hacía dos que había comprendido que era diferente. Una Majestuosa nace con su poder y la magia forma parte de su alma, pero a veces un don tardaba en revelarse.

Su padre siempre se había alegrado mucho de ayudarla a aprender a controlar sus sombras. Le parecían preciosas y decía que habían sido enviadas por la diosa para protegerla; pero estaba equivocado. Eran una maldición. Alguien había visto a Rosa usar sus sombras, y al día siguiente vinieron los cazadores.

Rosa lloró y preguntó a su padre si se la iban a llevar. Él le acarició el pelo, le besó la frente y le dijo:

—Mi preciosa Rosa, no tengas miedo. Tienes tus sombras mágicas para mantenerte a salvo. —Le puso la mano sobre el corazón y susurró una plegaria a Xiomara—. Ahora, corre al bosque con tu hermano y toma fuerte su mano.

Recordaba haber corrido con todas sus fuerzas. Recordaba los gritos de sus padres persiguiéndolos. Recordaba a sus sombras, que le decían que las liberaran y que ellas se encargarían de todo.

Rosa les creyó. Las dejó sueltas y fue el mayor error de su vida… hasta esa noche.

Suspiró y guardó sus recuerdos en las afiladas esquirlas de su corazón. Es curioso el poder que puede tener un recuerdo, puede llenar a alguien de alegría o devorar su alma.

Pensar en su familia hizo ambas cosas.

Le pesaban los ojos. Quizá se despertara por la mañana y descubriera que todo había sido una pesadilla. Tal vez se levantaría y encontraría a Juana a su lado.

Rosa sabía que sería un falso sueño, pero a medida que el dolor de cabeza llegaba y el sueño tiraba de su hilo de conciencia, decidió que no le importaba. Prefería albergar esperanzas a ahogarse en remordimientos.



# CAPÍTULO 4

## Mariano

Mariano se agachó cuando una daga saltó hacia su cráneo. La hoja se clavó en un barril detrás de él. Con un gruñido, agarró la empuñadura, la arrancó y arrojó el arma contra el oficial que la había lanzado. Se clavó con profundidad en el pecho del hombre, que puso los ojos en blanco antes de caer por la barandilla al mar.

El choque de la armada contra la tripulación del Draque rugía a su alrededor, pero Mariano tenía su misión: marcharse.

Bajó al camarote de la tripulación, que olía a orina y marihuana, a sudor y ron. No había nadie, salvo un hombre que se mecía en su hamaca, demasiado borracho para darse cuenta de la batalla que se libraba arriba.

Cogió una antorcha y fue hacia la bodega. Sus posibilidades de sobrevivir en la tormenta eran escasas, pero, sin provisiones, no habría esperanza de sobrevivir a nada. Conseguiría cerveza, carne seca y mantas; eso era todo lo que podía llevar.

Con la mano todavía agarrada a la escalera, esperó un momento en silencio para asegurarse de que nadie lo hubiera seguido, pero en el aire solo resonaban gritos de hombres moribundos y alaridos de cañonazos. Tenía ganas de volver a la lucha y pelear contra cada

maldito miembro de la tripulación del rey. Nunca había sido un cobarde.

Hundió los dedos en el bolsillo, sacó la piedra de labradorita y miró con odio la baratija. ¿Cómo podía su padre pedirle que desertara?

La respuesta no importaba ahora. Ya había jurado que se iría.

Se puso la cadena y se la metió bajo la camisa. Luego, se escurrió bajo las gruesas vigas que sostenían la cubierta y se dirigió hacia las provisiones. En silencio, abrió un barril que contenía productos secos.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó una voz desde lo profundo de las sombras.

Mariano maldijo en voz baja, con el declive de su padre y la irrupción de la armada, había olvidado que Santi había sido encarcelado hacía unos días.

—Eso no es asunto tuyo —dijo.

Se acercó a la carne seca que colgaba de las vigas y cogió los restos que aún no habían mordisqueado las ratas.

Una tabla del suelo crujió. Santi rodeó los barrotes con los dedos.

—Si estuviera apostando, que lo estoy, diría que te estás preparando para huir de este bendito barco. Y nada menos que en medio de una pelea.

Mariano tiró al suelo un trozo de carne contaminada.

—Déjame en paz, Santi. Esto no te incumbe.

Santi se inclinó hacia delante, con la frente apoyada en los barrotes de la celda. Solo tenía dos años más que Mariano, diecinueve, pero era diferente a él en todos los sentidos. Mariano era musculoso y robusto, tranquilo y calculador, de espeso pelo negro y

profundos ojos marrones; dejaba que el vello de sus mejillas creciera a su antojo. Santi tenía rizos peinados e iris dorados, una lengua malvada y sentido del humor. Sus facciones eran tan afiladas, que incluso su bigote y su barbilla eran puntiagudos.

Mariano frunció el ceño. ¿Cómo podía afeitarse bien un hombre que llevaba casi una semana encerrado en una celda? Hasta su abrigo y sus pantalones parecían bien cuidados.

—Tengo una deuda que saldar contigo —dijo Santi—. Y, aunque tu actitud melancólica no es emocionante, te lo devolveré. Después de eso, y solo después de eso, podrás deshacerte de mí.

Santiago sí se había endeudado con Mariano, pero este nunca había obligado a Santi a quedarse… aunque tampoco le había pedido nunca que se fuera. La triste realidad era que, en los tres años que hacía que Mariano conocía a Santiago, el canalla se había convertido en su primer y único amigo, aunque Mariano nunca le diría semejante cosa.

—Comparte tus planes conmigo, señor príncipe, para que pueda ayudarte.

—No me llames así —gruñó Mariano. Detestaba el apodo que le habían puesto sus tíos. Era una burla a todo lo arduo que había trabajado para ser quien era. No era un príncipe: era un pirata. Un demonio que debía infundir miedo en los corazones de los hombres, no ser idealizado por las damas.

Las cuidadas cejas de Santi se alzaron sobre su frente.

—No dejaré que huyas de este barco sin mí, lo sabes.

Mariano soltó una risita mientras cogía una pequeña jarra de cerveza.

—Estás entre rejas y no irás a ninguna parte.

Santi estaba mejor así; permanecer encerrado sería más seguro. Si la armada del rey tomaba el poder, Santi podría decir que había sido capturado por el Draque. Además, Mariano no estaba seguro de poder atravesar la tormenta en uno de los botes grandes. No arriesgaría la vida de su único amigo, aunque eso significara no volver a verlo.

Santi sonrió y mostro su boca llena de dientes blancos, salvo un canino dorado.

—Puedo ser un borracho y un canalla. Pero tú estás loco si crees que me vas a dejar atrás.

—No tendré tu cadáver en mis manos.

Por todos los mares, Mariano sonaba como su padre.

—Cuando me salvaste de morir en manos de tus tíos hace tres años, después de que vosotros, rufianes, abordarais el barco en el que yo iba de polizón, ¿qué dije? Dije: «Yo, Santiago Raúl Marcos Acalán Cienfuegos, juro permanecer a tu lado hasta que mi deuda de vida haya sido pagada». ¿No es cierto?

Lo había hecho. Y los hombres del Draque rara vez dejaban escapar a los prisioneros. Sus tíos querían infundir miedo en el corazón de todos los marinos del reino. Pero había algo en Santi que hizo reflexionar a Mariano. Algo en la forma en que Santi acogía la muerte despertó su curiosidad. Él lo trajo a la tripulación del Draque y lo convirtió en un verdadero pirata. Desde entonces, Santi se sentía en deuda con él.

—Como yo lo veo, señor príncipe, me necesitas. Puedo navegar y llevarte a tierra. Puedo salvar tu vida como hiciste con la mía. Sin mencionar que soy encantador, y damas y caballeros se enamoran de mí dondequiera que voy.

Mariano observó la habitación vacía.

—Yo creo que te falta encanto.

—Soy inocente de todos los delitos que se me han imputado. En realidad, fue un malentendido, estaba jugando a las cartas con uno de mis compadres y resultó que mi mano fue mejor que la suya… cinco veces seguidas. —Se le escapó una sonrisa maliciosa.

Aunque Santiago podía ser un bufón, era la única persona en la vida de Mariano que nunca lo había defraudado. Y, en verdad, le vendría bien un hombre del nivel de Santi, en especial cuando se trataba de dirigir un nuevo barco.

—No tengo llave.

—No hay problema. —Santiago descorrió el pestillo y la puerta de la celda se abrió con un leve chirrido—. Forcé la cerradura hace días. No puedes esperar que un hombre como yo esté sentado todo el día sin ron en la barriga.

Mariano se burló mientras Santi salía de la celda.

—¿Cómo has…?

—Señor príncipe, ya deberías saber que soy un hombre de muchos dones. —Cogió la bolsa de la mano de Mariano y se la echó al hombro—. ¿Nos vamos? Me gustaría salir de este barco antes de que vuele en pedazos.

Mariano sintió pavor al pensar que el Venganza se hundiría sin él. De que su padre no tuviera el entierro que merecía. Pero no podía pensar en ninguna de las dos cosas, el tiempo no estaba de su parte.

Los dos se deslizaron por la escalera, pero se detuvieron antes de subir a cubierta. Mariano entornó los ojos para protegerse de la lluvia y contempló el oscuro caos. El viento azotaba con fuerza,

como si se uniera a la pelea. Los oficiales debían de tener una Majestuosa a bordo para producir semejante tormenta. La mayoría de los capitanes de la armada estaban ligados a Majestuosas que podían controlar los elementos.

Bravos comandantes eran, que tenían que traer brujas para ganar sus batallas por ellos.

Llamó a Santi.

—Tomaremos uno de los barcos de la armada del rey.

—Es una idea horrible. —Una amplia sonrisa se deslizó por las facciones de Santi—. Me encanta.

Juntos, entraron y salieron de la bodega, escabulléndose hacia la proa. Una sola cuerda colgaba de la barandilla. Un hombre con el escudo del rey subía a bordo y sus ojos se desorbitaron cuando Mariano se acercó a él.

—Tú… —tartamudeó—. Tú eres el príncipe de los piratas.

Antes de que Mariano pudiera alcanzarlo, el oficial se soltó de la cuerda y cayó a las olas.

Santi se inclinó sobre el borde y chasqueó la lengua, observando cómo el joven oficial desaparecía en el mar embravecido.

—Siempre supe que eras una bestia feroz, pero eso ha sido extravagante.

Mariano se río con desprecio. Había carteles de «Se busca» con su cara en todas las cantinas del reino. Santi se había burlado de él sin descanso después de enterarse de que las jovencitas los cogían y los colgaban en sus paredes. Mariano se había enfurecido al ver que solo ofrecían cincuenta mil miserables monedas por su captura; él valía al menos tres veces esa cantidad.

—Ve primero —ordenó—. Guarda la mercancía antes de que la lluvia lo arruine todo. Yo te cubriré las espaldas.

Santi acató la orden.

—Sí, señor. —Trepó por el borde e inició el descenso. Mariano balanceó su pierna.

—Eres una rata.

Una mano agarró la camisa de Mariano, lo tiró hacia atrás e hizo que cayera sobre el suelo de la cubierta.

Un relámpago brillante iluminó al más joven y corpulento de sus tíos. Las enormes manos del hombre eran como dos rocas dispuestas a hacer pedazos a Mariano.

—Pensaste que te largarías, ¿verdad?

Mariano golpeó con su bota la espinilla de su tío, y el hombre rugió y se tambaleó. Poniéndose en pie de un salto, Mariano embistió a su tío. Los puños chocaron contra la carne mientras ambos luchaban por el control. Mariano no era un hombre pequeño, pero su tío era del tamaño de un toro y lo doblaba en peso. Logró tomar el control y tiró a Mariano al suelo, cerniéndose sobre él como la parca.

—¿Dónde está la gema? —gruñó.

—Aquí mismo. —Mariano se golpeó el pecho con la palma de la mano—. Intenta cogerla. Vamos, te reto.

Su tío rio con amargura.

—La cogeré, justo después de matarte, principito.

Una sombra se formó detrás de su tío. Santi levantó una botella de ron por encima de su cabeza y la hizo caer con fuerza sobre el cráneo del viejo. Mariano giró la cara para esquivar los fragmentos

de cristal que caían. El cuerpo de su tío se balanceó un instante antes de caer hacia un lado.

—¿Qué haces? —gritó Mariano.

—Ayudarte. —Se palmeó el abrigo—. No temas, tengo otra botella.

Mariano sacudió la cabeza mientras se levantaba.

—No hablo de eso, cerebro de chorlito. Lo tenía en mis manos, podría haber ganado esa pelea.

El bigote de Santi se retorció.

—No creo que la pelea estuviera tan bien como creías.

Un furioso relámpago cayó desde lo alto, seguido del estruendo de un trueno.

—Deberíamos irnos, ¿no? —preguntó Santi.

Mariano hubiera preferido sacarse los ojos con sus propios dedos antes que tener nada más que unas tablas entre él y el océano. Pero Santi tenía razón, tenían que irse.

Se metió la cadena bajo el cuello: si esa gema de verdad era capaz de llevar a un hombre al deseo de su corazón, Mariano podría ser conducido a riquezas inimaginables. O, al menos, a tierra firme. Y entonces, les mostraría a todos qué clase de hombre era. Enseñaría a sus tíos y al mundo entero que no se debía jugar con él.



Por fin brillaba el sol tras horas de viaje en el pequeño bote de remos a la deriva hacia ninguna parte. Mariano cerró los ojos e

inclinó la cabeza hacia los benditos rayos de sol, y dejó que penetraran en su piel helada.

Santi se levantó de forma brusca, lo que hizo que la nave se balanceara. Mariano se agarró al navío como pudo.

—¿Puedes ver? —Una gran sonrisa iluminó el rostro de Santi y dio una palmada en el hombro de Mariano—. Tierra, amigo mío.

Mariano entrecerró los ojos. La isla era pequeña pero rebosante de vegetación y las cascadas brotaban sobre los acantilados y se adentraban en el mar. Un impresionante palacio sobresalía en su cima.

—Mierda —dijo en voz baja. Se acercaban a la Isla de las Pecadoras.

Este era el último lugar en el que deseaba estar. Las aguas estaban llenas de *tlanchanas*. Y todos los marineros evitaban la isla maldita como si estuviera infectada, incluso el Draque.

Las afiladas facciones de Santi se oscurecieron.

—¿Oíste eso, señor príncipe?

A Mariano se le encendió el rostro.

—Llámame así otra vez y te tiro por la borda.

Santi hizo un gesto despectivo con la mano

—Escucha, juro que escuché algo.

Mariano aguzó el oído. Nada.

Pero entonces, él también lo oyó: un suave zumbido procedente de las aguas bajo la embarcación. Todo en su interior se congeló.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Santiago.

—Cállate. —Sus ojos escudriñaron las aguas turquesas. Ninguna aleta a la vista, ni burbujas rompiendo la superficie; aun así, ese sonido era inconfundible.

—Rápido —dijo—, tápate los oídos. —La cara de Santiago se llenó de confusión.

—Maldición. Vienen las *tlanchanas.* —Mariano se llevó la mano al único mechón retorcido de su pelo que estaba cubierto de cera gruesa para momentos como este. Una vez lo habían encontrado desprevenido cuando llegaron estos monstruos y casi le roban la vida; no volvería a ponerse en ese aprieto.

—No puedes hablar en serio —dijo Santiago mientras Mariano le arrancaba pequeños mechones de pelo.

—¿Acaso soy de los que le quitan importancia a cualquier situación? He tenido tratos con estas criaturas antes, ¿recuerdas? —Se levantó la camisa para mostrar las dentadas cicatrices que cubrían su torso—. No son las bellas doncellas que cuentan a los niños. Son bestias amenazadoras que se alimentan de la miseria de las personas.

Santiago jugueteó con su bigote.

—¿*Tlanchanas*, dices? Creía que solo vivían en lagos y ríos.

—Las cataratas que rodean la isla vierten agua dulce al mar. Ahora, ponte la maldita cera en los oídos, no sea que quieras que te conviertan en papilla.

Se metió una buena cantidad en las dos orejas y le dio el resto a Santiago. Sus sienes palpitaban mientras las aguas a estribor se agitaban. Una sombra larga y oscura se deslizó bajo la superficie, y luego, otra.

Agarró su sable, metió la otra mano en la bota y desenvainó la daga que mantenía oculta. Santiago la cogió y preguntó:

—¿Ves algo?

Mariano negó con la cabeza y luego hizo una pausa.

Una mano con dedos escamosos surgió de las aguas y se agarró al borde de la embarcación. Largas garras con puntas dentadas se clavaron en la madera. El bote se tambaleó y Santi chocó contra la popa. Cuando las garras se clavaron con más vehemencia, se inclinaron hacia un lado.

Mariano cortó con su sable la pálida carne de la *tlanchana*. La sangre salina llenó el barco y las aguas circundantes. No necesitaba oír para saber que la *tlanchana* gritaba con todas sus fuerzas. Su cola se agitó en el mar y chocó contra el casco con una fuerza demoledora.

Una segunda *tlanchana* subió a bordo. De su torso desnudo colgaban hilos de huesos y perlas. El cabello negro se agitaba alrededor de su rostro angelical, pero no había alma tras los ojos azul plata, solo hambre. Sus labios grisáceos se retrajeron para mostrar una boca llena de dientes afilados como cuchillas.

La sirena giró en dirección a Santi, mientras sus branquias se abrían y cerraban a ambos lados del cuello, y luego se abalanzó, con las garras desplegadas ante él. Santiago blandió la daga en defensa propia, pero la cola de serpiente lo azotó en el pecho con fuerza suficiente para hacerlo caer al mar.

Antes de que pudiera lanzarse tras su amigo, la *tlanchana* fue hacia Mariano, con sus facciones curvadas en una mueca despiadada.

Atravesó el aire con su sable. La bestia abrió los ojos, se quedó boquiabierta y retrocedió mientras agarraba su abdomen. Mariano se levantó con las piernas tambaleantes mientras de la herida manaba sangre negra. Una especie de arrepentimiento enfermizo se agitó en

su interior. Pero ¿por qué iba a preocuparse por quitarle la vida a algo que intentaba matarlo?

Sin pensar en la *tlanchana* moribunda, se zambulló en las aguas.

Con el sable entre los dientes, nadó con fuerza hacia la nube de tinta que era la sangre de la otra *tlanchana*. El brazo de Santiago atravesó la oscuridad y se agitó mientras intentaba liberarse.

Como si percibiera su presencia, la desgraciada se dio la vuelta. Al instante, soltó a Santiago y corrió hacia Mariano. Este se preparó para el impacto, dispuesto a despedazarla como había hecho con su compañera.

Pero entonces, la bestia se detuvo. Las escamas de su cola negra brillaban de un azul eléctrico y sus ojos resplandecían. Algo caliente chisporroteó contra el pecho de Mariano, su mano libre agarró lo que fuera que ella observaba hasta que sus dedos encontraron la cadena. La piedra emitió una pulsación.

La bestia abrió la boca y gimió, pero su voz cayó en oídos inaudibles. Gracias al mar, la cera se había mantenido en su sitio. Gritó una vez más antes de hundirse en las profundidades.

Con los pulmones ardiendo, Mariano nadó hacia la superficie. El aire le golpeó la cara, una mano lo agarró de la camisa y lo arrastró hasta el barco. Mariano se desplomó sobre un montón de ropa empapada, recuperando el aliento.

La cara de Santiago tapaba el sol, pero su rostro estaba tenso por la preocupación.

—¿Estás bien, señor príncipe?

Todo le palpitaba: el pecho, los músculos y el maldito cerebro.

—¿Te parece que estoy bien?

—Mejor que ella. —Santi señaló hacia la *tlanchana* que seguía en el barco—. ¿Por qué han atacado? —preguntó Santi.

—Quizá tenían hambre —afirmó mientras dejaba que su cuerpo se fundiera con el suelo mientras se calmaba.

—No puedo decir que las culpe. Siempre me han dicho que soy delicioso. —Santi se rio entre dientes.

—Estoy seguro. —Poco a poco, Mariano se puso en pie—. Ayúdame a deshacerme de ella.

Juntos, tiraron el pesado cuerpo de la *tlanchana* por la borda. El deshonroso acto se llenó de gruñidos y maldiciones, y del ruido sordo del peso muerto mientras se hundía en las aguas.

Mariano apoyó las manos en las caderas y observó cómo desaparecía el cadáver.

—¿Habrá más? —preguntó Santi.

—Espero que no. —Sacó la cadena de debajo de su camisa—. Algo en la gema impidió que me matara.

Sus pensamientos se remontaron a su encuentro con las *tlanchanas* cuando era niño. Había sido su padre quien lo había rescatado. El hombre ni siquiera había movido un dedo contra ellas, solo soltaron a Mariano y se alejaron corriendo. ¿Sabía la piedra que él deseaba vivir y utilizó su magia para salvarlo a él y a su hijo? Mariano suspiró y se echó hacia atrás la húmeda mata de pelo rizado. Sin su padre, suponía que nunca sabría lo que había sucedido.

Santiago se aclaró la garganta.

—Me gustaría darte las gracias por salvarme la vida… otra vez.

Mariano se sentó en el banco.

—La sola idea de que me des las gracias hace que me arrepienta por completo de haberte rescatado.

Santi se giró y se arrodilló junto al cofre en el que habían guardado las provisiones. Se dio la vuelta sosteniendo en alto una botella de ron.

—Entonces, brindo por ti. Por salvarme dos veces la vida.

Mientras Santi bebía para olvidar sus nervios, Mariano se frotaba las sienes. Estaba hambriento, cansado y muy confundido sobre su próximo paso. Los rayos del sol se deslizaban por su cuerpo y acariciaban su cara, reseca por la sal. Parpadeó contra la luz cegadora, contra el cielo zafiro, demasiado bonito para su estado de ánimo. La Isla de las Pecadoras se acercaba de manera peligrosa y las corrientes debían estar remolcándolos en dirección hacia la isla.

El palacio de las Majestuosas era de piedra clara, sus curvos tejados eran de azul suave y tenía amplias ventanas arqueadas y balcones cubiertos de hiedra. Los árboles que lo rodeaban se mecían con la brisa y pintorescas cascadas desembocaban en el mar. Era extraño que viles brujas vivieran en un lugar tan bonito.

Los ojos de Mariano recorrieron los bordes de la isla hasta que se detuvieron en una bahía llena de barcos. Barcos, nada menos, que enarbolaban banderas de las seis islas principales que componían el reino.

Se pasó la mano por la cara.

—¿Qué sucede ahora? —Santi bebió más ron y dejó escapar una tos sibilante. Mariano señaló hacia la flota de barcos.

—Estamos saqueados en exceso.

—Ya me gustaría. —Santi sonrió, con un solo hipo haciéndole temblar los hombros.

Mariano golpeó la mano contra el costado del barco. Le dolía muchísimo, pero necesitaba distraerse.

—Esos —dijo señalando los buques de guerra llenos de cañones y las elegantes goletas que tenían ante ellos— son casi todos los malditos buques de guerra de todo el reino de Coronado.

El buque de guerra que atacó el Venganza solo había sido una distracción. Una forma de mantener ocupados a los piratas que pudieran estar surcando los mares mientras los navíos del reino se deslizaban hacia la Isla de las Pecadoras. Se sabía que los barcos que llegaban a la isla para la Ofrenda estaban repletos de riquezas. Los diezmos a la Iglesia y los pagos de los nobles por las brujas debían protegerse a toda costa.

A Mariano le palpitaba el pecho, hundió la mano en el cuello de la camisa y sacó la cálida cadena. Una luz plateada palpitaba en el interior de la piedra azul noche.

—¿Qué demonios te dio tu padre?

Mariano movió la cabeza.

—No lo sé con exactitud. Pero ¿quizá nos ha traído hasta aquí?

—Espléndido, tu amuleto nos desea la muerte.

Los ojos de Mariano recorrieron la isla. Los barcos anclados en su bahía. Las banderas reales que ondeaban en la brisa. Si se suponía que la gema lo llevaría al deseo de su corazón, ¿por qué traerlo aquí? Su padre había mencionado el amor. Había actuado como si eso fuera lo que estaba destinado a encontrar. Pero el amor no era algo que Mariano necesitara ni quisiera. Deseaba riqueza y, últimamente, venganza.

Se rio entre dientes. La respuesta era muy clara.

—Los diezmos.

El extraño bigote que Santi insistía en conservar se crispó.

—¿Quieres ir a la Isla de las Pecadoras?

—El tesoro está frente a nosotros, amigo. Una vez que encontremos qué barco lleva más riquezas, haremos lo que los piratas mejor saben hacer: lo cogemos.

Santiago frunció los labios y miró fijamente hacia los barcos. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Pues, bien. ¿Qué esperamos?



# CAPÍTULO 5

## Rosalinda

### Día 1 de la Ofrenda: Alabados sean los dioses del descanso y el rejuvenecimiento

A Rosa le dolían los huesos mientras se levantaba del suelo en el que se había quedado dormida. Un rayo de sol atravesó las cortinas. Se asomó al balcón. El primer día de la Ofrenda había comenzado de modo oficial.

Se sentía vacía por dentro, como si alguien hubiera cogido una cuchara de metal y le hubiera quitado toda esperanza. No había sido una pesadilla, Juana se había ido de verdad.

¿Qué le había hecho doña Lucía? ¿Cumplir su palabra y no hacerle daño?

Rosa se puso en pie. Encontraría a su amiga y se aseguraría de que saliera ilesa. Sus dedos rodearon el picaporte y tiraron de él, pero no se movió.

—¿Qué demonios? —susurró.

Rosa sacudió el picaporte y tiró de la puerta con todas sus fuerzas. Pero por más que lo intentaba, no se abría.

—¡Esa zorra! —resopló. Y dio un pisotón.

Sus sombras se agitaron.

«Podemos romper la puerta. Destruiremos todo el palacio si así lo deseas».

Se le revolvió el estómago.

—Os dejé salir anoche y mirad lo que pasó.

Las sombras siseaban.

Ignorándolas, pegó el oído a la madera y pudo oír unas voces a lo lejos.

—¡Hola! —llamó—. Sé que estás ahí.

Nadie respondió.

Se arrodilló y, al asomarse por debajo, vio las siluetas de piernas y pies que pasaban.

—¡Os veo! —gritó—. ¡Dejadme salir!

De nuevo, nada. Se levantó y gritó. Agarró un candelabro y lo lanzó, pero solo rebotó en la gruesa madera y cayó sobre la alfombra. La habían encerrado en una jaula como a la *tlanchana* oculta en la laguna, cerca de los escombros del templo de Xiomara.

Se acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Lo siento mucho —susurró, en un rezo para que sus palabras encontraran de algún modo a Juana—. Perdóname.



Después de lo que parecieron años, su puerta crujió al abrirse.

—¿Rosalinda?

Rosa salió disparada.

—¡No cierres la puerta!

Pero Isobel, otra de las chicas que habían alcanzado la mayoría de edad este año, sacudió la cabeza y la cerró con suavidad.

—La doña hizo que la pequeña Alicia te sellara con su magia, le han dado órdenes estrictas de que solo te deje salir cuando vayas acompañada de Lola.

Isobel esbozó una sonrisa comprensiva y se sentó junto a Rosa. Le ofreció un vaso de agua de tamarindo.

—Para recuperar fuerzas.

Las pelucas que Isobel se ponía variaban con sus vestidos y estados de ánimo. Hoy iba vestida como una sirena, con rizos negros que caían en cascada por su cuerpo en una masa de suaves ondas. La fina bata que vestía apenas ocultaba su suave y morena piel que brillaba por los aceites que olían a leche con miel.

—Mis bebés me contaron lo que pasó —dijo Isobel, mientras dejaba el vaso en el suelo. Levantó la mano y una araña gorda se posó en su nudillo, sus ojos brillantes seguían cada movimiento de Rosa.

Isobel estaba dotada de poderes sobre las arañas y podía controlar a las pequeñas bestias como si fueran parte de ella. Era una Majestuosa preciada, como Rosa. Lo más probable es que algún general o uno de los cazadores deseara atarse a ella y a sus pequeñas espías.

Isobel se llevó la criatura a la oreja.

—Dice que diste una pelea digna.

—Pero no fue suficiente, ¿verdad? Juana se ha ido y ni siquiera sé adónde se la llevó el ama. —Un pensamiento se deslizó en la mente de Rosa—. ¿Sabes dónde está?

—Me temo que no, se escondió cuando tú… —Sus ojos se dirigieron a sus faldas—. Cuando liberaste las sombras.

Rosa bajó la barbilla.

—Soy tonta.

—No lo eres. —La mano de Isobel tomó su brazo—. Luchar por una oportunidad de tener una vida propia nunca es una tontería.

—Pero no hay manera de ganar, ¿verdad? Estoy más atrapada que nunca y doña Lucía usará a Juana en mi contra hasta mi último aliento.

—No te rindas. No si ser libre es lo que de verdad quieres.

—Isobel, mira lo que pasó. —Sacudió la cabeza—. Doña Lucía es demasiado poderosa.

—Eres la Majestuosa más formidable que hemos visto en mucho tiempo, incluso más que esa bruja de doña Lucía. Tienes que confiar en ti misma.

¿Esas palabras venían de verdad de Isobel? Siempre había sido recatada y educada a la perfección. Rosa ni siquiera la había oído maldecir antes.

Por primera vez, tal vez en su vida, Rosa la vio. Era guapa, de una manera impresionante pero olvidable al mismo tiempo. Se deslizaba por la habitación con los hombros caídos, la cabeza inclinada como si tratara de ocupar el menor espacio posible. Pero, tal vez detrás de eso había algo más. Quizá su tranquilidad era su escudo, su forma de mantener los ojos lejos de ella para poder sobrevivir, al igual que sus arañas.

Rosa tomó el vaso y bebió el líquido rápido. Era un pequeño gesto, pero quería demostrar que apreciaba a Isobel.

Cuando se acabó el jugo ácido, Rosa preguntó:

—¿Deseas liberarte alguna vez de este lugar?

Isobel jugueteó con su bata.

—No he conocido nada más allá de la Isla de las Pecadoras. Mi madre me entregó a la Iglesia antes de que pudiera andar. Ni siquiera sé de qué isla vengo, y no creo que durara mucho en el mundo real por mi cuenta. Pero tú sí podrías, y Juana también. Mereces ser feliz.

—Todos nos lo merecemos, ¿no? ¿O nacer Majestuosa es tan malo como la Iglesia dice?

Nadie sabía por qué o cómo una niña era elegida para ser una Majestuosa, pero cuando los poderes de una pobre niña se manifestaban, la Iglesia venía a recogerla y se la llevaba a la Isla de las Pecadoras antes de que cualquier alma no Majestuosa se viera contaminada por su influencia.

A menos de que los traficantes de magia las encontraran primero y vendieran su magia en los mercados oscuros, como era el caso de Lola.

Los pocos que fueron escondidos por sus seres queridos, como Rosa, o por grupos que deseaban abolir la Ofrenda vivieron una vida de miedo constante. Escondidos en bosques, vivían en sótanos, navegaban hacia confines desconocidos, hacia la bahía del Hombre Muerto. Todo con la esperanza de ser olvidados y permanecer libres. Pero, casi siempre, las Majestuosas fugitivas eran descubiertas por los cazadores.

Una tarántula peluda colgaba del pelo de Isobel y se posaba en su hombro. Se volvió hacia la puerta.

—Lola se acerca; la envían para llevarte ante el rey Sebastián.

Los ojos de Rosa se abrieron de par en par y sus sombras cobraron vida.

—¿Ahora?

Isobel asintió.

—Yo he ido a verlo esta mañana. Todas las Majestuosas disponibles lo harán antes del desfile de mañana, así que puede que haga su elección antes que nadie; aunque ya sabemos que serás tú.

—Pero el día de hoy debe observarse en tranquila retrospección por respeto a los dioses del descanso. ¿Qué pensará Xolo cuando vea que sus adoradores no ofrecen las alabanzas debidas? Los huéspedes deben holgazanear en sus habitaciones con las cortinas cubiertas.

Los seis primeros días de la Ofrenda se celebraron en honor de los distintos dioses a los que la Iglesia rendía culto y se tematizaron como tales. Hoy celebraban a los dioses del descanso y el rejuvenecimiento, Xolo y Temilo. Mañana reconocerían a los dioses del aire y las criaturas aladas. Un evento extravagante tendría lugar en el lado de la isla azotado por el viento. El séptimo y último día —que antes se dedicaba a alabar a Xiomara— era cuando tenía lugar el ritual de unión.

Cuando las mujeres por cuya protección la diosa sacrificaba su vida se regalaban como brillantes baratijas.

Rosa negó con la cabeza.

—No puedo ver al rey. Ahora no. —No cuando aún le dolían las heridas de haber perdido a Juana.

—Nos han entrenado para esto desde que éramos niñas. Para sonreír incluso cuando nos morimos por dentro. Lo harás ahora, Rosa, y serás convincente. Sé que saldrá bien.

Tres golpes rápidos sonaron en la puerta.

—Ten cuidado —susurró Isobel—. Hay algo extraño en ese hombre y mis arañas no se acercarían a él.

Cuando Lola entró en la habitación, sintió un miedo glacial. Su piel morena estaba manchada e hinchada alrededor de los ojos y no llevaba la cara pintada.

Dudó antes de cruzar el umbral.

—Sé que no quieres oír esto, pero…

—Voy a ver al rey.

Lola asintió.

—Doña Lucía pide que vengas vestida con tus mejores galas. Estoy aquí para ayudarte.

Rosa se cruzó de brazos.

—Prefiero sentarme sobre cristales rotos antes que ver a ese hombre.

—Nuestra ama dice que sabes lo que pasará si desobedeces. —Lola le dirigió una mirada de advertencia, suplicándole que accediera.

—Entonces, ¿lo sabes? ¿Sabes lo que pasó entre Juana y yo?

Una sola lágrima recorrió la mejilla de Lola y se acumuló en la comisura de sus labios; le temblaba la barbilla.

—Hay ojos y oídos por todo el palacio, Rosalinda. Ya deberías saberlo.

La culpabilidad golpeó el vientre de Rosa. Se había enfadado con Juana por intentar llevarse a Lola con ellas. Habían discutido y había sido la peor de las amigas. Y ahora, Juana estaba perdida para las dos. Rosa le había preguntado a Juana si Lola era su canción del corazón, pero Juana no lo sabía. ¿Lo sabía Lola? ¿Oía ella la canción

del corazón de Juana? A juzgar por la pena que se reflejaba en su cara, Rosa tenía que preguntárselo; pero ahora no era el momento.

Enderezó la columna.

—Ayúdame a vestirme.



El tono coral del vestido que llevaba era precioso, pero el corpiño era demasiado bajo por delante y aún más por detrás. Las faldas acampanadas hacían que sus caderas, ya de por sí curvilíneas, parecieran aún más redondas. Si al rey le gustaba una figura voluptuosa, le costaría mucho ignorar la suya.

Rosa resopló. No quería que la vieran y la consideraran atractiva. Quería que la escucharan y la entendieran, pero los hombres, sobre todo los poderosos, nunca lo hacían.

Sus tacones chocaron contra las baldosas cuando se dirigió al salón privado del rey. Estaba situado en el ala oeste del palacio y ofrecía las vistas más despejadas de la bahía, pero el pasillo sin ventanas que conducía a sus aposentos estaba mal ventilado, oscuro y lleno de secretos traicioneros. A Rosa le sudaban las axilas y se le humedecían las palmas de las manos. Respiró con tranquilidad varias veces antes de llamar a la puerta lacada.

Quizá si no era tan arrogante como ella supuso al principio, podría apelar a su benevolencia. Él podía ordenarle a la doña que liberara a Juana, como rey, ¿no?

La puerta se abrió de golpe y la sobresaltó. El rey Sebastián solo llevaba pantalones y una blusa holgada. Tenía los puños desabrochados y no usaba zapatos. Sus suaves rizos le rodeaban los hombros, enmarcando un rostro casi demasiado atractivo. Una escultura a su semejanza podría confundirse con uno de los dioses.

A Rosa le subió el calor por el cuello y se miró las zapatillas. Nunca había estado a solas con un hombre, y menos con un rey, con tan poca ropa.

Recordó sus modales e hizo una reverencia.

—Alteza, es un honor.

—Llegas tarde.

Las dos palabras golpearon la mejilla de Rosa.

Cruzó la habitación, mientras él le hacía señas con un dedo anillado.

—Doña Lucía dijo que llegaría mucho antes de la hora del té. —Señaló hacia un carrito desechado de cosas para el té y pasteles dulces—. Como puedes ver, ya me he saciado.

—Mis disculpas, rey Sebastián. No hay excusa para mi tardanza. —Pero sí la había: la cara de Rosa estaba tan hinchada por las lágrimas que había derramado la noche anterior que Lola había tenido que llamar a Serena para que usara su magia para aliviar la hinchazón hacía solo unos minutos.

El rey se desplomó sobre un diván de terciopelo y cruzó las piernas.

—Habla rápido, Majestuosa. Impresióname antes de despedirte. Viajar a través de ese desdichado mar me ha dejado exhausto y me gustaría otra siesta.

Tragó saliva y deseó que sus fantasmas se relajaran para poder concentrarse.

—Yo… —Tropezó con sus pensamientos. No le salía nada apropiado, ni ingenioso. Solo podía pensar en la cara de Juana mientras la arrastraban. Los gritos de Juana pidiéndole que huyera.

«¿Huir adónde?», quería preguntarle a Juana. «¿A qué mares pensó que iría sin ella?».

Rosa dirigió su mirada hacia las ventanas, desde allí no se veía más que agua y cielo. Le llamó la atención una barca que se acercaba de manera peligrosa a las rocas. Entrecerró los ojos. ¿Qué demonios hacía allí? Aquellas aguas estaban repletas de *tlanchanas*. Cualquiera con un poco de sentido común sabría que no debía navegar en un lugar tan peligroso.

Dos jóvenes estaban sentados dentro del bote de remos. Uno le daba la espalda y agitaba las manos como si estuviera contando un cuento salvaje. El otro… en su interior algo se agitó, algo cálido y zumbante la recorrió. No podía distinguir la totalidad de sus rasgos desde esa distancia, pero era bastante fácil darse cuenta de que era triste y melancólico. Fruncía el ceño mientras remaba.

Se detuvo e inclinó la cabeza hacia el palacio, hacia ella, y su corazón dio un rápido y doloroso apretón. Jadeó.

—¿Te encuentras mal, Majestuosa? —preguntó el rey—. Si vas a desmayarte, haz el favor de hacerlo en otra parte.

Apartó los ojos del chico de la barca.

—Yo… Eh… Estoy bien, alteza. Mis disculpas.

—Deja de disculparte y cuéntame algo sobre ti. —Sus ojos recorrieron su rostro—. Estás aquí para dar una buena primera impresión, ¿no? Estás fracasando de manera miserable, debo decir.

Qué abusador, era todo un esnob.

—¿Es esto lo que tu ama te ha enseñado? ¿A ser grosera, llegar tarde y trastabillar con tus palabras?

—No, claro que no. —Ay, diosa, ¿le hablaría a doña Lucía de este desdichado encuentro? Se pondría furiosa. Rosa necesitaba arreglar esto rápido—. Mi querida ama ha sido una maravillosa institutriz; soy yo quien ha fallado.

El rey apretó los labios, una sola uña larga repiqueteaba sobre ellos como un tambor.

—Doña Lucía es siempre una domadora de leones, que alguien tan poderoso como tú le sea tan fiel es curioso. Dime, ¿a quién serás leal si te llevo a mi castillo en la gran ciudad de Coronado? ¿Me servirías solo a mí o también a tu señora? ¿Quizá a la Iglesia que ha afirmado amortiguar la pecaminosidad dentro de todas las Majestuosas?

Se agachó, cogió un trozo de pescado crudo de una bandeja de hielo y lo olisqueó. Hizo una mueca de desagrado antes de volver a tirarlo.

—Odio el marisco. Irónico, ¿no? El gobernante de un reino insular, rodeado de nada más que mar, y no puedo soportar el olor. Supongo que es mi castigo por haber nacido en la realeza.

Levantó los ojos y la miró fijamente. Había algo allí, algo oculto tras el marrón intenso de sus iris. Una pregunta o un deseo.

Se echó hacia atrás.

—Dime, ¿a quién eres leal?

¿Importaba? Una vez completado el ritual de Atadura, no podría levantar una mano ni una sombra contra la persona a la que estaba atada. Lealtad o no, él no tendría nada que temer de ella.

—Si preguntáis a quién serviré, la respuesta es a quien pague a la Iglesia el precio más alto por mi diezmo. —La moneda gastada en el diezmo era una especie de promesa, un compromiso adquirido por los nobles de que cuidarían lo mejor posible de su Majestuosa durante el resto de sus días. La Iglesia, a su vez, debía utilizar esas riquezas para el alojamiento de las otras niñas en la isla, su educación y los templos que llenaban el reino, pero era bien sabido que los cardenales se quedaban con todo—. Si me preguntáis a quién llevo en el corazón, puedo decir con seguridad que no es a la Iglesia, ni a la doña, ni a vos.

El rey resopló. Una especie de genuina diversión centelleó en sus facciones, pero desapareció con la misma rapidez, sustituida por indiferencia.

—Bien. Entonces, Majestuosa, ¿hay alguien que tenga tu lealtad?

¿Debería decirlo? Esta podría ser su única oportunidad.

—Hay una Majestuosa. Mi más querida amiga. Ella…

El rey rugió.

—Las Majestuosas no tienen lazos. Son brujas sin alma. —Los ojos de Rosa se abrieron de par en par. ¿Cómo se atreve? Sus sombras se enfurecieron—. ¿Es ira lo que percibo? —El rey Sebastián juntó los dedos—. Dime, ¿es mi corona lo que te molesta? ¿La Iglesia que rige todas mis órdenes? ¿O el hecho de que la nobleza de la tierra desfile alrededor de las Majestuosas a las que se han unido como muestra de riqueza y estatus? Las visten como muñecas y las tratan como trofeos vivientes. Las exhiben durante sus pequeñas fiestas como animales domesticados. ¿Cuál de estas verdades vuelve el blanco de tus ojos negro como el carbón?

Rosa parpadeó y sus ojos debieron convertirse en ónix. Giró la cabeza hacia el mar y obligó a sus sombras a retroceder. Qué cosas horribles debe pensar él de ella, ahora nunca la favorecería y no haría nada para ayudar a Juana. Quería gritar.

El sofá gimió cuando se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Si yo fuera tú, también estaría enfadada.

Rosa no tuvo tiempo de asimilar sus palabras antes de que él se pusiera en pie. Se acercó.

—Entonces, ¿eres tú? —preguntó.

—¿Qué soy, alteza?

—Furia. —Sus ojos se clavaron en los de ella, suplicantes. Pero ella no sabía qué respuesta buscaba, así que no dijo nada. Era la opción más segura. ¿Quién sabía lo que en verdad buscaba? Además, ya había hablado demasiado.

Suspiró.

—Esperaba más de ti, pero doña Lucía debe haber clavado sus garras en todas sus chicas.

El rey se estremeció, como si se sacudiera la piel de su verdadero yo para dejar sitio a su fachada de indiferencia; pero no era indiferente. Había algo en su interior que también se asemejaba a la rabia. Pero ¿cuál era el origen? ¿Las Majestuosas? ¿El reino en general? Rosa no tenía ni idea. El hombre se calentaba y se enfriaba con cada respiración.

—No le digas a nadie lo que ha pasado entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. —¿Qué había pasado entre ellos?

—Puedes irte. Me duele la cabeza y debo descansar si quiero entrevistar al resto de las Majestuosas antes del desfile de mañana.

—Pero… —Necesitaba gustarle todavía.

—He dicho que puedes irte.

Temblorosa, se inclinó.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, Rosa se subió las faldas y echó a correr, desesperada por poner el mayor espacio posible entre el rey y ella. Era extraño. Temperamental. Y desconcertante.

Tenía que idear otro plan, no pasaría ni un segundo más con ese hombre si no era necesario.

Rosa tendría que encontrar la manera de liberar ella misma a Juana para irse de la isla para siempre. Pero ¿cómo? ¿Cómo iba a hacerlo mientras le seguía el juego a doña Lucía? ¿Cómo podría encontrar a Juana y salir de la isla sin que nadie se diera cuenta? Y, además, tendría que hacerlo antes del Día de la Atadura.

Rosa se detuvo. De repente, lo comprendió. Ahora podía hacerlo porque después de todo, estaba sola. Podía escabullirse y encontrar a Juana donde fuera que la tuviera escondida la desgraciada de su ama. Corrió hacia delante; la esperanza llenaba sus sentidos como si fuera humo.

Justo antes de doblar el recodo del pasillo, sus sombras le rodearon la boca y tiraron de ella hacia atrás. Sus hombros chocaron contra la pared y la cabeza le dio vueltas por la confusión. Había bajado la guardia por un momento, había dejado escapar sus pensamientos por un segundo, y ellas se aprovecharon.

«¿Qué hacéis?» espetó, dominando sus sombras.

«Escucha», siseaban.

Dos pares de pasos se acercaron y la voz de la doña se deslizó por el aire.

—Es un honor que haya decidido venir a la Ofrenda de este año, cardenal Rivera.

Los ojos de Rosa se abrieron de par en par. Se había prohibido a los sacerdotes entrar en palacio después de que encontraran a uno en la cama de una Majestuosa décadas atrás. Él había culpado a la Majestuosa, había dicho que ella lo había hechizado, pero todos sabían que no era así. Pero este hombre con la doña no era un cura cualquiera. En total, había seis cardenales, los eslabones de la Iglesia más poderosos del reino. Cada cardenal estaba asignado a una de las seis islas que rodeaban la Isla de las Pecadoras. En sus recuerdos, Rosa nunca había sabido de ningún hombre con tan alto rango dentro del clero que pisara este lugar.

—Hay preocupación dentro de la Iglesia —habló despacio, como si cada palabra fuera tan importante que debiera ser escuchada y digerida antes de continuar—. Nos preocupamos por nuestro nuevo rey.

—Yo misma he oído tales preocupaciones —dijo doña Lucía.

Las sombras de Rosa la arropaban en un pequeño recoveco de la pared cuando los dos pasaron. La bruja asquerosa con un suave vellón de vicuña. El cardenal, con la túnica dorada y roja de rigor.

—Su número está disminuyendo, doña. Nos han dicho que hay simpatizantes que esconden a las brujas en cavernas para ayudarlas a llegar a la bahía del Hombre Muerto.

Rosa levantó las orejas.

«Libéranos», susurraron las sombras.

«¡Callaos!». No podía escuchar con el constante acoso de su interior.

—Debemos tener un gobernante fuerte, uno que acabe con todo pensamiento de rebelión. Esas brujas intentaron liberarse de sus deberes morales hace generaciones. No podemos dejar que piensen que pueden intentar hacerlo de nuevo —dijo el cardenal—. Toda Majestuosa debe estar ligada a los leales a nuestra causa.

—Y, ¿qué causa es esa, exactamente? ¿Es por las almas de mis Majestuosas por las que se preocupa, cardenal Rivera? ¿O por los diezmos que pagan sus decadentes vestiduras y sus fastuosos templos?

El arzobispo se quedó inmóvil. Sus ropas rozaban el suelo mientras miraba a doña Lucía. Era mucho más bajo que ella, pero su presencia llenaba todo el espacio. Estaban tan cerca de Rosa que, si se movía o hacía algún ruido, se darían cuenta.

—Yo cuidaría mi lengua si fuera usted, doña. Sobre todo, si desea ocupar un asiento junto a los que tienen verdadera influencia. No olvide que el rey no es el único que puede ser reemplazado en esta isla. —Levantó la barbilla—. La Atadura fue creada para salvar las almas de los pecadores, y los diezmos que tanto le interesan son un medio para que nuestros buenos nobles ofrezcan alabanzas a los dioses.

Los ojos de doña Lucía se endurecieron, pero esbozó una sonrisa; incluso ella era una maestra en disimular su propia repulsión.

—Entiendo, cardenal Rivera. Perdone mi insolencia. —Le tomó la mano y se la besó—. Hay alguien, un hombre de gran importancia, que me gustaría que conociera. Aunque estoy segura de que ya conoce su nombre.

—Dígame —ordenó.

—Lord Morales de las Islas del Sur.

—He oído hablar de él. Es muy generoso.

—Sí, desde luego. —Doña Lucía tomó el codo del cardenal—. Me gustaría presentarlos de modo formal, creo que lo que tiene que decir sobre nuestro joven rey le resultará intrigante.

En una conversación casi susurrada, los dos se deslizaron al fin por el pasillo. Rosa respiró con profundidad. Salió sigilosamente de su escondite y se dispuso a seguirlos ya que cuanto más supiera, mejor. A doña Lucía se le podía escapar dónde estaba Juana, y además quería escuchar más información sobre la bahía del Hombre Muerto. La masa de tierra estaba debajo de las Islas del Sur, y se decía que era inhabitable debido a las duras condiciones, pero las Majestuosas se arriesgaron de todos modos; tal vez, eso había sido una mentira.

Al entrar en el vestíbulo, una mano la agarró por la falda. Rosa se dio la vuelta y vio a Lola con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios crees que haces? —Lola susurró apretando la mandíbula.

—Nada. Yo… —Rosa apretó los labios. Lola le caía bien, siempre le había caído bien, pero no podía fiarse de ella. No después de lo que le pasó a Juana, y menos aún cuando solo ella y la capitana sabían de su huida. Enderezó los hombros y dijo—: Nada.

—Me dijeron que te escoltara desde la habitación del rey. Pero te encuentro aquí, espiando al cardenal y a la ama. ¿Intentas que maten a Juana?

La piel de Rosa se erizó.

—Ven. —Lola la agarró del brazo—. Tienes que ir a tu habitación antes de que tengamos problemas.



# CAPÍTULO 6

## Mariano

La primera estrella apareció cuando Mariano y Santi llegaron a tierra. Tras el ataque de la *tlanchana*, la corriente había estado a punto de estrellarlos contra las escarpadas rocas que bordeaban la orilla exterior de la isla. Mariano necesitó casi todas sus fuerzas para mantener el único remo que tenían en las manos hasta que encontraron un lugar seguro para desembarcar.

Empapados y sin fuerzas por el cansancio, los dos se desplomaron en la playa y se hundieron en la arena. Mariano tenía el cuerpo débil y el estómago vacío; la pérdida de su padre era como una herida abierta en el pecho, supurante, en carne viva y que escocía por el mar salado, pero se obligó a levantarse. Necesitaba conocer el lugar que lo rodeaba.

—Por favor, no digas que nos vamos —gimoteó Santi—. Me duelen hasta los huesos.

Habían llegado al extremo occidental de la bahía. Estaba tranquila, desolada, y lo suficientemente lejos de los barcos principales, así que las posibilidades de que alguien los viera eran escasas; pero no imposibles. Todas las cortinas del palacio estaban cerradas, excepto una donde había una mujer en la ventana: ella los había visto. Tal vez había sido una aparición, o tal vez el hambre jugaba con su

mente; cualquiera que fuera el caso, su silueta curvada era lo único que veía cada vez que cerraba los ojos. Si ella era real, podría haber alertado a alguien de su presencia.

—Si nos quedamos aquí, los problemas nos encontrarán —dijo—. Mejor vamos y los enfrentamos primero.

Santi resopló.

—Todo este tiempo creí que yo me encargaba de las ocurrencias ingeniosas. —Suspiró y se incorporó, quitándose la arena de la camisa empapada—. ¿Cuál es el plan, señor príncipe?

—Haremos lo que siempre hacemos al llegar a un sitio nuevo.

Santi se quitó un poco de alga de la rodilla.

—¿Beber hasta que uno de nosotros se desmaye?

—Eso es lo que tú haces; y no es lo que quería decir. Daremos un vistazo en busca de qué podemos saquear.

Mariano se pasó un dedo calloso por el labio y observó el espeso bosque. Había tres caminos: uno que se dirigía sin duda al palacio, era más ancho que el resto y estaba inundado de huellas frescas; pero el palacio no era una opción, estaría plagado de guardias. Además, él quería lo que contenían esos barcos, el oro y las joyas que pagaban las lujosas vidas de los nobles. Pero también necesitarían armas, y el único sable que Mariano aún tenía no les serviría. Comida y refugio también serían útiles. Con todo esto, solo les quedaban dos opciones.

Mariano se agachó y agarró una moneda de arena rota.

—¿Cara o cruz?

—Ya sabes que me vale cualquiera de las dos.

Mariano ignoró el comentario de Santi.

—Cara, izquierda, y cruz, derecha. —Lanzó el proyectil al cielo y lo vio girar en círculos hasta que cayó al suelo—. Parece que vamos a la derecha.

La luna se deslizaba tras la isla y los envolvía en una bendita oscuridad mientras se arrastraban por la bahía. Las barcas de remos chocaban contra la orilla, los tablones crujían y gemían al cambiar las mareas. El suave murmullo de las olas al deslizarse sobre la arena hacía que todo pareciera de una normal perfección, como si hubieran desembarcado en la pequeña isla de Arroyo Grande, un lugar al que no muchos se aventuran por su proximidad a la Fortaleza del Pirata.

Mariano sintió una gran pena. Aparte del barco, era en la fortaleza donde había pasado la mayor parte de sus días; su familia tenía allí sus propias tierras y una casita hecha de arcilla roja. Todo esto antes de que se los llevaran, su madre y su padre abrazados bajo las estrellas mientras Mariano fingía dormir. Le gustaba oírles hablar de todas las cosas que querían hacer, escuchar a su madre hablar de sus aventuras antes de que se conocieran y la forma en que su padre siempre le hacía preguntas, aunque hubiera oído la historia cientos de veces.

Mariano sacudió su cabeza para alejar los recuerdos, tenía que concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Incluso Santi, que se metía en todas las situaciones con una sonrisa socarrona e intenciones escandalosas, estaba tenso.

Llegaron al sendero con facilidad, los guardias estaban muy abajo en el muelle y demasiado ocupados mientras jugaban a las cartas a la luz de las velas como para darse cuenta de que pasaban a hurtadillas. Se abrieron paso por un sendero de densa vegetación;

las luciérnagas revoloteaban junto a ellos, pero sus cuerpos eran azules en lugar de blanco dorado. Tal vez toda la isla estuviera hechizada.

Un sonido inquietante llegó a sus oídos. Mariano enderezó los hombros y reconoció los suaves lamentos de los sacerdotes en una lengua antigua que nadie entendía.

Se volvió hacia Santi.

—¿Hay un templo en la isla?

—Hay templos en todas partes, señor príncipe. En especial donde la moneda fluye como el vino.

Juntos, avanzaron de forma sigilosa y se sumergieron en la maleza cuando pasaron dos sacerdotes blandiendo incensarios. El incienso ardiente hizo estornudar a Santi. Los sacerdotes se detuvieron y Mariano miró a su compañero. Al cabo de un momento, los religiosos continuaron con sus oraciones.

De forma lenta y con cuidado, los hombres salieron del bosque y llegaron a un imponente templo, tan ornamentado como cualquier catedral que hubieran visto. Estatuas de varios dioses flanqueaban el edificio y cada uno tenía los brazos extendidos hacia el cielo.

—¿No rezan las Majestuosas a Xiomara? —preguntó Mariano—. ¿Por qué tendrían aquí el templo de los doce dioses?

—Para rezar para que el mal salga de ellos y para asegurar que las Majestuosas se comporten. —El tono de Santi era neutro, pero Mariano podía oír la mordacidad en él.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa contigo y este lugar?

—Toda la idea de la Isla de las Pecadoras y la Ofrenda es un acto miserable. ¿Una Majestuosa (que es una persona, no lo olvides)

teniendo que ofrecerse como sirvienta a un hombre rico para salvar su alma? Absurdo. Es una apropiación de dinero por parte de la Iglesia. —Señaló con el dedo hacia el templo—. ¿Ves el revestimiento de esa atrocidad? Está hecho de oro auténtico. Solo puedo pensar en cuántas joyas valiosas se necesitaron para pagar algo así. Y no me hagas hablar de lo que hay dentro.

—Eres un genio, Santi.

—Lo sé. Pero ¿por qué lo dices?

Mariano sonrió satisfecho.

—Tiene que haber algo dentro de ese templo que podamos robar. —Se adelantó, cogió a Santi por el cuello y tiró de él hacia la entrada.

—¿No estallaremos en llamas si ponemos un pie dentro? —preguntó Santi.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Mariano abrió de un tirón la pesada puerta y metió la cabeza dentro.

El lugar estaba tranquilo y vacío.

Las paredes y el altísimo techo estaban cubiertos de mármol e intrincadas pinturas de los dioses. Coronas cargadas de flores colgaban de los bancos y pilares de madera que llenaban el espacio. El altar del fondo era enorme, con velas encendidas que iluminaban las estatuas de los dioses.

—Horroroso —susurró Santi detrás de él.

—No lo sé. Imagino que así tendrías tu casa si tuvieras una, porque es tan ridícula como tu bigote.

Santi suspiró.

—De todas las groserías que se pueden decir…

Mariano sonrió y entró.

No había armas, a menos que contara un candelabro, pero había pan duro sobre el altar y algo de vino.

—Esto no es suficiente —dijo Mariano, royendo el pan.

—No, pero ayuda. —Santi hizo una reverencia antes de tomar un buen trago.

Mariano se movió alrededor del panel ornamental detrás del altar y agarró los primeros objetos que vio. Arrancó la copa de las manos de Santi y le arrojó un montón de ropas sacerdotales contra su pecho.

Los ojos de Santi se abrieron de par en par.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Póntelos, parecemos piratas náufragos.

—Somos piratas náufragos.

—Soy consciente de ello, pero no hace falta que lo anunciemos.

—¿Y qué hay de su cara, señor príncipe? ¿No le reconocerá la gente?

Los dedos de Mariano se tocaron el pelo de la mejilla.

—Me afeitaré.

Las cejas de Santi se alzaron.

—¿Con tu espada?

—Lo he hecho antes.

En todos los carteles de «Se busca» que había visto durante el último tiempo llevaba la barba corta. Le gustaba parecerse a su padre, pero nadie se fijaría en él sin ella. Pero ¿y si lo hacían?

—Mantendré la cabeza baja —dijo—, y tú también deberías afeitarte.

Se acarició el bigote.

—Preferiría correr desnudo por una bahía de cangrejos.

Mariano se echó la túnica negra por la cabeza y se metió el pelo en un extraño gorro.

Santi hizo lo mismo.

—¿Cuenta llevar esto como pago de la deuda de mi vida contigo?

—¿Cuál? ¿Cuándo te salvé de la muerte en manos de mis tíos o de las *tlanchanas*? Ah, ¿y aquella vez que tuve que defenderte del carnicero que te encontró en la cama con su mujer?

Santi se cruzó de brazos.

—Solo un mezquino llevaría la cuenta.

Mariano se asomó por una de las ventanas. La luna se acercaba al horizonte, lo que indicaba que aún faltaban horas para el amanecer, pero no debían perder el tiempo porque el robo de un barco se hacía mejor de noche.

—Separémonos. Toma el lado oeste de la isla y yo iré al este. Tenemos que encontrar el lugar en que acampan los guardias y los marineros. Y saber dónde almacenan comida y armas sería ideal. Nos vemos aquí dentro de una hora.

Santi inclinó la cabeza e hizo la señal de los santos.

—Sí, padre.



Mariano se deslizó por un sendero que se alejaba del templo. Una débil música resonaba más adelante, mezclada con risas y tintineo de vasos. Se arrastró entre la vegetación mientras se ocultaba, no era tan descuidado como para continuar el paso en terreno abierto.

En silencio, avanzó por el denso bosque, trepó por encima de un árbol caído y se agachó detrás de un grupo de rocas. Mariano apartó una hoja de palmera, lo que le permitió ver la escena que tenía delante.

Las antorchas parpadeaban alrededor de un enorme semicírculo de columnas, unidas por vigas cubiertas de relucientes perlas y ondeantes manteles que brillaban con la brisa. Se asentaba sobre un acantilado, y las olas que rompían más abajo se oían incluso por encima de la música y la algarabía. Debía haber al menos doscientos invitados, cada uno más extravagante que el otro.

En el centro del escenario había una mujer de piel morena clara con un vestido color zafiro. Levantó los brazos y movió los labios. Entonces, algo zumbó en el bosque, una luz azul llenó el aire y, a continuación, una explosión de luciérnagas irrumpió en el cielo nocturno. Otras dos mujeres estaban ante ella, entre la multitud. Echaron la cabeza hacia atrás y abrieron la boca, no emitían ningún sonido, pero sus labios formaban palabras como las de la mujer del escenario. Una ráfaga de murciélagos se abalanzó sobre los invitados, lo que hizo que el público chillara y riera de alegría. Aplaudieron y alzaron sus copas, muy entretenidos.

La repugnancia se apoderó de Mariano y sus dedos se clavaron en la áspera palmera. ¿Por eso había atacado el buque de guerra de la nada? ¿Por eso había muerto su padre antes de tiempo? No porque hubieran venido por la recompensa de la cabeza del Draque. Al menos eso ofrecería una historia digna de contar, pero ¿por una maldita fiesta?

Miró a los invitados, bebiendo y festejando, mezclándose con brujas mientras el cadáver de su padre era despedazado por

serpientes marinas. Su furia creció.

Una ola de calor le abrasó la piel y apretó con una mano el alzacuellos de sacerdote que mantenía oculta la gema.

¿Lo había traído hasta aquí? Directo a los nobles del reino.

—Eres un amuleto perverso —susurró, mientras sonreía para sí. Después de todo, la piedra conocía el deseo de su corazón: venganza.

Una idea se formó en el cerebro de Mariano. No era una ocurrencia cualquiera, era una idea genial. Una de la que se hablaría durante siglos, les haría pagar y saquearía sus riquezas. Y sabía de forma exacta cómo llevarla a cabo.

Sus ojos se fijaron en una joven que caminaba por un pequeño sendero cercano. Algo se agitó en su interior, su estómago se estrujó de manera extraña y la piedra preciosa ardió más que nunca.



# CAPÍTULO 7

## Rosalinda

### Día 2 de la Ofrenda: Alabados sean los dioses del aire y las cosas aladas

Las ovaciones flotaron en la brisa vespertina cuando Rosa se acercó al pórtico, mientras la orquesta tocaba una melodía bulliciosa que coincidía con los latidos de su propio corazón. Solo le quedaban cinco días para encontrar a Juana y salir volando de aquel lugar, pero al menos había ideado un plan.

—Ahí estás —llamó una voz desde atrás.

Un escalofrío recorrió la carne de Rosa cuando los dedos de doña Lucía rodearon su brazo. La doña era una fuerza desafiante. Vestía un atuendo de encaje blanco perlado y negro, y la gorguera que le rodeaba el cuello era un recordatorio de su gran riqueza.

Las sombras de Rosa atravesaron sus pensamientos: «Te sonríe a la cara, pero no olvides lo que te ha hecho».

—Estás impresionante, mi amor. —Los ojos de doña Lucía recorrieron el vestido magenta de Rosa. Estaba ajustado de forma especial con magia de una Majestuosa para que cada curva de su

cuerpo quedara a la vista—. Todas las miradas estarán puestas en ti esta noche. La máscara es un bonito detalle, ¿no? Añadirá aún más intriga a nuestros invitados.

Rosa odiaba la máscara que le cubría media cara. Era pesada, rígida y demasiado apretada, pero el ama había insistido.

«Libéranos. Le daremos a la bruja lo que se merece».

Una gota de sudor recorrió la espalda de Rosa.

Los ojos de la doña se dirigieron de nuevo hacia ella.

—No necesito recordarte las consecuencias si me avergüenzas, ¿verdad? —Los gritos de Juana resonaron en la mente de Rosa y ella negó con la cabeza.

—No, ama. No es necesario.

Doña Lucía sonrió satisfecha.

Rosa se clavó las uñas en las palmas de las manos para controlar sus nervios. No había nadie en el mundo a quien despreciara más que a su ama, a nadie deseaba desatar sus fantasmas más que a la mujer que la obligaba a obedecer mientras usaba a Juana como soborno.

Pero la doña no tendría a Juana por mucho más tiempo.

Su plan no era sólido, pero era un plan. Mientras todos los invitados y la doña estuvieran ocupados con su bebida y su fiesta, Rosa se escabulliría para encontrar a su amiga. Primero probaría en el templo, aquellos sacerdotes estarían encantados de mantener cautiva a Juana con tal de tener a alguien a quien sermonear; era probable que la mataran de aburrimiento con sus oraciones.

Si no estaba en el templo, entonces iría a la aldea que albergaba a las criadas y guardias del palacio. Nunca había estado allí, a las niñas preciadas de la doña no se les permitía mezclarse con esa

gente, pero era un lugar pequeño, y ella era lista. Tendría tiempo de escabullirse sin que la vieran.

En realidad, nunca había estado en ninguno de los eventos de la Ofrenda porque aún no había alcanzado la mayoría de edad, pero sabía que a menudo duraban hasta que salía el sol al día siguiente y el alcohol corría a raudales. Podía lograrlo.

Y lo haría.

—Cuéntame todo lo que ocurrió entre tú y el joven rey —ordenó doña Lucía, e interrumpió los pensamientos de Rosa.

Rosa se sonrojó porque deseaba olvidar toda la escena.

—Necesito saber todos los detalles.

No le dijo a la doña lo terrible que había sido su encuentro porque seguro que su ama mandaría torturar a Juana. Aunque, por la conversación silenciosa que había compartido el día anterior con el cardenal, Rosa se preguntaba si siquiera le importaba su monarca.

—El rey fue amable y caballeroso. Hablamos de té y pasteles. Comentó lo maravillosa que es su hospitalidad.

Esto hizo sonreír a doña Lucía.

—Soy una anfitriona maravillosa. —Sus cejas se fruncieron—. Pero es extraño que sea tan formal. Las otras chicas tenían mucho que decir sobre él, sobre sus gustos y sus aversiones. Cambié toda mi cena y aperitivos porque le dijo a Serena que adoraba los calamares.

¿Qué? ¿No le había dicho el rey que detestaba los mariscos? Sí, ahora podía confirmar que la había rechazado durante su intercambio.

Se encogió de hombros.

—¿Quizá estaba cansado? Me citó antes de su siesta.

—O tal vez estaba aturdido por tu belleza. Eres mi chica más guapa.

Rosa apretó los labios. Eso no era verdad, Juana hacía girar cabezas a su paso. Sin embargo, Rosa era la más poderosa, y, a los ojos de la doña, el poder era belleza.

—Siento lo de Juana —dijo doña Lucía con un tono suave. *Suave*. Su ternura no engañaba a Rosa, la doña era una serpiente—. Yo no quería que pasara nada de esto, ¿sabes? Pero tenía que darle una lección. Que todos los que piensen traicionarme sepan a quién se enfrentan, y créeme cuando te digo que he tenido mucha piedad con vosotras.

La doña miró al cielo nocturno, donde murciélagos y luciérnagas giraban en círculos vertiginosos. Luego, dio una palmadita en la mano de Rosa como despedida.

Se detuvieron ante los arcos que conducían al pórtico donde Rosa se exhibiría en todo su esplendor. Las otras chicas mayores de edad estaban allí, jugaban con sus vestidos, y se susurraban al oído. Allí estaba Maribel, una joven delgada que podía controlar el viento, un digno premio para la gente de mar. A su lado caminaba Alma, que tenía el poder de hacer crecer cualquier tipo de planta. Y luego estaba Serena, de cabellos dorados y ojos profundos, que podía cambiar los rasgos de una persona con el roce de un dedo. Rosa estaba segura de que la mitad de los asistentes había acudido en busca de la oportunidad de atarse a ella, pues la vanidad en el reino era tan desenfrenada como la codicia. Isobel estaba cerca, y acariciaba una tarántula peluda.

Pero faltaba una Majestuosa: Juana. Tal vez era para mejor, ella no podía forzar sus visiones o ver en el futuro de una persona a

voluntad. Se habría quedado en el podio mientras los invitados se reían de las limitaciones de su poder, y, conociendo a Juana, habría inventado una visión. Era posible que hubiera dicho a los invitados que había visto sus fortunas convertirse en polvo solo para ver el horror en sus caras.

Doña Lucía miró a Rosa con complicidad antes de alejarse.

Los ojos de Rosa la siguieron, la veían balancearse hacia el escenario circular. María estaba allí, demostrando su control sobre las luciérnagas. Su primera Ofrenda había sido hacía muchos años, y seguía desesperada por que alguien pagara el diezmo a la Iglesia para poder atarse y librarse de la isla. Su poder era sobrecogedor, pero ¿por qué alguien gastaría sus monedas y renunciaría a su única oportunidad de tener una Majestuosa en un don de tan poca importancia? Rosa la envidiaba, al menos los poderes de María no eran codiciados por el caos que podían crear. Ella podía atarse por amor.

Una mezcla de hombres con gorgueras de cuello alto y chaquetas lisas como la seda hablaban en tono animado y algunas mujeres iban detrás, con pelucas tan altas que sobresalían por encima de todos los presentes. Desde su posición, pudo ver que una de ellas había llegado a colocar un auténtico nido de huevos en su interior, y que la mamá pájaro revoloteaba asustada alrededor de la monstruosidad.

Doña Lucía subió los escalones del escenario, besó a María y sonrió mientras la Majestuosa se alejaba. La doña levantó una mano enguantada y las antorchas se apagaron. El público se calló. El único sonido era el del océano que chocaba contra las rocas a lo lejos y el viento que susurraba entre las palmeras.

—Estimados invitados, en primer lugar, quiero ofrecer mi gratitud al rey Sebastián. Es un gran honor que se haya unido a las festividades de este año. Tenemos el privilegio de servirle y de otorgarle las mejores Majestuosas que el reino de Coronado ha conocido.

Todos los presentes se inclinaron ante el joven sentado en un trono y él agitó una mano indiferente.

«Vamos», parecía decir. «Ya estoy aburrido de esto».

La ceja derecha de doña Lucía se crispó, luego se aclaró la garganta.

—Y ahora, para su placer, den la bienvenida a los regalos para nuestro rey y la nobleza.

Rosa se lamió los labios resecos y se obligó a respirar de manera lenta mientras las otras chicas empezaban a avanzar. Sintió que sus pies se movían, sus rodillas se flexionaban y doblaban, pero en su cerebro todo se había vuelto confuso: las sombras le oprimían el cráneo.

Un paso, luego otro, y así estaba de pie en el escenario, frente a un mar de pelucas empolvadas y dientes demasiado blancos.

—Rosa —susurró Isobel a su lado.

Levantó los ojos. Doña Lucía ya debía de haberla anunciado, se tragó el pánico y se puso al lado de su ama.

—Y aquí está mi preciosa Rosa, pura de corazón, dulce y fragante. Pero cuidado, su esplendor está custodiado por espinas.

Doña Lucía puso una mano en la parte baja de la espalda de Rosa y se inclinó hacia ella.

—No me hagas pasar vergüenza.

Rosa se puso rígida, pero sonrió y pestañeó. «Sé valiente», se dijo a sí misma. «No tengas miedo».

Levantó los brazos para que las palmas quedaran delante de ella y cerró los ojos.

«Venid a mí», ordenó.

Sus sombras ya estaban allí, a la espera, como felinos hambrientos.

El público jadeó cuando Rosa soltó dos fantasmas escurridizos de las palmas de las manos, pero ella mantuvo los ojos cerrados. Doña Lucía no quería que los invitados los vieran volverse negros como la brea, y no necesitaba ver para dar órdenes a sus sombras. Corrían por el espacio abierto, mientras alborotaban las faldas de las mujeres y tiraban de las chaquetas de los hombres, burlándose de ellos.

Se arremolinaron alrededor de dos jóvenes sirvientes que doña Lucía colocó cerca del centro. Un estallido de risas golpeó los oídos de Rosa cuando sus poderes envolvieron los brazos y las piernas de los sirvientes y se solidificaron lo suficiente como para obligar a sus cuerpos a moverse… a bailar. Igual que hacía con sus muñecas cuando era niña, sin poder evitar recordar la expresión de decepción de su hermano cuando la sorprendió haciéndolo. Le dijo que podrían descubrirla si alguien la veía, y él tenía razón.

La vergüenza se apoderó de ella: por su hermano y por la humillación que hacía pasar a los criados. Rosa podía sentir cómo se les calentaba la piel a medida que crecían las risas. Se odiaba a sí misma por avergonzar tanto a los sirvientes y por ser la razón por la que su familia había desaparecido. Pero esa era la vida que le habían

dado y era lo que doña Lucía quería, y era lo único relevante mientras la seguridad de Juana estaba en peligro.

«No por mucho tiempo», se recordó a sí misma.

Iba a encontrar a su amiga y a sacarla de esta isla. Pero ¿cómo? Solo Xiomara sabía lo que le había pasado a la capitana del barco mercante. Ella ya le había dado a esa capitana sus tesoros, así que no podía sobornar a otra alma comprensiva. Y tampoco podían robar un barco, ya que no sabían nada de navegación.

Uno de los criados gimoteó y un rubor de pura decepción quemó las mejillas de Rosa, mientras la multitud vitoreaba pidiendo más. Y más era lo que ella debía dar.

Liberó tres fantasmas. Zumbaban, se deslizaban alrededor de los cuerpos de la gente, mientras chocaban contra ellos con suaves caricias hasta que se unían a las sombras danzantes. Elevaron a los criados por encima de las columnas, y colgaron sus cuerpos sobre las cabezas de los invitados. Sin duda, los sirvientes encontrarían la muerte si se caían, pero eso era lo que le habían pedido que hiciera.

«Suéltalos», ordenó.

Y sus sombras cumplieron con felicidad.

Los gritos rasgaron el cielo mientras los sirvientes caían en picado como piedras disparadas por un cañón. Sin embargo, los gritos cesaron con la misma rapidez cuando una gran ráfaga de viento los atrapó. El poder de Maribel sobre el aire había impedido que sus cuerpos se estrellaran contra el suelo, como estaba previsto.

Rugieron los vítores, Rosa se encontró con los ojos de Maribel y ambas suspiraron aliviadas.

«Sádicos. Todos ellos. Merecen ser castigados», susurraron sus poderes. «Podríamos hacerlo. Solo queremos verte a salvo».

«Sin embargo, aquí estamos», pensó. «Solo me habéis traído dolor».

Siseaban dentro de su mente, pero ella podía sentir su sufrimiento.

«Bien», se dijo. «Que les duela como a mí».

Una mano fría acarició el brazo de Rosa.

—Ya basta, niña. —La voz de doña Lucía era ligera—. Has hecho un buen trabajo.

Rosa se dominó, sus hombros se encorvaron y un dolor de cabeza se formó en la base de su cráneo. Se sentía agotada. Sucia.

Sus ojos, que ya no estaban ennegrecidos, recorrieron la multitud y se posaron en el rey, sentado en su trono. Él la miró, y luego se giró con repulsión.

Le flaquearon las rodillas y le preocupaba vomitar. Pero ¿acaso no sería un espectáculo?

Por suerte, las sombras que chocaban contra su caja torácica se calmaron y los gritos en su cabeza se silenciaron, como si la tormenta que se desataba en su interior hubiera tenido por fin suficiente caos y se hubiera disipado.

Algo atrajo su atención hacia la parte trasera de la multitud. Detrás del fervoroso público que se abrazaba las espaldas y bebía sin precaución, y de los sirvientes desaliñados que temblaban de miedo, había un joven vestido con una túnica y el gorro de un sacerdote.

Se sintió aliviada. No era uno de los ancianos de rostro amargado que vivían en el templo y tarareaban oraciones todo el día. Debía de haber llegado en uno de los barcos.

Rosa se sobresaltó cuando él la miró y sus labios se entreabrieron: era el chico del barco. Y era atractivo como un demonio. Ojos oscuros, pestañas espesas y una cicatriz que le atravesaba un lado de la boca y acentuaba las duras líneas de su barbilla bien afeitada. Llevaba el pelo negro recogido a toda prisa dentro de la gorra.

Miró fijamente a los juerguistas, nunca había visto a un sacerdote con ese aspecto tan… enfadado. Tan lleno de odio. Ni siquiera cuando Juana y ella habían metido peces muertos en los zapatos de uno de ellos. Tampoco había visto nunca a un sacerdote con ropas deshilachadas remando en una barca diminuta en aguas infestadas de *tlanchanas*. ¿Quién era ese hombre?

Sus ojos se abrieron de golpe como una ola y Rosa suspiró. Isobel la miró interrogante ante su inevitable rubor, que intentó dominar con sus dedos fríos contra su cara; nunca había sentido un ardor semejante. Intentó echarle otro vistazo al sacerdote, pero ya no estaba por ninguna parte.



# CAPÍTULO 8

## Mariano

-¿Qué demonios? —espetó Mariano.

Santi lo había empujado hacia atrás y hacia las sombras con tanta fuerza que casi había perdido el equilibrio.

—¿Qué te pasa? —Mariano se zafó y lo empujó.

—¿A mí? Sé que crees que nadie te reconocerá sin esa lamentable barba incipiente en la cara, señor príncipe, pero estoy seguro de que muchos de estos invitados tienen tus infames hoyuelos grabados a fuego en el cerebro.

—Mantuve la cabeza baja —refunfuñó Mariano.

Por un momento, por un minúsculo segundo, se había olvidado de dónde estaba. En cuanto la Majestuosa pisó aquel escenario, su cerebro no pudo hacer otra cosa que concentrarse en ella y en aquellos grandes ojos marrones tras la máscara dorada. Su piel suave y la forma en que su cuerpo encajaba en ese vestido le habían robado el sentido común; ella se lo había arrancado y lo había arrojado al mar.

Se sacudió todos los pensamientos sobre ella.

—¿Has encontrado algo importante o has venido a regañarme como una maestra? —preguntó.

—Si consideras importante la ubicación del campamento de guardias y marineros, yo diría que sí —exclamó Santi.

—¿Ya? —Mariano se frotó el pecho. Aquella Majestuosa de ojos bonitos y magia miserable le había hecho algo, era como si su corazón estuviera a punto de explotar.

Santi retrocedió ofendido.

—¿Acaso no soy el mejor rastreador que has conocido?

Su madre había sido la mejor rastreadora que había existido; la capitana Antonella Ruiz podía olfatear tesoros y problemas dondequiera que fuera. Aunque no podía evitar preguntarse si había sido la piedra preciosa todo el tiempo.

—¿Dónde están? —preguntó Mariano.

—Hay un pueblecito por allí. —Santi inclinó la barbilla hacia el oeste—. Tiene que haber al menos cuatro docenas de personas con armas pululando por ahí.

—Interesante. —Los ojos de Mariano se desviaron hacia la multitud, a la caza de la Majestuosa.

—¿Interesante? ¿Me estás escuchando? —preguntó Santi.

Pasó un hombre de unos treinta años, de piel bronceada y pelo negro. Mariano agarró a Santi y le dio la vuelta para que su cuerpo lo ocultara.

Santi sonrió y miró a Mariano mientras se agachaba.

—¿Has visto a una amante despechada o algo así?

—Lord Morales está aquí —susurró Mariano—. Esa serpiente intentó comprarle a mi padre un pasaje seguro a través de las aguas de la Fortaleza del Pirata hace unos años. Ofreció una noche con su esposa como bonificación solo para eludir el pago de impuestos de carga.

Todos los puertos del reino estaban atendidos por oficiales. Todos los suministros y bienes que entraban y salían de los barcos que atracaban eran contabilizados y gravados en consecuencia, pero el Draque tenía sus propios trucos. El noble quería la llave de uno.

Santi resopló.

—Qué caballeros más piadosos da el reino.

—Mi padre siempre se negó, por supuesto. Decía que el hombre era tan digno de confianza como una medusa: inofensivo a primera vista, pero con un aguijón que haría que un hombre llorara llamando a su madre. —Al mencionar a su padre, el corazón de Mariano dio un vuelco doloroso.

Santi suspiró.

—No creo que esconderte detrás de mí como un rudo duende sea discreto.

La idea de que un hombre tan alto y ancho como él se convirtiera en un diablillo despiadado hizo que Mariano casi sonriera de satisfacción.

—¡Que empiece la fiesta! —retumbó una voz antes de que Mariano pudiera responder.

Un destello de luz irrumpió en el cielo y pergaminos chispeantes cayeron como lluvia, lo que provocó el aplauso de los asistentes a la fiesta. La orquesta cobró vida y las copas tintinearon mientras los invitados brindaban unos con otros, cada voz compitiendo con su vecina. Las Majestuosas llenaban todos los espacios vacíos, encargadas de seducir a los adinerados clientes con su sucia magia, tentándolos con su piel bien aceitada y sus sonrisas seductoras.

De algún modo, Santi había conseguido una copa alargada con un líquido burbujeante. Inclinó la cabeza y vació todo el contenido en

su boca.

—Los sacerdotes no beben, cerebro de chorlito —lo reprendió Mariano. Santi resopló.

—No debes conocer a muchos. —Se le iluminó la cara—. ¡Mira! Hay aperitivos. —Olfateó el aire—. ¿Son gambas picantes lo que huelo? ¿Plátanos fritos? Por todos los mares, me muero de hambre.

En cuanto una mujer con sombrero de plumas de flamenco se movió, se despejó el camino y Mariano se quedó helado. Allí estaba ella, la Majestuosa con la magia de las sombras, de pie en el extremo opuesto a él.

Los hombres zumbaban a su alrededor, y la rodeaban como buitres. Ella sonreía y soltaba risas, pero no había ni un ápice de felicidad en su sonrisa. Incluso detrás de la máscara, él podía ver que sus ojos estaban congelados.

Como si sintiera su mirada sobre ella, la atención de la bruja se fijó en Mariano. La copa que llevaba en la mano se tambaleó, y su contenido se derramó sobre el corpiño. Los hombres lanzaron sus pañuelos e incluso algunos llegaron a limpiarle la prenda manchada. Ella retrocedió y rio de modo recatado. Hizo una profunda reverencia antes de dar media vuelta y desaparecer en un instante.

No sabía por qué, pero empezó a seguirla.

—Vamos —dijo, cuando recordó a su compadre.

Pero Santi también se había escabullido, por supuesto. El hombre era como una brizna de diente de león. Una simple brisa, más a menudo en su caso, el aroma del ron, le hacía salir disparado. No importaba, lo encontraría más tarde y entonces pondrían en marcha su plan. Tomar todo el botín y las armas que pudieran llevar. Abordar la nave negra que habían visto en la bahía y volar el resto de los

buques en pedazos con cañones, para luego seguir felizmente su camino.

Con la cabeza baja, se abrió paso entre un grupo de mujeres, escabulléndose en la dirección por la que ella había escapado. La chica era rápida para llevar un vestido tan elaborado, pero el camino sorprendió abriendo un claro y dejó al descubierto parte de su vestido.

Ella atravesó un arco tallado en piedra brillante y corrió por el sendero bordeado de árboles, sujetándose la falda con ambas manos. Mariano se quedó atrás, se escabullía detrás de los troncos cada vez que ella lo miraba. ¿Adónde se escabullía? ¿Por qué parecía tan ansiosa? Y lo que es más importante, ¿por qué le importaba?

Se detuvo de repente. Demasiado de repente. No había tiempo para esconderse.

Miró por encima de uno de sus gloriosos hombros y sonrió como si dijera: «Te atrapé».

Y lo había hecho.

Ella se volvió completamente hacia él, lo que casi lo hace perder el equilibrio. Su figura. Debería haberse dado cuenta enseguida: era la mujer de la ventana. ¿Lo reconocía ella también?

—¿Puedo ayudarlo en algo, padre? —preguntó.

*¿Padre?* Se había olvidado por completo de su disfraz. Se quitó el gorro de la cabeza y se echó el pelo hacia atrás. Esbozó su sonrisa encantadora y dejó al descubierto sus dos profundos hoyuelos.

Ya está, para este momento debería tenerla como arcilla en sus manos.

Pero ella se detuvo inmóvil.

—¿Está buscando el baño, padre? Parece que no se encuentra bien.

Se le borró la sonrisa… Sus hoyuelos *siempre* funcionaban.

—Yo… —¿El qué? ¿La había seguido al bosque como un pirata desesperado por un tesoro? Se retorció la gorra entre las manos—. ¿Están los baños en esta dirección?

—No, están en el lugar de donde vino. ¿No ha estado antes en la Isla de las Pecadoras? —preguntó ella, mirándolo como si fuera un completo bufón.

Sacudió la cabeza.

—Esta es mi primera Ofrenda.

¿Así la llamaban los sacerdotes? Eso esperaba. En realidad, nunca le interesó saber mucho sobre este lugar. Nunca iba a tomar una Majestuosa para sí mismo. No era de cuna noble, y aunque lo fuera, no confiaría en una bruja en su barco después de lo que le pasó a su madre. Ritual de Atadura de por medio, o no.

Se mordió el labio, a la espera de que él dijera algo, cualquier cosa, pero su cerebro ya no podía formar palabras adecuadas. Una mirada a ella y se había deshecho por completo. Si sus tíos lo vieran ahora, lo apartarían, le dirían que observara y aprendiera cómo habla un hombre de verdad a una mujer.

—Si me disculpa, padre, debo…

—Espere. —Dio un paso adelante, envalentonado por la ira que sus tíos siempre hacían aflorar en él—. ¿Necesita una escolta?

Se quedó quieta.

—¿Para ir a palacio?

—Sí, estoy seguro de que alguien tan… tan fascinante como usted no debería estar sola. —Sus labios se apretaron.

—¿Quiere decir…?

Él podía ver por qué ella diría tal cosa. ¿Qué noble no querría a alguien como ella como protectora?

—Sus sombras siempre fueron tan… —Buscó la palabra adecuada. ¿Aterradoras? ¿Impresionantes? ¿Potentes?

—¿Malvadas?

Esa sola palabra estaba impregnada de amargura.

—Yo no diría eso —dijo.

—Entonces no se parece a ningún sacerdote que haya conocido. —Sus ojos recorrieron toda su persona y la comisura de sus labios se torció como si pudiera ver quién era en verdad.

—Por cierto, la respuesta es no. Hubo un tiempo en que mis sombras cambiaban de color según mi estado de ánimo: fucsia cuando estaba feliz, violeta cuando me sentía relajada, esmeralda cuando estaba tan emocionada que apenas podía contenerme. Ya me entiende.

—Sí, lo hago.

—Eran dulces y pequeñas, cabían en la palma de mi mano. —Abrió los dedos y luego los cerró en puños.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Levantó las cejas.

—Este lugar las cambió… Y me cambió a mí. Pero eso es lo que todos quieren, ¿no? Cambiarnos. Arruinarnos. Para hacernos pecadoras dignas del nombre de la isla.

—Actúa como si fuera una víctima, señorita. Ya me he topado antes con gente como usted y he visto la destrucción que crean. —Había sido testigo del último aliento de su madre.

Su rostro se volvió frío y hostil. Le disgustaba cómo le crispaba las entrañas.

—Si fue una Majestuosa lo que vio, le garantizo que no actuaba por su cuenta. Recuerde, padre, estamos atadas a hombres de su elección. Cuanto más poder posee una Majestuosa, menos control tiene sobre él.

No, reconoció la mirada de esa Majestuosa antes de arrastrar a su madre al mar. El odio la alimentaba, al igual que los ojos de la chica que miraba en ese momento. Ella no era más que otro monstruo envuelto en una piel bonita.

Las risas resonaron por el camino en dirección a la fiesta, lo que significaba que alguien se acercaba. Podía mezclarse con facilidad en la bulliciosa multitud de la fiesta, pero aquí, solo con una Majestuosa, seguro que llamaría la atención.

—Mierda —dijeron los dos a la vez y la sorpresa se reflejó en sus facciones. Hizo todo lo posible por ignorar el huracán que provocó en su vientre la expresión de perplejidad.

—¿Qué clase de sacerdote es? —preguntó.

Sonrió.

—De la peor clase, debo admitir.

Se le escapó un bufido, pero cuando las voces se hicieron más cercanas, jadeó. Lo agarró por la manga y tiró de él hacia la espesura. Su vestido se enganchó en una raíz y tropezó. Mariano la agarró y empujó su cuerpo contra el tronco de un árbol justo cuando alguien pasaba por allí.

La mano de él fue a la boca de ella y la de ella fue a la de él.

Se quedaron allí, con los cuerpos pegados a la corteza, mientras sus pechos se agitaban por la adrenalina que corría por sus venas.

La máscara de ella se había caído. Era más guapa de lo que imaginaba. Tenía un lunar que parecía una estrella sobre la frente, olía a rosas y a algo muy tentador. Y, siendo honesto, se sentía muy bien al tenerla entre sus brazos.

Mientras se oían susurros entre los árboles, los dos se miraron fijamente, a la espera de lo que pudiera hacer el otro con desconfianza. Permanecieron en silencio, y disfrutaron del calor, hasta que el ruido desapareció de forma progresiva.

Le quitó la mano de la boca cuando estuvo seguro de que no había moros en la costa. Ella cerró los ojos y suspiró. Después, se llevó las manos a los costados.

—¿Está… bien? —preguntó Mariano.

—¿Lo parezco?

Él ladeó la cabeza.

—Cielos, no sé. A mí me parece que es bastante bella.

—Ser bella y estar bien no son lo mismo. —Abrió un ojo y luego el otro—. No eres un sacerdote —dijo.

—¿Es tan obvio?

Sus dedos se deslizaron por su pecho, lo que hizo temblar sus huesos. Golpeó con los dedos la hilera de botones que él se había abrochado de modo apresurado bajo la garganta.

¿Sentía los latidos de su corazón martillar contra ella? ¿Podía sentir acaso él esa extraña corriente que zumbaba entre ellos? Si lo sentía, desde luego no lo dejaba traslucir.

—Te pusiste mal la túnica, es un milagro que nadie más se diera cuenta. Supongo que están demasiado ebrios para que les importe.

—¿Vas a gritar? —preguntó—. ¿Alertar a los guardias de que un impostor está cerca? —se burló.

—Si lo hago, tendré que explicar por qué estoy escondida en los brazos de ese impostor. Y tengo demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo en eso. Pero me pregunto, si no eres un sacerdote, ¿quién eres? ¿Cuál es tu propósito al venir a la Isla de las Pecadoras?

—¿Me creerías si te dijera que estoy aquí por error? Me marcharé en cuanto pueda.

Ella entrecerró los ojos. El esplendor de sus rasgos le arrancó el aire de los pulmones.

—Es raro que alguien llegue por accidente a la isla, más raro aún que coincida con la Ofrenda de modo tan perfecto. Así que, o fuiste invitado aquí o no.

Ella le sostuvo la mirada y aguardó por una respuesta que él no podía dar. No estaba invitado, y cada vez estaba más claro que ella lo sabía muy bien. ¿Qué buscaba?

Ella se apretó contra él y su mente se embotó ante la sensación.

—¿Tienes un barco, padre? —preguntó ella.

Pronto lo tendría.

—De hecho, sí.

Ella jugó con su pelo.

—Y tu nave, ¿es rápida?

—Rápida. Lenta. Como tú quieras.

Se lamió los labios y pestañeó. ¿Quería que la besara? ¿Tan pronto? Supuso que así eran las Majestuosas, o tal vez sus hoyuelos al fin funcionaron en ella. En cualquier caso, había pasado demasiado tiempo desde que había besado a alguien y ella era demasiado atractiva, a pesar de ser una Majestuosa.

Sus ojos oscuros recorrieron su rostro y se detuvieron en la cicatriz que le recorría el labio y la barbilla.

—¿Dónde te la hiciste? —le preguntó. Levantó la mano y trazó una línea sobre la vieja herida, provocándole escalofríos.

La había conseguido cuando luchó por su primer barco. Era un pequeño navío tripulado por un señor de las Islas del Norte, una isla repleta de zorros blancos como la nieve que en el último tiempo se habían convertido en mascotas populares entre los ricos. Mariano tenía once años. Deseoso de impresionar a su padre y a sus tíos, era imprudente. No había visto al marinero que se escondía detrás del mástil y casi pierde la cabeza por ello. Esa también fue la primera muerte a manos de Mariano. Después, cuando el hombre demacrado yacía desangrándose, lloró entre sus manos.

Su padre se había llevado una gran decepción y lo reprendió por no haber visto al marinero y por haber llorado. Mientras el joven Mariano escondía su vergüenza, soñaba con su madre e imaginaba que ella lo rodeaba con sus brazos. La veía cantando nanas tranquilizadoras mientras él se mecía en su hamaca.

Abrió la boca para contarle a la Majestuosa alguna historia inventada sobre él y una serpiente marina cuando ella inspiró de manera brusca.

—No te muevas —susurró.

Mariano se quedó helado. Siguió su línea de visión y giró de modo ligero el cuello para ver una tarántula del tamaño de un puño apoyada en su hombro. La cosa movió los colmillos y Mariano estuvo a punto de gritar.

Alargó la mano para apartar a la bestia, pero una de las sombras de la Majestuosa le agarró la muñeca. Los ojos de Mariano se

abrieron de par en par, con el asco revolviéndole las tripas.

—Quítame esa cosa de encima.

—¿Qué cosa para ser exactos? ¿La araña o mi poder?

—¡Ambos! Quítame a estos miserables espectros de encima.

Con una mueca de irritación, arrancó la tarántula peluda y le dio una palmada en el trasero. Al mismo tiempo, su magia fantasmal le soltó la muñeca, solo para empujarlo hacia atrás con tanta fuerza que tropezó con una piedra y cayó al suelo del bosque.

—¡Qué demonios! —La furia se apoderó de él, ya que aborrecía que lo empujaran.

—Eso fue por ser grosero, padre. —Sus ojos brillaron. Los botones superiores de su túnica se habían desabrochado, dejando entrever los tatuajes que marcaban su piel.

La oscuridad recorrió sus rasgos y sus venas se ennegrecieron. Mariano retrocedió hasta que sus hombros chocaron contra un árbol. Era aterradora, hechizante e impresionante. No… Sacudió la cabeza: era un monstruo.

Cogió el sable que llevaba en la túnica, pero una de las sombras se lo arrebató de las manos y lo arrojó a la espesura como si fuera una garrapata.

—Maldita seas —espetó. Esa era su arma favorita de niño.

Dio un paso adelante, se arrodilló a su lado y le puso la palma de la mano en la mejilla. Su interior se hizo añicos. ¿Qué le pasaba?

—Me has hechizado —exclamó.

Se rio con amargura.

—Lees demasiados libros para niños.

Las patas de la tarántula se movieron desde su hombro. Ella maldijo en voz baja.

—Debo irme, parece que ya me han atrapado, gracias a ti. —Su pulgar rozó la cicatriz de su barbilla y, demonios, qué bien se sintió —. Prométeme que mañana me dirás de dónde has sacado eso.

—Para entonces, estaré lejos de ti y de esta malvada isla.

Una sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios carnosos.

—Lo dudo mucho.

La tarántula chasqueó los colmillos y ella la miró.

—Dile que estoy en camino.

—¿Qué?

Puso los ojos en blanco y se levantó.

—No hablaba contigo.

Se volvió, recogió la máscara que se le había caído y agitó los dedos en señal de despedida.

—Buenas noches, padre. Espero verte de nuevo pronto.

Y desapareció entre las palmeras.



# CAPÍTULO 9

## Rosalinda

Rosa irrumpió entre la maleza en un revuelo de faldas y excitación frenética. Se llevó una mano a la frente, con los dedos fríos como un agradable alivio contra el rubor de su piel. Había dejado que un chico la tocara. No, había sido ella quien lo había tocado. Y cuando lo hizo, bendita sea Xiomara, se le erizaron los pelos de los brazos.

Otro momento tan cerca de su fuerte cuerpo y habría perdido el juicio, pero entonces las puntas de sus dedos chocaron contra la cadena que colgaba de su cuello. Era sólida y pesada, para un hombre con ropa robada. Tener algo así escondido bajo su ropa significaba que tenía que ser de valor para él. Se le ocurrió una idea, algo genial: ella no podía navegar un barco, pero él dijo que sí podía y que tenía uno.

Si ella le pedía ayuda para liberar a Juana y escapar, él simplemente diría que no. Amenazarlo con hablar de él a los guardias solo le haría huir. Ella necesitaba algo que pudiera retenerlo en la Isla de las Pecadoras.

Rosa siempre había sido una hábil carterista. Ella y Juana solían jugar a un juego en el que fingían ser piratas ladronas; este consistía en llevarse la baratija más reluciente de los sacerdotes o del templo. Nunca, ni una sola vez, las habían descubierto.

Dejó la tarántula en el suelo y siguió a la criatura mientras se acercaba a la fiesta.

Estaba claro que Isobel intentaba avisar a Rosa de que su presencia, o la falta de ella, no había pasado desapercibida. Lo que le hizo preguntarse cómo iba a encontrar tiempo para buscar a Juana.

Mientras caminaba de vuelta, sacó la pesada cadena de sus faldas que estaba caliente, como él.

Giró la muñeca para ver la piedra azul oscuro desde todos los ángulos. El colgante era bonito, pero no parecía una pieza singular. Lo único que esperaba era que significara lo suficiente para él como para quedarse en la isla.

—Gracias a las estrellas, Rosa. Ahí estás —jadeó Lola mientras sus faldas verdes rozaban la tierra. Su piel bronceada brillaba por el sudor—. ¿Vamos a hacer esto durante el resto de la Ofrenda?

Rosa se metió la cadena en el corpiño mientras la atención de Lola se centraba en la tarántula que se escabullía.

—Tienes admiradores que desean hablar contigo, y, si el rey por alguna razón no paga su diezmo por ti, tendrás a todos los nobles en lucha por tu mano.

No, eso no sucedería, porque ya no estaría aquí para que lo intentaran. Todo esto bajo la suposición de que la cadena fuera de verdad valiosa para el chico.

Lola se detuvo.

—¿Dónde está tu máscara?

—Aquí. —Rosa la levantó, e hizo lo posible por no pensar en el cuerpo del chico tan cerca del suyo.

Con los ojos en blanco, Lola tomó la máscara dorada y la ató a su rostro. Entrelazó su brazo al de Rosa y la empujó hacia delante.

Atravesaron el arco y se dirigieron hacia la fiesta. Era tan horrible como cuando se había marchado. Sus compañeras Majestuosas estaban ubicadas por todas partes y mostraban sus habilidades a los espectadores, como animales de circo. Una de sus hermanas Majestuosas estaba convirtiendo la piel de una mujer en color verde esmeralda, mientras otra utilizaba su energía para crear una nube de lluvia en sus palmas.

Un hombre levantó su vaso, con el líquido que se derramaba por los lados, y reclamó a Lupe, una Majestuosa de piel marrón claro y pelo dorado que no había sido elegida por un noble en la pasada Ofrenda para sorpresa de todos. Tenía el poder de transformar la nieve en cualquier forma, incluyendo avalanchas monstruosas, hacer témpanos punzantes del tamaño de troncos de árboles y crear casas de escarcha. Doña Lucía hizo que un mercader trajera un barco entero lleno de hielo durante el debut de Lupe para que pudiera asombrar a los invitados. Cuando no fue elegida, se sintió destrozada. Lupe había querido atarse a alguien desde que era pequeña. Rosa odiaba la idea de la Ofrenda, pero no podía culpar a Lupe por querer algo más para su vida.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Lola en voz baja.

—¿Qué hombre?

—No te hagas la tímida, vi a un hombre joven seguirte.

—No es nadie. —Pero aún podía sentir el roce de sus manos callosas, oler el mar en su pelo—. La doña quiere que cortejemos y deleitemos a los invitados. Esa era yo mientras hacía lo que se nos pidió.

—¿A un sacerdote? —Lola chasqueó la lengua.

—No hay nada en sus libros sagrados que diga que no pueden hablar con nosotras.

—Parece que prefiere hacer algo más que hablar. Te observa desde lejos.

Rosa luchó contra todo instinto de mirar hacia atrás, para ver desde otro ángulo su impecable barbilla y la oscura furia que bullía tras sus ojos. Algo dentro de ella ardía en deseos de ir hacia él, de tocarlo, de provocarlo una vez más para ver cómo se tensaba la línea de su mandíbula, pero todo eso era ridículo.

Ella iba a usarlo para encontrar a Juana; y eso era todo.

—Parece que esas lecciones de coqueteo te funcionaron, entonces. —Lola le dio una palmadita en el brazo y dio un paso atrás —. Me alegro, tienes que hacer lo que sea necesario para mantenerte en gracia con doña Lucía.

Las dos se miraron durante un largo rato porque Rosa sabía lo que Lola quería decir. Tenía que hacer lo que fuera para mantener a Juana con vida.

—La amas —dijo Rosa—. ¿Es ella tu canción del corazón?

—Calla. —Lola miró a su alrededor, asegurándose de que nadie escuchaba—. Todo lo que importa ahora es que te comportes.

—Pero…

—Por favor, Rosalinda.

—Haré lo que tenga que hacer —dijo Rosa.

Lola suspiró aliviada, pero no comprendió la verdadera intención de Rosa. No iba a doblegarse ante las exigencias de doña Lucía. Jamás.

Rosa se pasó la palma de la mano por el pecho, donde la cadena le oprimía la piel. Enderezó la columna y dejó que sus ojos se deslizaran hacia el arco. El fuego la recorrió al encontrarse de nuevo con la mirada del apuesto desconocido. Pasó un segundo, o tal vez una eternidad, antes de que él se deslizara en la oscuridad, llevando consigo el calor de su mirada. «Por favor, Xiomara», suplicó. «Por favor, deja que mi plan funcione».



# CAPÍTULO 10

## Mariano

La multitud de asistentes a la fiesta se había reducido a unas docenas cuando Mariano encontró a Santi escondido entre las sombras, mientras hablaba entre dientes con una botella de vino. Santi estaba enamorado de la bebida desde que se conocieron, en un intento de escapar de los fantasmas de su pasado que lo perseguían. Aun así, Mariano solo lo había visto así de destrozado en un puñado de ocasiones.

Se tocó con los dedos el nacimiento de la nariz y apoyó una mano en la cadera. ¿Por qué iba a elegir ahora Santi una embriaguez irreparable?

—Lo siento —murmuró Santi.

Mariano le arrancó la botella de la mano.

—Maldita sea, deberías.

La nariz afilada de Santi se llenó de mocos. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Estás llorando?

—Por supuesto que no, es el maldito polvo en el aire.

Con un suspiro, se metió bajo el brazo de Santi y lo levantó. A Santi le temblaban las piernas y tenía la cabeza ladeada, pero al menos se mantenía erguido.

—Ven —dijo Mariano—, vamos a buscar un sitio para que duermas esta borrachera. —¿Qué otra cosa podía hacer? No iban a destruir una armada entera cuando la mitad de su dúo apenas podía moverse.

Santi no discutió. Sus pies se movían con lentitud, arrastrando cada bota, como si estuvieran llenas de arena. Avanzaron cojeando por el sendero vacío hacia el templo.

Santi murmuró incoherencias, se rio entre dientes y luego empezó a cantar.

—«Vi una rosa fragante y roja…».

—Silencio —lo calló Mariano. Sus ojos recorrieron el bosque. Miró por encima del hombro y sintió un nudo en el estómago. Una figura delgada acechaba entre las sombras, pero cuando volvió a mirar en la oscuridad, la silueta había desaparecido.

—«Pensé que era una manzana, así que dije: La recogeré para mi amor más querido. Pero entonces vi en la rosa roja sangre».

Giraron a la izquierda antes de llegar al templo. Una rama se quebró a lo lejos.

La piel se le puso de gallina, juraría que los seguían, pero cada vez que miraba hacia atrás, no había nadie.

—«Me goteaba tanto el dedo. Ay, dije y la dejé ir. La rosa gritó mientras caía sobre la hierba. Te lo mereces, tonto».

Por muchos «silencios» que Mariano lanzara hacia Santi para que se callara, nada funcionaba. El canto del hombre se hacía más fuerte a cada paso. Su ensayada voz resonaba como un cañonazo y el aire se enfriaba a medida que se acercaban al mar. Mientras tanto, Santi seguía con su ridícula canción.

Tropezaron en la oscuridad hasta que la primera luz estelar se reveló ante ellos. Unos pasos más y el aire salado les golpeó la cara: habían llegado a una bahía desolada.

Mariano quería preguntarle a Santi por qué se había emborrachado tanto. Por qué se comportaba como un imbécil la mitad del tiempo. Por qué nunca podía manejar ninguna situación a menos que hubiera mucho licor cerca.

Pero Santi ya se había adelantado y se había tirado en la arena.

—Odio este sitio.

—No me digas. —Mariano se sentó a su lado.

La cabeza de Santi giró con lentitud hacia Mariano.

—¿Por qué hueles a perfume de rosas?

Mariano tosió.

—No huelo a perfume.

—No me insultes, conozco el aroma de una mujer mejor que nadie.

—No hay mucho que decir… Me crucé con una Majestuosa.

Se mordió la lengua. Mejor guardarse para sí lo gloriosa que la sentía contra él, cómo brillaban sus ojos como olas atrapadas por la luz de la luna. Santi prefería a los chicos la mayoría de los días, pero nunca rehuía la belleza de ningún tipo.

El calor llenó las entrañas de Mariano al recordar los dedos de ella recorriéndole el pecho. Sacudió la cabeza para desalojar el anhelo antes de que fuera demasiado grande para soportarlo. Señaló hacia el oeste, donde estaba anclada la nave con al menos veinte cañones en cubierta.

—Ese es nuestro barco, Santi. Y, en cuanto se te pase la borrachera, lo tomaremos y usaremos sus cañones para destruir al

resto.

—Soy un magnífico marinero, como sabes. —Dio un golpecito con un dedo en la nariz de Mariano. Hipó—. Pero nosotros dos solos no podemos navegarlo.

—Convenceremos a la tripulación a bordo para que se ponga de nuestro lado, por la fuerza si es necesario.

Santi hizo rodar la punta de su bigote entre el pulgar y el índice, se balanceaba como si ya estuviera en el barco.

—Tenemos un solo sable para los dos, eso sí.

—El sable ya no está.

Santi frunció el ceño.

—¿Debo preguntar por qué?

Mariano negó con la cabeza.

—La tripulación no sabrá lo que tenemos. —Mostró una sonrisa malvada—. Un vistazo a los tatuajes de mi pecho y sabrán quién soy.

—¿Así que subirás a bordo, te arrancarás las vestiduras de sacerdote y dirás: «Hola muchachos, ¿ha llegado vuestro nuevo capitán?» —Se rio, más bien, aulló—. Te tirarán monedas, pensarán que formas parte de algún espectáculo.

—Yo tengo la gema —dijo Mariano. No le importaba que se burlaran de él, sobre todo después de que la Majestuosa lo hubiera hecho sentir como un tonto empujándolo al suelo. Se llevó la mano a la cadena que llevaba al cuello.

—Me ofrece protección. Y yo…

Todo su ser se paralizó. Se rasgó las vestiduras y se agarró el cuello. Se puso en pie de un salto, mientras giraba en círculos en la orilla.

Santi se tambaleó al levantarse.

—¿Qué es? ¿Qué has perdido? Además de la cordura.

Mariano se abrió el cuello de la camisa y dejó al descubierto su pecho tatuado.

—La cadena de mi madre ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Eso no puede ser. —Mariano se enfureció.

—La tenía cuando llegamos a tierra. —Se pasó las manos por el pelo y se paseó de un lado a otro—. La sentí cuando me puse estas miserables ropas.

—¿Podría haberse perdido con el sable, señor príncipe?

Mariano se detuvo. Miró en dirección a donde se había parado el pequeño demonio de vestido extravagante, en donde sus bonitas manos se habían deslizado alrededor de sus hombros y juguetearon con su pelo. Había una chispa en sus ojos al mirarlo. En su arrogancia, pensó que ella se había sentido lujuriosa, a causa de sus hoyuelos y sus penetrantes ojos.

Pateó la arena y gruñó.

—Ha sido ella. Esa chica… tiene mi cadena.

Lo único que le quedaba de su padre y el último vínculo con su madre. Tenía que recuperarlo. Santi soltó una carcajada sorprendido.

—La pequeña descarada te superó.

—Se arrepentirá del día en que se cruzó en mi camino.

—Si eres honesto, fuiste tú quien se cruzó en el suyo. —Levantó las manos en señal de rendición mientras las fosas nasales de Mariano se encendían. Mariano giró sobre sus talones y se dirigió hacia el sinuoso camino que conducía al palacio. —¿Adónde vas? —gritó Santi, con una voz tan alegre como la luz de la luna.

—Voy a recuperar mi cadena —dijo por encima del hombro, y luego añadió en voz baja—, y a estrangular a la muchacha con mis

propias manos.

—Nunca conseguirás pasar de las guardias, señor príncipe —replicó Santi, y volvió a hipar—. No temas, compadre. Te sacaré de las mazmorras antes de que te arranquen la cabeza.

El cacareo de Santi siguió a Mariano a través del bosque. Siguió por un camino de tierra que esperaba que lo llevara al palacio, pero se detuvo cuando vio el primer atisbo de luz resplandeciente de un farol. Se reajustó la túnica y se puso el ridículo sombrero.

Esperó a que unos cuantos invitados se acercaran por el camino y se escondió detrás de ellos. Esperando que los guardias solo lo ignoraran. El Palacio de las Majestuosas era de una belleza impresionante, podría haber sido sacado de viejos cuentos de hadas. Era extraño construir un lugar tan bonito para llenarlo de ladrones y mentirosos.

Cuando su bota tocó el primer escalón, una mano pesada le apretó el hombro.

—Esta zona no está destinada a hombres santos, padre.

Mariano parpadeó sorprendido. Había visto y se había acostado con muchas mujeres corpulentas, pero nunca en su vida había visto una figura tan alta e intimidante.

—Necesito hablar con la Majestuosa que posee magia de sombras, es por algo importante. —La guardia se quedó de pie, impasible.

Intentó zafarse de sus garras, pero se encontró atascado como un caballo en un pantano. Tuvo la tentación de llamar a gritos a la ladrona y exigirle que le devolviera su propiedad de inmediato, pero no quería llamar la atención, ni que se supiera que había sido estafado por una mujer.

Cuando levantó las manos en señal de derrota, la guardia le permitió retroceder e incluso llegó a quitarle las arrugas que había creado en su túnica.

—Usted no lo entiende. Ella… —se detuvo. Si decía que ella le había robado, ¿cuáles serían las consecuencias? ¿Le importaba? Ella debía ser castigada. Pequeña bandida.

Enloquecido, Mariano avanzó a pisotones, solo para que la guardiana se interpusiera entre él y la entrada.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿De verdad quiere intentarlo de nuevo?

Resignado, Mariano suspiró.

—Dígame una cosa, amable señora, ¿cuándo tendré ocasión de volver a hablar con esa Majestuosa?

—Mañana cenará con sus pretendientes. —Ella lo miró—. Puede que la vea pasado mañana.

Abrió la boca para discutir, para decirle a la guardiana que se apartara de su camino, pero una voz ronca procedente por detrás intervino.

—¿Hay algún problema, padre?

Mariano maldijo en voz baja antes de esbozar una encantadora sonrisa.

—En absoluto. —Se volvió hacia el hombre al que pertenecía la voz y casi se caga en los pantalones. Ese pelo plateado, esos ojos azules… Eran del comandante Alejo, de la armada del rey. El mismo hombre que había hundido su espada envenenada en el vientre del Draque durante el enfrentamiento de hacía solo unas semanas.

Era más alto Mariano, algo que no muchos podían, y sus músculos parecían tallados en piedra.

La rabia hirviente abrasó las entrañas de Mariano, sus músculos se flexionaron, y toda la fuerza de voluntad que le quedaba se empleó en no estrellar los puños contra la cara del anciano. Los hombres del comandante habían tendido una emboscada a la tripulación de Venganza. Sus órdenes habían acabado con el Draque y habían arruinado a Mariano para siempre.

Bajó los ojos, en un intento de ocultar su molestia y ocultar el rostro a un hombre que debió haberlo reconocido con facilidad. Tal vez deshacerse de su desaliño había funcionado mejor de lo que esperaba.

—Solo preguntaba a la guardiana por una Majestuosa —dijo Mariano—. Pero me ha informado amablemente que no está disponible.

El comandante soltó una risita.

—Ya veo, son encantadoras, ¿verdad? Dígame, ¿cuál de las chicas le gusta?

A Mariano se le encendieron las fosas nasales y apretó la mandíbula.

—Solo tenía una pregunta. Después de todo, soy un sacerdote.

—Una pena. —El comandante Alejo le dio una palmada en el hombro a Mariano. Le apestaba el aliento a cerveza.

A Mariano le dolían los nudillos de aplastar la nariz del hombre en su cerebro, pero necesitaba mantener la entereza.

—¿Lo conozco? —preguntó el comandante, arqueando una ceja. Los músculos de Mariano se contrajeron.

—No lo creo.

—Nunca olvido una cara. —Entrecerró los ojos—. Estoy seguro de que nos conocemos.

—Tomo confesiones en la Catedral coronadiana. —Era el templo más grande del reino y cientos de sacerdotes residían allí. Cualquiera que fuera de importancia deseaba ser visto en esa zona por su proximidad al castillo del rey y Mariano estaba seguro de que alguien tan hambriento de poder como el comandante se mezclaría entre aquella multitud.

—¿Confesiones? —El comandante se frotó un dedo sobre la sien.

—Sí, señor. Oigo las cosas más condenables. —Mariano solo podía imaginar lo que un hombre como él confesaría.

El comandante Alejo palideció.

—Tal vez me equivoqué. Creo que no le reconozco después de todo.

Mariano contuvo su sonrisa.

—Debo volver a mis oraciones.

Inclinó la cabeza en señal de despedida y se alejó dando pisotones. Le dolían las palmas de las manos, donde se había clavado las uñas. De un modo u otro, mataría a aquel hombre, pero el comandante tendría que esperar su turno porque una bonita Majestuosa se había colado en la fila.



# CAPÍTULO 11

## Rosalinda

### Día 3 de la Ofrenda: Alabados sean los dioses de la abundancia

Una mano tocó el hombro de Rosa, que la hizo levantar de un tirón, jadeando.

—¿Juana?

Se había pasado tanto tiempo intentando abrir la puerta después de que Lola la encerrara anoche, que debió de quedarse dormida en el suelo otra vez.

—Lo siento, señorita. —Era Cora, que venía a preparar a Rosa para el día. La ayudó a levantarse y a sentarse en la cama. El aroma de los huevos fritos y las tortitas humeantes despertó el estómago hambriento de Rosa. Pero se quedó sentada, con los ojos desorbitados, mientras otra sirvienta le ponía una bandeja en el regazo.

—¿Traigo a Beatriz para que le caliente los pies? Parece… —Cora ladeó la cabeza—. Helada.

Rosa se sonrojó. Debía de parecer medio muerta, y no importaba lo que intentara, sus sombras no podían atravesar la magia que la

sellaba en la habitación.

Ofreció a Cora una pequeña sonrisa.

—Estoy bien, gracias.

Pero no lo estaba, sobre todo porque lo poco que dormía lo hacía soñando con ese chico. Sus manos, su pecho y los tatuajes. Tragó saliva. Solo dos tipos de personas llevaban marcas de esa naturaleza en la piel: cazadores y piratas. Sin duda, no era uno de los cazadores de la Iglesia, así que eso dejaba una sola opción: pirata.

Lo que significaba que no había venido a la isla con buenas intenciones; había venido por tesoros o problemas. No era un hombre adecuado para tener pensamientos inapropiados, o ningún pensamiento en absoluto en verdad. Pero la realidad era que él era su única oportunidad para escapar, y tendría que tener eso siempre presente: él era un medio para un fin.

Hundió el tenedor en los huevos y vio cómo la yema dorada se extendía como la sangre de una herida. Le vino el destello de un recuerdo. Sangre en sus faldas. En sus manos.

Había estado escondida entre los pastos, había cumplido siete años y su hermano la dejaba esperar en silencio mientras él comprobaba si había liebres en las trampas. Sus ojos empezaban a caerse cuando él atravesó la maleza y le tapó la boca con una mano.

—Viene alguien —le susurró al oído.

Su cuerpo se retorcía de pánico, había sido la misma circunstancia que cuando perdieron a sus padres.

—No tengas miedo, hermana. ¿Recuerdas cuando jugábamos al escondite? Imagina que estamos jugando a eso ahora mismo. Quiero que vayas y te escondas en algún lugar tan secreto que ni los *chaneques* puedan encontrarte.

Ella negó con la cabeza. No lo dejaría.

—Por aquí —retumbó una voz grave a unos pasos de distancia.

—Cazadores —alertó a Rosa y la empujó hacia delante—. Corre. —Pero sus pies no se movieron y su mente no podía forzarlos a avanzar.

La agarró y se la llevó en brazos. Sus largas piernas se agitaban sobre la hierba mientras los gritos de los hombres los perseguían.

—Ahí están —gritó alguien.

Entonces se oyó un silbido a espaldas de su hermano. Rosa solo tuvo un momento para enfocar la vista antes de ver la flecha que se dirigía a toda velocidad hacia ellos. Abrió la boca para gritar, pero no le salió nada; ni siquiera sus poderes tuvieron la oportunidad de ayudarla antes de que la flecha se clavara en su espalda.

Soltó un gruñido, pero siguió adelante. Hasta que llegó otra flecha, y luego otra. Sus cuerpos chocaron contra el barro y Rosa se zafó de él. Se puso a gatas y lloró por su hermano, pero él no respondió.

Aullando como una bestia herida, se arrastró por el barro hacia él. Tiró de su cuerpo inerte, metió las manos bajo sus brazos y trató con todas sus fuerzas de ponerlo en pie.

—Vamos —suplicó entre sollozos—. ¡Levántate!

La cabeza de su hermano se ladeó.

—Suéltame, Rosa. Corre.

—No. Nunca.

Sentía las piernas como si le hubieran atado pesados sacos de arena. Sus brazos se debilitaron al levantar a su hermano mayor y cayeron al suelo enredados. Su sangre se filtró en su falda. Estaba caliente, llena de vida; como él.

—Ve, Rosalinda.

Sacudió la cabeza.

—Yo nos protegeré.

Llamó a sus poderes, pero cuando llegaron, la sombra de un hombre se alzó ante ella portando grilletes de hierro oxidados. Sonreía, con sus dientes de oro y sus espantosos tatuajes grabados a fuego en sus pesadillas.

—Vamos, bonita. Pórtate bien. Esta es una pelea que no puedes ganar.

Entonces aquellas manos callosas agarraron su camisa y tiraron de ella. El bruto no olía a mar, como el chico de la noche anterior, olía a podredumbre y mugre. A lagunas turbias llenas de sanguijuelas.

—¿Seguro que se encuentra bien, señorita? —preguntó Cora mientras preparaba un precioso vestido cosido por una Majestuosa llamada Amparo.

—Estoy tan bien como puedo estar.

—Se enfrían los huevos, señorita; tiene que comer. Tiene que tener energía.

Pero sus pensamientos eran suficientes para llenar su mente y su estómago. Solo le quedaban unos días para la ceremonia de Atadura. ¿Y si su plan fracasaba? ¿Y si al pirata no le importaba su gema mágica?

Rosa deslizó la mano por detrás de la almohada, entrelazó los dedos alrededor del camisón en el que la había envuelto y tiró de ella. Era un escondite terrible porque las criadas le cambiaban la ropa de cama a diario. Necesitaba encontrar un nuevo hogar para la baratija, un lugar donde las miradas indiscretas no pudieran encontrarla.

Tenía el lugar perfecto. Llevaba años usando ese escondite para sus bienes robados, los bienes con los que le había pagado a la capitana, y solo Juana lo conocía.

Rosa estiró los brazos.

—He terminado de desayunar, Cora.

Cora chasqueó la lengua al recoger el plato lleno, pero no dijo nada. Cuando su criada le dio la espalda, Rosa salió de la cama, cogió una bata y se dirigió al balcón. Miró por encima de su hombro, Cora ya estaba junto a su cama, ocupada en quitar las migas del colchón. Soltó un suspiro de alivio; si hubiera dejado la cadena allí, la habría descubierto con facilidad.

—Tomaré un poco de aire fresco antes de bañarme. —Abrió las puertas de un empujón. Cora no le prestó atención ya que se había concentrado en mullir las almohadas.

La brisa marina se arremolinaba… húmeda y caliente. El suelo bajo sus pies estaba caliente por el sol y el océano parecía de cristal. Si no fuera por las gaviotas que revoloteaban, pensaría que la escena formaba parte de un cuadro.

Rosa se arrastró hasta la esquina del balcón donde la hiedra crecía más espesa, desenredó la cadena del camisón y lo metió entre las enredaderas.

Se oyeron voces dentro de la habitación y Rosa se levantó de un salto.

Presa del pánico, arrojó el camisón por encima de la barandilla. Se lo llevó el viento hacia el patio. Rosa giró cuando los tacones de doña Lucía chasquearon en el balcón.

—Ama —dijo Rosa, sin aliento, e hizo una corta reverencia—, qué sorpresa.

Doña Lucía frunció los labios. Se los había pintado de rosa pálido a juego con la blusa y las faldas de seda que llevaba.

—¿Por qué debería sorprenderte? ¿No eres mi pupila?

—Sí, ama. Solo quiero decir que es una sorpresa verla a estas horas.

—Rosalinda, estoy despierta y deambulando en todo momento; harías bien en recordarlo. —El pánico se apoderó del pecho de Rosa. ¿Sabía la doña lo del pirata?

Dio solo dos pasos adelante, y doña Lucía estaba al lado de Rosa. Respiró hondo mientras rodeaba la barandilla con los dedos.

—Qué vista más linda tienes. Tenemos la suerte de vivir en una isla muy bonita, ¿verdad?

—Sí, ama. —Por dentro, Rosa hervía, ya que esta mujer se lo había quitado todo. Primero, había convertido sus sombras en armas. Después había intentado despojarla de su voluntad. Y ahora, Juana. «Es malvada». Rosa parpadeó con fuerza; ese pensamiento no había sido suyo. Hasta sus sombras odiaban a la doña.

—Gracias a la gran misericordia de la Iglesia y a la generosidad de nuestros mecenas, podemos mirar al mar sin preocuparnos por nada en el mundo.

Rosa casi se ríe. ¿Sin preocuparnos por nada en el mundo? Les hacían creer que tenían que renunciar a sí mismas, a su libertad, a su capacidad de elección para limpiar sus almas. Les decían que tenían que ofrecer todo lo que llevaban dentro a un hombre, sin importarles el precio que tuvieran que pagar, que tuvieran sus propios deseos silenciados, sus propios sueños y anhelos aniquilados, solo por el bien de la salvación. Si querían vivir, tenían que matar a la persona que llevaban dentro. ¿Cómo era eso justo?

—Es el mayor honor para una Majestuosa ser elegida para servir al lado del rey —dijo doña Lucía—. Solo la más bella, poderosa y preciada de las Majestuosas es digna.

Rosa no se sentía merecedora de nada en ese momento.

—Yo iba a ser la que sirviera al lado del difunto rey Agustín —dijo doña Lucía—. ¿Lo sabías?

—Sí, señora. —Todos lo sabían, ella hablaba de ello a menudo. La amargura todavía estaba aferrada a cada una de sus palabras.

—Eligió a Camila antes que a mí. —Sus nudillos se pusieron blancos mientras su mano se tensaba en la barandilla—. Ella tenía el poder de una inteligencia inimaginable, podía descifrar a un enemigo solo por su forma de hablar. Era una gran estratega, podía predecir levantamientos y sabía cómo aplastarlos. —Su rostro se volvió petulante—. Al menos, lo sabía. Pero fue antes de que el rey muriera de forma prematura y sellara su triste destino.

Parte del ritual de Atadura que se realizaba al final de la Ofrenda garantizaba que las almas y los cuerpos de las Majestuosas elegidas y sus anfitriones se convirtieran en uno. De ese modo, si la Majestuosa intentaba quitarle la vida a su anfitrión, ella también la perdería. Rosa no sabía cómo el rey había encontrado su fin, pero cuando lo hizo, también lo hizo Camila.

—Soy una fiera, como todos sabemos, pero el rey Agustín no prefería la brutalidad… O quizá era él quien quería ser el más brutal de la sala —su mano se aflojó—, pero su hijo es diferente. Es débil, y si conserva su trono, necesitará que lo protejas.

¿Así era?

Doña Lucía se volvió hacia la habitación.

—¿Cora? —Esta se precipitó e hizo una reverencia.

—¿Sí, doña?

—Ten a Rosalinda vestida y lista para después del mediodía. Va a cenar con sus pretendientes.

Cora se inclinó una vez más.

—Sí, ama.

¿Cómo iba a encontrar a Juana si cada segundo contaba para ella? Tal vez podría fingir que estaba enferma. ¿Y luego qué? ¿Intentar encontrar a Juana y al pirata, que podrían estar en cualquier parte de la isla? Ni siquiera podía salir de su alcoba sin que alguien la escoltara.

Tenía que jugar de forma inteligente y que la doña pensara que seguía siendo parte de su juego, porque, si ella tenía algún indicio de lo que Rosa hacía, la vida de Juana habría terminado.

La doña miró a Rosa.

—Ponle polvos en la cara, Cora —añadió, mientras escrudiñaba el aspecto de Rosa—. Parece que no hayas dormido en días.

Los fantasmas de Rosa siseaban.

—Tienes trabajo que hacer, querida —dijo doña Lucía—. Debes cortejar a tus pretendientes y provocar su frenesí. Ah, y lo que es más importante, quiero que uses tus artimañas femeninas para acercarte al rey. Debo saber si es el tipo de gobernante que seguirá satisfaciendo nuestras necesidades.

—¿Qué necesidades serían esas?

—Hay algunos que desean acabar con la Ofrenda. Dicen que nuestro modo de vida es erróneo, pero no son más que tontos celosos que quieren lo que no pueden tener. Debemos asegurarnos de que nuestro rey mantiene los ideales de la Iglesia en su corazón.

—¿Y si no lo hace? —se atrevió a preguntar Rosa.

Doña Lucía levantó la barbilla.

—Entonces supongo que otro hombre tendrá que ocupar su lugar.



# CAPÍTULO 12

## Mariano

-Estás chiflado si crees que voy a escalar eso —dijo Mariano.

Santi y él permanecían con la cabeza hacia atrás, mientras observaban el escarpado acantilado contra el que se asentaba la parte trasera del palacio.

—Vamos, señor príncipe. Seguro que has escalado hasta la habitación de alguna bella doncella a altas horas de la noche.

—No hay comparación entre los dos escenarios. Eso —señaló la escarpada pared de roca ante ellos—, ¡tiene que tener doscientos metros de altura!

Santi entornó los ojos y frunció los labios.

—Yo diría que más bien doscientos cincuenta.

—¿No encontraste otra forma de entrar en palacio? ¿Tú? El mejor rastreador que ha existido.

—No te enfades conmigo, señor príncipe. No soy yo quien ha perdido su piedra mágica. —Cuando Mariano apretó la mandíbula, Santi levantó las manos en señal de paz—. Hay guardias en todas las puertas y entradas, incluso en los balcones del extremo este. Y nuestros disfraces no funcionarán, tú mismo lo dijiste: «No se permite la entrada a sacerdotes».

—Pero ¿por qué vigilar tanto algo cuando es imposible entrar en la isla en primer lugar?

Santi se encogió de hombros.

—Estamos aquí.

—Sí, supongo que tienes razón. —Se rascó la barbilla y volvió a observar el acantilado.

—¿Esperamos a que nos cubra la oscuridad? —preguntó Santi.

No había un «nosotros» en esta situación. Por muy ágil y rápido que fuera Santi, Mariano no estaba seguro de que pudiera soportar la escalada. No pondría en peligro a su único amigo, pero tampoco se quedaría en la Isla de las Pecadoras otro momento si no tenía que hacerlo. Iba a coger su cadena, llenarse los bolsillos de oro y navegar lejos de esta isla olvidada de la misericordia de Dios.

—Si nado a través del oleaje y llego al extremo más alejado del acantilado, estaré fuera de la vista de cualquier barco o persona. Es la mejor oportunidad que tengo para pasar desapercibido.

—Pero eso significa arriesgarte a chocar contra esas rocas dentadas o a ser mutilado por *tlanchanas* —dijo Santi.

Un riesgo del que no habría tenido que preocuparse si tuviera la gema.

—Tal vez podemos tan solo esperar fuera del palacio —sugirió Santi—. Seguro que en algún momento pondrán un pie más allá de los muros.

Mariano negó con la cabeza.

—Iré, no debería ser tan difícil. Mientras tanto, tú ve al pueblo y reúne provisiones. Pero sé sigiloso y mantente alejado de la bebida por una vez en tu vida.

Santi se puso la mano sobre el corazón.

—Por mi honor de canalla, tendré un festín a la espera de tu regreso, señor príncipe.

—No necesito un festín, Santi, pero un buen sable o dos me servirán. —Habían vuelto al bosque donde aquella bruja de las sombras había arrojado su arma, pero no había ni rastro de ella por ninguna parte. Tenía la capacidad de hacer lanzamientos como cañones.

—Entonces, robaré tres —dijo Santi. Giró sobre sus talones y su túnica robada se agitó con la brisa salada.

—No hagas una escena —le gritó Mariano. Cualquiera que fuese la respuesta de Santi, se la llevó el viento.

Mariano se quitó la túnica y la tiró a un lado, lo que dejó al descubierto sus pantalones, su camiseta y sus botas. Pensó que ya se colaría en una habitación o en un armario y que, una vez dentro, encontraría un disfraz más apropiado para deslizarse por un palacio. ¿Y la chica? ¿Cómo la encontraría?

Maldijo. ¿Por qué todo era tan difícil? Su padre nunca tuvo tantas pruebas, y si las tuvo, sabía cómo doblegar la vida a su voluntad, al igual que su madre. Cuando Mariano era joven, podía ver que ella no se doblegaba ante nada.

Suspiró y luego se adentró en el mar. Recordó cómo se miraban sus padres antes de emprender una nueva aventura, era como si se contaran un chiste que solo ellos entendían. Un fuerte sentimiento de nostalgia se apoderó de él. ¿Sería débil por su parte decir que él también quería eso con alguien? Claro que tenía a Santi, pero solo porque el hombre sentía que estaba en deuda con él.

El agua envolvía las piernas, el torso y los hombros de Mariano. El frío traspasaba su ropa y le mordía la piel. Miró al cielo despejado.

Dudaba que sus padres estuvieran en el cielo, pero estaba seguro de que, dondequiera que se ubicaran en el más allá, encontrarían el camino el uno hacia el otro.

—No me dejéis morir —dijo—. Todavía no. No cuando aún hay tanto por hacer.

Todavía había riquezas que capturar. Comandantes que matar. Brujas de las sombras que encontrar. Respiró hondo y se zambulló en las olas.



# CAPÍTULO 13

## Rosalinda

La doña preparó un extravagante almuerzo en el atrio para Rosa y sus pretendientes. Era un espacio precioso, por muy triste que fuera la ocasión. Un resplandeciente manantial corría por el centro, y se vaciaba sobre el escarpado acantilado al otro lado de la pared de las ventanas. Plantas de todos los tonos, formas y tamaños se bañaban al sol; a Juana le encantaba este lugar. Robaba libros de la biblioteca y se escondía bajo un arbusto gigante de hortensias, perdiéndose en otros mundos durante horas y horas.

Algunas de las Majestuosas de mayor edad revoloteaban por el espacio, tiñendo los pétalos de las flores de rosa, luego de amarillo y después de azul. Alimentaban a las mariposas iridiscentes con dulce néctar. Rosa saludó con la cabeza a una Majestuosa que esperaba cerca de la mesa del comedor; su don era regular la temperatura.

Pescado fresco, ostras y cangrejos se distribuyeron sobre hielo en forma de conchas marinas, las copas burbujeaban en un lujoso color rubí, la sopa de tortuga colocada delante de cada silla desprendía vapor y el aroma a salmuera le hizo agua la boca por instinto.

—Ah, ahí está mi dulce Rosa. —Doña Lucía estaba de pie en el centro de una pequeña multitud. La gente ante ella era tan sobria

como si estuvieran en una casa de luto, carente de todo el desenfreno de la noche anterior.

Tal vez la presencia del cardenal Rivera, con su llamativa toga y sus miradas de desaprobación, influyera en su comedido comportamiento.

La doña se adelantó y apretó una mano contra la espalda de Rosa.

—Sé educada —le susurró y la empujó hacia delante.

Estos eran, pues, los preciados invitados de la doña, las pocas personas que tenían verdadera influencia y riqueza en el reino, salvo el rey, que no aparecía por ninguna parte.

Rosa apretó los dientes. Odiaba tanto que le dijeran que fuera educada como que sonriera, pero por el bienestar de Juana seguiría el juego.

Hizo una reverencia.

—Buenas tardes.

Un hombre apuesto con un traje de buen corte, el pelo engominado hacia atrás y ojos astutos esbozó una sonrisa apreciativa. Deslizó el brazo de la mujer de piel clara que tenía a su lado y le entregó su vaso, como despidiéndola. Las mejillas de la mujer se enrojecieron y agarró con fuerza la copa mientras él rodeaba a Rosa.

La intensidad de su mirada se clavó en su piel.

—Tenía razón, doña Lucía, de cerca es aún más guapa. Su figura también es preciosa. —Rosa usó toda la energía que tenía para mantener a raya la furia de sus sombras.

Doña Lucía se rio.

—Yo nunca miento, lord Morales. Será un premio para quien ofrezca el precio más alto por su diezmo. Al fin y al cabo, la Iglesia

debe recibir lo que merece.

Se rio entre dientes.

—Lo sé muy bien.

—El diezmo no va a la Iglesia —dijo el cardenal Rivera, erizado de agitación—, sino a los dioses a los que servimos. —Se puso la mano enjoyada sobre el pecho—. Los sacerdotes no somos más que recipientes vacíos, estamos aquí para cumplir sus órdenes.

Doña Castillo hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Por supuesto, cardenal Rivera.

—Además —continuó—, los siervos de nuestros señores deberían estar encantados de pagar la santidad de las almas de estos pecadores. —Señaló a Rosa como si fuera un objeto en reparación.

Lord Morales esbozó una sonrisa lobuna.

—Esperaré con la mano en el monedero.

Rodeó a la mujer con el brazo y la besó por debajo de la mandíbula. La mujer retrocedió, pero contuvo la sonrisa. Rosa comprendía bien ese sentimiento.

—¿Nos sentamos? —sugirió doña Lucía.

—Sí, por supuesto. —Lord Morales hinchó el pecho como si fuera el dueño del palacio.

—Pero ¿dónde está nuestro rey? —preguntó otro de los hombres que vestían las pieles blancas de las Islas del Norte.

Lord Morales resopló.

—Seguro que anda por ahí rumiando, llorando a su padre y a su madre.

—Pero la reina está tan viva como tú o como yo —dijo un segundo hombre, vestido con los linos azul pálido de la bahía Calaveras, la isla natal de Juana.

Lord Morales levantó su copa y se bebió el líquido de un trago; contuvo un eructo.

—He dicho que está de luto por su madre. Ella y la reina no son la misma.

—Un absoluto escándalo —dijo uno de los pretendientes muy entretenido.

—Blasfemo —gruñó el cardenal Rivera.

—Así es. —Lord Morales levantó su vaso vacío, agitándolo en el aire—. ¿No tienes una bruja para esto?

Doña Lucía enarcó una ceja.

—¿Perdón?

—Una para mantener la sopa caliente. Una para hacer brotar esas flores. Anoche, una de tus chicas tiñó de rojo el cabello rubio de mi amada esposa. Sin embargo, ¿aún no tienes una chica que pueda llenar mi vaso a voluntad? —Chasqueó la lengua—. No debería haber limitaciones en lo que nuestro reino puede hacer.

El cardenal Rivera asintió de modo sombrío.

Lord Morales continuó:

—En la época de mi padre, se llevaban partidas enteras de rastreadores a cazar brujas fugitivas. En mi opinión, el difunto rey era demasiado blando con los simpatizantes. Me imagino lo que el muchacho hará con ellos.

Los dedos de Rosa se clavaron en su regazo, e hizo lo posible por no mirarlo mientras él se servía la cola de una langosta. Se echó hacia atrás, rompió el exoesqueleto entre las manos, sorbió la carne blanca y el jugo le corrió por la barbilla.

Volvió su atención hacia Rosa y, con la boca aún llena, preguntó:

—¿Y tú, Majestuosa? ¿Cómo llegaste a vivir en esta isla?

Miró a doña Lucía, que estaba sentada a su lado. La doña la animó con un sutil movimiento de cabeza. Abrió la boca, pero soltó un grito ahogado cuando su atención se fijó en algo que había al otro lado de la ventana. Una mano había caído sobre la barandilla del balcón que sobresalía del atrio. Le siguió otra, y luego una bota.

Rosa parpadeó con fuerza. Todas las miradas se clavaron en ella, navegaban en su cara como si se hubiera vuelto pálida de forma fantasmagórica; era posible que así hubiera sido.

Los dedos se clavaron en la barandilla y la bota se agitó un instante. Entonces, la melena oscura y salvaje del pirata apareció a la vista. Tenía la cara sucia y sudorosa, y dejó escapar un gruñido espantoso mientras se elevaba por encima de la barandilla y caía sobre la cubierta con un ruido sordo.

Rosa se levantó de un salto, su silla chirrió detrás de ella, para evitar que los invitados se dieran la vuelta.

—Yo… —Se movió inquieta y buscó las palabras—. Mil disculpas, pero yo… Me temo que no me encuentro bien.

—Mi querida niña, ¿qué te pasa? —preguntó doña Lucía.

—Yo… —Se llevó las manos al estómago y se encorvó como si le doliera. Lord Morales se rio con ganas.

—La pobre debe estar hecha un manojo de nervios. Conocer a un hombre que posee más títulos y tierras que nadie en el reino, salvo el propio rey. —Se rio entre dientes, mientras agitaba una concha de ostra en el aire.

—Bueno, vamos. Toma un poco de aire, y, cuando vuelvas, quiero que me cuentes qué cosas maravillosas puedes hacer con esas sombras.

Otro golpe llegó desde el balcón y Rosa tosió para tapar el ruido.

—Ve, Rosalinda —ordenó doña Lucía—, pero date prisa en volver.

Sin decir nada más, Rosa se alejó mientras arrastraba los pies. En cuanto estuvo a salvo, se levantó las faldas y echó a correr. Se agarró a las manillas de las puertas del balcón, miró a la izquierda y luego a la derecha. El pasillo estaba despejado.

El aire salado la abofeteó cuando se aventuró a salir, mientras empujaba sus faldas contra sus piernas. Sus ojos recorrieron la zona y se tapó la boca con una mano cuando vio a un hombre boca abajo en la cubierta.

Revisó el pasillo una vez más antes de cerrar las puertas tras de sí con un suave chasquido. Se apoyó en la pared y se mordió el labio. ¿Qué demonios hacía él aquí? Se asomó a la barandilla y observó el acantilado, las olas que golpeaban las rocas como carneros furiosos. ¿Había subido?

Sus ojos se clavaron en las paredes de cristal del atrio, a unos pasos de él. Si se paraba o si alguien se acercaba a las ventanas para ver el mar, sería hombre muerto. Entrecerró los ojos al verlo tendido: es decir, si es que ya no lo estaba.

¿Eran espinas de erizo de mar lo que le salían por detrás? Se esforzó por contener la risa. Qué tonta. Las aguas de este lado de la Isla de las Pecadoras estaban plagadas de esas espinosas criaturas, y un pincho tenía suficientes toxinas para noquear a un oso. Y, aun así, ¿había llegado hasta aquí? Ella tenía razón sobre su cadena encantada. Si escalaba un muro enorme para llegar a ella, seguro que la ayudaría a atrapar a Juana. Esta vez sí se rio y se permitió celebrar esta pequeña victoria.

Con los ojos puestos en las ventanas, Rosa abrió las manos.

—No me causéis problemas —susurró. Dos sombras se deslizaron desde sus palmas y se movieron por el suelo como víboras. Se enroscaron alrededor de los hombros del joven y tiraron de él para acercarlo.

—Ponedlo ahí —ordenó, y las sombras obedecieron. Lo arropó en el único rincón que sabía que no los verían. Se deslizaron por sus brazos y acariciaron su cuello.

No susurraban pensamientos oscuros, ni clamaban por la libertad. Algo en este hombre las calmaba, les daba paz.

Se arrodilló a su lado, él estaba inconsciente, tumbado boca abajo como un niño dormido. Su ropa estaba hecha pedazos, y sus dedos y palmas estaban mellados y sangraban. Tendrían que vendárselos más tarde, pero ahora había que arrancarle las espinas de los erizos.

Le apartó el pelo de la frente y se le hizo un nudo en el estómago. Estaba aún más guapo a la luz del día. Le dolía pasar los dedos por sus labios, su nariz, y sus cejas fruncidas. En otra vida, si ella hubiera sido una muchacha normal y él también, lo habría deseado sin culpas. Habría querido que la besara, que le dijera cosas dulces y que fuera suyo; pero ese no era su destino.

—Esto va a doler —le dijo al oído y luego resopló. Una sombra se enroscó en un pincho y lo liberó de un tirón.

Se despertó ante la conmoción, y la ira brillaba en sus ojos negros. Se abalanzó y la agarró por el cuello, después la empujó hacia atrás hasta que chocó contra una pared. No tuvo tiempo de pensar o actuar. Él era fuerte y estaba lleno de furia. Se cernía sobre ella como una bestia salvaje.

Pero, entonces, sus ojos se aclararon un poco, su mano cayó a su lado repentinamente y la aferró.

—Tú —gruñó.

Su cabeza se balanceaba. Rosa imaginó que estaba viendo una docena de ellas a la vez. Nunca la había pinchado un erizo, pero había oído lo suficiente para comprender los efectos.

—Deja de moverte —balbuceó. Cerró un ojo y luego el otro, después los abrió a la fuerza—. ¿Por qué das vueltas?

—No lo hago. —Se rio—. Debe ser el veneno del erizo. —Ahora estaba tan cerca que podía ver cada cicatriz de su cara, cada borde afilado y cada curva. Ansiaba tocar cada una de ellas.

—¿Por qué te arriesgas al venir aquí? —susurró.

—Para conseguir mi piedra. —Sus ojos se posaron en los labios de ella. El simple movimiento hizo que sintiera que le ardían las entrañas.

—¿Por qué es tan importante? ¿Qué es?

—Magia. Como la tuya, pero menos dañina.

Su cuerpo se apretó contra el de ella y se encontró deseando que siempre pudiera ser así. Aunque primero necesitaría que él se bañara; olía a sudor y a pescado.

Parpadeó despacio.

—¿Qué me has hecho? ¿Me has hechizado? ¿Me has robado el alma?

Puso los ojos en blanco.

—No te hecho nada de eso. Ahora, necesito que te acuestes para poder sacarte el resto de los pinchos del trasero.

—Qué lenguaje más vulgar. —La comisura de sus labios se curvó, y dejó al descubierto un glorioso hoyuelo—. Me gusta bastante. —Levantó la mano y le rozó la mejilla con un nudillo. Para su sorpresa, su cuerpo traicionero se inclinó hacia él.

El picaporte de la puerta tembló. Rosa respiró hondo y antes de que pudiera hacer nada, la puerta se abrió y el rey Sebastián salió al balcón.

—Desde luego, esto no es el atrio. —Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo. Giró la barbilla y la miró como si le hubieran crecido tres cabezas.

Los ojos de Rosa se abrieron de par en par.

—Yo… Yo…

El rey frunció las cejas.

—¿Señorita? ¿Está todo…?

—¡Todo va de maravilla! —exclamó ella—. Yo… estoy curando sus heridas. —El rey Sebastián ladeó la cabeza.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! Mire. —Señaló hacia su trasero.

Sus ojos pasaron del trasero del pirata a la barandilla.

—¿Necesita ayuda?

Rosa negó con énfasis con la cabeza mientras sentía cómo le temblaban los huesos. Si había alertado a doña Lucía, el momento había llegado y sellado el destino de su mejor amiga.

—¿Se unirá pronto a nosotros en el atrio? —preguntó.

Esta vez asintió. El cuerpo del pirata le pesaba cada vez más. Era eso o sus nervios habían contraído demasiado sus pulmones.

—Muy bien —dijo el rey. Y para su sorpresa, le dedicó una rápida sonrisa antes de cerrar la puerta tras de sí.

Rosa se desplomó.

—De verdad que pareces un pirata, casi te atrapa el mismísimo rey. —Pero el pirata no contestó, roncaba feliz contra su pecho. Ella

ordenó a sus sombras que se lo quitaran de encima y lo dejaran en el suelo.

—Despierta, inútil pedazo de grasa de ballena. —Lo sacudió—. Por favor, te necesito. —Pero el hombre estaba inconsciente.

Se mordió la mejilla y miró hacia la puerta donde acababa de estar el rey. Una tormenta de preguntas se agolpaba en su cabeza, pero las respondería más tarde. En ese momento, tenía que esconder al pirata y, si era posible, atarlo para asegurarse de que no pudiera causarle problemas. También, según su olfato, algo de ropa nueva no le vendría mal. ¿Tal vez incluso comida? ¿Quién sabía cuánto tiempo llevaba fuera? Pero al menos estaba aquí, y sabía que estaba desesperado por la gema.

Tendría que darse prisa, doña Lucía no tardaría en venir a buscarla. Lo haría, sin duda. Así que pondría cara de alegría, se quitaría el polvo del vestido y volvería a la boca del lobo como si nada hubiera pasado.



# CAPÍTULO 14

## Mariano

Su cabeza se balanceó mientras el mundo giraba a su alrededor. Gimió, y al instante lo hicieron callar.

Abrió los párpados y miró hacia arriba. Vio una figura borrosa, pero conocía ese aroma a agua de rosas.

—Bruja —murmuró.

—Silencio —lo retó.

Estaba entumecido, ni siquiera podía sentir los dedos de los pies. Ella le había hecho esto, lo había envenenado. Se oyó el crujido de una puerta. Olía a polvo y a aceite de limón.

—No te muevas —susurró—, y no hagas ruido. Volveré tan pronto como pueda y te traeré… —Su cerebro no pudo concentrarse en el resto de la frase porque le pesaban los ojos. Dejó que sus párpados se cerraran y que su cuerpo se durmiera.



Mariano se despertó sobresaltado, golpeándose la cabeza contra algo duro y sólido. ¿Un escritorio? ¿Una estantería? No podía estar

seguro. Tenía los ojos abiertos, pero todo estaba negro como un cielo sin luna.

Gruñía mientras intentaba moverse, pero se encontró con las muñecas y los tobillos atados. Le dolía mucho la cabeza y el trasero le palpitaba como si lo hubieran arañado unos gatos furiosos.

Recuerdos aleatorios empezaron a formarse en su mente: la zambullida en el mar, las aguas furiosas que lo golpearon contra erizos de color púrpura intenso y la escalada por la pared. Todo era un lío borroso. Recordaba haber gritado: «No moriré así», pero no lo había hecho. Al menos, eso creía porque, si lo había hecho, seguro que ahora estaba en un lamentable infierno.

Apareció otro recuerdo: la chica, sus sombras, sus ojos y esos labios. ¿Cómo lo había llamado? ¿Ballena? Se había reído de él.

La furia se deslizó a través de su aturdimiento, bajo el ardor de ese sentimiento. Lo había metido en un armario como a una maldita escoba, ella pagaría por esto y se arrepentiría del día en que entró en su vida.

Luchó contra las ataduras que le rodeaban las muñecas y los tobillos. Estaban muy apretadas, pero eso nunca lo había detenido.



# CAPÍTULO 15

## Rosalinda

### Día 4 de la Ofrenda: Alabados sean los dioses de oro y gloria

Lola acompañó a Rosa al vestíbulo donde el resto de las Majestuosas esperaban el comienzo de la velada. Se puso en fila cuando empezó la procesión hacia el salón de baile. El vestido blanco que llevaba era más pesado que sus otros modelos, ya que este contaba con piezas de oro cosidos en la gasa para hacerlo brillar como la luz de las estrellas. La fiesta de hoy era para celebrar a los dioses Tenoch y Alamar, que trajeron riqueza al reino de Coronado.

Cora se apresuró a ajustar la corona entretejida en el pelo de Rosa y le echó perfume en el cuello. Pasó el dedo por los labios de Rosa, y un gélido aguijón de la magia cambió su color para complementar su vestido.

—Esta noche atraerá todas las miradas, señorita.

Eso era lo último que Rosa quería.

A medida que la orquesta iba *in crescendo*, las Majestuosas se agitaban. La procesión siempre iba de mayor a menor, lo que daba

al público la oportunidad de verlas en todo su esplendor.

—Bueno, ¿quién era ese hombre en la fiesta la otra noche? —preguntó Isobel. Su peluca semejante a la nieve le caía por la espalda y su vestido dorado era tan ceñido que podrían haberlo pintado sobre sus curvas—. Intenté alejar a Lola de tu rastro, pero no funcionó.

Avanzaron, acortando la distancia desde su lugar en el pasillo hasta la escalera.

Rosa no había podido rescatar al pirata después de meterlo en un polvoriento armario de suministros que los criados nunca utilizaban. Meterlo allí sin que nadie lo viera no había sido fácil, pero se las había arreglado. Sus sombras lograron llevarle la comida que había cogido del almuerzo con aquellos desdichados nobles. Y, desde entonces, habían pasado una noche y un día entero. Se escabulliría cuando todos ya estuvieran bailando y le contaría su plan al pirata. Una alegre excitación la llenaba.

Golpeó a Isobel con el hombro.

—Gracias por ayudarme con Lola.

Isobel se encogió de hombros.

—De todos modos, estaba aburrida. Me pasé toda la tarde sentada con un hombre al que le aterrorizaban las arañas, lo que lo llevó a lloriquear sobre todos sus miedos.

—¿A qué le tenía más miedo? —preguntó Rosa.

Isobel sonrió.

—A su madre.

Las dos jóvenes soltaron una risita, pero una Majestuosa mayor, que podía imitar la voz de cualquiera, las hizo callar con una

imitación perfecta del tono sedoso de doña Lucía, que solo hizo que se rieran más.

Tres señoras más bajaron la escalera.

Dos.

Isobel le guiñó un ojo a Rosa antes de bajar ella misma los escalones. Muchos de los asistentes aplaudieron en señal de agradecimiento mientras sedosas telas de araña caían por su espalda como la cola de un velo.

Rosa soltó un suspiro. Era su turno.

Sus delicados guantes tocaron la suave barandilla, como la noche en que Juana y ella intentaron huir. Miró al techo y los candelabros que sus sombras habían hecho caer al suelo volvían a colgar. Todo estaba inmaculado y no había rastro de lo que había ocurrido aquella horripilante noche.

Miró a la multitud; estaban vestidos de blanco y tonos dorados para honrar a Alamar. Todos los asistentes llevaban la cara pintada con escamas de oro sobre los párpados y los labios, y también rubor en las mejillas y una marca de belleza en la barbilla para imitar al dios Tenoch. Con solo entrar por las puertas dobles que conducían al salón de baile, las vestimentas y pintura de rostro se transformaban para que coincidieran con el tema de la noche. Era un poco de la magia de la mano de una Majestuosa llamada Inés.

Cuando los tacones de Rosa pusieron un pie en la escalera, Josefina, la jefa de las domésticas —que podía escribir en pergaminos sin mover un dedo—, le entregó a Rosa una tarjeta. En ella figuraban los nombres de quienes deseaban bailar con ella. Rosa se mordió el interior de la mejilla para no refunfuñar cuando en un

rápido vistazo contó más de doce. Si cada baile duraba una sonata entera, estaría de pie toda la noche. ¿Cómo iba a escabullirse?

—Aquí viene lord Morales, señorita —dijo Josefina—. Él es el primero en su tarjeta, y el segundo, tercero y cuarto también.

Luchó contra el impulso de fruncir el ceño cuando se acercó. Se paseaba entre la multitud como un ciervo de cuernos de diez puntas. Su cuerpo ágil se movía con facilidad. No tendría más de treinta años, pero tenía los ojos astutos de un anciano.

Josefina se aclaró la garganta.

—Me dieron órdenes específicas de decirle que él es de gran importancia para doña Lucía.

—Qué maravilla —dijo Rosa, transpirando frustración por sus poros.

El lord se detuvo ante ella, con una sonrisa de hiena en el rostro.

—Te ves gloriosa, querida.

Le ofreció la palma de la mano y ella la tomó con cautela. Él introdujo su pulgar en el guante y lo levantó por arriba de los nudillos antes de posar unos labios húmedos en el dorso de la mano. Los fantasmas de Rosa se enroscaron en apretados nudos.

—¿Vamos? —preguntó ella, desesperada por despegar esos labios de ella.

Lord Morales se enderezó.

—Sí, por supuesto. He estado deseando tenerte cerca desde que te vi.

Podría vomitar.

La orquesta se puso en marcha y el lord aplastó su cuerpo contra el de ella cuando se puso en movimiento. Su colonia, que le picaba en la nariz, le dificultaba la respiración. Ella apartó la cabeza y sus

ojos se desviaron hacia el imponente trono sobre el que se inclinaba el joven rey. Sus largos dedos golpeaban la cabeza de león tallada en el brazo de la silla. No llevaba peluca, ni rubor, ni polvos, como el resto de los presentes; solo su bello y delicado rostro, y sus suaves rizos.

Desvió los ojos y la miró. La retuvo allí, atrapada ante su presencia como una polilla en una llama. Se sentó más erguido y a ella se le apretó el estómago. ¿Por qué no le había contado a nadie lo que había visto en el balcón? ¿Qué buscaba?

—Tu mente está dispersa —dijo lord Morales. Sus dedos se deslizaron bajo la barbilla de Rosa y la inclinaron hacia la suya mientras se mecían al ritmo de la música—. ¿En qué piensa una criatura como tú?

«Castigo», susurraban sus sombras.

Una imagen de sus sombras quitándole el aire de los pulmones llenó su mente. Él lucharía, por supuesto, intentaría liberarse, pero ella no se lo permitiría. Gritos de horror resonarían en sus oídos cuando la multitud se abriera para ver la escena. «Corran», dirían. «Corran, porque la Majestuosa ha perdido el control».

«Sí», gritaron sus sombras. «Hagamos chillar a estos nobles».

—Sé lo que estás pensando, cariño —dijo lord Morales—. Y no tienes por qué preocuparte. —Ah, ¿sí?

—Debes tener envidia de la tiara que lleva mi amada esposa. —Rosa casi puso los ojos en blanco—. Ha sido lo único de lo que se ha hablado esta noche. «Lord Morales, ¿dónde ha conseguido una pieza tan preciosa?». «Lady Morales, qué buen marido tiene para recibir tal regalo». Bueno… —Se inclinó de manera suspicaz y le dijo con su aliento a oporto—, si fueras mía, te compraría una tiara igual.

Necesitó todas sus fuerzas para no soltar una carcajada. ¿Eso es lo que él pensaba que pasaba por su cabeza? ¿Cuán egocéntrico podía ser un hombre?

«¿Sabes lo que significa que un hombre tenga un ego demasiado grande?», le preguntaron sus sombras. «Tiene un pequeño…».

«¿Cerebro?» replicó ella y se rieron.

—Es muy amable, pero solo el rey puede ofrecerme regalos.

—Por ahora.

Esas dos palabras le hicieron aguzar el oído.

Ella esbozó una tímida sonrisa, atrayéndolo con sus ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Soy más rico que la mayoría de los presentes. Mi caña de azúcar es la más dulce de todo el reino de Coronado, y eso, mi dulzura, es sin ayuda de los tuyos… O de la Corona, para que quede claro.

La hizo girar con gran destreza; era un bendito alivio tener un momento de respiro de su presencia. La forma en que decía cosas como *cariño* y *dulzura* le daban ganas de gritar. Sabía qué clase de hombre era este lord Morales: codicioso y vanidoso, como el resto de la corte del difunto rey.

Cuando ella volvió a fundirse en sus brazos, él dijo:

—Mi imperio crece con cada aliento que doy. Necesitaré a alguien que garantice mi seguridad a donde sea que vaya, alguien que despeje mi camino, y tú eres lo que necesito. Quien se oponga a mí será despedazado por tus gloriosas sombras. —La agarró más fuerte de la cintura, sus ojos se volvieron duros y obstinados—. ¿No te parece extraño que un hombre de mi posición no se haya vinculado a una Majestuosa todavía? Te he estado esperando, cariño. Una mujer como tú. Y ya verás que no acepto un no por respuesta.

Rosa tragó saliva.

—Necesitas un hombre en tu vida, y no a un rey inexperto con sentimientos endebles sobre cómo dirigir una monarquía. —Sonrió con satisfacción—. Tu ama es una mujer astuta; ella ve mi punto de vista y entiende que el rey es débil. La Iglesia también lo hace. Y, si todo sale según lo planeado, nunca más tendrás que preocuparte por él.

Todo en el interior de Rosa se paralizó.

Este hombre planeaba tomar el título de rey; es decir, lord Morales planeaba un golpe de Estado. Usaría los poderes de Rosa para hacerlo.

La hizo girar una vez más antes de que la música llegara a su fin. Se saludaron y aplaudieron a la orquesta, pero la mente de Rosa seguía dando vueltas y le zumbaban los oídos.

—Estoy sediento —dijo lord Morales por encima de la jovial multitud, mientras recorría la sala con su mirada—. ¿Dónde están los criados con las bandejas de vino? Me gustaría que brindáramos por nosotros.

Respiró hondo.

—Supongo que debo ir yo mismo en busca de algo para saciar nuestra sed. Ya no hay nadie que valga la pena. Espera aquí, amor.

Rosa se inclinó una vez más, conteniendo un gesto de desagrado ante aquel repugnante hombre. Si pensaba que iba a pagarle el diezmo, tenerla como protectora, y utilizar sus sombras para hacer daño, le esperaba otra cosa. La idea de que le ordenara utilizar sus poderes para obtener beneficios políticos le hizo palpitar el cerebro.

Alguien que se movía entre la multitud le llamó la atención. Se le revolvió el estómago y le flaquearon las rodillas.

El pirata estaba aquí y caminaba hacia ella en medio del baile, y si las miradas mataran, ella hubiera muerto en el acto. Su mirada desprendía veneno, el odio se irradiaba en sus iris.

Se detuvo ante ella, con la nariz arrugada en una mueca de desprecio. Incluso con rubor en las mejillas y purpurina en las pestañas, resultaba llamativo, pero también resultaba muy ridículo. No pudo evitar que sus labios se curvaran en una amplia sonrisa.

—¿Te parece gracioso? —gruñó. Y eso la hizo reír.

Sus ojos se movieron de un lado a otro, como para asegurarse de que nadie lo observaba.

—No debes preocuparte de que te descubran, todo el mundo está perdido en la bebida. Y vestido así, ni un alma sabrá quién eres.

El pirata la miró de reojo.

—Dime, por favor, ¿quién crees que soy yo?

—No creo, señor, lo sé.

Su mandíbula se tensó.

—Entonces harías bien en callar esa bonita boca tuya, a menos que quieras que me cuelguen.

Rosa sonrió.

—¿Crees que mi boca es bonita?

—Sí, como la de una maldita *tlanchana*.

—¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Que soy malvada y cruel?

—Si eres una Majestuosa, naciste de la misma diosa malvada, ¿no?

Se negó a dejar que el comentario la afectara, no era como si él fuera un premio a conseguir; de todos modos tampoco era un maldito santo.

—Entonces, ¿qué hay de ti? ¿Con qué criatura hablo?

—Un dragón. Grande, cruel y lleno de fuego.

Resopló.

—Se me ocurren muchas otras cosas de las que estás lleno. Por cierto, ¿cómo está tu trasero? Parece que las toxinas por fin han disminuido su efecto sobre ti.

—Sí —se frotó las muñecas—, igual que las cuerdas que usaste para atarme. Dime, ladrona, ¿te gusta torturar a la gente cuando estás aburrida?

Ella le regaló una mirada burlona y él se quedó mirándola un momento para luego soltar una risa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Haces cosas raras con la cara cuando te enfadas.

Esto no había sido lo que ella había anticipado.

Sus cejas se fruncieron y una amplia sonrisa se dibujó en sus mejillas, lo cual hizo que sus hoyuelos se hicieran más profundos. Por Xiomara, bendita sea, era atractivo para ser un pirata.

—Ves —dijo—, pones otra vez esa cara tonta.

La orquesta se preparaba para tocar la segunda parte. Diez parejas de bailarines salieron a la pista, salvo una bruja del agua llamada Cecilia y su pretendiente, que tenían sus cuerpos y lenguas entrelazados como serpientes. Era evidente que Cecilia estaba feliz de encontrar a su anfitrión para el ritual de Atadura. Rosa movió la cabeza con rechazo mientras los observaba a los dos. Si llegaba el momento de compartir un beso con alguien, no quería que tuviera ese aspecto.

El pirata se inclinó hacia ella y su aliento le hizo cosquillas en la oreja. Casi se le derrite el cuerpo.

—¿Es eso lo que quiere de mí, señorita? ¿Solo necesita que la bese como es debido?

Por su mente pasó la imagen del bruto llevándola a un rincón oscuro y recorriendo su piel con los labios. En realidad, nunca antes había sentido esa atracción o deseo. En todo caso, la idea de que alguien la tocara le resultaba repulsiva; pero con él no era así. Sí, era un demonio, pero había algo de dulzura en su persona. Ella podía oír esa característica en los latidos de su corazón, oculta tras los ásperos escudos que había construido alrededor de su alma y escondida en un lugar que era probable que ni siquiera él supiera que existía. Pero, de algún modo, Rosa lo encontró. Esta parte de él que era suave y dulce, y tan indefensa, que ella… se preguntaba si podría romperse si la alcanzaba. Y, en esa vulnerabilidad, sintió que su alma se unía a la de él, como si el mundo supiera que encajarían a la perfección.

Sus ojos se encontraron con los de él y se le aceleró el pulso, pero aquella sonrisa petulante e irritante borró todo lo que acababa de pensar.

—Si quisiera que me besaras, no necesitaría llegar a tales extremos como… —bajó la voz—, coger tus posesiones.

Resopló.

—¿Qué? ¿Crees que estoy desquiciado por tu encanto como cualquier otro incauto en este palacio?

La irritación le quemó las mejillas. ¿Cómo había pasado de desear que la besara en un rincón oscuro a querer abofetearlo en tan poco tiempo?

—¿Eres un hombre? —preguntó.

Él se sintió ofendido.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Otra vez te pregunto, ¿lo eres?

—Sí.

—¿Y te gustan las mujeres?

—Sí.

—Entonces, sí. Me besarías. No por mi encanto o mi ingenio, sino porque los hombres solo piensan con una cosa y no es su cerebro. —El regocijo recorrió sus venas cuando él se quedó con la boca abierta—. Y eso, señor, no requiere de ninguna brujería de mi parte.

—Eres una mujer vulgar, no deberías decir esas cosas. —Su voz estaba cargada de incredulidad, pero a su vez sonreía.

—Y yo que pensaba que te gustarían mis palabras traviesas. —Ella giró hacia él y acortó la brecha que los separaba. Los ojos de él se posaron en el escote que dejaba al descubierto el corsé.

Rosa sonrió con satisfacción al probar su punto: si quería, podía tenerlo. Pero no lo quería, se recordó a sí misma; él estaba allí porque ella lo necesitaba para encontrar a Juana.

Se rio y sacudió la cabeza.

—Tendrás que hacerlo mejor que eso.

Este hombre era un cabrón arrogante como ningún otro que había conocido.

Por el rabillo del ojo, Rosa vio a lord Morales que se abría paso hacia ella con una copa en cada mano. El asco y el odio le amargaron la boca; no podía soportar un segundo más con él. Ni ahora ni nunca, pero aún no le había contado su plan al pirata.

Ella le cogió la mano.

—Baila conmigo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? Yo…
—No me digas que no sabes bailar.
—Claro que sé.
—Bien. —Ella lo atrajo hacia sí—. Trata de mantener el ritmo.



# CAPÍTULO 16

## Mariano

Queridos mares, ¿esta mujer deseaba matarlo? Coqueteaba con él y luego lo regañaba por responder. Sin duda, le encantaría besarla, aunque fuera una Majestuosa. Su mente se confundió al verla, pero eso no significaba que no hubiera algo más entre ellos.

Llegaron al centro del salón de baile, sus cuerpos se acercaron mientras se colocaban en posición. Mariano los llevó hacia la parte trasera, manteniéndolos lo más lejos posible de las miradas curiosas. Pero ella tenía razón, apenas se lo reconocía con el miserable atuendo que llevaba. Estaba seguro.

Aun así, nunca se es demasiado precavido.

—Has dicho que sabes quién soy. Entonces, dímelo —le ordenó.

—¿Qué tiene eso de divertido? —respondió.

Su mano se soltó cuando se volvieron para mirarse. El sudor le corría por la espalda. No tenía ni idea sobre cómo bailar, le daba vergüenza intentarlo a riesgo de que sus tíos lo encontraran, pero no se lo diría a la pequeña bestia, no quería darle esa satisfacción.

De reojo, observó lo que hacían los otros invitados y cuando la música volvió a sonar, se inclinaron y extendieron las palmas de las manos para que su compañera las tomara. Él los imitó, disfrutando del hecho de que parecía bastante convincente.

—¿Le gusta jugar conmigo, señorita?

La Majestuosa tomó la mano de Mariano y lo rodeó, y cuando estuvo de nuevo ante él, deslizó la mano libre sobre su hombro.

—Supongo que sí —sonrió—, pirata.

Movió la cabeza de un lado a otro para asegurarse de que nadie lo escuchaba. Con la elegancia de un rufián, le golpeó la cadera con la palma de la mano, ante lo que ella abrió los ojos y esbozó una sonrisa torcida. Le agarró la muñeca y deslizó la mano hacia arriba, apoyándola en el costado de su caja torácica.

El primer paso fue brusco, él iba para un lado mientras ella, con bastante elegancia, iba por el otro.

Su ceño se frunció.

—¿Pasa algo?

Mariano echó un vistazo a la pareja que estaba a su lado. Ah, ya lo tiene, debe guiar hacia la izquierda.

—Para nada. —Tiró de ella con poca delicadeza.

—¿Será que no estás muy instruido en el tango coronadiano? —preguntó con un tono acaramelado, aunque no había ni una pizca de dulzura en sus venas.

—No te preocupes por mí.

—Nunca lo haría, es solo que debo bailar el resto de la noche, y será difícil si mis pies son aniquilados por tus botas.

—Dame mi cadena y tus dedos estarán a salvo.

La zarandeó cuando se suponía que era un giro elegante, a juzgar por la forma en que se movían los demás bailarines, pero el cuerpo de la joven bruja parecía una muñeca de trapo, y él un niño que jugaba con ella. Mariano tiró de ella hacia sus brazos, lo que la hizo chocar contra su abdomen y resoplar por el impacto.

¿Estaba mal que disfrutara con la expresión de sorpresa y horror de su rostro? El pecho de ella se estremeció contra el suyo. Ella no esperaba que él reaccionara así; creyó que la abrazaría de forma tranquila y caballerosa, y que escucharía cada una de sus palabras, pero ya estaba harto de sus juegos.

La música se detuvo, dando tiempo a los bailarines para recuperarse mientras se balanceaban lento por la pista. Entonces, el estruendo del salón de baile llenó sus oídos. Había estado tan atrapado en su necesidad de castigarla que se había olvidado del mundo a su alrededor. No solo la música, sino también las risas y los gritos, el tintineo de las copas y las risitas de las mujeres. Había un hervidero de nobles que dejaba de lado la etiqueta y actuando salvajemente como animales.

Un repentino escalofrío le recorrió la nuca. Giró la cara para ver a una mujer alta y mayor, con hielo en los ojos, que le observaba. La reconoció por las presentaciones de la noche de la fiesta; ella frunció sus finos labios e inclinó la cabeza como si estuviera considerando a Mariano. Luego levantó una copa y asintió con la cabeza.

—¿Quién es esa mujer con la peluca dorada? —preguntó.

Las manos de la Majestuosa agarraron su hombro y su rostro palideció.

—Mi ama. Doña Lucía Castillo.

Mariano no pudo evitar notar la inquietud de la Majestuosa. Frunció los ojos.

—No parece tan mala.

—Eso es porque no has experimentado su ira.

—¿Y tú sí?

—Soy una Majestuosa, señor, me he enfrentado con muchas cosas.

No había arrogancia en sus ojos, ni maldad. Estaba dolida y tenía miedo. No sabía cómo podía sentirlo, pero esas emociones estaban ahí, tan tangibles que podía sentirlas.

¿Quién era doña Lucía para infundir tanto miedo en una criatura tan testaruda?

¿Qué le había hecho aquella mujer?

Sus dedos rodearon con fuerza a la muchacha. No entendía por qué, pero todos sus instintos querían proteger a la pequeña ladrona.

—Nuestro baile casi ha terminado —dijo ella, mientras se movían juntos en perfecta armonía. Ella tragó saliva, y miró los botones de su abrigo como si dentro de ellos encontrara la fuerza para decir lo que necesitaba. Después de un momento, se aclaró la garganta. Su voz era suave como un susurro cuando dijo:

—Esto es lo que te pido.

De puntillas, ocupó el espacio que los separaba y sus labios le acariciaron la oreja, lo que causó un escalofrío desesperado en su cuerpo. Por todos los mares, podría nadar en su calor, en su aroma a agua de rosas. Sus dedos se aferraron a la tela de su vestido.

—En algún lugar escondido de esta isla hay una muchacha de mi edad encerrada. No puedo ir a buscarla; mi ama sabría si lo hago. Pero tú… tú podrías.

Dio un paso atrás.

—¿Quieres que busque a una mujer desaparecida?

—Exacto.

—Si ha huido, quizá sea lo mejor.

—No se ha escapado. Se la han llevado y necesito recuperarla.

Hizo lo mismo que los otros participantes y la hizo girar una vez más, esta vez soltándola y trayéndola de vuelta con caballerosa gracia.

—Entonces, ¿quieres que encuentre a la chica y la recupere para ti? —Sus ojos se iluminaron como rayos de luna.

—Sí.

—Tan simple como eso, ¿eh? ¿Está bajo vigilancia?

—No lo sé.

—¿Está encerrada en alguna torre?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Y cómo esperas que la encuentre?

—Eres un pirata, ¿no? Buscas tesoros. Piensa en esto como tu próxima gran búsqueda.

Otra vuelta más. La melodía se aceleró, preparándose para el último hurra antes de llegar a su fin.

—Y si la rescato, me devolverás mi gema, ¿correcto?

—Señor, recuperarla es solo el pago por mantener mis labios sellados. Podría ir con facilidad ante el comandante y explicarle que hay un pirata entre nosotros.

—Conspiradora… —Se soltaron, aplaudieron dos veces y volvieron a juntarse.

«Qué baile más ridículo», pensó.

El sudor se acumulaba bajo la absurda peluca que llevaba en la cabeza. La agarró con fuerza, mientras sentía dolor por ella y quería estrujarla al mismo tiempo.

El violinista mantuvo una sola nota. Los bailarines hacían bajar de forma lenta a sus parejas, y Mariano hizo lo mismo, equilibrando su

peso y el de ella sobre una sola pierna. Era más pesada de lo que esperaba, más fuerte. A él le gustaba.

—¿Qué hace falta para recuperar mi cadena?

Sus narices se tocaban ahora, el aliento de ella en los labios de él. Sus uñas se clavaron en sus brazos y el deseo se extendió por él como un reguero de pólvora.

—Quiero que nos saques de esta maldita isla. —Sus ojos se volvieron duros—. Quiero una vida que sea mía. Ser libre para vivir sin preocuparme de tener que hacerle daño a alguien. Quiero ver envejecer a mi mejor amiga.

Una sensación incómoda palpitaba en el interior de Mariano, un ardor dentro de su pecho que se filtró en sus venas. No era lástima, ni simpatía: era comprensión. Ella no quería una vida controlada por el reino o la Iglesia, y él no podía culparla.

Tal vez la idea que tenía de las Majestuosas era errónea. Su mente se remontó a las veces que había visto Majestuosas escondidas en sótanos de los mercados oscuros, con la mirada gacha mientras ofrecían su magia a cambio de monedas. Recordó haber visto a Majestuosas de paseo con los nobles a los que estaban atadas, con sus forzadas sonrisas mientras hacían todo lo que sus amos les pedían. Recordaba a la bruja que le arrebató a su madre, cómo gritaba mientras usaba su poder para… arrastrar a su madre al mar. Tal vez no todas las Majestuosas eran felices con su suerte en esta vida como él pensaba.

El violinista dio una última nota aguda y luego tiró de sus cuerpos hasta ponerlos de pie.

La música había concluido; los bailarines se arremolinaban a su alrededor, preparándose para el comienzo de la siguiente canción.

Mariano no hizo ademán de separarse y ella tampoco.

Sus grandes ojos marrones estaban llenos de esperanza. Al verla así, sus músculos se aflojaron y la odiaba por eso. No, eso era mentira. No podía explicarlo, pero sabía que nunca podría odiarla. ¿Cómo podía culpar a una chica por usar su ingenio para rescatarse a sí misma?

Se encontró con su mirada y algo en su interior cambió, se suavizó. Estaba tan viva y vibrante como nadie que hubiera conocido. Era una caprichosa y una ladrona, sin duda, pero nunca querría ver esa parte ardiente de ella apagada por uno de los bastardos ricos de esta sala. Su madre tenía ese espíritu, y el mundo lamentaba haberlo perdido. Se decidió y supo lo que diría su madre; lo que haría.

Suspiró.

—Sí —dijo—, te ayudaré.

Ella suspiró aliviada.

—Pero tienes que darme algo, una pista o un mapa. Algo que me indique dónde puede estar.

—El único lugar donde podría encontrar algo así es en los aposentos privados de doña Lucía.

—Bien. Haz un mapa hasta allí y tráeme lo que puedas. —Intentó ignorar el miedo en sus ojos—. Entonces, encontraré a tu amiga. Te lo prometo.



# CAPÍTULO 17

## Rosalinda

De no ser por la multitud de gente que los rodeaba, Rosa podría haber agarrado la cara ceñuda del pirata y haberlo besado. Iba a ayudarla, iba a encontrar a Juana y tenía un barco.

La cuidadosa voz de su mente le recordó que él solo la ayudaba porque ella lo había forzado y era un pirata, así que no era de fiar; pero era un comienzo.

La figura de lord Morales se abrió paso entre un grupo de bailarines, y su movimiento le recordó a Rosa el de una serpiente marina. Su cuerpo se estremeció y le vino a la mente la visión que tuvo Juana antes de que los atraparan.

«Cuidado con la serpiente del mar, será tu perdición».

Su respiración se entrecortó.

—¿Qué pasa? —susurró el pirata. No se había dado cuenta, pero estaba agarrada a su brazo como a un salvavidas.

Juana dijo que la serpiente sería su perdición, y aquí estaba, se abría camino hacia ella.

Miraba al pirata que había jurado ayudarla a escapar.

«Por favor, llévame lejos de este lugar», quería gritar. «Por favor, sálvame. No me dejes con este hombre».

Pero no se atrevió a decir ni una palabra.

—Es de mala educación robarle la pareja a alguien —dijo lord Morales.

El pirata inclinó la cabeza haciendo lo posible por disimular sus facciones.

—No vi a la dama con nadie, ningún caballero dejaría desatendida a semejante belleza.

Los labios dorados de lord Morales se contrajeron en una sonrisa tensa.

—Supongo que debería agradecerte que le hicieras compañía entonces.

—Ha sido un placer.

El lord entrecerró los ojos.

—¿Lo conozco de alguna parte?

—Lo dudo, señor.

—No, estoy bastante seguro de que nos conocemos.

Las manos del pirata se cerraron en puños. Su rostro podía parecer neutral, pero se preparaba para la lucha. ¿Quién era él para llamar la atención de alguien como lord Morales?

Ahora no era el momento de averiguarlo, no cuando había aceptado ayudarla.

—Mi lord —dijo ella, mientras colocaba su cuerpo frente a su línea de visión—, la orquesta está a punto de comenzar y creo que me debe otro baile o dos.

Sus ojos se apartaron de los del pirata y se encontraron con los de ella.

—¿Ansiosa por estar en mis brazos una vez más?

—Sí, mi lord. —Ocultó su repulsión—. ¿Vamos?

Sus ojos encontraron a los del pirata, cuya boca se crispó. Le hizo una cortés reverencia. Ansiaba volver a tocarlo y sentir los músculos bajo su abrigo. Suplicarle que no la abandonara. Unas lágrimas calientes invadieron sus ojos, pero parpadeó con fuerza y esbozó su sonrisa más valiente.

—Gracias, he disfrutado de nuestro tiempo juntos.

Introdujo una mano enguantada en la palma de lord Morales, mientras luchaba por ignorar el cosquilleo de su piel mientras él la estrechaba en su abrazo. Una parte de su alma murió al dejar que la abrazara así.

Cuando era más joven, observaba cómo las Majestuosas mayores coqueteaban con los invitados y se preguntaba cómo se reían, coqueteaban y elogiaban a personas que las veían como objetos que poseer. Algunas apreciaban su vida fuera de la isla y les encantaba servir al reino y a sus dioses, pero Rosa no podría llevar esa vida ni por un momento. La libertad de elección lo era todo para ella.

Mientras miraba por encima del hombro a Isobel, que se acurrucaba contra una araña peluda, Rosa se maravilló de la fuerza que hacía falta para ser una Majestuosa en la Isla de las Pecadoras. Ser una mujer en un mundo de hombres. Xiomara lo entendía, ella había sido una hembra solitaria en un cielo de dioses poderosos. Y en el momento en que dio muestras de eclipsar a sus homólogos masculinos, en el momento en que intentó ayudar a las mujeres mortales a ganar terreno otorgándoles poder, ¿qué hicieron los dioses? Degollaron a Xiomara y la dejaron pudrirse en las profundidades del mar.

Lord Morales abrió la boca para hablar, pero se detuvo. Sus ojos se entrecerraron al mirar detrás de Rosa y se quedó inmóvil, con sus

arregladas manos que apretaban con fuerza los dedos de Rosa.

—Rey Sebastián. —Lord Morales soltó a Rosa y se inclinó—. Un placer, alteza.

La música se calmó y el baile se detuvo. La atención de toda la sala se centró en Rosa mientras se enfrentaba al rey. Había llegado el momento, iba a contar a toda la sala lo que había visto en el balcón. Parecía un hombre intrigante, los muchachos guapos siempre lo eran.

Levantó una ceja.

—¿No vas a hacer una reverencia, Majestuosa?

Algunas mujeres jadeaban y los hombres se rieron. Si doña Lucía hubiera visto la escena, ardería de rabia. Rosa ya podía oír la reprimenda que le daría su ama la próxima vez que estuvieran solas.

—Perdonadme, rey Sebastián. Me cautivó vuestro esplendor.

Él sonrió satisfecho.

—¿De verdad?

El sudor se acumuló en sus axilas.

—No puedo mentir, alteza, sois el hombre más bello que he visto.

El rey echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. El sonido fue como la lluvia en un día sofocante.

Un hilillo de risas tensas brotó de los invitados, que aún no sabían cuál era su papel en el fiasco que Rosa había provocado.

—Tal vez sea yo quien deba inclinarme ante ti entonces, porque me has hecho reír cuando nunca lo creí posible. —Levantó la mano hacia el público boquiabierto—. Por favor, continúen con la fiesta, no la detengan por mí.

La orquesta retomó de manera cauta la segunda parte de su actuación y las conversaciones se reanudaron, pero en un tono

entrecortado entre murmuraciones.

—La Majestuosa y yo daremos un paseo por los jardines.

¿Los jardines? ¿A solas? ¿Iba a enfrentarse a ella allí? ¿Quizá doña Lucía los esperaba en ese momento para reprender a Rosa en privado? Sus ojos buscaron al pirata, pero se había perdido entre la multitud.

El rey Sebastián extendió la mano para que el lord se la besara y luego ofreció el brazo a Rosa.

—¿Vamos?

Le fallaron las palabras, solo asintió y lo tomó del codo. El rey no era un hombre alto, su piel morena era suave como la seda y se movía con una gracia incomparable; era todo lo que su pirata no era.

Las miradas indiscretas de los curiosos se fijaron en los dos mientras caminaban hacia las puertas de salida del salón de baile. Los murmullos aumentaron de volumen cuando entraron en el vestíbulo.

Por suerte, cuando ella lo condujo a la fresca noche, solo había grillos y el lejano mar para encontrarse con ellos.

El rey Sebastián habló cuando entraron en el camino de piedra que conducía a los jardines.

—No podía quedarme sentado y seguir siendo un espectador, tenía que salvarte de ese hombre despreciable.

—Lord Morales es…

—No intentes ser educada. Es espantoso, y la repugnancia estaba escrita en tu cara. Ese hombre supervisa la mayoría de las haciendas en las Islas del Sur y la bahía Calaveras. Obliga a sus peones a

trabajar día y noche como mulas. Peor aún, porque las mulas al menos descansan.

Rosa no dijo nada. ¿Qué podía decirle ella al rey sobre tales asuntos cuando era su linaje el que había creado el sistema de encomiendas en primer lugar?

Cuando el reino de Coronado expandió sus dominios, utilizó a las Majestuosas como armas y así se apoderó poco a poco de cada una de sus seis islas vecinas. Los nativos habían sido expulsados de las parcelas en las que habían vivido durante generaciones, y luego obligados a regresar solo para trabajar para su nuevo propietario y pagar al rey por las guerras que había librado contra ellos. La mayoría de las haciendas eran lugares miserables.

A menos que uno fuera el dueño, claro.

«Los reyes son como avispas con poder», decía siempre el padre de Rosa, «colonizan allí donde las flores son más dulces y aterrorizan a todos a su paso».

Miró al rey de reojo. ¿Era tan terrible como el resto de su linaje?

Lord Morales no parecía demasiado preocupado por él.

Él la sorprendió mirándolo y se dio la vuelta, avergonzado. El rubor que le subió a la garganta la hizo sentir menos aprensión hacia él. Tenía diecinueve años, pero en cierto modo parecía un niño.

—¿Queréis algo de mí, rey Sebastián?

«Por favor, no menciones la escena del balcón. Por favor, no preguntes por el joven».

—Sí, en realidad. Tengo una pregunta y quiero que me respondas con honestidad.

Los nervios se apoderaron de ella y sus sombras empezaron a hilar escenarios desdichados en su mente: «Ese hombre quiere

hacerte daño. Quiere llevarte lejos de aquí y hacerte cosas indescriptibles. Mira cómo te mira. Es malvado y desdichado».

—¿Por qué no le dijiste a doña Lucía la verdad sobre nuestro primer encuentro? —preguntó. Rosa lo miró una vez más, confundida. Contempló sus ojos amables y escrutadores.

Algo dentro de ella sabía que, si no se lo contaba, acabaría con la confianza que él le ofrecía. Si el pirata le fallaba, no tendría más remedio que intentar construir una nueva vida con el rey, porque, desde luego, no lo haría con lord Morales. Al menos su cuerpo no retrocedió ante el contacto del rey.

Suspiró.

—No quería meterme en problemas, porque creo que no fue un momento agradable para ninguno de los dos. No quería que doña Lucía creyera que os caía mal. Además, me pidió que no lo hiciera.

—Ya veo.

—¿Puedo preguntaros cómo sabéis que no se lo dije?

—Durante cada una de mis conferencias con las otras Majestuosas, dije e hice varias cosas. Contigo, afirmé que odiaba el pescado. Con otra, afirmé que no me gustaba nada más que eso. Con una, declaré que me encantaban las caléndulas blancas, y así sucesivamente.

—Entonces, ¿nos probabais?

Él asintió.

—¿Por qué?

—Para saber dónde están vuestras lealtades. Hay levantamientos dentro de mi reino, estoy seguro de que lo has oído.

Ella asintió.

—Muchos hombres en la corte de mi padre creían que él era demasiado indulgente con los de tu clase. Dicen que la Isla de las Pecadoras solo debe albergar a aquellas con poderes que consideren dignos. Poderes que podrían convertirse en armas, más bien. O servir al trono de alguna otra manera.

—¿Y qué pasaría con las demás? —preguntó.

Levantó un hombro.

—Hay otros que desean acabar con la Ofrenda. He recibido correspondencia de simpatizantes que buscan formas de romper la Atadura entre una Majestuosa y su dueño.

Rosa mantuvo los rasgos neutros, pero por dentro bullía de emoción. Si conseguían romper la Atadura, cualquier mujer que no disfrutara de una vida de servidumbre podría ser liberada.

—Me preguntaste por qué te puse a prueba a ti y a tus compañeras Majestuosas. En realidad, quería ver si había alguien con quien pudiera hablar de manera franca, sin temor a que se fueran a su ama a contar mis intenciones.

—No creí que os rebajaríais a hablar con las de mi clase en primer lugar con lo grosero que actuasteis antes…

Se detuvo.

—Eres atrevida al decir esas cosas.

La sangre de sus mejillas se escurrió. Debería haberse mordido la lengua, pero a veces salían de su boca cosas que no debían.

—Yo… Yo…

Se rio entre dientes.

—No te preocupes. Prefiero la honestidad a la cortesía, me recuerda que soy humano, no solo un rey. —Sonrió—. En eso te pareces a ella.

—¿A quién?

—A la Majestuosa de mi padre. —Sacudió la cabeza—. Suena tan denigrante cuando lo digo, como si él hubiera sido su dueño o algo así.

¿No es así?

—Camila —dijo Rosa, más para sí misma que para el rey, pero sus ojos se iluminaron.

—Sí, Camila —pronunció su nombre con reverencia—. Era inteligente, divertida y contaba las mejores historias. Yo las representaba para ella mientras relataba historias de aventuras y amor. Interpretaba todos los papeles: hombre, mujer, caballo; de todo. Y se reía tanto que le brotaban las lágrimas. Mi… Camila era la mejor mujer que he conocido.

Hablaba de ella como si fuera solo una mujer y no un medio para mantener a su padre a salvo. No una Majestuosa con un cerebro amplificado. Fue un bendito alivio oírlo porque a nadie parecía importarle lo que había más allá de los poderes y los cuerpos de la especie de Rosa.

Ambos se adentraron en un laberinto de setos rectangulares. Los farolillos brillantes se mecían con la suave brisa y las campanillas sonaban. Más adelante, grandes ceibas se extendían hacia las estrellas. Rosa y Juana solían jugar alrededor de las raíces visibles de los árboles cuando eran pequeñas. Se escondían y trepaban por las gruesas ramas. Ahora casi podía oír aquellas risas fantasmales y despreocupadas, resonando en el viento.

«Voy a por ti, Juana. Aguanta un poco más».

—Este lugar es magnífico —dijo el rey, mientras observaba a lo alto entre las ramas retorcidas.

Las luciérnagas revoloteaban e iluminaban las hojas con su luz azul.

—Ella me habló de este mismo árbol. ¿Es cierto que una Majestuosa casi murió al hacerlo crecer tan alto?

Rosa sonrió.

—Según cuenta la historia, ella y otra Majestuosa tenían una rivalidad. Apostaban a ver quién era la más rápida en hacer crecer un árbol a partir de un retoño. Ella ganó, pero el precio fue alto. Se le arrugó la piel y su pelo se volvió blanco. El ama anterior a doña Lucía estaba lívida.

—Tal como ella me contó. —Apoyó la palma de la mano en el tronco y cerró los ojos—. La echo de menos.

—¿A Camila?

—A mi madre.

Lord Morales había dicho algo parecido durante la comida, pero ella lo había descartado como chisme, era solo un rumor. Y, sin embargo, aquí estaba el rey, que admitía que el chisme tenía fundamento.

—Era el mayor secreto de mi padre. Aunque todos debían saberlo —dijo—. La reina nunca tuvo hijos, no quería, supongo. La reina me reclamó como hijo suyo, pero estaba claro que Camila era mi madre. Tenemos el mismo pelo oscuro y la misma nariz ancha… Nos parecíamos.

Se frotó las manos contra los muslos.

—¿Tienes familia?

La pena atravesó el pecho de Rosa. Inclinó la cabeza.

—Tuve un hermano. Padres. Pero ahora están muertos, alteza.

—Lo siento. —Inspiró con profundidad. Al exhalar, se desplomó contra un árbol—. Mi padre era un imbécil. Un verdadero idiota, pero mi madre lo era todo para mí.

Y, cuando él murió, ella también lo hizo, era parte de la Atadura de sangre. Otra forma de asegurar que una Majestuosa nunca se volviera contra la persona que había pagado su diezmo. Y si Rosa no encontraba a Juana y escapaba antes del séptimo día de la Ofrenda, quedaría ligada al rey o a lord Morales. Sus almas estarían unidas mientras ambos vivieran; no podía permitirlo.

—El último deseo de mi padre fue que me atara a una Majestuosa que infundiera miedo a nuestros enemigos. —Sacudió con lentitud la cabeza—. ¿Sabes quiénes son los enemigos del reino?

—No estoy segura.

A las Majestuosas no se les enseñaba sobre política, se las instruía en el arte de mezclarse en la alta sociedad, controlar sus poderes y ser bellas. Habían aprendido a leer y escribir solo para poder recitar las escrituras. Si no fuera por Juana y sus libros, Rosa no conocería la historia de las Majestuosas, aparte de las enseñanzas de la Iglesia.

—Entonces te lo diré —dijo el rey—: Los débiles, los hambrientos y los empobrecidos. Esa era la gente que mi padre más temía. Si se unieran, si asaltaran nuestras murallas, no habría riquezas suficientes para detenerlos.

Pensó en sus antepasados, en las Majestuosas que intentaron luchar contra el rey de su tiempo, pero no eran lo suficientemente poderosas para luchar contra un gobernante que había construido grandes ciudades con su magia. ¿Quién podría ganar contra una fuerza tan formidable como la codicia?

Rosa miró al joven rey. El hombre que había tiranizado a las de su estirpe, que había descubierto lo que el hierro podía hacer en su piel y lo había utilizado contra ellas, era el tatarabuelo del rey Sebastián. Su sangre corría por el último soberano, que quizá no era diferente.

—¿Por eso habéis venido a la Isla de las Pecadoras? —preguntó Rosa mientras luchaba contra su malestar—. ¿Para encontrar una Majestuosa tan poderosa como para mantener a raya a los desafortunados?

—Es por eso que mi padre quería que estuviera aquí, pero no he venido por eso. —Se encogió de hombros—. Sé que es mi deber elegir a una protectora, que mi padre, y su padre y demás han tenido Majestuosas a su servicio, pero me niego. Vi por lo que pasó mi madre —sus manos se cerraron en puños—, y vine aquí para ver dónde creció, para ver cómo se trata a las de tu clase, y no puedo soportarlo. Nadie debería verse obligado a unirse a una persona que no ama. Mi objetivo es poner fin a esta farsa. Mi objetivo es…

Rosa levantó una mano.

—No debéis decir ni una palabra más, rey Sebastián.

Sus ojos se endurecieron.

—No puedes decirme lo que debo o no debo decir.

Estaba bajo una conmoción absoluta. ¿Era un simpatizante? El rey había admitido que no había venido a reclamar una Majestuosa. Era la confesión más condenatoria que podía existir. ¿Qué haría doña Lucía si se enteraba de esto? ¿Si la Iglesia se enteraba de que ya no quería recibir los diezmos de la Ofrenda? Los oficiales tendrían la cabeza del rey en una pica.

—Pido disculpas por ser tan atrevida, pero debéis comprender que aquí hay partidarios que os arrancarían del trono por semejante

discurso. —Sus ojos se movieron, buscando cualquier señal de oídos indiscretos—. Hay espías por todas partes en esta isla. Debéis cuidar vuestra lengua, o ella lo descubrirá.

Su mandíbula se tensó.

—¿Te refieres a Doña Lucía?

—A ella y a los que se deleitarían en robaros la corona.

—¿Como lord Morales? ¿O el cardenal Rivera? —gruñó—. Bien, que lo intenten.

—Ya lo hacen. —Sus ojos se abrieron de par en par y se tapó la boca con las manos.

—Dime, ¿qué sabes?

Sacudió la cabeza.

—Dímelo ahora, o iré a ver a tu ama y le revelaré lo que vi ayer.

—¡Por favor! —suplicó—. No lo hagáis. —Sus sombras se clavaron en sus músculos y huesos.

«Nos traicionará. Libéranos».

El rey se levantó de repente y las luciérnagas se alejaron, asustadas por sus bruscos movimientos.

—Por favor, alteza. La matará.

Se paseó un momento y luego se detuvo.

—¿A quién?

«No confíes en él. No se lo digas».

Pero tal vez podría usar esto a su favor. Tal vez podría apelarlo, pedirle ayuda.

—La primera noche de la Ofrenda mi amiga y yo intentamos escapar de la isla. Doña Lucía la tiene cautiva para que yo esté bajo su control.

La dureza de sus facciones se suavizó y miró al suelo.

—Intentabas escapar de la Atadura.

—No quiero hacerle daño a nadie.

—No puedo pretender entender cómo ha sido la vida para ti, pero vi de primera mano cómo afectaba a mi madre estar atada a alguien a quien despreciaba. Vi cómo su alma se marchitaba. —Se frotó el cuello—. Imagino que es tan sofocante como ser un rey que odia su reino.

Rosa suspiró.

—A veces, cuanto más poder se posee, menos control se tiene sobre la propia vida.

—En efecto.

Jugueteó con su vestido mientras se preparaba para pedirle ayuda con Juana. Él no le había dicho a nadie lo del balcón y le había expuesto sus planes sin tapujos. Tal vez se podía confiar en él.

—¿Puedo ofrecerte una prueba más? —Extendió la mano—. Guardaré tus secretos si prometes guardar los míos.

Lo miró a la cara y vio que era la mejor oferta que le iban a hacer.

Tendría que ganarse su confianza antes de pedir nada a cambio.

—Vuestros secretos están a salvo conmigo, alteza. —Le tomó la mano.

Tiró de ella hacia arriba.

—Baile conmigo, señorita. —Su sonrisa era sincera, llena de un optimismo infeccioso—. Me has prestado tu oído y ahora quiero devolvértelo de algún modo.

—No estoy segura de que sea un pago justo, alteza. No he tenido la mejor suerte con mis pretendientes esta noche.

—Ese tipo grande y guapo te dio una paliza. Y lord Morales… —Hizo una mueca exagerada—. Permíteme mostrarte lo que un

verdadero compañero de baile puede hacer.

La hizo girar, y a ella se le escapó una risa de niña. Y cuando sus cuerpos se juntaron, y él le puso la mano en el costado, ella se sintió en verdad a gusto. No había fuego entre ellos, nada parecido a lo que había experimentado con el pirata, pero sí afinidad.

¿Qué le pasaría si doña Lucía decidiera que no lo quiere como rey y optara por ofrecer su lealtad a lord Morales en su lugar? Se le puso la piel de gallina. ¿Qué pasaría con las demás Majestuosas con lord Morales como rey? Se resistió ante ese pensamiento. Esta no era su lucha, pero se convertiría en una lucha. El pirata debía recuperar a Juana y luego partirían. Que el resto del mundo se ocupara de sí mismo. Pero al mirar los ojos del rey, tan torturados y atormentados, empezó a preguntarse si intentar escapar era en verdad lo correcto.

Una figura al acecho entre los árboles llamó su atención. Inclinó la cabeza para ver mejor, pero el rey la apartó antes de que pudiera ver quién los había estado espiando. Se estremeció y de repente añoró el calor del pirata.



# CAPÍTULO 18

## Mariano

No la había seguido, se dijo a sí mismo que solo deseaba hacer sus necesidades cerca de un árbol bajo las estrellas, y que simplemente iba en la misma dirección que la Majestuosa y su rey.

Golpeó una hoja de palmera y atravesó el camino que conducía de vuelta al palacio. ¿Qué era esa amargura que le hervía en el pecho? Desde luego, no eran celos, eso no era algo que experimentara un hombre como él, un pirata.

No, no estaba celoso, estaba jodidamente molesto por ella. Había hecho que le gustara y le había hecho sentir lástima por ella y su amiga desaparecida. Pensar que había sido tan rápido para ayudar a la pequeña descarada y que, de hecho, quería hacerlo. Él era, muy probablemente, su plan de respaldo, una forma de salir de la desdichada isla si las cosas no iban bien con su majestad.

Hizo una pausa, con las uñas medio mordidas que le arañaban las palmas de las manos. Debería volver allí y pulverizar al monarca. Darle una buena paliza por… ¿Por qué? ¿Por bailar con una mujer que Mariano acababa de conocer?

Mariano se arrancó la peluca de la cabeza; la tiró al suelo y se pasó los dedos por el pelo sudoroso. En todos sus años de vida, no había cometido muchos errores porque su padre lo había educado

bien. Sin embargo, con ella era insensato. Había aceptado salvarla, llevarla a bordo de su barco y navegar hacia la puesta de sol. Se rio con amargura, ni siquiera tenía un barco.

Eso fue todo. Su mente había cambiado.

Sí, había jurado ayudar a la chica, pero era un pirata, ¡por el amor de Dios! Todo el mundo sabía que la palabra de una pirata valía una mierda. Él y Santi recuperarían la gema ellos mismos y dejaría que el rey la ayudara a encontrar a su amiga perdida. A juzgar por la forma en que se reía y sonreía en su presencia, de todos modos, él encajaba mejor con ella; aunque no tenía la misma mirada que cuando estaba con él y sus cuerpos no encajaban a la perfección como los suyos.

Su risita silenciosa flotó en sus oídos, y él frunció el ceño desde la zona de la que procedía.

Tal vez golpearía al joven soberano después de todo. No porque tuviera los ojos llenos de celos, solo necesitaba golpear algo. La delicada cara del rey sería suficiente.

Giró sobre sus talones y su mente imaginó el grito ahogado de la Majestuosa cuando salió de entre los arbustos, pero se detuvo. Una figura solitaria se alzaba ante él, con el rostro oculto por las sombras. Era la misma silueta que había visto cuando arrastró a Santi por el sendero aquella primera noche.

Dio un paso adelante hacia el haz de luz del farol. Tenía los brazos largos y delgados entrelazados y su piel pálida se estiraba demasiado contra su rostro; la reconoció de inmediato.

—Buenas noches, señor. ¿Ocurre algo? —preguntó doña Lucía.

Mariano aflojó los puños y esbozó su sonrisa más encantadora.

—Buenas noches, ama. He venido a tomar el aire, el vino ha acabado por afectarme, me temo.

—Pobre hombre. —Doña Lucía se acercó. Olía dulce de modo enfermizo, como a fruta podrida—. No creo que nos conozcamos. Dígame, ¿con quién ha venido?

Su cerebro se precipitó hacia una respuesta y se aferró a lo primero que se le ocurrió.

—Estoy aquí con el comandante Alejo, es primo segundo por parte de madre.

Asintió con la cabeza.

—Tiene una complexión parecida. ¿Tiene título?

Él negó con la cabeza.

—Ya veo. ¿Puedo hablar de modo abierto con usted, señor?

—Por supuesto.

—Por favor, no se lo tome a mal, pero mis hijas son especiales para mí. Solo deseo verlas mezclarse con personas del más alto calibre.

¿De verdad le decía eso? Ella pensaba que él no era privilegiado, cuando en verdad sí lo era, pero, más allá de ese hecho, era notable la osadía en sus palabras.

—He visto esto antes. Un hombre joven y guapo entra por mis puertas y captura los ojos de una de mis chicas. Ella se enamora de él, hace todo por tenerlo. Entonces, me veo obligada a convertirme en la villana de la historia.

La espalda de Mariano se tensó.

—No puedo permitir que ninguna de las Majestuosas a mi cargo pierda de vista lo que es importante para todos. —Lo miró de arriba abajo, haciéndolo sentir vulgar—. Es llamativo a la vista, y cualquiera

de las Majestuosas no atadas y más débiles atendería con gusto sus necesidades. Pero… ella no.

Sus palabras dolieron al entrar en los oídos de Mariano, tanto que se estremeció.

Doña Lucía le puso una mano sobre el pecho con simpatía.

—No se lo tome a pecho. Las Majestuosas más poderosas no tienen espacio en sus vidas para el amor o la frivolidad.

—Se equivoca, ama. No hay amor ni frivolidad entre su pupila y yo.

—Bien, me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo. No esperaré verlos juntos de nuevo. —Ella deslizó su mano enguantada sobre la mejilla de él—. Anímese, querido. Encontrará a otra mujer que le complazca.

Cada músculo de su cuerpo retrocedió ante su contacto.

Doña Lucía se apartó y se dirigió al palacio.

—Estaré vigilando.

Mariano se quedó allí, con los brazos sueltos a los lados, mientras la señora se alejaba. Supuso que debería estar agradecido de que la malvada mujer no hubiera descubierto su verdadera naturaleza, pero sus palabras se aferraban en su mente. ¿Le preocupaba a la señora que la bruja de las sombras sintiera algo por él? ¿O solo insinuaba que estaba distrayendo a la chica de sus deberes?

No importaba, porque Mariano se iría. Saldría de la isla antes de que su cabeza y su corazón cambiaran para siempre.

Un grupo de jóvenes caballeros corrieron del palacio, borrachos y a gritos como una manada de coyotes. Uno de ellos, un tipo especialmente feo, de miembros desgarbados, rodeó el cuello de Mariano con el brazo.

—¿Vienes, amigo? —preguntó, con el aliento contaminado por el vino y el queso—. Nos dirigimos al pueblo, hay una partida de cartas en la cantina.

Con los dedos índice y pulgar, Mariano arrancó el brazo del borracho.

—Prefiero que me ahoguen.

El hombre se rio.

—Como quieras, pero el bote es de cinco mil monedas. Parece que hay un tipo al que no se le puede ganar.

Mariano hizo una mueca. Solo había un hombre que nunca perdía una mano, y eso era solo porque era un tramposo.

—Santi —gruñó.

—¿Qué dices? —preguntó el caballero.

Mariano clavó la mirada en el camino.

—Llévame a la cantina.



En la Isla de las Pecadoras había una pequeña y acogedora aldea. Edificios bajos de piedra se alineaban en una pequeña plaza, con una suave luz amarilla que brillaba desde sus ventanas. No olía a basura y mierda como los otros pueblos en los que había estado cuando llegaron a puerto. No había ratas ni perros rabiosos a las corridas, y todo estaba en silencio, salvo el zumbido de los instrumentos y las risas procedentes de la cantina situada al final del camino.

Las puertas crujieron cuando Mariano las abrió de un empujón y el olor a cuerpos sudorosos, humo y cerveza llenó sus pulmones. La sala estaba abarrotada. Algunos vestían la áspera muselina de las túnicas de los criados y otros eran los invitados de doña Lucía, que aún vestían las pálidas ropas y las escamas doradas de las fiestas del salón de baile. Al parecer, sus transformaciones no habían sido solo una ilusión palaciega. Había un puñado de guardias de palacio, vestidas con sus túnicas plateadas y un sacerdote estaba sentado en un rincón oscuro. Unos cuantos músicos tocaban sus instrumentos cerca de un pequeño escenario y había marineros arremolinados, con los uniformes rojos y negros de la Armada. Mariano giró para que no pudieran verle la cara, aunque, supuso, seguía pintado como los demás juerguistas.

Una camarera pasó por delante de Mariano. Llevaba la cara cubierta como todas las sirvientas de la isla. El resto de su piel había sido tocada por el sol, con más pecas de lo que parecía posible. Dos espumosas jarras de cerveza sudaban en sus manos.

—¿Te traigo algo, amor? —preguntó.

—Sí. —Mariano le arrebató una jarra y se la bebió de un trago, estaba muerto de sed, pero más que eso, necesitaba algo que lo calmara.

—Eso no era para ti —dijo entre risas.

Sonrió, limpiándose la espuma del labio superior.

—¿No? Y yo que pensaba que me estabas dando la bienvenida.

Soltó una risita.

—En ese caso, puedes tomar esta también. —Le dio la otra a Mariano.

—Gracias, señorita.

—Me llamo Fernanda.

Su pecho se contrajo de repente. Ni siquiera sabía el nombre de la ladrona y ni siquiera se le había ocurrido preguntarlo. Reprimió esa extraña sensación, después de todo, ella tampoco había preguntado por el suyo, ya que estaba demasiado ocupada robándole su posesión más preciada y chantajeándolo con ella.

—Muy bonito —dijo.

—Me pusieron el nombre de la yegua favorita de mi madre. —Mariano se atragantó con su cerveza.

—Debe ser una gran yegua.

—Sí, lo era, señor. Esa potra tenía la dentadura más fina del reino. Es mi don, puedo romper cualquier cosa con mis dientes. —Mostró una sonrisa brillante y robusta.

—Entonces, ¿todas las mujeres de la isla son Majestuosas?

—Ah, sí. Pero solo las más preciadas se quedan en palacio, el resto les servimos a ellas, a las guardias o a la isla en general. No es tan malo, nos dejan en paz la mayor parte del tiempo. Algunas incluso tienen familias, aunque a los sacerdotes no les hace mucha gracia. —Le guiñó un ojo.

Un grupo de hombres vitoreó, lo que desvió su atención hacia un rincón oscuro de la cantina. Estaban apiñados sobre una mesa, dando codazos y gritando blasfemias a sus compañeros. Una voz sonó por encima de todos los demás.

—Si lo he dicho una vez, lo he dicho mil veces, caballeros. Debo haber hecho algo importante en una vida anterior, porque nadie puede superarme cuando hago trampas en un juego de cartas.

—Mis cojones —gruñó alguien.

—¿Quiere intentarlo de nuevo, señor? Quizá tenga mejor suerte. —La voz de Santi se arrastraba, rebotando demasiado alegre en un barullo de anguilas.

Mariano puso la jarra medio vacía a la mano de la camarera, y luego se acercó al grupo de hombres. Empujó a uno a un lado y miró a Santiago.

Un cigarrillo colgaba de su boca. Una mano de cartas en sus largos dedos. Se las había arreglado para hacerse con un abrigo y una peluca, e incluso había encontrado la forma de afeitarse el vello de las mejillas.

Sobre la mesa había un montón de monedas de oro y plata. Por todos los mares, el hombre era un bufón si pensaba que nadie lo descubriría. Sin embargo, Santi parecía tranquilo, salvo por el pequeño movimiento de su rizado bigote.

Sus ojos se posaron en Mariano y luego volvieron a sus cartas.

—Te ves muy atractivo esta noche, compadre.

Algunas caras se volvieron hacia Mariano, pero no le prestaron mucha atención, iba tan maquillado como los demás. Y si el propio comandante no había reconocido a Mariano aquella primera noche, seguro que estos tontos tampoco lo harían. Se apoyó en la mesa y las tablas crujieron bajo su peso.

—Ahora no es el momento de poner a prueba mis nervios.

Santi sacó una carta del montón.

—Supongo que tu encuentro con la carterista no fue bien. ¿O sí? Estuviste fuera toda la noche.

Un hombre vestido de fiesta espetó:

—Silencio. Algunos intentamos concentrarnos. —Tiró una carta y mostró unas esposas bajo su abrigo, con el símbolo de cazador

grabado en el hierro. Era uno de ellos.

Mariano contuvo su irritación y bajó la voz mientras hablaba con Santi. A estos bastardos cazadores les encantaba una buena pelea.

—Necesito hablar contigo.

Santi le hizo un gesto para que se fuera.

—Como dije, ahora no es el momento de poner a prueba mis nervios —dijo Mariano, con la mandíbula apretada.

Santi dio un suspiro exagerado.

—Bien. —Puso las cartas delante de él—. Lo siento, amigos. Vuelvo a ganar.

Unos pocos tiraron sus cartas y sacudieron la cabeza. El cazador se puso en pie.

—Tramposo asqueroso y manipulador.

—Vamos —dijo Santi mientras se llenaba los bolsillos de monedas —, no seas mal perdedor. Es indigno.

—Te mataré. —La silla del cazador gigante se estrelló contra el suelo y se lanzó a la garganta de Santi por encima de la mesa.

Por instinto, Mariano agarró el abrigo del hombre y tiró de él hacia atrás. La bestia tropezó con su silla y cayó al suelo.

—Hijo de puta —rugió el hombre mientras se ponía en pie.

Mariano chasqueó la lengua.

—Es grosero hablar así de la madre de un hombre, en especial cuando la tuya debe haber sido un buey para parir a un gigante feo como tú.

Gruñendo de rabia, el bruto se abalanzó sobre Mariano. Se hizo a un lado, cogió una jarra vacía y la estampó contra la calva del hombre. El cristal cortó la palma de la mano de Mariano, pero no

sintió nada. No vio nada salvo el grueso cuerpo del hombre desplomado sobre la mesa.

Mientras una mujer gritaba, Santi inclinó el hombro del hombre y tomó el resto de sus monedas. Se encogió de hombros sin disculparse mientras Mariano lo miraba con desprecio.

—¿Qué? —dijo—. Me he ganado esto.

Mariano negó con la cabeza.

—Eso va para Fernanda, por las molestias. —Vio el bote de propinas vacío en la barra. Seguro era de ahí de donde Santi sacaba las monedas para financiar sus partidas.

—Pero… —Santi miró la moneda en su mano como si fuera a llorar.

—Pero nada. —La gente empezaba a correr hacia delante para ver mejor la escena que se desarrollaba. No quería dar a nadie la oportunidad de escrutar su rostro, alguien podría reconocerlo, con rubor o no.

—Vámonos, antes de que provoques un desastre aún mayor.

—Para ser un hombre con oro en los párpados y los labios, no eres divertido. —Santi volvió a dejar las monedas sobre la mesa y marchó hacia la salida.

Los dos salieron antes del amanecer. Todo estaba en silencio, salvo el tintineo de los bolsillos rebosantes de Santi y el zumbido de los oídos de Mariano. Un bebé lloraba a lo lejos antes de que la luz de las velas se encendiera en una pequeña cabaña.

—Se suponía que ibas a buscar provisiones —dijo Mariano.

—¡Eso hacía! Pero resulta que encontré la cantina. —Mariano se burló—. Supongo que no tenemos la piedra.

—No, la chica pidió un favor a cambio.

Santi lo miró de reojo.

—Pareces enfadado por esto.

Más bien decepcionado. De sí mismo, de ella y del maldito mundo entero. No podía explicar la tormenta que se desataba en su pecho. Odiaba y al mismo tiempo adoraba a la ladrona, y no entendía por qué todo en su interior ardía por ella. Pero la única manera de resolver este problema era poner la mayor distancia posible entre ambos.

—Me pide que la ayude a encontrar a su amiga, parece que ha estado escondida en algún lugar de la isla.

—Extraño, pero no imposible. La isla es grande, pero no demasiado.

—No, Santi. No vamos a ayudar a una carterista mentirosa. Debemos recuperar la gema e irnos de inmediato.

Apartó una rama de su camino mientras se adentraban en el bosque.

—¿Está seguro de esto, señor príncipe? Ofrecer nuestra ayuda no sería demasiado difícil. Podría hacerle bien a nuestras miserables almas.

No se preocupaba por su alma, sino por su corazón, que sentía como si se rompiera y floreciera a la vez; la sensación era de desdicha.

—¿Cómo sabes cuándo alguien te está mintiendo durante una partida de cartas? —preguntó.

—Muy sencillo —respondió Santi—, todo el mundo miente.

El humor de Mariano se volvió tan oscuro como el fondo del mar. Las ganas de golpear un árbol hicieron que rechinara los dientes.

Ella no se aprovecharía de él, y podría encontrar a otro que hiciera su voluntad. Ese rey malcriado, por ejemplo.

—Sin embargo —añadió Santi—, debes preguntarte por qué miente una persona. Por qué hace lo que hace. Puede que descubras que la desesperación saca lo peor de cada uno.

—Como chantajear a un pirata.

Santi sonrió, y su canino dorado brilló a la luz del amanecer.

—Exacto.

Un pájaro verde lima revoloteó a su lado y se adentró en el bosque. Mariano suspiró, los loritos le recordaban a su madre. Ella lo reprendería por incumplir una promesa, él sabía que ella nunca le daría la espalda a alguien que le pidiera ayuda. Con esa señal estaba todo dicho: no dejaría que la ladrona o su amiga se pudrieran solas.

Resopló.

—Vamos, Santi. Tenemos que encontrar a una Majestuosa.



# CAPÍTULO 19

## Rosalinda

### Día 5 de la Ofrenda: Alabados sean los dioses del fuego y la tentación

El pirata necesitaba una pista sobre dónde podría estar Juana, y Rosa estaba decidida a encontrarla. Solo quedaban dos días para el Día de la Atadura y el tiempo apremiaba, por eso tenía que moverse rápido. Pero no podía salir de su habitación, la puerta seguía cerrada e impenetrable; solo había una salida.

Miró hacia el balcón.

La sola idea de trepar por la barandilla la hacía sudar frío, ella y las alturas no eran grandes amigas. Juana solía bromear y decía que por eso los dioses la habían hecho bajita. Pero tenía que hacer lo que fuera.

Ya le habían servido el desayuno y dejado el almuerzo en una cesta sobre el tocador, la dejarían sola hasta que volvieran a prepararla para la fiesta de la noche. Se le revolvió el estómago porque esa iba a ser su noche menos favorita. Bailar era una de las cosas que más le gustaban. Cuando era más joven, una sirvienta tocaba la flauta mientras Rosa y algunas de las otras Majestuosas

bailaban y cantaban durante horas, pero el ama les había quitado eso.

Doña Lucía se apoderó de todo lo que le producía alegría y lo transformó en algo que beneficiaba al palacio. El ama transformó el talento natural de Rosa en una forma de seducción y la condicionó para que moviera las caderas de forma que todos los hombres y mujeres se detuvieran a su paso. Se convirtió en una gran seductora, su cuerpo en un instrumento, y los invitados del ama serían suyos para caer bajo su hechizo: dóciles, embelesados y asombrados por cada uno de sus movimientos.

Rosa esperaba que Juana y ella ya se hubieran librado de este lugar, o que el ama eligiera a otra persona para actuar. Que de alguna manera se olvidara del talento de Rosa, pero sabía que eso no iba a suceder. A menos que encontrara una pista y que pudiera hacérsela llegar al pirata, y él encontrara a Juana antes de que se viera obligada a humillarse. Soñar era lo único que le quedaba.

Salió al balcón, la cálida brisa le revolvió el pelo, se lo echó hacia atrás y contempló el patio. Estaba vacío, lo cual era bueno porque significaba que los criados estarían en el salón preparándose para la noche.

Las habitaciones de doña Lucía no estaban tan lejos, pero tendría que escabullirse por cornisas y balcones, y escalar un muro. Respiró agitada. De pequeña había sido muy ágil, aprendió a correr, saltar y arrastrarse en ángulos extraños cuando ella y su hermano huían.

—Puedo hacerlo. —Aunque todo dentro de ella gritaba que no podía, no iría al encuentro del pirata con las manos vacías.

Sin más ropa que el camisón, pasó una pierna por encima de la barandilla, sus dedos se aferraron mientras sacaba la otra pierna

desde la seguridad del balcón. Las sombras se agitaron en su interior y su temor iba adueñándose de su mente. Ella los empujó hacia abajo y los expulsó de sus pensamientos. No necesitaba su ayuda, ni la deseaba. Escalar el palacio requeriría toda su concentración y no quería preocuparse por el mal comportamiento de sus sombras.

—Xiomara, ayúdame —dijo temblorosa mientras movía los dedos de los pies en el pequeño borde.

Caminó y arrastró los pies hacia una pequeña cresta que sobresalía del palacio que era tan ancho como su antebrazo y donde apenas le cabían los pies. Contuvo la respiración, apoyó la espalda en la piedra calentada por el sol con las palmas pegadas a la pared y se movió lentamente hacia la derecha. Mantenía los ojos fijos hacia el horizonte. Pronto llegaría allí, y Juana y ella navegarían hacia la bahía del Hombre Muerto o hacia cualquier lugar donde el ama no pudiera encontrarlas.

Sus músculos temblaban cuando llegó al último balcón. Sintió alivio y pensó en la distancia que había recorrido. El estómago se le revolvió cuando vio una silueta junto a una ventana de la torre. Rosa se paralizó, la habían encontrado. La cara de la persona apareció. Rosa la reconoció al instante por el cabello dorado. Era Serena, la bella bruja que también había alcanzado la mayoría de edad este año.

¿Qué debía hacer? ¡Quién sabía cuánto tiempo había estado observando Serena o lo que pensaba! Tenían un trato cordial, pero no eran cercanas.

Serena extendió la mano ante ella y luego la colocó sobre su cuello, justo en el lugar donde las chicas que serían atadas

quedarían marcadas para siempre.

Rosa suspiró porque sabía lo que significaba aquel gesto.

«Estoy contigo. Te apoyo».

A Rosa se le llenaron los ojos de lágrimas, parpadeó rápido. Nunca le había preguntado a Serena qué sentía por la Ofrenda. ¿Quizá ella también deseaba una vida diferente?

Serena levantó la mano y cerró las cortinas. Rosa no podía moverse, sus pulmones pedían aire a gritos. Estuvo a punto de desplomarse, pero aún le quedaba mucho por hacer. Todavía tenía que trepar por la barandilla, agarrarse a la cornisa y deslizarse hasta el balcón de arriba, y ahí estaría en los aposentos del ama. Pero sentía débil su cuerpo y le dolía la cabeza de tanta adrenalina.

Rosa se frotó el camisón con las palmas sudorosas, pero la humedad volvió. Doña Lucía podía estar en su habitación o de pie junto a las ventanas. Peor aún, podía esperar a que llegara.

«Déjanos ayudarte», susurró una sombra. «Confía en nosotras».

—Ya lo habéis dicho antes —respondió con amargura.

La última vez que les había dado todo el control fue la noche en que murieron sus padres. Dijeron que los ayudarían; lo prometieron. Pero todavía no eran la fuerza que el ama los había preparado para ser. Entonces solo eran pequeñas y no podían defenderse de tantos cazadores. Sus sombras le fallaron, le dijeron que salvarían a sus padres, pero mintieron.

Un pulso de tristeza brotó de donde vivían sus sombras, casi había olvidado lo sensibles que eran a sus emociones. Eran sus guardianes siempre presentes, sus poderosas mascotas, como decía a menudo su madre.

«Te mantendremos a salvo. Juana te necesita».

Rosa miró hacia el balcón. Si subía y la ama estaba cerca, no tendría adónde ir.

Levantó las manos. Le temblaban los dedos, tenía los nervios a flor de piel después de haber llegado tan lejos.

Sus sombras podrían liberarse con facilidad de su control.

De las palmas de sus manos brotaron dos sombras negras que se deslizaron por sus muñecas, sus brazos y sus hombros. Le rodearon el cuello antes de rozarle la mejilla. La suave caricia la sorprendió, la dulzura le recordó cómo habían sido antes de aquella noche. Dulces. Suaves. Amorosas.

—Id —susurró, y las liberó.

Las sombras se deslizaron por la pared y desaparecieron. Un momento después, dijeron: «El ama no está».

De rodillas, Rosa trepó por la barandilla y alcanzó el borde, dispuesta a impulsarse sí misma, pero era demasiado baja. Tendría que saltar. El vértigo se apoderó de ella cuando miró hacia abajo. Un paso en falso y encontraría su fin.

—Uno. Dos. Tres. —Se agachó y saltó. Pero falló, y, con un grito ahogado, cayó de nuevo en el aire mientras agitaba los brazos. Un millón de recuerdos revolotearon por su mente: la piel suave de su madre, las historias tontas de su padre y la sonrisa afilada de su hermano. Se le escapó un sollozo porque iba a morir, y nunca pensó que la muerte fuera algo que temiera. No después de todo lo que había visto en la vida. Pero ¿y Juana? ¿Isobel? E incluso su pirata. Quería ver sus caras una vez más. Quería vivir.

Algo le agarró la muñeca y se enroscó alrededor de su piel. La tiró hacia arriba y aterrizó contra las baldosas.

Jadeando, levantó la cabeza, estaba en el balcón de la doña; y estaba viva.

—Me habéis salvado —susurró.

Sus sombras se movían a su alrededor como gatos ronroneando: «Eso es todo lo que siempre quisimos hacer».

Se puso en pie.

—Entonces ayudadme a encontrar algo para darle a ese pirata.

En silencio, Rosa y sus fantasmas recorrieron la habitación. Paredes empapeladas de rojo, sofás de terciopelo rojo, alfombras rojas.

Primero fueron al escritorio. Encontraron correspondencia entre el ama y el cardenal Rivera, y también con lord Morales. Era descarada y arrogante con sus planes.

Allí, justo debajo de las cartas había un mapa de la isla con marcas. ¿Los túneles bajo el palacio?

Lo tomó y lo enrolló hasta que se convirtió en un tubo apretado.

Sus músculos estaban tan débiles que no podía arriesgarse a seguir escalando. Abrió la puerta y se asomó. Gracias a Xiomara, el pasillo estaba vacío. Salió por la puerta, la cerró y echó a correr.

Quién sabía dónde estaba el pirata, pero esta era su oportunidad de encontrarlo.

Unas voces sonaron justo delante de ella. Se detuvo en seco, miró a su alrededor, pero solo había algunos jarrones decorativos y la puerta que conducía a la habitación de Lola. No podía esconderse detrás de nada de eso. Giró sobre sus talones para volver por donde había venido, pero se detuvo de nuevo. Alguien venía por allí también. La encontrarían con las manos en la masa, y en camisón.

Las faldas de alguien se hicieron visibles y ella se asustó. Metió el mapa en un jarrón lleno de caléndulas blancas como perlas.

Volvería por el mapa, eso si no la castigaban por haberla encontrado en el pasillo. Isobel apareció primero y sus ojos se abrieron de par en par, aterrorizados. Doña Lucía la seguía de cerca, distraída con una carta en la mano; levantó la mirada e Isobel jadeó.

—Doña, mire. —Isobel señaló hacia el techo detrás de ellas.

—¿Qué, niña? —El ama se volvió para ver a qué venía tanto alboroto.

Rosa retrocedió de forma lenta, quienquiera que estuviera en el pasillo detrás de ella era mejor que doña Lucía.

—El polvo —dijo Isobel—, está cubriendo la moldura de la corona.

—No veo ni una partícula.

—Está ahí. ¿Ve?

Isobel hizo un gesto con la mano a su espalda, que le indicaba a Rosa que huyera.

Giró y chocó con Lola. Las dos chicas se quedaron con la boca abierta.

—¿Qué demonios? —espetó Lola, con la ira enrojeciendo sus mejillas morenas.

Rosa la hizo callar.

—El ama.

—Te lo juro por Xiomara, Rosa, eres un demonio andante. —Tomó a Rosa del brazo y caminó hacia delante, directo hacia doña Lucía.

—¿Qué haces? —Rosa reclamó.

—Cállate y sígueme la corriente.

Rosa apretó los labios mientras avanzaban.

—Estás sudada como un cerdo —dijo Lola en voz baja.

Escalar un palacio y escabullirse entre las cosas del ama pueden hacerle eso a una persona. Rosa miró el jarrón antes de centrar su atención en Isobel y doña Lucía.

Doña Lucía frunció el ceño.

—¿Por qué estás aquí fuera? ¿Y solo en camisón?

Solo las Majestuosas podía estar en este lado del palacio, ni siquiera el cardenal, pero, aun así, el ama esperaba que sus hijas estuvieran siempre bien vestidas fuera de los confines de sus habitaciones.

—La llevé a dar un paseo, ama —dijo Lola—, pensé que le vendría bien un cambio de aire.

—Tiene un balcón para eso.

—Sí, bueno. El ejercicio es bueno para el alma, y quería hablar con ella sobre la noche que se avecina. El baile… ella estará en plena exhibición y no quiero que estropee las cosas.

Se quedaron en silencio y el corazón de Rosa golpeaba tan fuerte contra su pecho que se preguntaba cómo nadie lo oía.

—Muy bien, volved ya a vuestras habitaciones. Cora vendrá a atenderte pronto.

Y con eso, las damas se cruzaron. Isobel no se atrevió a levantar la vista del suelo.

Y Rosa no se atrevió a volver a mirar el mapa que necesitaba de manera desesperada.



# CAPÍTULO 20

## Mariano

Había sido mucho más fácil entrar en palacio llevando la cara pintada y la ropa de la fiesta de la noche anterior. Solo fingió arrastrar a Santi como si estuviera muy borracho, algo en lo que tenía mucha práctica, y las guardias no lo miraron dos veces.

Tomó las primeras prendas que encontró en las habitaciones de la servidumbre: un abrigo, unos pantalones y un vestido de seda. Santi tomó la vestimenta de inmediato con los ojos brillantes de placer. A menudo había usado vestidos mientras navegaban en el Venganza, alegando que eran superiores en comodidad y atractivo. En noches aburridas, representaba obras de teatro para la tripulación, y decía ser una ramera llamada Mejillas Rosas, lo que hacía reír a los hombres hasta que escupían el ron.

—Aquí tienes. —Mariano le dio a Santi un chal que había robado a un transeúnte—. Toma esto y úsalo para cubrirte la cara.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Serás reconocido por tu noche de apuestas. ¿Quieres que los hombres a los que estafaste te encuentren y monten una escena?

Santi miró el tejido verde.

—Pero esto no combina, mi vestido es azul real.

—¿Hablas en serio? —dijo Mariano con la voz afinada. Asomó la cabeza desde su puesto oculto tras una mesa de servicio; la fila para entrar en el salón de baile disminuía.

—Como hago siempre. ¿Qué persona decente andaría por ahí con ropas combinadas peor que en la batalla de Bernardino? Yo no, te lo aseguro.

—¿Llevas diez minutos con este vestido y ya eres un experto?

—Señor príncipe, soy un entendido en prendas suntuosas desde que robé mi primer corsé a los doce años.

Mariano negó con la cabeza.

Santi ajustó las flores que había metido en la parte superior de su corpiño.

—¿Crees que debería haber puesto más paniculata?

—Por todos los mares, Santiago, cierra el pico.

Santi siempre era un tipo parlanchín, pero esta noche estaba especialmente suelto de lengua. Hablaba en círculos y se quejaba de no tener las joyas adecuadas para su vestido y de su falta de calzado. Incluso después de que Mariano le explicara que la habitación estaba hechizada y que las prendas cambiarían en cuanto cruzaran las puertas, todo era un problema. Y a Mariano le dolían los dientes de tanto rechinarlos para evitar aporrear a su amigo.

—Concéntrate, la señora del palacio me vigilará como un halcón. —Porque al parecer, era demasiado pobre para su preciada Majestuosa—. La mantendré distraída mientras tú te escabulles y buscas a la chica desaparecida.

—¿Y sabes cómo es esa chica? Eso podría ser de ayuda.

—No tengo ni idea. Sin embargo, está retenida contra su voluntad, así que no puede ser muy difícil averiguar si es ella o no. Será la que

se vea desgraciada y enfadada.

—Así… ¿como tú? Un hombre que parece desgraciado y enfadado casi cada segundo del día.

Mariano fulminó a su amigo con la mirada.

Santiago pestañeó, se tapó la nariz y la boca. Giró los hombros como si se preparara para una pelea.

—Vamos, señor príncipe, por favor, acompáñeme al salón de baile.

Cuando Mariano atravesó las puertas, lo primero que pensó fue que se habían equivocado de lugar, porque, salvo la escalera, todo había sido alterado. La enorme habitación se había transformado de algún modo en un lujoso antro; de esos en los que los contrabandistas fuman en pipas de agua mientras las mujeres bailaban sobre sus regazos. Las lámparas de araña habían desaparecido y la habitación estaba iluminada de modo tenue por gruesas velas que olían a miel. Tapices color borgoña cubrían las paredes y las sillas habían sido sustituidas por sofás aterciopelados de color púrpura. Habían puesto cojines alrededor de las mesas bajas con llamas plateadas que parpadeaban en el centro.

Mariano también se había cambiado de ropa, con una túnica holgada y pantalones anchos. A juzgar por los demás invitados, supuso que también le habían pintado los ojos con carbón negro; lo prefería a los copos de oro.

Santi llevaba ahora un vestido rosa intenso y un pañuelo a juego que le llegaba hasta debajo de los ojos. Gracias a todos los mares, al menos la magia había cubierto su rostro.

—Magnífico —susurró Santi.

—Es una especie de espejismo hecho por una Majestuosa.

—Pero la primera noche íbamos vestidos con esas horribles túnicas de dioses.

—Parece que solo funciona dentro del palacio. —Sacudió la cabeza —. No estamos aquí para hablar de vestimentas, estamos aquí por la chica.

—Lo sé. —Los ojos de Santi se desviaron—. Dime, ¿dónde está la gloriosa pícara que ha capturado tu piedra preciosa y tu sentido común? Debe ser especial para tenerte tan embelesado.

—No tengo ni idea, ni me importa. —Eso era mentira, le importaba demasiado. Su mente se había consumido con pensamientos sobre ella todo el día y anhelaba estar cerca de nuevo. No le gustaba nada.

Pasaron dos Majestuosas. Una llevaba una pitón gigante rodeando sus hombros, los labios de la otra se entreabrieron y dejó ver una lengua serpentina. Los ojos de Santi permanecieron clavados en ellas mientras se movían alrededor de los invitados.

La suave música que sonaba hizo una pausa. También la charla. Mariano y Santi se sentaron en unos cojines redondos cerca del fondo.

Doña Lucía bajó por la escalera, con su largo cuerpo envuelto en suaves sedas.

—Buenas noches. Esta noche les ofrezco un trato especial.

La sala vibraba con energía expectante, y Mariano se cruzó de brazos.

—Como dicen los antiguos salmos de Coatl, dios del fuego: «Hay una serpiente en el jardín. No puedo matarla, porque devora a los ratones. No puedo tocarla, pues su mordedura es letal. Así que tocaré mi flauta y capturaré su alma. Y entonces, viviremos como

uno». —Levantó los brazos—. Esta noche celebramos a Coatl, porque él refinó a las Majestuosas y gracias a él, servimos a nuestra bendita Corona.

Un oboe comenzó su melodía cadenciosa, un sonido seductor que se deslizó hasta el regazo de Mariano y le rodeó el pecho. Doña Lucía se fundió en las sombras, y alguien se movió hacia el haz de luz donde había estado la doña. Llevaba el mismo velo sobre el rostro que las demás personas vestidas de gala, pero el suyo era del color del vino. Solo un pequeño velo ocultaba sus pechos, y llevaba una falda que colgaba suelta sobre sus caderas. Las aberturas de la falda llegaban tan alto que se podía ver la totalidad de sus piernas.

Su vientre se movía y sus caderas se balanceaban en perfecta armonía con la sinuosa melodía. Todas las miradas se clavaron en ella mientras bailaba por la sala. Se acercó al trono del rey, pero él permanecía inmóvil como una estatua, con el disgusto escrito en el rostro.

Cuando ella inclinó su cuerpo sobre su regazo, Mariano la reconoció. Aquellos dedos pequeños, aquel cuerpo bajito, esa piel morena lo bastante suave como para servir de almohada… Su espalda se petrificó: era *su* Majestuosa.

Le invadió una oleada de furia y hundió las manos en el cojín. Cuando volvió la cabeza, encontró a Santi escabulléndose por el estudio hacia la escalera. El maldito hombre era un genio, porque todo el mundo estaba concentrado en ella. Incluso la luz de las velas seguía todos sus movimientos, por lo que era muy fácil escabullirse sin que se dieran cuenta.

Mariano apartó los ojos de Santi, no fuera a ser que alguien lo encontrara observando a su amigo. Pero, de inmediato, se arrepintió

de dejar de mirar atrás y hacerlo hacia la Majestuosa, porque ahora estaba tan cerca de él, que podía jurar que oía latir su corazón. Incluso que la oyó llorar.

Apartó la mirada de ella y la clavó en su regazo. No estaba bien verla así, y de hecho, estaba seguro de que esta escena degradante había contribuido a que ella quisiera escapar.

La música se aceleró y más instrumentos se unieron al clímax. Se oyó un pequeño chillido de un invitado cuando docenas de gruesas cintas se desplegaron desde el techo. Majestuosas vestidas con las mismas ropas que la ladrona entraron en la sala. Treparon por las cintas y comenzaron a dar vueltas de la forma más magnífica. Entraron más Majestuosas, que bailaban y lanzaban pétalos que cambiaban de color en el aire. Una de las mujeres tomó una antorcha y prendió fuego a su cabello, lo que causó gritos del público, pero no se quemó, sino que brilló a su alrededor como un halo de fuego. Entraron aún más Majestuosas, hasta que la sala se llenó de bellezas mágicas. ¿Estaban todas obligadas a actuar?

Los vítores sonaron a medida que la música crecía, y, en el centro de la conmoción, estaba su Majestuosa.

Estaba quieta, salvo por su respiración agitada y sus ojos fijos en él. Luego, retrocedió y su cuerpo se fundió en el mar de bailarinas. Puede que los ojos de Mariano le jugaran una mala pasada, pero juraría que vio caer una lágrima. Sin pensar en la ama, en Santi, en nada en el maldito mundo, la siguió.

Corrió por un largo pasillo y, cuanto más avanzaba, más lúgubre le parecía el lugar. Las paredes de color naranja habían sido devoradas por el moho. Las baldosas estaban agrietadas y dañadas, como si

esa parte del palacio muriera, como si la vida en su interior se agotara de a poco.

Se deslizó bajo una ventana rota y desapareció en la noche. Cuando él se escabulló y esperó a que un guardia que pasaba por allí le diera la espalda, ella ya bajaba por una escalera musgosa. Los ojos de Mariano se adaptaron a la oscuridad con facilidad y encontraron la zona estéril que lo rodeaba. Los árboles no tenían hojas y la hierba crujía bajo sus pies, incluso el aire salado sabía a rancio.

¿Qué era este miserable lugar?

Subió las escaleras en dos amplios pasos y se adentró tras ella en una pequeña y mugrienta laguna. Había estatuas rotas en la orilla, como si se tratara de un edificio en ruinas. Olfateó el agua en calma; olía a podredumbre y suciedad.

Estaba sentada debajo de lo que quedaba de la estatua de una *tlanchana*, con los brazos alrededor de la cola de la criatura. Allí mismo, en ese momento, no parecía la seductora que había cautivado a toda una sala, ni la ladrona astuta con un plan maestro, se veía… frágil. Y todo en su interior anhelaba abrazarla. No por sí mismo, sino para ofrecerle su fuerza. Si pudiera, lo daría todo solo para ver cómo levantaba de nuevo su barbilla en altanera rebeldía.

Se frotó el cuello. ¿Qué podía decir cuando la había visto casi desnuda?

Sus botas crujían sobre las piedras mientras avanzaba y su espalda se puso rígida, pero no se movió.

—¿Has venido a burlarte de mí? —dijo.

Mariano la miró.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—He robado tu collar, te obligo a ayudarme y soy una Majestuosa. Estoy segura de que puedes encontrar algo por lo que quieras ridiculizarme.

¿Le creía tan insensible?

—No vine tras de ti con mala intención.

—Entonces, ¿por qué has venido? —giró, y sus grandes ojos marrones escrutaron su rostro—. ¿Tienes noticias de mi amiga? ¿La has encontrado?

Bajó la cabeza.

—Todavía no —dijo.

Ella suspiró.

—Yo tampoco, y no tengo nada que ofrecerte que pueda ayudarte. Lo que encontré está metido dentro de un ramo de caléndulas.

Él le lanzó una mirada inquisitiva, pero ella no añadió nada más.

Al acercarse, observó que la *tlanchana* llevaba un bebé en brazos. Se mofó y ella ladeó la cabeza con ligereza.

—Te estás riendo de mí.

—No, te lo prometo. Es solo que… en toda mi vida, nunca he visto una niña *tlanchana*.

—Eso se debe a que son protectoras al extremo de sus crías —dijo —. Excepto los machos, claro.

—¿Hay *tlanchanas* masculinos?

—Nacen, pero mueren enseguida. Se los comen los otros de la manada antes de que se conviertan en serpientes marinas. —Levantó una ceja—. Pensé que lo sabrías, pirata.

La luna iluminaba su rostro, y tenía los ojos enrojecidos e hinchados y la piel manchada.

—Has llorado.

Se secó las mejillas.

—Tu percepción me asombra.

A Mariano no le gustaba su lado vulnerable y humano, pero le costaba enfadarse con ella. Le daban ganas de abrazarla y sostenerla como al bebé en brazos de la *tlanchana*.

—¿Puedo preguntar por qué?

Se rio con amargura.

—¿No viste cómo me miraban?

—Por supuesto.

—¿Y cómo te sentiste cuando me miraste?

A Mariano se le secó la boca.

—Te deseaba. No puedo decir que haya deseado a nadie más en mi vida.

—Alabado sea Coatl, el dios de la tentación estaría orgulloso. He hecho mi trabajo seduciéndote, pero soy más que este cuerpo —dijo con amargura.

Se levantó para pasar, pero él la tomó del brazo.

—Espera.

Ella se zafó de su agarre.

—Me estoy cansando de tu maltrato.

—Mis disculpas. —Levantó las manos en señal de paz—. No puedes culparme por verte y pensar que eres preciosa. Pero tienes razón, sé que hay más en ti que esa sonrisa que pones para los invitados de tu ama. Eres astuta y fuerte. También malvada, pero en el buen sentido.

Frunció el ceño.

—Eso no existe.

—¿Quieres apostar? Considérame a mí, por ejemplo.

La Majestuosa resopló.

—¿Tú?

—Sí. He hecho cosas horribles, y, diablos, siempre haré cosas miserables, pero… —Resopló—. Olvídalo.

—No puedes empezar una idea y dejarla inconclusa. —Se llevó las manos a las caderas. Parecía enfadada, pero una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Ves, soy malvado, en el buen sentido también, porque te he hecho sonreír. —A Mariano se le revolvieron las tripas cuando ella le devolvió la sonrisa. Lo hizo sentirse ligero, bajo su poder; la sensación no le gustó.

—No sonreí —dijo, y aplanó sus labios—. Es mi gesto burlón y algo despreciativo, ya sabes, una expresión destinada a aterrorizarte.

—¿Es eso lo que hacías? Vaya, ha sido lo más bonito que te he visto hacer desde que nos conocimos.

—Si insistes en burlarte de mí mejor me voy.

—No es buena idea, señorita. Para empezar, me echarías de menos y segundo, tu cara está tan manchada como un trasero con viruela.

Se quedó boquiabierta.

—¿Un qué?

Se rio entre dientes.

—Siéntate un rato y recupérate un poco.

—Eso es exactamente lo que hacía antes de oír tus pisadas de maldita morsa.

Mariano se encogió de hombros.

—Me han llamado de formas peores, pero supongo que morsa está más cerca de mi naturaleza que comadreja. Estoy más aclimatado a las olas.

Ella lo estudió.

—¿Cómo es ser un pirata?

—Siéntate y te contaré lo que quieras.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

El rostro de la Majestuosa se iluminó por dentro. Una especie de suave anhelo llenó todas las cavidades de su pecho y no podía explicar por qué, pero todo de ella le atraía. Era como escuchar una canción preciosa y quedarse tan embelesado que lo único que uno podía hacer era sentarse y esperar a que la música no terminara nunca. Puso los ojos en blanco, quizá sus tíos tenían razón y de verdad era blando. ¿Pero era tan terribles si eso significaba sentirse así?

Se sentó a su lado, cerca, pero sin tocarse.

—¿Hay mujeres piratas?

—Sí, muchas.

Cuando sus miradas se cruzaron, esa necesidad insaciable volvió a desplegarse en su interior. El hecho de que en un momento pudiera estar llorando y al siguiente preguntándole por la piratería era un tributo a su fortaleza y su naturaleza curiosa. Se moría de ganas de besarla o de rozar su piel con un dedo, pero se contuvo.

—Había una vez una capitana, Antonella Victoria Ruiz era su nombre. Era tan feroz que el mismo Draque le tenía terror.

—Estás bromeando. He oído que el pirata era tan aterrador que puede hacer llorar a hombres adultos cada vez que pasa.

—No era tan malo.

—¿No lo era?

Un nudo de tristeza le obstruyó la garganta. Se la aclaró.

—Murió en batalla no hace mucho.

Sus hombros se hundieron.

—Lamento oírlo. Mi amiga Juana y yo solíamos fingir que formábamos parte de su tripulación. Era uno de los pocos piratas que nunca capturaba Majestuosas para beneficiarse, ¿sabes?

Asintió con la cabeza. Su padre no permitiría que nadie que navegara bajo su nombre tocara a una Majestuosa.

—¿Y qué hay de la capitana Antonella? ¿Le tenía miedo a él?

Pensó en la forma en que su madre solía burlarse de su padre por todo tipo de cosas. Cómo su cabello sobresalía en ángulos extraños cuando se despertaba y cómo él odiaba el desorden, aunque fuera el más desordenado de su pequeña familia.

Mariano sonrió.

—Ni una pizca, y eso volvió loco al Draque. Tanto que se casó con ella, y cuando no aterrorizaban a la armada del rey, vivían en una casita de barro en la Fortaleza del Pirata.

Soltó una risita. Y, por todos los mares, el sonido era celestial.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó.

La miró a los ojos. Ella no le había dicho a nadie que él estaba aquí desde que se conocieron y él sabía que ella también guardaría este secreto.

—Ella era mi madre.

Se quedó boquiabierta.

—¿Y el Draque?

—Mi padre.

—¿Eres el príncipe de los piratas? —Ella ladeó la cabeza y lo miró de arriba abajo—. He oído a los mercaderes cantar canciones sobre ti, pero ahora no estoy segura de creerlas.

—¿SÍ? ¿Y qué dicen? ¿Que soy tan temible como mi padre? ¿Que soy un azote que asola la armada del rey?

Se rio.

—Dicen que enloqueces a las mujeres dondequiera que llega tu barco y que esos hoyuelos podrían abrir el mismo océano si lo desearas.

Metió los pies en la arena.

—Soy más que mi cara.

—¡Claro que sí! También tienes tus músculos. —Se acercó un poco más—. ¿Puedo hacerte una pregunta más?

—Supongo. —No estaba seguro de poder hablar con ella tan cerca.

—Tu padre es el Draque y tú eres el príncipe de los piratas, ¿por qué tu madre no tenía un apodo?

—Ella no quería uno. Quería que el mundo supiera quién era y lo que representaba. Ruiz ni siquiera era su apellido. No tenía apellido, pero ella y sus compañeras lo tomaron y se convirtieron en una familia. Fueron la primera tripulación dirigida solo por mujeres que se hizo cargo de la Fortaleza del Pirata.

—Suena increíble.

«Ella habría dicho lo mismo de ti». Sintió un pellizco en el estómago. ¿De dónde había salido ese pensamiento?

—He oído que a algunos marineros no les gusta que haya mujeres a bordo, por supersticiones y todo eso. ¿A tu tripulación le importará recibirnos? —preguntó.

—No tendrán ningún reparo. —En primer lugar, ella estaría con él, a su lado y, en segundo lugar, en realidad no tenía un barco o una tripulación para ofrecer ningún reparo. Pero mejor no arruinar el ambiente con tales verdades—. Hay cosas que las mujeres pueden hacer que ningún hombre puede.

Puso los ojos en blanco.

—¿Cómo qué?

—Perdóname por decir esto, pero la mayoría de los hombres no toman en serio a las mujeres. Ven una cara bonita y no piensan en nada más, pero las mujeres son astutas, en realidad son más inteligentes que la mayoría de los hombres, y no se distraen tan fácilmente.

Se miró las manos mientras él hablaba. ¿La había ofendido? ¿Se disponía a estrangularlo?

—¿En qué piensas? —Se atrevió a preguntar—. ¿Te ofendí?

—Señor pirata, no hay mucho que pueda ofenderme. Solo pensaba que tus palabras deben ser auténticas. —Ella sonrió con dulzura—. Ya que eso es justo lo que hice contigo.

Mariano soltó una risa porque ella tenía razón, él estaba por completo distraído. La primera vez que se cruzó en su camino, vio su cuerpo, su cara, y su larga melena, hasta ahí llegaba su básico cerebro. Todo el tiempo ella había estado tramando su plan y él seguía en la isla, ¿no?

—Nunca volveré a subestimarte. Ni a ti, ni a ninguna mujer, señorita.

—Me alegro de oírlo.

Se enfrentó a las aguas turbias y no había vida en ellas. ¿Tal vez este era el pozo negro del palacio? El cauce de descarga de sus

cloacas.

—¿Por qué has bajado aquí? —preguntó—. No es la mejor vista.

—Encuentro consuelo en este lugar.

—¿Cómo es eso?

—¿Ves esas estatuas? —Levantó la barbilla hacia los montones de arcilla desmenuzada—. Eran un homenaje a Xiomara y representaban a una mujer que escalaba una montaña y allí suplicaba ayuda a los dioses porque las tierras se habían vuelto estériles; clamaba a los dioses que por favor bendijesen las tierras y que trajeran la lluvia para que ella pudiera vivir sin más dolor. Xiomara escuchó sus gritos, sintió compasión, porque también era una mujer que luchaba por su propio camino. Pero, en vez de bendecir las tierras, le dio a esa mujer el poder de hacerlo ella misma: ella fue la primera de nosotras. Podía hacer llover del cielo y llenar los ríos con un pensamiento. —Se encogió de hombros—. Eso es lo que mostraban estas estatuas, pero ahora son solo escombros y los sacerdotes dicen que todo era mentira, pero sé que no es cierto. No todas somos malvadas como enseña la Iglesia.

Algo chapoteó en la laguna y sus manos buscaron el sable fantasma de su cadera. El sable que ella había arrojado al bosque la noche en que se conocieron.

—No tengas miedo. La *tlanchana* atrapada en las aguas no puede escapar, ni tampoco su canción. El agua ha sido hechizada y solo podrá ser liberada cuando alguien la saque.

Una ráfaga de viento le acarició la cara como la mano de un fantasma. Escalofríos recorrieron su espina dorsal y se estremeció.

—¿Tienes escalofríos? —preguntó.

—No me gusta mucho este lugar. He sido atacado por *tlanchanas* en el pasado.

—¿Y viviste para contarlo?

—¿Quieres ver la prueba?

¿Por qué sugeriría algo así? Pero ya no había vuelta atrás y ella había asentido.

Se giró de espaldas y se quitó la larga camisa por la cabeza. La camisa cayó a sus pies, junto con su orgullo, mientras su red de cicatrices quedaba al descubierto ante ella.

Estaba callada, demasiado callada, y él se sentía tan desnudo como un recién nacido.

—¿Te molestan? —preguntó él.

—Nunca.

Aquella sola palabra se hundió en su alma, hiriéndolo y curándolo a la vez.

Frunció el ceño. ¿Qué demonios le pasaba? Nunca había pensado en su alma y, sin embargo, aquí estaba, ante el deseo de que ella lo viera y lo aceptara de verdad.

—Yo también tengo cicatrices —dijo—, pero no se ven, están escondidas en lo más profundo de mi corazón. —Pasó un momento antes de que preguntara—: ¿Está bien si… si te toco?

Lo recorrió un temblor. ¿Cómo podía desear tanto algo y temblar ante la mera idea? Cerró los ojos y asintió.

Sus dedos se extendieron sobre sus omóplatos y luego bajaron por su columna vertebral. Se sobresaltó.

—¿Duele?

Mariano negó con la cabeza, podía sentir la suavidad de sus palmas y el trazo confiado de sus dedos.

—¿Cómo sobreviviste?

—Magia, supongo. Tenía doce años, me creía un hombre e insulté a uno de mis tíos. Me empujó a un río como represalia. Juro que podía oír su risa mientras me sumergía en el agua.

—Bastardo.

Se rio entre dientes.

—Sí.

Cada detalle de aquel día quedó grabado en su memoria.

—Mi padre se zambulló mientras las *tlanchanas* arañaban mi carne. Algo onduló en el agua, como cuando una piedra cae en un estanque tranquilo. Las *tlanchanas* chillaron, pero me soltaron. Entonces no sabía que la gema me había salvado. En su lecho de muerte, mi padre me la dio y me dijo que me conduciría al deseo de mi corazón.

—¿Y la piedra mágica te trajo aquí?

—Sí.

Algo suave y sudoroso fluía entre ellos. Podría vivir allí con ella el resto de sus días.

—Este tío tuyo. ¿Le cortaste la garganta por su traición, señor pirata?

La forma en que decía *señor pirata* le recordaba a la forma en que Santi lo llamaba *señor príncipe*. Lo decía en parte en broma y en parte en serio, como si estuvieran contando un chiste secreto del que él no estaba al tanto.

—Hablas como si fuera fácil matar a alguien —dijo él—. Quizá no seas tan inocente y dulce como pareces.

Se rio.

—Soy prueba suficiente de que las apariencias engañan.

Sus dedos recorrieron los contornos de su columna vertebral y trazó pequeñas líneas sobre sus heridas.

—La muerte me persigue a donde voy —dijo Rosa—. Todos los que he amado se han ido. Puede que no los haya matado, pero sigue siendo culpa mía. Incluso que Juana esté encerrada es mi culpa. Debería haber luchado más, haber suplicado más.

Suspiró.

—El último deseo de mi padre fue que abandonara el barco —dijo Mariano—. Al principio me negué, porque prefería morir luchando a su lado que huyendo, pero a veces hay que hacer lo que sea mejor en ese momento. Arrepentirse no hará más que pesar en nuestra alma.

—Eres bastante sabio para ser un pirata.

Sonrió.

—No se lo digas a nadie, no querría arruinar mi reputación.

Se quedó callada y luego dijo:

—Siento haberte robado tu gema mágica y haberte obligado a ayudarme.

—¿De verdad?

—No, pero intento vivir sin remordimientos a partir de ahora.

Se rio.

—¿Por qué crees que la piedra te trajo aquí? —inquirió ella.

Él también se lo preguntaba. Pensó que eran las riquezas. Después la venganza, cuando vio al comandante Alejo, pero ¿y si era algo más? Miró las estrellas, la única constante en su vida.

—Tal vez esa razón seas tú. Para ayudarte, quiero decir.

—¿Crees que tu cadena puede ayudarme a encontrar a Juana?

Miró por encima del hombro y se encontró con su mirada, parecía tan esperanzada que le dolía.

«Te sacaré de esta isla», quiso decirle. «Nunca volveré a ir a ningún sitio sin ti».

Sus labios se entreabrieron.

—¿Qué ha sido eso? —Le pegó la oreja a la espalda y él se puso rígido. Ella retrocedió como si se hubiera quemado—. ¿Oyes eso? —preguntó.

Sus ojos lo estudiaron antes de dirigirse de nuevo a su regazo y sus facciones se tensaron como si en su interior se desatara una batalla.

—¿Has oído hablar de la canción del corazón? —preguntó.

Le sonaba, pero no sabía por qué. Sacudió la cabeza.

—Se dice que los descendientes de Xiomara, Majestuosas y *tlanchanas* por igual, tienen una canción del corazón. El alma de su pareja canta tan fuerte que pueden oírla. No necesariamente con los oídos, sino aquí. —Apoyó la palma de la mano sobre el pecho—. Es como si estuvieran atados por una fuerza invisible.

Sus palabras hicieron que algo se contrajera en su interior.

Ladeó la cabeza y sus cejas se fruncieron; una línea tensa se formó en su frente.

—No puede ser —susurró, con sorpresa—. Imposible.

—¿Qué? —Mariano desplazó su cuerpo para poder mirarla por completo—. ¿Qué pasa?

Ella no respondía y tenía los ojos clavados en los dibujos grabados en su torso. Se le cortó la respiración y se tapó la boca con una mano.

Sonrió.

—Estoy seguro de que has visto a un hombre con tatuajes antes. —El primero se lo había hecho a los quince años. No se bajó las mangas durante meses para que todos pudieran contemplar la tinta de su antebrazo: un cruce entre un ancla y una brújula.

—Tienes las marcas de una serpiente marina en el pecho. ¿Por qué?

—Así me llamaba mi padre. Decía: «Yo soy el Draque, el dragón que vuela alto y aterroriza a la flota del reino. Tú eres la serpiente del mar, deslizándote desde las profundidades. Juntos, somos una fuerza imparable».

—¿Y la flor alrededor de la que se enrolla? ¿Por qué una rosa?

—Porque son preciosas. Y porque solo las escamas de la serpiente marina pueden envolver algo tan espinoso y salir ilesas. —Se encogió de hombros—. Una vez lo vi en un sueño.

Esto último no se lo había dicho a nadie porque no quería que la gente pensara que era raro. Pero ella lo entendería, la Majestuosa vivía en un mundo de cosas imposibles.

Se puso de pie, con el rostro muy pálido.

—Debo irme. La doña ya se habrá dado cuenta de mi ausencia.

—Espera. —Se puso de pie también—. ¿Qué pasa?

Levantó la mano y un muro de sombras se formó entre ellos. Mariano retrocedió dando tumbos.

—¿Qué demonios te pasa?

Se abalanzó sobre sus poderes, pero ella ya había desaparecido.

Rascándose la cabeza, miró las marcas oscuras de su pecho. Unas gruesas líneas formaban la figura de una serpiente marina. Tenía la cabeza de un dragón, la carne escamosa de una serpiente y la boca abierta, dejando al descubierto unos dientes penetrantes. La criatura

de tinta se enroscaba de forma protectora alrededor de una única rosa roja.

Allí había una pista para comprender lo que acababa de suceder, pero su mente no podía concentrarse. Todos sus pensamientos se lanzaban por los musgosos escalones hacia la Majestuosa. Hacia la chica por la que cruzaría océanos e infiernos solo para volver a verla sonreír; tenía la sensación de que eso era lo que iba a tener que hacer.



# CAPÍTULO 21

## Rosalinda

Rosa quería gritar. Correr y correr sin mirar atrás.

Él era la canción de su corazón. Era su compañero.

«No». Ella sacudió la cabeza. «No».

Sus oídos la engañaban. Pero ella podía oír su corazón con claridad; y la llamaba.

Xiomara, bendita seas, nunca pensó que pasaría algo así.

¿Y qué hay de su tatuaje?

El recuerdo de la noche en que Juana y ella habían sido sorprendidas cuando querían escapar sobrevoló sus pensamientos y las palabras de Juana resonaron en su mente: «Cuidado con la serpiente del mar. Será tu perdición».

Un revoloteo de energía nerviosa la recorrió y sus sombras se retorcieron alrededor de su estómago. No debía preocuparse por lord Morales. La advertencia era sobre el pirata. ¡Su pirata! ¿Qué significaban las palabras de Juana?

No importaba. Que él fuera la serpiente del mar no cambiaba nada y que él fuera la canción de su corazón tampoco cambiaba nada, porque ella era una Majestuosa en la Isla de las Pecadoras y el tiempo no estaba de su lado. Ella lo estaba usando a él, y eso era todo lo que había que saber. Necesitaba escabullirse en el pasillo,

conseguir ese mapa y luego ir a su habitación por su cadena. Le daría ambos y tal vez lo llevarían a Juana.

Dobló por la esquina y se deslizó por un patio vacío pegado a la parte trasera del salón de baile. La música se colaba por las rendijas de las puertas. Con un poco de suerte, la ama no habría notado su ausencia.

Se detuvo un momento y apoyó la mano en su pecho agitado. ¿Era su alma gemela? ¿La canción de su corazón?

Pero entonces ¿por qué la visión de Juana le había advertido que se alejara? Sus visiones eran a menudo vagas pero precisas. Y se veía muy asustada. Él sería su perdición, significara lo que significara eso.

Suspiró.

—¿Qué hago?

—Te diría que te tomes una copa, pero dudo que estés de acuerdo. —Una figura solitaria estaba sentada en las sombras, con la punta de su puro que ardía al rojo vivo.

Rosa dio un respingo.

—¿Quién está ahí?

El puro se acercó a la boca del hombre, que brillaba mientras aspiraba el tabaco.

—¿Rey Sebastián? ¿Qué hace aquí fuera? ¿Y a oscuras?

—Yo también podría hacerte esa pregunta, pero tengo la sensación de que responderías lo mismo que yo. —Se inclinó hacia delante y la luz de la linterna iluminó sus rasgos. Había desaparecido el hombre joven y contento con el que había pasado la velada, y el viejo y melancólico rey había vuelto—. No estoy de humor para fiestas.

Parecía peligroso y fuera de sí.

—Lamento oír eso.

Se desplomó en su silla.

—Todo este palacio es un nido de pecado.

—Bueno, sí. Ese es literalmente el nombre de la isla.

—Habría que quemarlo hasta los cimientos. —Arrastraba pesadamente sus palabras—. No tienes ni idea de lo que me duele ver las Majestuosas tratadas de esta manera. No tienes ni idea de cuánto detesto este vil lugar.

—Me alegra oír eso.

Se levantó, dejó caer el puro sobre la piedra y lo apagó.

—Sé sincera. ¿Eras mi amiga anoche o solo me espiabas para tu asquerosa ama?

Rosa intentó disipar la confusión y el dolor.

Se acercó a ella, el olor a ron y tabaco exudaban de su boca.

—Verte esta noche, verte retorcerte como un maldito gusano después de la lluvia… —Se pasó los dedos por los rizos—. Controlabas la sala con tu baile como si fuera tu vocación. ¿Es eso lo que hacías conmigo? ¿Solo fingías? ¿Solo espiar para tu ama? ¿Disfrutas al hacerlo?

Respiró con profundidad mientras la vergüenza de sus acusaciones caía sobre sus hombros.

—¿Creéis que disfruté mientras hacía eso? ¿Que me gusta que cien pares de ojos se fijen en mi cuerpo? —respondió—. Todavía siento sus miradas en mi piel. Fui preparada para ser ofrecida como un cerdo preciado, y, perdón por mi insolencia, alteza, pero no podríais estar más equivocado. Esta vida no es la que hubiera

elegido para mí, pero vuestro linaje me puso aquí. Vos me pusisteis aquí.

Las comisuras de sus ojos se endurecieron y su barbilla se tensó. Un silencio prolongado se expandió entre ellos hasta que tres palabras condenatorias salieron de sus dientes apretados.

—Nunca lo haría.

La esperanza floreció dentro de su pecho.

—¿Sois un simpatizante, rey Sebastián?

Se le hinchó el pecho y la miró fijamente. Luego, hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—Entonces ayudadnos, moved vuestro mimado trasero y detened la Ofrenda.

—No es tan sencillo.

—Sí, lo es. Sois nuestro soberano, podéis hacer lo que queráis. Sé que podéis si tan solo…

—No sabes nada —espetó.

Pasó junto a ella y abrió de par en par las puertas de la fiesta. La algarabía llenó el espacio vacío que había ocupado su presencia. Todo quedó en silenció cuando las puertas se cerraron.

Su última gota de energía se disolvió y se desplomó contra una columna. El frío le erizó el cuero cabelludo y sus piernas se paralizaron.

Casi se ahoga cuando doña Lucía salió de entre las sombras.

Sus labios se curvaron en una sonrisa malvada.

—Eso fue maravilloso, Rosalinda. —¿Había oído bien a su ama?—. La forma en que incitaste a nuestro dulce rey a confesar sus verdaderos sentimientos. Ni yo misma lo habría hecho mejor. —Doña

Lucía se cruzó de brazos—. Aunque esa parte de ser ofrecida como un cerdo fue demasiado dramática.

Le dieron ganas de reír y de gritar. Doña Lucía no podía pensar de verdad que había dicho todo eso a propósito, no podía creer que su lealtad de verdad sonara así. Pero tenía a Juana y sabía que Rosa haría lo que fuera para mantenerla a salvo.

—¿Qué pasará ahora, ama? —preguntó.

—Es simple: el rey Sebastián debe morir.

—Pero… —balbuceó Rosa.

Doña Lucía chasqueó la lengua.

—No necesitas preocupar a tu bonita cabeza con estos asuntos.

¿Cómo podría no hacerlo? Lord Morales sería quien ocuparía su lugar, por supuesto. Y serían los dones de Rosa los que le ayudarían a obtener lo que él deseaba si ella no salía de esta maldita isla antes del ritual que la atara a él.

Doña Lucía se acercó y le acarició la cara.

—Veo que le tienes cariño al joven rey. No te preocupes, cariño. Su muerte será rápida e indolora. Ahora, vuelve adentro y coquetea, bebe, baila. Yo me encargaré de todo lo demás.



# CAPÍTULO 22

## Mariano

Mariano observó la estatua de *tlanchana* que tenía delante, su cola de arcilla estaba enroscada en la base y tenía un bebé en sus brazos. Gruñó de asco; esas crueles bestias se comían a sus crías macho, aunque entendía el porqué: una serpiente marina adulta era algo aterrador de contemplar. Había estado allí cuando su padre mató a una de estas crueles bestias, y había visto con horror y fascinación cómo los dientes de la criatura se cerraban como un trueno. Pero, aun así, era un hecho perturbador que las *tlanchanas* los mataran cuando eran solo bebés; era un hecho que no hacía más que aumentar su odio hacia estos monstruos.

En ese mismo instante, se preguntó si la idea que siempre había tenido de las *tlanchanas* era errónea. Antes de llegar a la Isla de las Pecadoras, detestaba a las Majestuosas con todo su ser, pero, de alguna manera, se había enamorado de una casi al instante.

Sacudió la cabeza porque se recordó que no se había enamorado de la chica. Además, apenas la conocía. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella y ya no podía imaginar una vida en la que ella no estuviera. Todo en su interior sufría por la pequeña bruja.

Mariano se frotó el pecho, y volvió a recordar la consternación en la cara de ella al contemplar sus tatuajes. ¿Qué la había asustado?

Cuando iba a marcharse, algo llamó su atención: otras huellas en la arena. Demasiado grandes para ser las de ella y demasiado pequeñas para ser las de él. Procedían de la parte baja del palacio.

La curiosidad se apoderó de él, se arrodilló y entrecerró los ojos para ver mejor las huellas. La luna ya no estaba sobre él, pero nunca había necesitado mucha luz para ver en la oscuridad. Su padre a menudo le hacía llevar un único parche sobre su mejor ojo para afinar su visión nocturna.

Allí, en la arena, había una hendidura de una línea; Mariano apartó la tierra suelta hasta que sus dedos rozaron algo liso y frío. ¿Una puerta? Quizá era allí donde la doña guardaba sus tesoros y posesiones más preciadas.

O —sus cejas se fruncieron— la amiga de la Majestuosa. Juana, recordaba que la había llamado.

Apartó la arena a toda prisa hasta que el contorno rectangular quedó a la vista, pero no había pestillo, ni picaporte.

Se puso en pie y recorrió la estatua en busca de un botón o una palanca. ¿Quizá se necesitaba magia para entrar?

Sus ojos recorrieron el cabello de la *tlanchana*, sus hombros, las branquias de su cuello, pero no parecía haber nada fuera de lugar.

Sin embargo, la suavidad de la cabeza del bebé era peculiar. El resto estaba esculpido para parecer real y con textura, pero esta se había desgastado con el tiempo. Mariano empujó la cabeza del bebé, pero no ocurrió nada. La empujó una vez más y otra vez nada.

Para su sorpresa, la cosa empezó a girar en un lento círculo y el suelo tembló bajo Mariano, que se echó hacia atrás. Unas piedras rechinantes resonaron desde abajo mientras la cabeza de la criatura giraba en círculos como la de un niño demente.

La escotilla que había descubierto se abrió para revelar una escalera iluminada por una única antorcha encendida.

Mariano miró por encima del hombro. En verdad, debería ir a buscar a Santi pero… se asomó a las sombras y a los secretos que le aguardaban. ¿Qué pirata se resistía a la aventura?

Con una plegaria silenciosa a los dioses del mar, pisó la piedra arenosa y descendió hasta situarse bajo la estatua.

El aire era húmedo y fresco, y olía a moho. Mariano no podía explicar qué era ni de dónde venía, pero oía una especie de zumbido que le erizaba la piel. Pero continuó, dando cada paso con cautela.

Escuchó un grito salvaje que rebotó sobre la piedra y envolvió los sentidos de Mariano, no pudo evitar dar un salto.

—¿Hola? ¡Ayuda! —La persona chilló—. ¡Por favor!

Quienquiera que fuera, sonaba como si estuviera bajo tortura.

—¡Por favor! —gritaba—. ¡Déjenme salir de aquí!

—¿Juana? —susurró para sí. ¿Podría ser en verdad ella?

Se precipitó hacia delante, y agarró la antorcha mientras corría, sus pies se aceleraron hasta que el pasadizo se bifurcó. Se detuvo y esperó. Quería llamarla, pero no estaba seguro de que estuvieran solos, todo esto podría ser una trampa o una emboscada.

—¡Que alguien me ayude!

Mariano corrió y corrió, con las piernas encendidas. No sabía adónde iba, o cómo descifrar si sus instintos lo llevaban más cerca o más lejos ya que todo parecía idéntico, incluso las sombras que bailaban en las paredes tenían la misma forma.

Aminoró la marcha cuando los escalones de piedra iluminados por la luz de las estrellas se hicieron visibles, lo que significaba que, de

algún modo, había dado una vuelta en círculo; apoyó una mano en la pared y jadeó.

—Rosalinda —gritó la chica—, si puedes oírme, ¡huye de inmediato!

Escalofríos recorrieron la piel de Mariano. ¿Rosalinda? ¿Ese era el nombre de la ladrona?

Rosalinda en verdad le sentaba bien, porque era tan bonita como una rosa, y sus sombras eran afiladas espinas listas para cortar en cualquier momento.

Se llevó la mano al pecho. La serpiente marina envuelta alrededor de la rosa roja como la sangre.

Rosalinda… rosa preciosa. Y él… la serpiente marina… enroscado alrededor de ella. Era una coincidencia demasiado grande.

A ella también le debió de impresionar este hecho. Vio a la bestia escamosa enredada en su carne y lo interpretó como una advertencia de que le arrancaría la vida.

La antorcha parpadeó y luego se apagó, la oscuridad lo envolvió como una manta espesa. Todo quedó quieto y en silencio hasta que los terribles gritos de la joven rebotaron en las paredes, pero solo eran sus lamentos; no había nadie más.

—¿Juana? —gritó por fin, con un temblor en su voz mayor de lo que prefería.

La chica guardó silencio.

Se aclaró la garganta.

—¿Te llamas Juana? —gritó y se preparó para enfrentarse a los guardias, la ama o cualquier bestia que habitara bajo el palacio.

—Sí —respondió la chica y él se sintió aliviado—. ¿Quién demonios eres? —gritó.

Ahogó una carcajada. Sí, esta Juana era sin duda amiga de su Majestuosa… de Rosalinda. Ambas tenían lenguas perversas.

—Me llamo Mariano, y vengo a ayudarte a escapar.

La oyó resoplar.

—Haces un gran trabajo.

Qué pequeña malagradecida…

—¿Rosa está a salvo? —le preguntó, y omitió su irritación.

—Sí. ¿Qué hay de ti?

—Lo estoy, si consideras seguro estar atrapada en una tumba desolada.

—¿Dónde estás?

Usó sus manos para guiarse, continuó hacia delante, y utilizó su voz como referencia.

—No lo sé. Está muy oscuro y todas las malditas cosas se ven iguales.

Su voz sonó de repente como si viniera de detrás de él. Giró, pero no vio nada. ¿Cómo podía ser? Avanzó.

—No me encontrarás, no a menos que tengas el mapa de doña Lucía. Cada guardia que ha venido a darme alimentos lo llevaba consigo.

Se detuvo. La voz de Juana parecía venir de justo delante de él y casi creía que, si extendía la mano, ella estaría allí.

—¿Qué es esta magia?

—Un espejismo.

Se pasó las manos por la cabeza. Maldito sea este lugar y su ama.

—Escúchame, Mariano —dijo—. Saca a Rosa de esta isla y llévala lejos de aquí.

—Eso pretendo, por eso estoy en estos túneles en busca de ella.

—No lo entiendes. Soy una vidente, y he tenido una visión sobre la destrucción de Rosa. La serpiente del mar viene por ella y será su perdición: llévatela ahora.

Un nudo de espanto le obstruyó la garganta. Tragó saliva.

—¿Qué serpiente? —preguntó.

—¿Acaso importa? —El chasquido en su tono era claro.

Pero importaba, tenía que saberlo todo sobre lo que Juana había visto y por qué él, entre todas las personas, traería la destrucción a la chica que más deseaba en el mundo.



# CAPÍTULO 23

## Rosalinda

-Aquí estás, preciosa. —Lord Morales se deslizó al lado de Rosa—. Te he buscado por todas partes.

Forzó una sonrisa, apenas llevaba unos instantes en la fiesta y los buitres ya la acechaban.

—Dime, ¿puedes usar tus sombras para forzar la mente de un hombre a la locura?

—¿Quiere verlo? —Sus ojos se clavaron en él, desafiándolo a probarla; no estaba de humor y su mente y su corazón le jugaban malas pasadas. El pirata era la persona de la que Juana le rogaba que se alejara, y, sin embargo, era la canción de su corazón. El rey había hablado como un imbécil y ahora su vida estaba en juego.

Lord Morales se rio entre dientes.

—Has estado en mis pensamientos tan a menudo que temo estar volviéndome loco. ¿Significa eso que me estás hechizando?

—Si hiciera tal cosa, nunca lo sabría.

Deslizó un nudillo por su brazo y el cuerpo de ella se tensó.

—Eres traviesa, cariño. Me traerá gran alegría atarme a ti.

Los ojos de Rosa se fijaron en su mano, en su dedo deslizándose sobre su piel. Tenía las uñas bien cuidadas, brillantes y no tenía ni

un solo callo. Estaba claro que no había experimentado un día de trabajo duro en su vida.

Solo había observado cómo sus obreros se afanaban hasta la muerte. Lo odiaba, y odiaba a la gente de alta alcurnia como él. Si no fuera por ellos, ella no estaría allí.

«Desátanos», canturreaban sus sombras. Cien susurros llenaban su cabeza. «Les daremos una lección a estos tontos malcriados».

Sus sombras podrían matarlos a todos y les harían pagar por sus transgresiones contra las Majestuosas. Tal vez ella debería dejarlas, tal vez eso era lo que los ricos merecían.

Se estremeció, e intentó disipar la maldad que llenaba su mente. Los invitados de doña Lucía podían ser despreciables y arrogantes, pero no dejaban de ser seres humanos con hijos en su casa, por el amor de Xiomara.

Por otra parte, era una niña cuando mataron a su familia y la habían hecho sufrir. La atención de Rosa volvió a centrarse en lord Morales, que había hablado todo el tiempo.

—¿Perdón? —dijo.

—Estaba expresando mi agradecimiento por el alojamiento de su ama. Primero el baile, y ahora esto. —Señaló a su alrededor, y la música disminuyó a un ritmo sensual. Algunos descansaban sobre cojines, otros bailaban, otros ya se habían marchado mientras tropezaban y arrastraban las palabras por haber bebido demasiado.

—Sin duda disfruta de sus fiestas. —Rosa trató de mantener la amargura en su tono.

Sus ojos se desviaron hacia el joven rey, que asentía con apatía mientras el cardenal Rivera le hablaba. Aquel con quien había hablado en el patio era muy diferente del hombre que ahora lucía

encorvado en el trono. ¿Era de verdad un simpatizante? ¿O era ese hombre indiferente y frío?

Se puso en pie, con el rostro como una máscara de aburrimiento, salvo por la curva hacia abajo de sus labios. El cardenal Rivera se inclinó, con las mejillas enrojecidas, cuando el rey Sebastián dio por terminada su conversación. Tenía que advertirle de lo que había dicho la ama. Grosero o no, no dejaría morir a un inocente.

—Disculpe, lord Morales, pero debo usar el tocador.

Lord Morales se quedó con la boca abierta.

—Pero estaba a punto de explicarle lo que hacemos con los sirvientes rebeldes, es bastante intrigante, debo decir.

Rosa se clavó las uñas en las palmas de las manos, en verdad los humanos podían ser monstruos.

—Buenas noches, lord.

Se deslizó por la habitación y encontró al rey Sebastián dirigiéndose hacia el ala oeste, donde estaban sus aposentos. Miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie la observaba.

—Esperad —jadeó—. Por favor.

Giró ligeramente la cabeza para que ella pudiera ver su perfil: su nariz majestuosa, sus pómulos altos.

—¿Queríais decir todo lo que dijisteis, alteza? ¿Odiáis la Isla de las Pecadoras? ¿Y la Ofrenda?

—¿Me espías para tu ama?

Ella negó con la cabeza con vehemencia.

—Nunca. —Se tragó el miedo que le había provocado su confesión —. Necesito saber qué sucede dentro de vuestro corazón porque… porque no deseo veros muerto.

El cuerpo entero del rey se paralizó.

—Entonces, supongo que tu ama habla en serio sobre su objetivo de destronarme.

Si Rosa decía la verdad, no había vuelta atrás. ¿Podría confiar en un hombre que no conocía? Nada menos que un rey. Su madre había sido una Majestuosa, comprendía lo que se había visto obligada a soportar. Eso tenía que valer para algo.

Se encogió de hombros.

—No hace falta que digas nada más. Ya lo sé.

—Sin embargo, no hacéis nada —susurró ella con rabia.

No había nadie, pero él tiró de ella hacia un rincón oscuro.

—Estoy aquí, ¿verdad? No seré intimidado y no viviré con miedo. Las cosas van a cambiar en *mi* reino.

—Nada cambiará si estáis muerto. Toda esta isla es leal a la Iglesia, y nadie se atrevería a cruzarse con la doña. Esa gente de ahí dentro… —Señaló detrás de ella, hacia la habitación llena de serpientes codiciosas, y añadió—: Nunca os dejarán en paz si planeáis prohibir la Ofrenda. Se han beneficiado demasiado como para dejar que eso ocurra jamás.

—Dime, ¿qué quieres que haga? Ya que eres tan sabia.

—No lo sé. Volved a casa y reunid a vuestras tropas. Encontrad a aquellos que os son leales a vos y a vuestra causa. Sed inteligente y estratégico en lugar de deprimiros como un animal herido.

—No estoy deprimido. Pienso y hago estrategias.

—Bueno, debéis hacerlo más rápido.

Soltó una carcajada.

—Suenas como mi madre, eres igual de insistente.

—Bien, porque hay grandeza en vuestro interior, rey Sebastián; odiaría verla apagada.

—Siento lo mismo por ti. —Se acercó un poco más—. Hace un momento me has preguntado qué hay dentro de mi corazón.

Se le aceleró el pulso. Si él proclamaba su afecto por ella, gritaría. De verdad, ahora no era el momento para esas cosas, no cuando su vida estaba en juego o cuando él podría en potencia salvar a todas las Majestuosas. Además, ella no lo quería; su corazón estaba con el pirata.

—Estás en mi corazón —dijo, pero rápido agregó—: como todas las Majestuosas y mi reino también. He visto cómo sufren los menos afortunados y veo el hambre en sus ojos mientras la corte de mi padre festeja y juega. Me preocupo por cada alma de mi reino más de lo que la Iglesia nunca hizo.

—Y seréis un rey increíble por ello, porque sois decente.

Sonrió.

—Cuando escriban sobre mí en los libros de historia, seré conocido como el rey decente.

Ella se rio.

—Dije que también seríais increíble.

Miró el pasillo vacío.

—Quiero enseñarte algo. —Le tomó la mano y le levantó la palma —. Esto te dolerá, pero solo será un momento. —Sacó una pequeña hoja de su bota y la pinchó.

Soltó un chillido y sus sombras sisearon.

—No me matéis —dijo él, como si hablara a sus sombras, y estas se calmaron en su interior. Sabían que el rey no quería hacerle daño, al igual que nunca atacaron a Juana, ni a su hermano, ni a su pirata. Sus sombras solo querían protegerla, como siempre decía su padre.

El rey Sebastián se llevó la mano a los labios y le besó la palma. Ella suspiró cuando la herida empezó a cicatrizar.

—Imposible. —Sus ojos se encontraron—. Alteza…. sois…

—Soy uno de vosotros. —Sonrió con timidez—. No me preguntes por qué, no lo sé. Pero ¿no lo ves? No nací para ser el rey brutal que mi padre quería. Estoy destinado a algo más y lo haré.

—¿Sois un sanador? —susurró. En toda su vida solo había oído hablar de uno o dos hombres que tuvieran algún don. Los habían matado y escondido antes de que el resto del mundo se enterara, porque se suponía que solo las mujeres nacían del pecado: solo las mujeres eran diabólicas.

—Sí.

El miedo la golpeó de forma tan violenta que se agarró a él.

—Debéis huir, alteza. Alejaos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Sus ojos se clavaron en la mano de ella que agarraba su camisa. Levantó una ceja.

—¿Es preocupación lo que siento en ti? ¿Podrías preocuparte por mí?

Ella lo soltó y dio un paso atrás.

—No os encuentro tan miserable como pensé al principio.

Sonrió, luego la tristeza bajó a sus facciones.

—Me temo que tienes razón. No hay ni una sola persona aquí que fuera a luchar a mi lado, salvo la tripulación de mi nave y algunos de tus… —Sonrió—. De los *nuestros*. Puedo verlo en los ojos de los invitados, a ellos les encanta el poder que les da tener una Majestuosa y el prestigio que les otorga. ¿Y la Iglesia? Todo se trata

sobre tener el control y no sobre el alma de una persona. —Exhaló —. Volveré a mi castillo.

El alivio inundó su cuerpo, ya que, si no podía salvar a su familia, al menos podría salvarlo a él.

—Ven conmigo. No como mi Majestuosa o atada a mí, sino como mi amiga y como un puente entre los dos mundos.

—¿Qué hay de las otras Majestuosas? No puedo dejarlas. —«O a Juana, o al pirata», pensó.

—Es demasiado arriesgado. Necesito regresar a mi palacio y reunir a quien pueda para estar listo para enfrentarme al cardenal Rivera cuando llegue el momento. Debo convencer a los que tienen intenciones puras dentro de la Iglesia de que estén a mi lado y detengan esta opresión y traición.

El don de Lola apareció en la mente de Rosa, ella podría ayudarlo a descifrar quién tenía buenas intenciones.

—Volveremos por las otras Majestuosas más tarde una vez que las cosas sean más seguras.

Pero ¿serían las cosas seguras alguna vez? No si lord Morales fuera rey. Al menos el rey Sebastián quería un cambio y era como ella. Pero irse con él y olvidarse del resto le parecía que estaba mal, sobre todo si no encontraba a Juana. ¿Y el pirata? ¿Quién podría convencerlo de que se uniera a ellos? No sería tan difícil para el rey acabar con la recompensa por su cabeza, y el rey Sebastián podría necesitar un guardaespaldas. Su pirata era sin duda grande como para proteger al rey.

—Por favor, dadme un día más, alteza. Un día más para encontrar a mi amiga. —Y tal vez podría traer a Isobel y al resto de las chicas que han alcanzado la mayoría de edad también, incluida Lola.

—Bien, mientras tanto, prepararé mi nave.

Se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía.

—Bien, os las daré de nuevo cuando estemos a bordo de vuestra nave. Por favor, tened cuidado.

Se dio la vuelta y echó a correr. Tenía que coger la gema y el mapa, y luego encontrar a su pirata. Mientras avanzaba por los pasillos hacia sus habitaciones, la puerta de la habitación de Lola se abrió y Rosa se detuvo de golpe. Lola se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—¿Debo siquiera preguntar qué haces?

—Estuve con el rey Sebastián.

Lola se asomó a la sombría sala.

—Tienes que tener cuidado.

—Sí, no paras de decírmelo.

—Porque no me escuchas, sé lo que la ama ha planeado. Ella desea eliminar al joven rey y entre ella, el comandante, ese lord Morales y el cardenal, pueden hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy inteligente, Rosalinda. Observo. Por eso yo…

—¿Por qué no viniste con Juana y conmigo? ¿Has elegido bando con tanta facilidad?

—Nada es fácil para nosotras, pero entiendo cómo funciona la codicia y sé que no se detendrán ante nada para asegurarse de que estás con ellos. Necesitan tus sombras para acabar con cualquier rebelión, por eso le dije a Juana que no fuera, porque sabía que habrían ido al fin del mundo a buscarte.

—¿Prefieres que viva una vida miserable antes que la oportunidad de escapar?

—Prefiero que esté conmigo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas —. Preferiría que estuviera aquí, en mis brazos, pero eso no es posible. Así que, sí, prefiero verla atada a algún noble rico, para que pueda seguir viva. —Bufó y se enjugó los ojos—. Por favor, piensa en Juana antes de actuar.

—Es lo único que hago.

—Entonces jura tu lealtad a lord Morales, y la ama la perdonará. Juana podría salir libre e ilesa ahora mismo si prometes atarte a él. ¿No lo ves? Tú puedes salvarla.

—Creía que habías dicho que querías a Juana —espetó Rosa—. Sin embargo, aquí estás, intentando convencerme de que me rinda. Ella no lo haría.

Lola suspiró y se tocó la marca de rabia que tenía grabada en la mejilla.

—Cuando has visto y pasado por los terrores que yo he vivido, aprendes a aceptar las cosas como son. Nuestra sangre vital alimenta Coronado, y así es como prospera el reino. Nunca nos darán nuestros cuerpos. ¿Lo entiendes, Rosa? El rey y tú intentáis librar una guerra que nunca ganaréis, y, cuando vuestro plan se vaya a la mierda, tú estarás bien. Nunca te pondrán un dedo encima, ¿pero Juana? Ella es prescindible para ellos.

—El rey quiere cambiar las cosas.

—Eres una soñadora. —Lola rio con amargura—. Miente. Todos mienten.

—No, no lo entiendes. Él es…

—Un muerto andante. Lord Morales ha comprado la lealtad de todos aquí.

Las sombras de Rosa resbalaron de sus manos y se envolvieron en sus puños cerrados. No se rendiría, no podía. Y la idea de atarse a lord Morales, de que la tocara y la utilizara, la hacía gritar.

—Me niego a inclinarme ante ese hombre, y Juana nunca querría que lo hiciera.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Lola.

—Entonces, tus manos quedarán manchadas con su sangre.

Rosa soltó un suspiro. Retrocedió, demasiado aturdida para decir otra palabra.

Pero estaba más decidida que nunca: encontraría a Juana y se libraría para siempre de la ama y del señor Morales.



# CAPÍTULO 24

## Mariano

Santiago se paseaba por la pequeña ensenada donde se habían instalado detrás del templo, todavía vestido con el traje de fiesta de la noche anterior. Tenía la cabeza baja y las manos juntas a la espalda.

—Oye —llamó Mariano.

Santi se detuvo y su rostro se desencajó por un momento antes de que una sonrisa radiante le retorciera el bigote hasta el cielo.

—¿Dónde demonios has estado?

El espejismo de los túneles era implacable, por un momento Juana sonaba tan cerca y al siguiente se perdía para él. Necesitaba ese mapa, pero ahora ni siquiera estaba seguro de qué debía hacer; en realidad, no estaba seguro de nada. Juana le había hablado de una visión que tuvo en la que una serpiente marina se deslizaba alrededor de una rosa roja como la sangre y la apretaba hasta que el tallo se rompía. Dijo que entonces había visto a Rosa, de pie en un acantilado y mientras gritaba de angustia y un barco se alejaba, dejándola abandonada. Juana vio fuego, muerte y a Rosa en el centro del caos. La serpiente marina era Mariano, eso estaba claro, pero ¿por qué abandonaría a Rosa? ¿Por qué destruir a una chica a la que quería salvar?

Santi se llevó las manos a las caderas como una niñera desdeñosa.

—Te busqué por todas partes. Creí que habías desaparecido.

—¿Me creerías si te dijera que he pasado estas últimas horas en búsqueda de una chica en una madriguera encantada bajo el palacio? —preguntó Mariano.

—Sería lo único que tendría sentido en esta isla abandonada por los dioses —dijo Santi—. Juro que vivimos en un cuento de hadas, y no de los que las madres susurran a sus hijos antes de dormir. La Isla de las Pecadoras es tan retorcida como las historias que mi padre solía contar. —Se rio—. Podía asustar hasta la corteza de un árbol, no es broma.

Era la primera vez que Mariano oía a Santi hablar de su familia, que, por lo que sabía, se suponía que no tenía. Siempre se había imaginado a Santi salir del vientre materno con bigote y chaleco de volados, diciéndole a la pobre mujer que lo había parido:

—Gracias, pero tengo que irme, llego tarde a una de mis partidas de engaños.

El sol empezaba a asomarse por el horizonte.

—Por todos los dioses —Mariano se pasó una mano por la cara—, he estado en esos túneles toda la noche.

Santi se burló.

—Los dioses no tienen nada que ver con la Isla de las Pecadoras, te lo puedo asegurar. —Mariano suspiró—. Las cosas se ponen cada vez más difíciles.

Santi se metió la mano en el corpiño y sacó algo envuelto en tela.

—Ten, he tomado esto de la mesa porque pensé que tendrías hambre.

—Gracias. —Mariano desenvolvió la envoltura para encontrar un cuadrado de pan dulce.

—También encontré un tesoro de las mejores armas que un canalla podría soñar. —Santi sonrió y su canino dorado destelló a la luz de la mañana—. ¿Te gustaría dar un paseo, señor príncipe?

—Supongo que necesitaremos algo más que nuestro ingenio si queremos abordar un barco.

Pero a Mariano ya no le quedaba energía. Las palabras de Juana le habían chupado la vida.

Aun así, necesitaba una embarcación y para ello tenía que adquirir al menos algún tipo de arma. Rodó los hombros hacia atrás y crujió el cuello.

—Muéstrame el camino.



—¿Has vuelto a beber agua salada? —preguntó Mariano a Santi desde su posición detrás de un arbusto. Santi los había llevado detrás del pueblecito, al campamento donde residían los guardias del comandante y los marineros de los invitados. Debía haber al menos cincuenta tiendas en pie. El campamento parecía tranquilo, los fuegos se habían apagado hacía rato, pero eso no lo hacía menos traicionero.

—¿Quieres armas o no? —espetó Santi.

Mariano miraba a su amigo por el rabillo del ojo. Santi tenía los hombros rígidos, y su rostro estaba duro y frío.

—¿Tienes miedo? —Mariano se burló—. Esto ha sido idea tuya, ¿sabes?

—No es eso. —Santi puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿qué te tiene tan inquieto?

Santi sacó una petaca del fondo de sus faldas y bebió un buen trago. Luego, se limpió la boca.

—No hablo mucho de mi pasado, pero…

—Nunca has hablado de eso —interrumpió Mariano.

—Bueno, los recuerdos duelen incluso después de todos estos años. Sé lo que estás pensando: «¿Cómo un hombre tan guapo, carismático y bien dotado ha podido soportar semejante desgracia?».

Mariano se atragantó con su propia saliva.

Ambos se agacharon cuando un hombre vestido con los colores rojo y negro de la armada coronadiana salió de una tienda para hacer sus necesidades.

—Una vez me encantó una Majestuosa —susurró Santi. Mariano se enderezó.

—No lo sabía.

—¿Y por qué ibas a saberlo? No lees mentes, ya que si lo hicieras no estaríamos en este aprieto en primer lugar.

—Cierto.

Se asomaron desde su escondite, el hombre había desaparecido.

—Me la arrebataron, como a todos mis seres queridos. Intenté llegar a la Isla de las Pecadoras durante años, pero nunca pude acercarme. Me bebí todo el dolor y empecé a jugar para intentar pagar a los barcos mercantes que viajaban a la isla. Me volví muy, muy bueno con las cartas mientras lo hacía.

—Te has vuelto bueno haciendo trampas, querrás decir.

Santi hizo un gesto con la muñeca.

—Ganar es ganar. —Suspiró—. Un día, estaba jugando y hacía trampas en una sucia posada cuando unos apestosos hombres vestidos de rojo y negro se acercaron a la barra. No te engaño, casi me caigo del susto cuando vi la marca en la nuca de uno de ellos. Iba vestido como un miembro de la armada, pero reconocí su tatuaje. ¿Cómo podía olvidar algo tan feo? Ese hombre había sido un cazador. —Su bigote se crispó—. Era uno de los monstruos que se la llevaron. Lo esperé fuera de la posada y le puse una daga en el cuello en cuanto salió. «¿Dónde está?» fue todo lo que pude decir. No estaba con ninguno de los traficantes de magia ni en los mercados oscuros. Había estado en todos esos lugares, aunque sabía que lo más probable era que ya estuviera navegando hacia la isla. Pero se rio y dijo que la recordaba. Luego, agregó que había muerto antes de llegar a bordo.

Mariano sintió una punzada de tristeza por su amigo. Había visto cómo su padre se derrumbaba tras la muerte de su madre, no era de extrañar que Santi fuera así.

—¿Y le creíste? —preguntó.

—Un hombre rara vez miente cuando le clavas un cuchillo en el pecho. —Sacudió la cabeza—. Es probable que estuviera aterrorizada y yo no pude hacer nada. Estar aquí, y ver lo que habría soportado, hace que el dolor vuelva a aflorar. —Una lágrima resbaló por su mejilla—. Le he fallado a todos los que se han preocupado por mí o han contado conmigo; te fallaré a ti también.

Mariano dio unas palmaditas en la espalda de su amigo, probablemente más fuertes de lo necesario, pero no sabía cómo

consolar a nadie, y menos a otro hombre.

—Te conozco desde hace tres años y aún no me has fallado —dijo —. Salvo aquella vez que saltamos por la ventana de la taberna en Paso Robles.

Santi soltó una pequeña carcajada.

—Esos toldos habrían aguantado nuestro peso si no fueras semejante patán.

—Lo siento —dijo Mariano. Porque, en verdad, ¿qué más le podía decir?

Santi apretó la mandíbula y resopló. Se limpió la nariz con la manga.

—Yo también. —Un gallo cantó a lo lejos.

—Deberíamos irnos antes de que se despierte el campamento —dijo Santi. Mariano asintió y se puso en marcha.

—Espera. —Santi se metió el frasco en el corpiño y se levantó la falda, y sacó un candelabro y una pequeña daga, luego, se los tendió—. Elige tu veneno.

—¿Cómo lo hiciste? —Mariano sacudió la cabeza—. No importa. — No quería saber de dónde las había sacado Santi ni cómo guardaba esas cosas.

Mariano tomó el candelabro y se sorprendió de su peso. Era lógico, ya que se parecía a Oso, el dios de la guerra, con su cuerpo de oso y su poderosa postura.

Juntos, salieron de la maleza y se deslizaron hasta la tienda más cercana. Estaba oscuro y el aire estaba cargado del olor que emiten los hombres al dormir con profundidad. A la izquierda de Mariano había cuatro catres y tres a su derecha, y en la mayoría había cuerpos dormidos.

Se pusieron a trabajar de inmediato. De puntillas a los lados de cada catre, tomaron las armas que encontraban y las metieron en sus ropas. Mariano contuvo una sonrisa cuando vio la empuñadura de madera de cerezo de una pistola dentro de las botas de uno de los guardias. Mientras sus dedos envolvían la pistola, el guardia de al lado susurró algo.

Mariano se quedó inmóvil. Santi también. Sus miradas se cruzaron y luego se dirigieron al hombre dormido. Pasó un segundo antes de que el guardia se girara hacia su otro lado, mientras murmuraba algo sobre cachorros y se acomodaba más en su catre.

En silencio, Mariano sacó la pistola, y encontró también una bolsa de pólvora, que metió en el bolsillo. Santi levantó un sable reluciente, con una sonrisa en sus labios que brillaba a través de las sombras.

Un rayo de luz se abrió paso a través del espacio poco iluminado cuando se retiró la solapa de la tienda. Mariano se escondió detrás de un catre, pero Santi quedó al descubierto. Mariano movió el pulgar hacia un lado, en un intento de ordenar a Santi que se escondiera, pero no llegó a tiempo. Un guardia entró, hipando y frotándose los ojos. Santi arrancó una sábana mugrienta de un catre vacío, muy probable que el del guardia que acababa de entrar, y se la tiró por encima de la cabeza.

Se puso de pie de repente. Se pasó una mano por el pecho y jadeó, e hizo un gesto con el que simuló estar asustado.

El guardia retrocedió dando tumbos y parpadeó como si viera un fantasma.

—¿Señora? ¿Se ha perdido? —preguntó.

El hombre que estaba más cerca de Mariano empezó a agitarse. Mariano agarró el candelabro.

—Yo… —La voz de Santi se volvió suave y dulce—. Me temo que debo haber bebido demasiadas copas de oporto, creía que esta era mi habitación.

—¿Esta tienda? —preguntó el guardia, con voz cada vez más sobria—. ¿Quiere que la acompañe de vuelta a palacio?

—¡No! —dijo Santi un poco demasiado rápido—. Quiero decir… —Se aclaró la garganta, y atenuó un poco la base de su tono—. Creo que podré llegar por mi cuenta.

Las botas del guardia se acercaban a Mariano. Si daba dos pasos más, lo vería con claridad. Se le aceleró el pulso, pero Santi se adelantó y agarró al guardia por el codo, y lo hizo girar hacia la salida.

—Pensándolo mejor, ¿podría indicarme el camino que lleva al palacio?

—Por supuesto, señora.

Santi pateó el tacón de su bota detrás de él. Era la señal para Mariano, que se levantó de su sitio y se deslizó por debajo de la pared de la tienda. De pronto, una mano le agarró el tobillo.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una voz ronca. Era uno de los guardias que parecía dormido.

Mariano giró y descargó todo el peso de la imagen de Oso sobre el cráneo del hombre. Los ojos del guardia se abrieron de par en par y luego se entornaron, antes de desplomarse en el catre.

—Que duermas bien —susurró Mariano antes de arrastrarse bajo la tienda hacia la libertad. Se oyeron voces delante, se puso en pie de un salto y corrió, zambulléndose en la maleza cercana. Jadeando,

se asomó por encima de la vegetación. Vio a Santi; era la única persona vestida de rosa y rodeada por una docena de guardias vestidos de rojo y negro.

—Mierda —gruñó Mariano. Tendrían que abrirse paso a través de un batallón para salir vivos de esta. Sacó la pistola y tomó la bolsa de pólvora. Pero se detuvo de repente cuando oyó a Santi soltar una risa tímida.

—Son demasiado dulces, caballeros —dijo—. Ahora conozco el camino, gracias.

Se adentró en el bosque, mientras movía las caderas y saludaba con la mano.

—No olvidaré su amabilidad. Por favor, mantengan esta pequeña indiscreción entre nosotros.

Mariano se arrastró a su lado, ocultándose tras los troncos de los árboles hasta que se perdieron de vista. Santi se quitó de un tirón la sábana sucia y la arrojó detrás de él. Se estremeció de forma exagerada.

—Nunca volveré a dar por sentada la ropa de cama limpia. —Se alisó el bigote y la barbilla—. Creo que me estoy volviendo demasiado viejo para esta vida.

—Sí, veintiuno es casi senil —bromeó Mariano.

—Pero me siento como si hubiera vivido mil miserables vidas diferentes, y lo único constante es mi buen aspecto y mi amor por el ron.

Alguien gritó detrás de ellos y los amigos corrieron a modo de escape. Cuando llegaron a su pequeña guarida, Mariano y Santi se desplomaron en la arena. Sacaron el arsenal que habían robado, candelabro incluido.

Santi se echó hacia atrás, y cerró los ojos hacia el sol.

—Si tenemos en cuenta todo lo sucedido, obtuvimos una buena recompensa.

—En efecto. —Mariano frunció el ceño mirando al mar, no podía olvidar lo que Juana le había dicho: que buscara a Rosa y huyera. Pero eso era porque ella no sabía que él era aquello de lo que quería salvar a Rosa.

Santi lo miró a través de un solo ojo.

—¿Por qué pareces más amargado que de costumbre?

—Es algo que dijo la chica de los túneles. Ojalá pudiera volver allí y encontrarla de verdad. —Así podría obtener las respuestas que necesitaba.

—¿Olvidaste que soy famoso por mis habilidades de rastreo?

—No me dejarías hacerlo. Pero, de verdad, creo que necesito tu ayuda. En realidad, podrías ser muy útil.

—Me vas a hacer sonrojar con tantos elogios.

Mariano se dispuso a levantarse.

—Vamos, tenemos trabajo que hacer.

—¿Así es como llamamos a esto?

Mariano no consideraba un trabajo salvar a Rosalinda y era lo único que le importaba ahora mismo. Pero no estaba dispuesto a admitirlo; todavía no o tal vez nunca.

—Deberíamos irnos.

Una amplia sonrisa cubrió el rostro de Santi.

—Ya me lo imaginaba.

—¿De qué hablas?

—Estás enamorado. —Santi echó la cabeza hacia atrás y ululó—. Te conozco desde hace años y ni una sola vez he visto esa mirada

infantil en tus ojos. Empezaba a preocuparme que no tuvieras emociones, a menos que la melancolía se considere una emoción.

Eso le dolió.

Santi extendió los brazos.

—Aquí estamos, atrapados en una isla, rodeados de nuestros enemigos, y tú te has convertido en un adolescente. ¿Quién iba a pensar que haría falta una verdadera ladrona para robarte el corazón? —Hizo una pausa—. Pero, ahora que lo pienso bien, tiene mucho sentido.

Mariano puso sus manos en las caderas.

—Eres más payaso de lo que pareces si crees eso.

—Así que me insultas, ¿verdad? Me has dado la razón: te has convertido en un niño enamorado. —Santi sonrió—. Un tonto, me atrevería a decir, con su primer enamoramiento.

—Debería aplastarte la cara con mi puño.

Santi se limitó a sonreír, y tras un momento, dijo:

—Bien, señor príncipe, encontraremos a la chica escondida, buscaremos a su amada Majestuosa y su gema, y nos iremos.

La luz del sol floreció sobre ellos y los rayos se reflejaron en la petaca creando fragmentos de luz hacia sus ojos. Santi entrecerró los suyos.

—Sé que he dicho que me siento viejo, y es cierto, pero a veces me pregunto si es porque me paso el día escondido detrás de esto. —Levantó la petaca—. Supongo que ya es hora de que madure y de dejar de huir del dolor y enfrentarme a las cosas que más me asustan. No pude ayudar a la persona que amaba antes, pero puedo ayudar a la que amas ahora. —Levantó la petaca y la arrojó al mar.

Ante la sorpresa, el orgullo llenó todas las cavidades del pecho de Mariano. Esta era la prueba de su amistad.

—Vamos —dijo Mariano, mientras ayudaba a Santi a ponerse de pie—, tengo que volver a los túneles.



# CAPÍTULO 25

## Rosalinda

### Día 6 de la Ofrenda: Alabados sean los dioses del agua y del vino

El cuerpo de Rosa se balanceó al sacudirse la silla de sedán en la que la transportaban. La llevaban a los baños: cascadas y estanques burbujeantes que desembocaban en el mar. Esta noche se rendiría culto a los dioses de la bebida, el océano, los lagos y los cursos del agua. Lanzaría embrujos a las cataratas y todos dirían: «ooh» y «ahh», mientras las hermanas Majestuosas de Rosa transformaban las aguas calientes y frías y de un verde resplandeciente.

En el cabello llevaba perlas y ópalos luminiscentes que se encendían al azar y sobre la cabeza llevaba una corona de coral. Su vestido era de seda azul casi transparente; se llevó la mano al corpiño, donde había escondido la cadena del pirata y el mapa que casi había recuperado.

Lola había acompañado a Rosa desde su habitación y el silencio entre ellas era enloquecedor, pero al menos Rosa podía concentrarse en encontrar el mapa. Soltó una sola sombra, que llegó hasta el

jarrón, encontró el pergamino que ella tan desesperadamente buscaba y regresó. El mapa se deslizó por las faldas de Rosa un instante antes de que los ojos de Lola se fijaran en la dirección de la que acababa de salir la sombra. Podría haber sido bastante emocionante si la vida de Juana no hubiera estado en juego.

A Rosa le temblaron las rodillas. El tiempo corría y, si no encontraban a Juana esa noche, perdería la oportunidad de irse con el rey. Se llevó los dedos fríos a los ojos. Más valía que la gema mágica y el mapa fueran suficientes.

La silla se detuvo y la portezuela se abrió. Ella se asomó, vio a las demás Majestuosas bajar e hizo lo mismo. El ruido de las cascadas llenó sus oídos junto al aroma a tierra mojada, sal y vino que le llegó a la nariz. La luz de las velas, teñidas de verde azulado, brillaba en las plateadas filigranas que colgaban de los árboles. Parecía que estaban en una laguna secreta.

Los invitados acudieron vestidos de dioses oceánicos; lucían coronas de concha y ostentaban sables de hueso de ballena. Algunos se vestían de peces, con el cuerpo pintado de escamas iridiscentes, mientras que otros llevaban trajes que imitaban a *tlanchanas*, espíritus del agua y otras criaturas del mar.

Los odiaba, y odiaba su ligero parloteo, su asqueroso perfume, la forma en que bailaban, reían y bebían sin preocuparse por nada mientras tantos sufrían.

Una caja de cristal llena de líquido púrpura estaba sobre una plataforma ante la mayor de las cataratas. Era alta como Rosa y ancha como los brazos extendidos de un hombre más grande. Demasiado pequeña para la criatura con aletas que se agitaba en su interior. Rosa se abrió paso entre la inquisitiva multitud.

El cabello oscuro de la *tlanchana* giraba a su alrededor mientras nadaba en círculos y sus manos golpearon el cristal, lo que hizo que los invitados más cercanos retrocedieran asustados y desconcertados.

A Rosa le dolía la *tlanchana*. Sabía lo que era estar atrapada y ser tratada como una criatura en exhibición. Rosa inclinó la cabeza. «Siento lo que te ha hecho el ama».

Cuando Rosa levantó la mirada, se encontró con dos ojos brillantes. La *tlanchana* ladeó la cabeza y las branquias de su cuello se abrieron de par en par, como si aspirara su aroma.

La piedra escondida en el interior del corpiño de Rosa se calentó; ella se llevó la mano al pecho y recordó que el príncipe pirata dijo que la gema había sido un regalo de una reina *tlanchana*. Había muchas manadas escondidas en profundos lagos y ríos por todo el reino, y cada una tenía sus propias reinas y jerarquías, pero algunas eran más grandes que otras, y sus reinas más poderosas. Por ejemplo, para poder crear una piedra que condujera a alguien al deseo de su corazón, se necesitaba de una magia increíble.

Rosa miró a la *tlanchana*, a la que mantenían en la laguna porque era feroz tanto por su mordedura como por sus habilidades.

—¿Esta piedra te pertenece? —susurró.

Alguien se arrastró junto a Rosa, pero ella no necesitó moverse para ver quién era. La penetrante colonia de lord Morales la seguía a todas partes. Vestía la túnica blanca de los dioses del agua con perlas negras en las muñecas y el cuello. Estaba en excelente forma y ella imaginaba que muchos lo encontraban deseable, pero su alma era la de una anguila. Su esposa lo cogía del brazo, con su cabello

dorado que ondeaba sobre su espalda y las ropas en un suave rosa claro.

—La bestia es extraordinaria, ¿verdad? —dijo.

Los labios negros de la *tlanchana* se retrajeron, y mostraron hileras de dientes afilados. Rosa sintió deseos de hacer lo mismo.

Lord Morales apartó el cabello de Rosa de su hombro.

—¿Me has oído, querida?

La *tlanchana* se estrelló contra el cristal y abrió la boca para gritar, pero no salió ningún sonido. Cuando nadó para salir a la superficie, se encontró con un muro invisible.

Lord Morales soltó una risita y levantó su copa de vino burbujeante.

—Mirad todos, el pez me adora.

Los invitados estallaron en carcajadas. Rosa miró a la miserable multitud y se clavó las uñas en las palmas de las manos para calmar a sus sombras.

—Vamos, lady Morales —le dijo a su mujer y se zafó de su brazo —. Ve y búscanos un asiento cerca de doña Lucía. Ahora, quiero hablar con nuestra nueva amiga.

—Pero… —Parecía aturdida, dolida de que su marido la apartara con tanta facilidad.

—No me contestes, mujer.

El rostro de lady Morales enrojeció y su barbilla tembló. Inevitablemente, oscuras suposiciones entraron en la mente de Rosa.

El cadáver de lord Morales en un asador y su grasa deshaciéndose en la pira mientras su cuerpo giraba como un cerdo.

Ella le pondría una manzana en la boca, solo por diversión. Tal vez eso le enseñaría a tratar a las mujeres con más respeto.

Se sacudió esos pensamientos de la cabeza, ya que no dejaría que su odio por aquel hombre arrastrara su alma a las profundidades de la oscuridad.

Mientras lady Morales se alejaba con los hombros bajos, lord Morales le hizo señas a Rosa para que se sentaran en un banco alejado de la multitud. Ella accedió a regañadientes.

El dorso de su mano se deslizó por su brazo desnudo y la piel se le puso de gallina. Los ojos del lord Morales se volvieron hambrientos. Era un hombre acostumbrado a que las mujeres lo desearan por su aspecto, su dinero y su posición. Pero estaba claro que había interpretado sus escalofríos como una buena señal, cuando, en realidad, ella expresaba su disgusto.

—Me he enterado de tu afecto hacia mí —dijo.

Los ojos de Rosa se abrieron de par en par.

—¿Perdón?

—Doña Lucía me lo ha explicado todo. Pobrecita, has estado indecisa estos últimos días. Me amas y también amas al rey Sebastián. Comprendo que las mujeres son criaturas volubles, pero permíteme convencerte.

Se acercó un poco más y Rosa contuvo la respiración ante la embestida de su colonia. ¿Se había bañado en ella antes de salir de su habitación?

—Gobernaré el reino de Coronado y tú estarás a mi lado.

Ella lo miró con odio. «Prefiero morir».

—Pero no confundas mi cariño por ti con debilidad. —Le agarró el muslo y sus dedos se clavaron en su piel—. Si es necesario,

aplastaré a cualquiera que se atreva a interponerse en mi camino, incluida tú.

Sus sombras giraban como animales enloquecidos y gritaban dentro de su cráneo.

—¿He sido claro? —Inclinó la cabeza y le besó el cuello.

Todo su cuerpo se estremeció y las sombras suplicaban que les dejara exprimirle la vida. Rosa luchó por mantener el control, pero su determinación se quebró. El poder que la recorría se volvía demasiado fuerte y su rabia avivó las brasas, prendiéndoles fuego.

—Queridos Dioses. —Lord Morales se levantó de forma brusca, mientras el cinturón de su traje repiqueteaba contra la piedra—. Tus ojos se han vuelto por completo de obsidiana.

Rosa se estremeció mientras una guerra se libraba en su interior: no mataría a un hombre por ser un imbécil maleducado. Desde luego, le gustaría abofetearlo; pero no le quitaría la vida.

Sus sombras no la obedecían y se filtraron de sus palmas soplando a su alrededor como fantasmales ráfagas de viento, mientras deshacían su trenza y agitaban su cabello en torno a su rostro.

—Eres magnífica. —Lord Morales aplaudió, luego inclinó la cabeza hacia atrás y se rio—. Gloriosa.

Una mano se deslizó sobre el hombro de Rosa. El tacto era familiar y reconfortante. Los ojos tranquilos del rey Sebastián aparecieron.

—Respire, señorita.

Sacudió la cabeza.

—No puedo retenerlas.

Le tomó la cara con las manos.

—Piensa en algo que te haga sentir completa.

—No puedo. —Necesitó todas sus fuerzas para mantener intactos los hilos que sujetaban las sombras.

—Respira y busca dentro de ti lo que te da fuerza.

Cerró los ojos con fuerza y sus sombras le gruñeron, pero ella vadeó la tormenta, al moverse entre ellas hasta que se encontró a sí misma: era una imagen especular erguida en medio del caos.

«Eres suficiente», escuchó. «Eres fuerte».

Lo era, y había soportado toda una vida de dolor y miedo conviviendo durante dieciocho años con esas sombras. Había cometido muchos errores en el camino, pero también había hecho cosas buenas y podía someterlas a su voluntad. Era lo suficientemente fuerte.

Las sombras amargas se apagaron. Parpadeó un par de veces cuando el rostro amable del rey llenó su visión, junto a su piel morena resplandeciente con la luz azul de las velas. Levantó la mano y le agarró la muñeca.

—¿Cómo sabíais que funcionaría? —dijo y luego pareció recordar la presencia de lord Morales—. Disculpadnos, señor —dijo.

Ayudó a Rosa a ponerse en pie, sujetándola mientras sus débiles rodillas se enderezaban. A lord Morales se le borró la sonrisa.

—Pero…

El rey Sebastián hizo caso omiso de lord Morales, guio a Rosa hacia la fiesta y dejó al perverso hombre detrás de ellos.

Había estado a punto de perder el control, y cada pizca de energía se agotó en su cuerpo, lo que la hizo buscar apoyo en el rey. La seda de su túnica rozaba su piel y su actitud relajada la reconfortaba.

—¿Cómo sabíais que funcionaría? —volvió a preguntarle.

—Mi madre solía sufrir estos ataques repentinos y se quedaba atrapada en sus propios ataques de nervios. Pero aprendió que, si podía concentrarse en una cosa, una pequeña cosa que la hiciera sentir en paz o sin miedo, podía encontrar el camino de vuelta. Con el tiempo, aprendí a ver las señales a tiempo. No podía hacer mucho, pero el simple hecho de estar a su lado la ayudaba.

—Sois un sanador, alteza. —Ella le apretó el brazo—. Gracias.

—Anhelo el día en que no tenga que seguir salvándote de ese traidor.

Los ojos de Rosa se dirigieron a los invitados que les rodeaban.

—Cuidad vuestras palabras, alteza.

Pasaron por debajo de un par de rocas gigantes que formaban un arco. Los sauces llorones habían crecido entre las grietas y sus ramas flotaban en el aire con pequeñas bombillas de luz dorada que colgaban de sus ramas. Los invitados se sentaban y cenaban en mesas redondas que parecían flotar sobre estanques de agua turquesa. No lo estaban, por supuesto; una de las Majestuosas mayores, Carolina, era capaz de endurecer el líquido.

Los ojos de Rosa recorrieron a los invitados, pero no había ningún pirata a la vista. Tenía que devolverle la piedra mágica. Dijo que la gema lo trajo aquí para ayudarla. Y con el mapa, estaba segura de que podría encontrar a Juana; pero el tiempo se agotaba.

Una Majestuosa vestida como la *tlanchana* de la caja tocaba un arpa y cantaba acerca dos amantes que cruzaron el mar a la caza de un tesoro que podría hacerlos vivir por siempre.

Doña Lucía estaba sentada en la mayor de las mesas y acaparaba la atención de los nobles y del cardenal Rivera. Lord Morales se acercó a su lado y se inclinó hacia ella, susurrándole algo al oído.

Rosa tragó saliva y se volvió hacia el rey. Él le tendió una silla y, mientras ella se sentaba, él se instaló en su trono. Ante ellos se extendía una preciosa variedad de mangos, piñas y bayas. Si tuviera algo de apetito, devoraría cada trozo, pero no podía ni siquiera pensar en la idea de comer. Le temblaban los nervios porque casi había perdido el control y dejado vencer por la oscuridad que llevaba dentro.

El suave trino del arpa se apagó y Lola apareció. Su vestido transparente se le pegaba al cuerpo y lo único que cubría su cálida piel morena era el collar de nenúfares que colgaba de su cuello. La atmósfera de la fiesta se llenó de deseo.

Levantó los brazos.

—Esta noche, damos gracias a los dioses Thiago y Bassa. Su generosidad ha colmado nuestras naves con abundantes recompensas y su gracia ha guiado nuestras naves hacia la victoria. Su amor ha llenado nuestras tierras resecas, y por ellos, bebemos. Gracias a ellos, el reino de Coronado prospera.

Aparecieron las criadas, que llenaron una y otra vez las copas colocadas ante los invitados. Los ojos de Rosa se abrieron de par en par y agarró la muñeca del rey antes de que este bebiera.

—Tened cuidado, alteza —susurró—. Este vino desinhibe, así que lo que más deseáis saldrá a la luz.

—No deseamos eso. —Soltó una carcajada incómoda y dejó el vaso—. ¿Por qué se sirve esta sustancia?

—Para que la ama consiga lo que necesita.

—Chantaje, querrás decir.

Rosa asintió.

—Guarda secretos como arma por si necesita incriminar a alguien. Y con el vino del deseo… Bueno, ahora veréis qué tipo de deseos esconde la gente.

—Entonces, esta debería ser una noche interesante.

Sausa y Sepea, gemelas idénticas con el poder de manipular el agua, se metieron en uno de los estanques más pequeños. Las mujeres eran unos años mayores que Rosa y aún no habían sido elegidas por los nobles, pero tenían la esperanza de que la Ofrenda de este año les trajera suerte porque unos cuantos capitanes jóvenes buscaban brujas del agua a las que atarse.

Las hermanas agacharon la cabeza bajo la superficie y un árbol hecho de agua comenzó a crecer de un tono zafiro brillante. Los estanques temblaban mientras el árbol crecía y crecía. Las ramas se extendieron tanto que algunos invitados tuvieron que agacharse bajo sus mesas, lo que provocó una erupción de risas y aplausos. Las copas se alzaron en honor de las Majestuosas y los invitados del ama se bebieron todo el vino dulce.

Más Majestuosas se unieron a las gemelas para mostrar su poder. Una bruja mayor llamada Delfina puso la mano sobre el árbol del agua. Las hojas se transformaron, convirtiéndose en burbujas iridiscentes, que se elevaron al cielo. Al estallar, gotas de agua brillante cayeron sobre las cabezas de los espectadores. La multitud festejaba y se regocijaba.

El rey se inclinó hacia ella.

—Partiré al amanecer. ¿Estás lista?

Ella lo miró, nerviosa.

—Aún no he encontrado a mi amiga. —Y ese maldito pirata no estaba a la vista.

—Lo siento, pero no puedo esperar más. Debo volver al castillo antes de que esos bastardos se apoderen de mí.

—No puedo dejarla atrás. La matarán.

Agarró la mano de Rosa.

—Prométeme que estarás en ese barco. No conozco a tu amiga, pero estoy seguro de que no querría que te convirtieras en la sirvienta de lord Morales.

Se mordió el labio. Por supuesto, Juana no querría eso, pero Rosa no se iría sin ella. Ella no había hecho todo esto, no había tramado y conspirado y rechazado las insinuaciones de lord Morales solo para darle la espalda al final.

—La encontraré. Estaremos allí.

—Bien. —Se levantó de repente—. Debo hablar con mi capitán, asegurarme de que está listo —dijo. Y se marchó.

Con un suspiro pesado, Rosa se encorvó en su asiento y se mordió el labio. ¿Dónde estaba ese maldito pirata?

Voces y risas chocaron contra sus oídos como olas mientras más burbujas estallaban sobre su cabeza.

La gente empezó a bailar y a cantar mientras el vino hacía efecto, y sus copas de oro se rellenaban de forma constante.

Solo una silueta permanecía inmóvil entre la multitud. Su cuerpo estaba oculto entre las sombras, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos se cruzaron y la necesidad de él la invadió.

Este hombre era su alma gemela, por quien su corazón siempre cantaría, y había llegado en el momento justo.

Rosa se levantó y se dirigió a una mesa resplandeciente de copas del espumoso líquido. Mientras jugueteaba con una copa, miró a los invitados, a doña Lucía, al lord Morales y al cardenal. Estaban

ocupados con el espectáculo que ofrecían más Majestuosas con dones acuáticos. Se paseó alrededor de la mesa y llegó a las palmeras.

El pirata se movió cuando la vio avanzar, alejándose lo suficiente como para que la música sonara apagada. Se escabulló detrás de un árbol de ceiba, un lugar perfecto para esconderse, ya que nadie los encontraría en los recovecos de las estiradas raíces. Aún llevaba la ropa de la fiesta de la noche anterior.

—Tengo buenas y malas noticias para ti —dijo. La esperanza nació y murió en un suspiro—. La he encontrado.

Rosa jadeó.

—¿En serio?

Él asintió y todas sus emociones la inundaron a la vez. Alivio, gratitud, esperanza. Lo rodeó con sus brazos e interrumpió lo que él iba a decir. Apretó su cuerpo contra el suyo, abrazándolo con todas sus fuerzas.

—Gracias —susurró ella invadiéndolo con su calor—. Gracias.

Sus manos se dirigieron a las caderas de ella y apretó con suavidad su carne antes de soltarla.

—Hay más.

Levantó la barbilla y encontró su boca muy cerca de la suya. Encontró aquella cicatriz que las yemas de sus dedos ansiaban trazar. El calor se extendió por ella cuando su pecho rozó el de Mariano y cuando su alma cantó al compás de la de él.

Se miraron fijamente y ella pudo oír el corazón de él retumbando como un semental salvaje, y el estruendo coincidía con el suyo. Él iba a ser su condena, su perdición, pero ahora mismo, solo por esta noche, ella quería que él fuera su salvación. Quería que Mariano la

tocara y fuera suyo. Solo por un momento antes de que sus mundos cambiaran para siempre.

Sus labios se entreabrieron.

—Yo…

Su boca se encontró con la de él antes de que pudiera pronunciar otra palabra.

La conmoción entre ellos fue inevitable, junto a un breve momento de pura incredulidad. Luego, el beso se hizo más profundo cuando sus labios encontraron su ritmo. Los de él eran carnosos y suaves. Y, cuando Mariano suspiró, el deseo despertó todos sus sentidos.

Sus lenguas se enredaron y respiraron el aire del otro, mientras unas manos callosas rodearon su espalda y la apretaron, tirando con fuerza de ella.

Quería probar algo más que sus labios y deslizar la lengua por cada bocado de su gloriosa piel imperfecta. Le acarició el cuello con besos ardientes, hasta el suave lóbulo de la oreja.

Sus manos bajaron hasta la parte baja de su espalda y luego le acariciaron las nalgas, provocándole un estremecimiento desesperado. Con un simple tirón de su cinturón, se desabrocharía su vestido, y estarían piel con piel.

Le pasó los labios por la clavícula y sus dedos le recorrieron la espalda, dejando marcas chispeantes a su paso. Ella se retorció de placer bajo sus caricias, y se sintió más viva que nunca.

Con poco esfuerzo, la levantó y la metió entre las raíces del árbol, fuera de la vista de cualquier transeúnte. No era una mujer delgada, pero en sus brazos era ligera como el aire.

Con cuidado, la tumbó en la hierba, bajo una raíz exterior. Su lengua la acarició y sus dedos recorrían su vestimenta.

Se inclinó de modo ligero hacia atrás, junto a su cuerpo pesado y acogedor sobre el de ella. Sus ojos brillaban.

—Eres una maravilla.

Rosa estaba mareada y desquiciada de alegría. Sus miradas se encontraron, y él escrutó su rostro, pidiéndole permiso. Ella se lo concedió con gusto y lo atrajo hacia sí para darle otro beso fabuloso.



# CAPÍTULO 26

## Mariano

A medida que su beso se hacía más intenso, Mariano sintió de repente que caía. Rápida, fuerte y de forma vertiginosa. La sensación de perder todo el control lo asustó. Nunca, en toda su vida, se había dejado separar del abrazo de nadie, pero se echó hacia atrás. Necesitaba separarse para no perderse en su presencia para siempre, y Juana había dicho que él sería la muerte de Rosalinda, aunque sentía que ella sería la suya.

Abrió los ojos, con las mejillas al rojo vivo.

—¿Hice algo mal?

Mariano sacudió de forma vehemente la cabeza.

—Claro que no. Eres perfecta. —Y lo era. Solo hacía unos días que la conocía y, de algún modo, se lo había robado todo: su piedra preciosa, sus dudas, su cordura y su corazón. Reconocer esto le desgarró el pecho, porque ella tenía su corazón y de alguna manera él iba a ser la causa de su destrucción.

—Dime lo que piensas, señor pirata. —Sus uñas se clavaron en sus bíceps, instándolo a seguir, pero él se quedó quieto.

¿Cuál era su problema? Ella estaba tumbada debajo de él, pidiéndole que la tomara… Pero Mariano no podía. Su cuerpo estaba

dispuesto, y cielos, le dolía hacerle esto a ella. Pero su mente, su alma, no podían continuar.

Solo un trozo de tela se interponía entre ellos sobre la hierba, pero no podía concentrarse en otra cosa que no fueran los grandes ojos marrones de Rosa.

—¿Por qué me besaste así? —preguntó Mariano—. ¿Por qué ahora?

—Porque quiero. Y porque eres la canción de mi corazón. —Rosa resopló sorprendida—. No lo puedo creer. ¿Y tú?

Apoyó la palma de la mano sobre su pecho.

—La oigo —susurró—. No lo reconocí al principio, pero sentí algo la noche en que nos conocimos. Quizá incluso antes, cuando te vi desde el bote de remos. Tu corazón llamaba al mío, y ahora lo oigo.

Le temblaban los brazos de tanto sostenerse sobre ella, y sus huesos temblaban por su peso. Sin embargo, no quería separarse. Tenía que saberlo todo. Porque… porque ¿no había sentido algo él también? ¿No se había sentido atraído por ella? Llamado hacia ella.

—¿Qué oyes? ¿Qué dice? —preguntó él.

Frunció los labios.

—No son palabras en sí. Es más como un sentimiento, una especie de anhelo —dijo, atravesándolo con la mirada—. Como alguien que abre los brazos y dice «Bienvenido a casa».

Tragó saliva, removiendo el nudo de emoción que le obstruía la garganta.

—Nunca he tenido un hogar —siguió—. Ninguno que fuera seguro. Mis sombras aparecieron enseguida y mis padres sabían que no podíamos quedarnos en nuestro pueblo así que nos fuimos. Huimos,

y siento que he estado huyendo desde entonces. —Lo rodeó con los brazos y lo empujó hacia abajo—. Pero… estoy en casa. Contigo.

Le besó el cuello, pero Mariano permaneció inmóvil. ¿Cómo podía hacer nada cuando ella había dicho esas palabras? Porque… él mismo quería exactamente eso. Siempre se había sentido perdido, solo, sobre todo después de la muerte de su madre y de que su padre se refugiara en su tristeza. Incluso antes de eso, si era sincero.

—¿Me llevarás algún día a tu casita? —preguntó—. La que me contaste en la Fortaleza del Pirata.

Podía verla allí ahora, sentada en la mecedora de su madre con el cabello suelto, con nada más que una de sus viejas camisas, mientras reía. Sí. Decidió que, a partir de ahora y para el resto de sus vidas, ella siempre reiría, sonreiría y sería libre. Se estremeció. Él no sería su perdición. Los besos cesaron.

—¿No me deseas? —preguntó ella; sus ojos lo buscaron, logrando exprimir hasta la última gota de su resolución.

—Más que a nada. Pero no así.

Ya está. Lo había dicho. Quería más que un encuentro rápido con ella: quería una vida con ella. Y eso significaba sacarla, encontrar a Juana y marcharse de la isla.

Ella se inclinó para besarlo una vez más.

—Espera —susurró Mariano.

Con todas sus fuerzas, se separó de ella. El vacío de no tenerla cerca era asombroso, echaba de menos sentir sus piernas a su alrededor.

—Sé que no me harás daño —dijo mientras gateaba detrás de él —. Dicen que puede ser divertido.

Mariano se pasó los dedos por el cabello.

—Soy consciente de cómo funciona, muchas gracias.

Le pasó las uñas por la pierna, y la sensación le sedujo y lo irritó a la vez.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Lo que soy para ti? —le preguntó.

Ella se quedó paralizada.

—Nunca me he acostado con un hombre, pero me gustaría mucho hacerlo contigo. Si tengo que entregarme por primera vez, al menos debería ser con alguien que me parezca digno y atractivo, ¿no crees?

Ella lo usaba otra vez. En verdad no lo quería, solo quería su cuerpo y eso lo enfurecía a más no poder. Toda la situación lo hizo.

—Vamos —le dijo, y cubrió el hombro descubierto de Rosa. Esa intimidad fue suficiente para quebrarlo para siempre. Era la criatura más maravillosa que jamás había conocido y sus sombras podían destrozar el mundo y, sin embargo, estaba aquí con él, bajo el deseo de ser amada.

Los ojos oscuros de Rosa buscaron los de él.

—¿Por qué?

Su voz se quebró y el sonido se le clavó en el alma.

Entonces sintió su confusión y su dolor. Si fuera por él, cambiaría eso como pudiera.

—He venido a decirte que he encontrado a tu amiga, ¿recuerdas? —Su columna vertebral se puso rígida—. Juana está en los túneles bajo la estatua *tlanchana*. Volveré a entrar en ellos esta tarde y he traído a mi mejor amigo conmigo.

—¿Cómo sabes que es ella?

—No paraba de gritar por alguien llamada Rosalinda.

Sus pestañas se agitaron.

—Esa eres tú, ¿no?

Ella asintió y una lágrima cayó por su perfecta mejilla.

—¿Estás segura de que era ella y no otra de las artimañas de la ama?

—Hablamos. No pude llegar a ella, pero estoy seguro de que Juana estaba allí. —La vergüenza lo invadió. ¿Cómo podía decirle lo que Juana había dicho? Que la serpiente del mar sería su perdición.

—Está ella…

—Está ilesa.

Su barbilla flaqueó.

—¿La has encontrado? ¿De verdad?

—Por mi honor de pirata.

Rosalinda resopló.

—Aceptaré eso como un sí.

—Como he dicho, he oído a Juana, pero no la encuentro. Ni tengo ni un rastro.

La miró fijamente, a la chica que había cambiado su vida para siempre.

—¿Puedes confiar en mí? —le preguntó.

No era una cuestión de si confiaba en él, porque sabía que ella no lo hacía todavía. Y, ¿por qué iba a hacerlo? Era un bandido despiadado y despreciable que había conocido esa misma semana. Pero, ¿podría? ¿Podría permitirse ser tan vulnerable como para saber que él no la engañaría? A pesar de la advertencia de la vidente, él nunca iba a lastimar a Rosalinda.

Observó cómo pensaba y luchaba contra sus dudas.

—Creo que sí.

—Bien. Rosalinda, necesito la gema. Y ese mapa sería útil también.

Rosa dibujó una sonrisa en sus labios y deslizó los dedos hacia su escote. Él sacudió la cabeza.

—No, Rosalinda, eso no es lo que yo…

Su sonrisa se amplió cuando se quitó la cadena del corpiño y el mapa de la falda. Mariano apartó los ojos de su muslo, no creía que pudiera soportar ver más de su cuerpo; no cuando su fuerza de voluntad ya había sido puesta a prueba hasta el límite.

Lo dejó caer sobre sus palmas y el peso, la energía de la gema lo hizo estremecerse. Un millón de recuerdos de su madre y su padre pasaron por su mente; y ahora, cada vez que la sostuviera, pensaría también en ella. En el brillo rebelde de sus ojos y en su vulnerabilidad.

La amaba por ello.

Sacudió la cabeza porque no quería pensar eso. El amor no era algo que brotara de la noche a la mañana, ni en cuestión de días. Crecía y se desarrollaba con el tiempo, o al menos, eso era lo que le había dicho una vez su padre. Se estremeció, de repente desesperado por los padres que lo habían criado. Desesperado por un amor como el que ellos tuvieron.

Cuando la miraba, su sonrisa era siempre desafiante; sus ojos, oscuros y grandes escrutadores, y su mente, de agudeza perfecta. Sabía que pasaría con gusto el resto de sus días a su lado, pero Mariano no tenía mucho que ofrecerle. Nunca se le había dado bien ser bueno, pero haría lo que pudiera para reparar los pedazos de ella que se habían roto.

Se sentía incómodo, en carne viva, como un hombre con la piel quemada por el sol.

El espacio entre ellos se hizo inmenso y no pudo soportarlo más. Se acercó a ella y luego se detuvo. No la obligaría a tomarlo, ya había sido demasiado agresivo con ella, y Rosa ya había lidiado con suficientes brutos en su vida. Lo que haría sería ofrecerse y estar dispuesto a aceptar si su respuesta era negativa.

—¿Puedo…? —Desplazó su peso—. ¿Puedo tomarte en mis brazos?

Sin aliento, se rio. Y casi lo arruina. Ella asintió.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Ella empezó a parpadear con fuerza y él observó nuevas lágrimas.

—Nadie me ha preguntado nunca tal cosa.

La vergüenza le calentó las mejillas. Se frotó el cuello, y al hacerlo, sintió que los brazos de ella le rodeaban la cintura. Todo en su interior suspiró de alivio y se fundió con su tacto. La tomó entonces, apretándola contra él como un hombre que se aferra a una balsa salvavidas.

—Es tu turno —dijo con suavidad.

—¿Para qué?

—Sabes mi nombre, ¿cuál es el tuyo? Solo he oído hablar del príncipe de los piratas, no del hombre detrás del título.

—Ah. —Le puso la mejilla encima de la cabeza—. Me llamo Mariano. Mariano Manuel de León Ruiz.

—Un nombre precioso para un hombre guapísimo.

—Quieres decir un nombre apropiado para un canalla temible con el mar embravecido en sus ojos.

—No, quise decir lo que dije. —Sintió la sonrisa de ella contra su pecho.

La apretó fuerte.

—Encontraré a tu amiga.

—Y, entonces, zarparemos y nos libraremos de este lugar.

A Mariano se le revolvió el estómago. ¿Debía decirle que no había barco? ¿Debía decirle que no tenía nada más que su cerebro y un compadre? ¿O que él era la serpiente que sería su ruina?

—Rosalinda, necesito confesarte algo. —Ella se separó de él con lentitud—. Yo… nosotros… No tengo una nave. Te mentí, pero conseguiré una.

Frunció el ceño, y luego sonrió.

—No hace falta. No cuando el rey ya se ha ofrecido a recibirme, y estoy segura de que hay sitio de sobra para ti y tu amigo.

Mariano se rio.

—¿Y qué hará tu rey cuando me vea? Me mandará a nadar con las *tlanchanas*.

Levantó la mano y le pasó el pulgar por la cicatriz de la barbilla.

—Tú preocúpate de Juana y yo me ocuparé de todo lo demás. Nos vemos en la bahía al amanecer. Deprisa, Mariano Manuel, príncipe de los piratas. No hay mucho tiempo.



# CAPÍTULO 27

## Rosalinda

Rosa se fue a toda prisa porque ya había estado fuera demasiado tiempo. Lord Morales estaría buscándola y no quería arriesgarse a que alguien sospechara.

Al entrar en la fiesta, se sintió de pronto más ligera, sintió que los dioses por fin le sonreían. Rosa se detuvo. Las Majestuosas mayores estaban esparcidas por los baños y hacían lo que podían para llamar la atención de alguien: esto era todo para ellas. Era su última noche para impresionar a la nobleza antes del ritual de Atadura. Y la ama se aseguró de que dieran un espectáculo.

Una ola de tristeza la recorrió. Era egoísta, iba a huir y abandonar a esas mujeres y niñas a su suerte. Pero ¿qué otra opción tenía? No podía escabullirse con cien cuerpos extra a cuestas y tampoco se arriesgaría a que lord Morales se saliera con la suya.

Pero, en cambio, podía volver y luchar. Si algunas de las suyas deseaban estar atadas a otro, que así fuera; pero debían tener la opción de elegir hacerlo. El rey la ayudaría a ofrecer tal cosa, sentía esa certeza en sus huesos. Tal vez la vida no se trataba siempre de huir, esconderse y estar a salvo. Porque ¿es alguien en verdad libre cuando debe vivir cuidando su espalda?

—Pareces ensimismada. —Era Isobel, con los ojos brillantes por el vino. Sus arañas colgaban flojas de su muñeca como si hubieran bebido también.

—Sí lo estoy. —Rosa se mordió el labio. ¿Debería pedirle a Isobel que huyera? Era tan dulce, tan cariñosa. Rosa odiaría que eso cambiara, pero se mordió la lengua porque tenía miedo.

—¿Adónde huyó tu joven amante? —preguntó Isobel.

Rosa se sobresaltó.

—¿Mi qué?

Isobel sonrió y la golpeó con el hombro.

—Vamos, mis arañas conocen todas las idas y vueltas de este lugar. Les gusta, él es… —soltó una risita— guapo.

Las mejillas de Rosa se sonrojaron. Era guapo, y aún más: era la canción de su corazón.

Sus sombras revolotearon en su vientre y su sonrisa se desvaneció. ¿Qué había de la visión de Juana? Nunca se equivocaba.

—¿Qué pasa, Rosa?

—¿Por qué lo preguntas? Aparte de lo obvio, claro. —Señaló la habitación. A las Majestuosas en brazos de los hombres; eran las primeras que se consumían a sí mismas y su poder solo para recibir aplausos.

—Pareces feliz y triste a la vez —dijo Isobel.

—Supongo que sí. —Había encontrado a su alma gemela, él había encontrado a Juana y el rey iba a ayudarlos a escapar y no tendría que atarse a ese imbécil lord, pero, aun así, no podía quitarse de la cabeza la idea de dejar a todas atrás o las palabras de Juana: «Cuidado. La serpiente del mar. Será tu perdición».

—Rosa. —El tono de Isobel se había vuelto solemne de repente—. Hay algo que necesito…

Lola pasó mientras coqueteaba con una mujer vestida de estrella de mar. Su sonrisa parecía genuina, relajada, pero Rosa podía ver que su mirada era dura; seguro que también echaba de menos a Juana.

—Señoritas —dijo en tono festivo— se supone que debemos mezclarnos, los invitados de la ama no han venido hasta aquí para aburrirse. Id y entretenedlos a todos en la víspera de nuestra fiesta final.

Isobel hizo una reverencia y salió despavorida, desapareciendo entre la multitud con sus arañas.

—Tú también, Rosalinda, a los invitados les gustaría ver esas sombras por última vez.

Rosa esbozó una sonrisa.

—Como quieras.

Giró sobre sus talones y se deslizó entre la multitud. Había llegado el momento. Esta sería su última noche en esta desdichada isla.



# CAPÍTULO 28

## Mariano

-¿Qué quieres decir con que no funciona? —susurró Santi, y su voz atravesó los túneles.

Mariano sostuvo la gema en la palma de la mano y su brillo azul noche resplandeció ante la luz de la antorcha, pero no sintió nada. Estaba igual de perdido sobre la ubicación de Juana como antes y el mapa los había llevado en círculos. Ni siquiera podían oírla.

Un repentino sobresalto de miedo lo recorrió.

—¿Y si la piedra no es mágica?

Santi se la arrebató.

—Quizá haya que sacudirla o hablarle. —La frotó—. Vamos, preciosa. Sé una buena gema mágica y llévanos hasta la chica. Necesito salir de esta isla.

Mariano se la arrebató y se puso la cadena sobre la cabeza.

—Dudo mucho que mis padres hablaran de manera constante con esa cosa. —Se paseó por la base de los escalones que conducían a los túneles—. Piensa, Mariano, piensa.

—¿Qué dijo tu padre al respecto?

—Solo que me protegería y que la piedra era un regalo de alguna reina *tlanchana*; que me llevaría al deseo de mi corazón.

Y así fue, la llevó hasta ella, pero no creía que su deseo se detuviera ahí. Si iba a estar con ella, tenía que encontrar a Juana, porque Rosa nunca se iría sin su amiga. Sabía que, si deseaba ver a Rosa de verdad feliz, cosa que anhelaba con todo su corazón, necesitaría a su amiga a su lado. Quería a Juana, y eso era algo por lo que valía la pena luchar.

Cerró los ojos, pensó en Rosalinda y suspiró con su nombre. Recordó su belleza y su fuego. La imaginó con una gran sonrisa cuando se reencontraran en la bahía, y luego ella rodeándolo con sus brazos al reencontrarse con Juana. La imaginó besándolo hasta que se acabara el mundo.

Pero, aun así, no pasaba nada.

La irritación hervía en su interior.

—Maldita magia.

Santi apretó los dientes.

—No seas tan negativo, ya lo solucionaremos.

—Solo tenemos hasta el amanecer para recuperar a la chica, Santi.

—Vamos a tomar un poco de aire —sugirió Santi—. Quizá necesites despejar tu mente un momento y recuperar tu ingenio.

Juntos subieron los escalones de arena que conducían a la parte inferior de la estatua. Mariano se quedó helado y Santi se quedó quieto.

Frente a ellos había una docena de hombres de la armada del comandante, cada uno apuntándoles al cráneo con una pistola. Uno de ellos tenía en la frente un moratón con la forma de Oso, dios de la guerra.

—Parece que los hombres a los que robamos quieren recuperar sus armas —dijo Santi en voz baja.

Un hombre salió de entre las sombras con una sonrisa cómplice que se ensanchaba en sus facciones. Su enorme cuerpo tapaba la luna.

—Buenas noches, caballero. Una hermosa noche para morir, ¿no le parece?



# CAPÍTULO 29

## Rosalinda

La luna se asomaba entre las cortinas de Rosa mientras entraba en su alcoba. La puerta se cerró tras ella. Se dio la vuelta, se apoyó en ella y suspiró. «Ya casi había llegado». Sonrió. En pocas horas, ella, Juana y Mariano estarían en el barco del rey Sebastián. Las lágrimas asomaban en sus ojos.

—¿Tuviste una noche agradable, Rosalinda?

Rosa se sobresaltó.

—Doña Lucía, no la había visto.

—Sí, era la idea, cariño. —La silla crujió cuando ella se inclinó hacia delante—. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Disfrutaste de la noche?

Rosa tragó saliva.

—Fue divina.

—En efecto. —Doña Lucía se levantó, su silueta era inquietante en la pálida luz—. ¿Recuerdas lo que te dije la última vez que estuve en esta misma habitación?

—Hablamos de muchas cosas.

Doña Lucía se adelantó y Rosa se apoyó contra el marco de la puerta.

—Te dije que siempre te estoy vigilando, y tú, mi mascota, no hiciste caso de mi advertencia.

El corazón de Rosa golpeó contra sus costillas

—No he hecho nada malo, ama. Yo nunca…

—¡No me mientas! —gritó doña Lucía—. Me desobedeciste en todo momento. ¿Creías que no me iba a enterar?

Esto no puede ser real.

—Doña Lucía, se equivoca. Yo nunca…

—¡Silencio! —rugió doña Lucía—. Tu traición no quedará impune.

—¡No! Por favor, no le haga daño a Juana. Me comportaré. ¡Lo juro!

—Oh, sé que lo harás. Y la mantendré viva y encerrada el resto de tu vida, para asegurarme de eso. Pero tampoco significa que te saldrás con la tuya con lo que has hecho.

Encendió una sola cerilla y se acercó a una vela para encender la mecha. La habitación se iluminó, y bajo el resplandor dorado estaba lord Morales junto a un cuerpo atado con sogas en el suelo.

Rosa y sus sombras gritaron. Doña Lucía levantó la mano y el hielo se deslizó por la garganta de Rosa, lo que anuló sus gritos y la hacía sentir como si se ahogara, se llevó los dedos al cuello, en búsqueda de alivio. Sus sombras lucharon contra el poder de doña Lucía y la golpearon con sus puños oscuros.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Esto no podía ser real.

Lord Morales se agachó y levantó al rey Sebastián. El rey se tambaleó sobre unas rodillas temblorosas y sus ojos se abrieron con lentitud.

—¿Qué? —Observó la habitación—. ¿Dónde estoy? ¿Qué significa esto?

—Disculparéis la impertinencia de la situación, alteza, pero me temo que la corona que lleváis en vuestra cabeza ya no os pertenece.

Luchó contra el agarre de lord Morales, pero sus movimientos eran débiles y lentos. Le habían quitado toda su fuerza.

Las sombras de Rosa se abrieron paso a través del poder de doña Lucía, y forcejearon contra las aberturas, pero no lograron liberar a Rosa.

Doña Lucía se volvió hacia ella.

—Recuerda: esto es culpa tuya, niña. —Lord Morales levantó el puño, con una reluciente hoja brillante a la suave luz de las velas. Los ojos del rey Sebastián se encontraron con los suyos, justo antes de que lord Morales le clavara la daga en el pecho.



# CAPÍTULO 30

## Mariano

Mariano empuñaba en la cintura el sable que había robado a los guardias aquella mañana, pero fue Santi quien actuó.

—Comandante Alejo, qué sorpresa. —Colocó su cuerpo delante del de Mariano—. ¿Cuál es el motivo para apuntar su pequeña arma en nuestra dirección? Somos huéspedes en esta magnífica isla.

La pistola de cañón múltiple del comandante Alejo brillaba bajo la luz de la luna.

Mariano levantó las cejas sorprendido, nunca había visto nada igual. Estaba hecha de latón, nácar y hueso, con intrincados dibujos tallados del reino grabados en el cañón y el mango. En el centro había un pequeño tambor lleno de balas.

—Invitados, ¿verdad? —El comandante miró a Santi—. No creo haber captado su nombre.

Santi se llevó la mano al pecho.

—Soy don Marcos Parejo de la bahía Calaveras. Tengo una pequeña parcela en la bahía Santa. Estoy seguro de que nunca ha oído hablar de ella, ya que dirige la milicia coronadiana y, por lo tanto, supervisa todo el reino, y la bahía Santa es tan grande como el trasero de una cabra. Pero hay mucho que amar de ese pequeño puerto. La pesca, por ejemplo, es la mejor de todo el suroeste…

—Basta de cháchara —ordenó el comandante.

Los hombros de Santi se tensaron.

—Pero estaba a punto de hablarle de nuestra cacería de almejas.

El comandante Alejo se adelantó.

—He estado en la bahía Santa. Don Pendejo, ¿verdad?

—Parejo, comandante.

—He estado en la bahía Santa, don Parejo, y es tan maravillosa como usted dice y la pesca no tiene rival. Pero ¿sabe lo que me parece extraño?

Mariano miró a los guardias. Eran jóvenes y estaban en forma, pero tenían un aspecto fresco que indicaba que nunca antes habían matado a un hombre. Eso se notaba, porque por muy insensible que fuera una persona, el primer asesinato siempre dejaba una marca en su alma; casi siempre esa marca estaba en los ojos. Decían: «lo he hecho una vez y lo volveré a hacer si es necesario» o «por favor, no me hagas hacerlo de nuevo». Pero no había tal mirada en estos hombres.

Los soldados serían bastante fáciles de enfrentar. Dudarían.

Con el comandante, en cambio, era fácil ver que el asesinato ya no le quitaba el sueño. Mariano tuvo que preguntarse si el comandante Alejo sonreía en sueños mientras soñaba con la muerte del Draque. O, peor aún, si el comandante nunca había vuelto a pensar en él. Porque, para él, la muerte de un pirata no era diferente a matar una mosca.

—Nunca he oído el nombre de don Parejo, y me sé el nombre de todos.

Mariano deslizó los dedos desde el sable hasta la pistola de bolsillo que llevaba en el abrigo. Gracias a Dios, él y Santi se habían

arriesgado a entrar en el campamento de los guardias.

—Sabía que te había reconocido aquella noche cerca de la escalinata, pero pensé que no podía ser real. ¿Qué hombre sería tan imprudente como para colarse en una fiesta llena de sus enemigos? Me encogí de hombros, pero nuestra ama está en lo cierto. Eres un sucio y podrido pirata y estoy seguro de estar en lo cierto. —El cañón de la pistola señaló el vientre de Mariano—. Quítate la camisa.

Santi se rio.

—Si querías conseguir un amante al paso, deberías haberlo pedido.

—Cállate, campesino —espetó el comandante y sus ojos azules se encontraron con los de Mariano—. Hazlo.

Los tatuajes de su cuerpo decían con exactitud quién era. Todos los piratas bajo el mando del Draque llevaban la calavera de un dragón y dagas cruzadas en el abdomen, pero el hijo del Draque era conocido por tener la serpiente marina enroscada sobre su corazón. Era un dato que aparecía claro en todos los carteles de búsqueda que había visto de sí mismo.

—Vamos a hacernos cargo de ti —exigió el comandante.

Fuego y ácido hervían en las entrañas de Mariano, ese hombre era responsable de la muerte de su padre y del hundimiento del Venganza: le había destrozado la vida. Un destello de un recuerdo recorrió la mente de Mariano, la tormenta había sido muy parecida a aquella en la que perdieron a su madre. Despiadada, repentina e implacable. La Majestuosa que acabó con la vida de su madre navegaba en nombre del antiguo rey y bajo las órdenes del comandante. Este hombre, que pronto sería cadáver, le había quitado todo.

Incitado por la rabia, Mariano empujó a Santi al suelo, cogió su propia pistola y apretó el gatillo. El arma echó humo y una ráfaga de disparos de respuesta surcó el cielo. Mariano se zambulló detrás de la estatua justo antes de que las balas se clavaran en su carne.

Empuñó su sable robado, y se lanzó hacia delante, esquivando hacia la derecha cuando sonó otro disparo. Una explosión de pólvora y humo le llenó las fosas nasales y le quemó los ojos. Tosió y escupió, y la sangre le corrió por la sien. Uno de los guardias se abalanzó sobre él, pero el sable de Mariano ya lo esperaba y se lo clavó, con los músculos temblorosos por la fuerza. Su ira aumentó y se agachó cuando otro guardia blandió su espada. Golpeó con el puño en la ingle del hombre. Iba a despedazar al comandante.

Un grito salió de los pulmones de alguien. Mariano miró hacia donde había estado Santi, pero ya no estaba allí. El terror se apoderó de él. ¿Dónde estaba Santi?

¡Ya está! Se le quitó el miedo. Santi atravesaba un grupo de guardias y bramaba como un animal herido, solo que era él quien hería.

Mariano recibió un puñetazo en la cara antes de que dos guardias lo tiraran al barro. Forcejearon y rodaron. Mariano le dio un cabezazo tan fuerte a uno que oyó un crujido; solo esperaba que no fuera su propio cráneo. El segundo guardia tomó el control y le hundió la cara en la arena. Los dedos del guardia se clavaron en su espalda, rasgando sus cicatrices. Mariano rugió, apretó los dientes y lanzó el codo contra la frente del guardia. Se zafó del cuerpo desplomado del hombre y se levantó, para quedarse tan quieto como la estatua que tenía al lado.

Santi estaba de rodillas.

Detrás de él estaba el comandante.

—¡No! —Mariano hundió la cabeza y corrió tan rápido como le permitía su cuerpo. Las manos rasgaban su camisa, lo agarraban del cabello; los puños y las piernas intentaron detenerlo, pero no lo consiguieron. Iba a llegar hasta su amigo. Justo cuando saltó hacia delante, sonó un disparo y sintió que algo duro le golpeaba la nuca. Entonces, todo se volvió oscuro.



# CAPÍTULO 31

## Rosalinda

Día 7 de la Ofrenda: Día de la Atadura

Las lágrimas no dejaron de brotar, ni siquiera cuando la luna se desvaneció y el sol comenzó a salir.

El rey Sebastián estaba muerto y era por su culpa. Estuvo esperándola cuando podría haber zarpado con facilidad y haber cambiado tantas cosas en Coronado. Y eso no era todo: solo tenía diecinueve años. Apenas era un hombre, aún no había vivido de verdad.

Le crujían los huesos y los sentía quebradizos. Sus sombras se enroscaban a su alrededor como serpientes y la abrazaban con fuerza. Cerró los párpados y se dejó llevar por ellas, que eran su tormento y su consuelo.

Con lentitud, se levantó del suelo. Doña Lucía y lord Morales se marcharon antes del amanecer. Nadie había entrado en su habitación desde entonces y el charco de sangre del suelo se había secado. Se le revolvió el estómago, pero no logró expulsar nada.

La puerta se abrió en silencio y entró doña Lucía con su espesa cabellera recogida en un moño. Su rostro lucía fresco y

despreocupado como siempre.

—Es un monstruo —gritó Rosa.

—Soy muchas cosas: monstruo, protectora, salvadora, asesina; como la mayoría de las mujeres. —Se sentó en el banco del tocador —. Hacemos lo que debemos para sobrevivir.

—Eso no significa que esté bien.

—Lo sé. —Levantó la barbilla—. He venido a decirte que lo siento, porque vi la esperanza en tus ojos y vi cómo mirabas al muchacho.

—El rey era mi amigo.

—No es de él de quien hablo.

El pánico se apoderó de Rosa.

—No, ama. No hay nadie más.

—Ya deberías saber que tus mentiras solo te traerán más problemas. —Rosa se estremeció—. He visto esto antes. Un chico guapo o una chica encantadora atraviesa mis puertas y roban todo el sentido común de alguien. Las fiestas son tan ajetreadas y vienen tantos, tantas caras nuevas, que me resulta difícil estar en todo, proteger a mis chicas de esas cosas. Dirán que te quieren, que te desean y te prometerán el mundo, mi amor, pero son mentiras. El amor no es voluble; es feroz. Devora y destruye. Necesitaba que lo entendieras.

—No sabe nada de asuntos del corazón. Es una bruja sin alma.

—Yo también fui joven una vez y he amado, Rosalinda. Y pagué caro tales sentimientos.

Doña Lucía cruzó las manos sobre el regazo.

—Yo estaba destinada a convertirme en la predilecta del rey Agustín, y no Camila, pero fracasé en mi empeño de cortejarlo porque me distraje; como tú. Mis ojos estaban fijos en alguien más,

al igual que te sucedió a ti. —Inclinó la cabeza hacia las ventanas—. Un vistazo a la reina Esperanza, y supe que la quería más que a nada en este mundo.

Rosa se sobresaltó, sorprendida. ¿La reina?

—Mi corazón cantaba por ella, y yo podía oír el suyo con tanta claridad. Supe de inmediato que ella era la canción de mi corazón. Pasamos toda la Ofrenda juntas e hicimos planes para continuar nuestro amor en secreto una vez que el rey me llevara a Coronado para ser suya.

—¿Habría ido y se habría atado al rey, aunque amara a su esposa?

—Sí, pues conozco mi lugar. ¿Y qué me importaba? Estaría con mi Esperanza.

—¿Qué pasó?

—El rey se enteró, se rio en nuestras caras y dijo que con gusto elegiría a Camila por despecho. La reina Esperanza prometió que encontraría la manera de volver a estar conmigo, me juró que estaría libre de los lazos que la ataban, pero esas cadenas no hicieron más que estrecharse. Yo fui elegida de forma deliberada para convertirme en la ama del palacio, y ella siguió siendo su cariñosa esposa. —Sus ojos se endurecieron—. No la he oído ni la he visto en unos treinta años.

La tristeza invadió a Rosa.

—Lo siento. —Y de verdad lo sentía.

Por la forma en que su corazón cantaba al de Mariano, no podía imaginarse que la alejaran de él de esa manera y haría lo que fuera para llegar hasta él. Que la reina ni siquiera intentara volver por la ama hizo que Rosa se cuestionara el poder de la canción del corazón. ¿Podría romperse esa conexión? ¿Podía el amor dar la

espalda, aunque estuvieran destinadas? ¿O se ocultó a Esperanza de doña Lucía por despecho?

—No lo sientas, Rosalinda. He aprendido una valiosa lección, nuestros corazones arden y se retuercen hasta que les damos el amor que ansían, pero el amor es veneno y nos debilita. Las promesas de rescate que salen de la boca de un amante saben tan dulces que no nos damos cuenta de las toxinas que entran en nuestra sangre hasta que es demasiado tarde. Hubiera dado cualquier cosa por estar con Esperanza, pero ahora veo lo tonto que era todo.

—Pero el rey Agustín ha muerto. ¿No pueden usted y la reina Esperanza volver a encontrarse? ¿No quiere eso? ¿No quiere la felicidad?

—¿Si quiero sentirme débil y no deseada, quieres decir? ¿Si quiero sentir como si mi alma estuviera ardiendo por la agonía de la traición? Jamás. —Doña Lucía extendió los brazos—. Mira lo que he ganado estando aquí, tengo la atención del futuro rey e invito cardenales a mi palacio. Tengo toda la influencia y el poder que pueda desear. No volveré a quedar en ridículo.

—Pero ella es la canción de su corazón.

—Pronto aprenderás que ese vínculo puede romperse e ignorarse.

—¿Qué?

—Sé lo que ese pirata es para ti. ¿O quizá debería decir era?

Rosa jadeó. «Por favor, no».

—¿Dónde está? —Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué importa? Tú eres la Majestuosa más preciada que jamás haya existido y él es solo un muchacho y un don nadie.

Rosa temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Dónde está?

—Se ha ido. —Movió la muñeca hacia el mar—. Se ha ido.

—¿Adónde? —Rosa se puso en pie, con las rodillas temblorosas.

—Huye de la isla con suficiente oro y joyas para toda su vida porque se ha apoderado del barco del rey. Es un verdadero pirata, hasta la médula, pero imagino que no sobrevivirá mucho tiempo. El comandante y sus hombres están izando las velas mientras hablamos.

—¡Mentirosa!

Doña Lucía señaló hacia la puerta.

—Míralo por ti misma, a lo mejor llegas a verlo en la distancia.

Rosa corrió de su habitación. Se levantó las faldas y salió del palacio tan rápido como pudo, con los brazos en alto mientras sus pies recorrían el escarpado sendero.

«Doña Lucía debe estar mintiendo. Por favor, que mienta».

Se escabulló por la ladera rocosa, sus sombras la mantuvieron firme mientras corría hacia el acantilado desde donde podía ver la bahía. Las ramas le pellizcaban las piernas desnudas y tiraban de su ridículo traje de perlas y piedras preciosas de la fiesta de la noche anterior.

El sol brillaba sobre la orilla y la arena estaba cubierta de restos de madera. Sus ojos buscaron el mar agitado, donde yacían anclados los barcos. A lo lejos, un único navío atravesaba las estatuas; era de madera negra, con el escudo del rey pintado en las velas.

«Está ahí», susurraron sus sombras.

—¿Cómo… cómo podéis estar seguras?

«Sentimos sus latidos. Lo conocemos bien. Nos deja».

—No. —Un sollozo escapó de los labios de Rosa.

Cayó de rodillas y pequeñas piedras se clavaron en su piel sensible mientras el peso de la pérdida y la traición le oprimía los hombros.

—No. No. No. —Bajó la cabeza. Ella había puesto toda su esperanza en él y le había dado la piedra como un signo de confianza, y ahora él la dejaba para ser destrozada por los lobos.

—Soy tan tonta. —Sacudió la cabeza, sus sombras la abrazaron. Pensó que podía confiar en él y pensó que podía amarlo, pero le acababa de pasar lo mismo que a doña Lucía. La más pura desesperación se apoderó de su cuerpo y sus sombras temblaron.

Respiró profundamente, dejó que sus sombras llenaran sus pulmones, y gritó.



# CAPÍTULO 32

## Mariano

Mariano se despertó sobresaltado cuando un grito de angustia lo despertó de sus pesadillas. Conocía esa voz, la podía sentir en los huesos y en el alma.

Rosalinda.

Intentó levantarse, pero tenía los tobillos atados. Tiró de los brazos, que tenía por encima de la cabeza, y oyó el ruido metálico. Alguien le había atado las muñecas con grilletes y las había colgado de una viga. La rabia le recorrió las venas, Mariano apretó los dientes y luchó contra las cadenas con todas sus fuerzas, pero nada logró soltar el agarre.

Tenía que llegar hasta ella y saber que estaba a salvo.

Recorrió la habitación, era oscura, húmeda y olía a una mezcla de sudor y pino. Todo crujía y gemía: estaba en un barco.

Otros dos cuerpos estaban atados con cadenas a su derecha, ambos desplomados hacia delante y flácidos como muñecos de trapo. Gracias a todos los mares, Santi era uno de ellos. Incluso en la penumbra reconocía aquel ridículo bigote y aquella barbilla. Estaba vivo. Mariano entrecerró los ojos con fuerza y reconoció al segundo hombre junto a su túnica blanca manchada de sangre: era el rey.

Estaban en algún barco y no en la isla con Rosalinda; sabía que ella estaba en problemas.

—Santi, despierta. —Mariano tiró de las cadenas una vez más.

—No te librarás así, señor príncipe —dijo Santi, despertándose de su sueño.

—Tengo que intentar algo. —Las venas de Mariano se abultaron mientras clavaba los pies en los tablones y tironeaba.

—Mi abrigo. —Santi se lamió los labios secos—. Tengo un cuchillo metido entre las costuras, siempre llevo algo para una situación como esta.

—Por supuesto que lo llevas. Eres el mayor sinvergüenza que conozco.

Santi soltó una risita y luego hizo una mueca de dolor.

—¿Mariano?

Mariano dejó de luchar con las cadenas, siempre le había dicho a Santi que dejara de llamarlo señor príncipe, pero oírlo decir por su verdadero nombre era algo peor.

Miró a su amigo y una capa de sudor se había extendido por la piel de Santi.

—Me temo que estoy mal —dijo Santi en voz baja.

Estaba pálido como un fantasma y tenía la cara magullada y golpeada, pero por lo demás parecía ileso.

—Estoy seguro de que vas a estar bien. Vamos, tenemos que soltarnos.

—Me han atravesado, compadre.

A Mariano le tembló el pulso y sacudió la cabeza, incapaz de creerlo.

—Estás bien.

Más le valía estarlo. Mariano no creía que quisiera estar en un mundo en el que Santi no estuviera. Sabía que sus tíos se reirían de él por decir tal cosa, pero la verdad era que Mariano quería a Santi, era su mejor amigo.

Ignoró el dolor en su pecho.

—Deprisa, abre las cerraduras. Tenemos que volver a la isla.

Santi asintió.

—Sí, capitán. —Se estremeció—. Lo que digas.

—Eso nunca sucederá. —Las palabras vinieron del rey, que tenía aún peor aspecto que Santi. ¿Qué demonios le había pasado?

—Subestimáis lo que puedo hacer por amor, rey Sebastián —replicó Mariano.

Santi dejó de mordisquearse las costuras; había usado los dientes para romper la ropa y recuperar su arma.

—¿Estás muy enamorado? ¿Y me lo dices ahora? Deberías haberme despertado primero con esa noticia, amigo, y no con todo este pesimismo.

Mariano sonrió y el orgullo floreció en su pecho.

—Soy su canción del corazón.

Santi se rio y luego hizo una mueca de dolor.

El rey miró a Mariano.

—¿Tu alma gemela es una Majestuosa?

—Sí, y la conoces bien. Ella es la que tiene la magia de las sombras que intentaste perseguir.

—¿Magia de las sombras? —susurró Santi.

—Intentaba protegerla y planeaba sacarla a escondidas de la isla —dijo el rey.

Los celos se apoderaron de él y Mariano lo fulminó con la mirada.

—Ella no necesitaba vuestra ayuda, me tenía a mí.

—Y, sin embargo, aquí estamos los dos —dijo el rey y se desplomó —. Lamento decirte que no volverás a verla. Estamos condenados.

—¿Qué queréis decir?

El rey Sebastián se levantó.

—Ese bastardo de Morales y la serpiente de Lucía pretenden arrebatarme el trono. Me han apuñalado —dijo incrédulo.

—Dad gracias por seguir respirando —añadió Mariano.

—A menos que no lo haga y hablemos con un fantasma —dijo Santi—. Si es así, nosotros también estamos muertos. ¿Es eso lo que nos dices? ¿Que soy un guapo espíritu maligno atrapado para siempre en el mar?

El rey miró incrédulo a Santi. Mariano ya lo conocía y a menudo hacía el mismo comentario.

—Puedo curar cosas —el rey volvió los ojos hacia Mariano—, tengo magia dentro de mí.

Santi soltó una carcajada amarga.

—¿Has oído eso? ¡El rey dice que es un maldito Majestuoso! De todas las cosas absurdas que…

—¿Por qué estamos aquí? —interrumpió Mariano. Necesitaba saber por qué para poder idear un plan de huida.

—Vosotros seréis mis asesinos —dijo simplemente el rey—. Aunque ya me creen muerto.

—Explicaos, y rápido.

—Le van a decir a todo el mundo que tú… —Tragó saliva—. El príncipe de los piratas se coló en la isla y me secuestró.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Santi.

—Por rescate o venganza por su padre. ¿Acaso importa? —dijo el rey enfadado—. Le dirán al reino que el comandante Alejo intentó salvarme, pero que fue demasiado tarde. Ya estaba muerto por la mano del príncipe de los piratas. Volarán este barco en pedazos y nosotros quedaremos en el fondo del mar. Conmigo muerto, y el cardenal Rivera detrás, lord Morales usurpará con facilidad mi rol en la corona.

Santi asintió con aprobación.

—Maldito genio.

Los labios del rey se aplastaron.

—Así es. Y si se ata a Rosalinda, será imparable.

Una furia abrasadora estalló en las venas de Mariano.

—Eso no sucederá. Primero haré arder en llamas el mundo entero. Yo… —Sus ojos se clavaron en Santi, que se había quedado inmóvil como una piedra.

—¿Santi?

La piel de Santi perdió su último color y sus ojos se apagaron y dejaron de ver. El espíritu del hombre parecía haber huido de su cuerpo.

—¿Santiago? —Quizá estaba bajo un dolor mayor de lo que quería admitir a Mariano. No hizo ningún movimiento. ¿Respiraba?

—¡Santi!

—No puede ser. —Su voz salió mordaz y gruñona—. No puede ser.

Se golpeó la cabeza contra la pared que tenía detrás. Lo hizo una y otra vez, mientras repetía las mismas tres palabras: «No puede ser».

—¿Te has vuelto loco? —Mariano nunca había visto a su amigo tan perdido—. Maldita sea, Santiago, ¿qué sucede?

Santi bramó un sonido horrible. Mariano luchó con más fuerza contra las cadenas que lo ataban. Lloraba, se retorcía y gemía.

—¡Rosalinda! —gritaba—. ¡Rosalinda!

Mariano no pudo hacer otra cosa que observar cómo los ojos de Santi pasaban de la rabia salvaje a confusos charcos de tristeza.

—¿Cómo puede ser? —Gruesas lágrimas cayeron por las mejillas de Santi y sus hombros temblaron—. Está muerta, la he buscado por todas partes: en cada maldito mercado oscuro, en cada tugurio y prostíbulo. Pero ya no estaba, ese cazador me la quitó. Se rio en mi cara y dijo que estaba muerta y yo le creí. Le creí, maldición.

Las palabras de Santi iban acompañadas de gritos amargos.

—Mi destino era protegerla, Mariano. Mantenerla a salvo. No tú, o el rey. Después de la muerte de nuestros padres, dependía de mí, pero fallé; le fallé de todas las maneras posibles.

—¿A quién? ¡Maldita sea!

Santiago se tragó sus lágrimas y se encontró con los ojos de Mariano.

—Mi hermana.

Mariano se echó hacia atrás. ¿Qué decía? ¿Era la Majestuosa que Santi dijo? Mariano pensó que se refería a que había estado enamorado de alguien, no otro tipo de amor. ¡Y menos que era pariente suyo!

Santi temblaba tanto que le crujieron los dientes.

—La chica que amas. La Majestuosa con magia de sombras… Dime su nombre otra vez, por favor. ¿Es Rosalinda? —La voz de Santi se quebró, toda la esperanza del mundo inundaba sus ojos dorados—. Por favor, dime que es Rosalinda. Es preciosa, tan, tan

hermosa. Su cabello y sus ojos deben ser casi negros. Tiene una pequeña marca de nacimiento en forma de estrella sobre su ceja.

—Sí. Pero ¿cómo…?

Las pestañas de Santiago se agitaron y le temblaba la barbilla.

—Mi hermanita —sacudió la cabeza con incredulidad— está viva. Ha estado aquí todo este tiempo.

Santi se agachó y tuvo arcadas. Mariano se sintió igual, apenas podía creer lo que decía Santi.

Rosalinda, la de los besos tiernos, la del corazón de fuego y acero, la de esos grandes ojos marrones. ¿Era la hermana de Santi?

Mariano miró a su amigo, agachado sobre las tablas del suelo. Santi tenía su misma tez y ambos tenían un ingenio afilado y lenguas perversas. ¿Por qué si no le había resultado tan familiar a Mariano cuando la conoció?

—Por todos los mares —susurró Mariano—. Es verdad.

Un escalofrío lo recorrió porque estaba enamorado de la hermana de Santi.

Santi levantó la cabeza.

—Tenemos que llegar hasta ella y tenemos que volver antes de la ceremonia de Atadura.

Pero mientras lo decía, una ráfaga de cañonazos resonó desde más allá. La nave se sacudió cuando algo golpeó el casco y las vigas gimieron. Los gritos de los hombres en la cubierta superior cayeron sobre sus oídos.

—¡Nos atacan! —Santi gritó.

—No, nos están exterminando —dijo el rey—. Y a mi tripulación también. Todos estamos atados como malditos perros.

—Por el maldito infierno, Santi, sácanos de estas ataduras.

Santi ya arrancaba el arma de su abrigo con los dientes. Gimió mientras se levantaba lo suficiente para poder soltar el candado con la boca. Una cerradura se soltó, luego la otra, hasta que se liberó los pies.

Sonó otra explosión y los tablones y vigas se estrellaron en lo alto.

—¡Date prisa, Santi!

—¿Qué crees que hago?

Se arrastró hasta el rey y se puso a trabajar en sus ataduras. Una muñeca, luego la segunda.

El barco gimió y se inclinó hacia estribor. El cuerpo de Santi se desplomó. Una rotura ensordecedora surgió desde abajo y un géiser de agua helada estalló en la bodega.

—¡Date prisa!

Santi se enderezó, arma en la boca, y liberó al rey.

—¡Id! —gritó—. ¡Id con vuestros hombres!

El rey asintió y subió la escalera.

El agua entraba a raudales, le llegaba al pecho a Mariano cuando Santi llegó hasta él. Santi se agachó bajo el agua. Un pie, luego dos. Salió a la superficie jadeando.

Tomó la atadura con la mano y se detuvo.

—¿Qué esperas? —gritó Mariano.

—Prométeme que nunca le harás daño —dijo Santi, con la cara empapada por el agua de mar y las lágrimas.

—¿Qué?

—Mi hermanita. Prométeme que vivirás para siempre y que siempre estarás a su lado; y nunca la harás llorar.

—Yo… —¿Cómo podía prometer eso?

—¡Solo prométemelo, maldita sea!

—¡Sí! Lo prometo. La amaré por siempre.

—¿Y no morirás?

—Santi, eso es absurdo…

—¡Dilo!

—Sí, por supuesto. La amaré para siempre y nunca moriré.

Santi asintió y sonrió satisfecho.

—Lo sabía. —Se dispuso a liberar las muñecas de Mariano.

—¿Sabías qué?

—Que tú y yo estábamos destinados a ser hermanos.

La cerradura se soltó y Mariano bajó las manos; luego, las giró alrededor de su amigo.

Lo envolvió en un fuerte abrazo.

—Te quiero, Santi. Nunca lo volveré a decir, pero te quiero. Lamento si alguna vez fui un imbécil. Eres mi mejor compañero.

—Lo sé. —Santi le dio una palmada en la espalda, con el agua hasta la punta de la barbilla—. Tenemos que irnos, señor príncipe.

Mariano lo soltó y nadaron como *tlanchanas* ensangrentadas hasta la escalera.

Cuando ambos pusieron los pies sobre la cubierta, el rey ya había liberado a la mitad de la tripulación que habían atado a los mástiles. El comandante tenía como plan masacrar a todos los leales al rey Sebastián. Maldito.

Santi caminó unos pasos, pero se desplomó. La sangre brotaba de su vientre y se acumulaba en los tablones de madera. Mariano se lanzó hacia delante, y se giró hacia Santi para ver el alcance de sus heridas. Era de una gravedad terrible porque tenía medio vientre al descubierto.

—¿Por qué no me dijiste que estabas tan herido?

—Estoy bastante seguro de que lo hice. —Hizo una mueca de dolor—. Me temo que esto podría ser todo para mí, compadre. Una lástima, de verdad. Siempre pensé que moriría mientras hacía algo increíblemente estúpido.

—¿Como intentar enfrentarse a una docena de guardias? ¿O como escapar de un barco que se hunde?

—Supongo que eso cuenta, ¿no? —Santi sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Recuerda tu promesa. Vivirás para siempre por ella.

Mariano parpadeó para ahuyentar las lágrimas que ardían en sus ojos. La vida no era justa y Santi merecía ver a Rosalinda. Merecía vivir para siempre, como le había hecho prometer a él.

—Tu deuda de vida aún no ha sido pagada, Santi. No puedes morir.

—No lo hará. —El rey Sebastián se arrodilló junto a los amigos y puso sus manos sobre la cara de Santi—. ¿Me permites?

Santi asintió con la cabeza.

—Haced lo que…

El rey Sebastián levantó a Santi y le besó con fuerza en los labios. Los ojos de Santi se abrieron de par en par y sus pestañas se agitaron.

El rey se apartó, con las mejillas sonrojadas.

—Como dije antes, soy un sanador. —En unos instantes, la hemorragia disminuyó y Santi recuperó su color.

—Por todos los dioses, en verdad lo habéis curado —susurró Mariano.

—Los dioses no tienen nada que ver —dijo el rey—, pero puedes darle las gracias a la diosa Xiomara más tarde.

—Me gustaría daros las gracias ahora. —Santi agarró al rey por el cuello y volvió a besarlo.

—¡Oye! —Un hombre de la tripulación llamó.

Mariano corrió hacia la popa y se asomó al barco del comandante. Gritó con un último aliento.

—¡Agachaos! —rugió mientras estallaban más cañones.



# CAPÍTULO 33

## Rosalinda

El roce de una tela y el movimiento de unas botas de tacón sobre la tierra sacaron a Rosa de su pena. Arrastrándola desde las profundidades de su propia condena como las afiladas garras de un halcón que se clavaban en su rezo.

Miró por encima del hombro y vio a su ama cerca.

Rosa se secó las lágrimas que le manchaban las mejillas y se puso en pie: ya no sabía qué decir ni cómo jugar a este juego.

—El desamor puede hacer una de dos cosas a una persona, Rosalinda. —Doña Lucía se sentó en una piedra lisa. Sin prisa, se arregló la falda y puso las manos sobre el regazo—. Puede arruinarnos y desesperarnos por encontrar a alguien o algo que llene ese vacío; o puede encender el corazón de una persona.

Su corazón no ardía, sino que lo sentía chamuscado y convertido en cenizas. La mandíbula de Rosa se tensó mientras miraba hacia el mar, donde el barco del rey hacía tiempo que había desaparecido.

—Ese pirata te mintió.

«¿Cómo ha podido?», gritaban sus fantasmas. «¿Cómo ha podido dejarnos?».

—Ese chico tejió una red de engaños y te vio caer en ella alegremente.

Sí, era lo que Mariano había hecho. Una vez que ella había bajado la guardia, él había tomado su cuchillo y se lo había clavado entre las costillas. «Pirata canalla».

—Deberías sentir algo, Rosalinda. Ira, resentimiento o furia inconsolable. La gente miente y dice lo que creen que quieres oír para conseguir lo que quieren.

—Lo sé, usted me lo enseñó primero.

—Nunca te he mentido. ¿Qué dije de los hombres como él? ¿No estaba en lo cierto? Dije que te fallaría y que te haría daño. ¿Y Juana? ¿No dije que no le pasaría nada mientras te sometieras a mí? No le he puesto un dedo encima.

Rosa resopló.

—¿Cómo puedo estar segura cuando vivo en un mundo lleno de mentirosos?

—Todos mentimos, y por eso debes unirte a lord Morales. Contigo a su lado, él se asegurará de que tus hermanas Majestuosas permanezcan seguras y cuidadas; además serás tratada como una diosa. Imagina un mundo sin la Ofrenda, nos quedaríamos sin protección. —Doña Lucía se puso de pie—. Recuerda lo que dijo Juana la noche que os encontraron traicionándome.

—¿Qué?

—Ella tuvo una visión de un hombre que llevaba la marca de una serpiente del mar. Ella sabía que serías devastada por sus terribles acciones y trató de advertirte. Hice caso a sus palabras e intenté alejarlo de ti, querida. Le advertí que se alejara, pero él persistió. No te culpo por intentar escapar, pero Juana sabía, al igual que yo, que tus encuentros con el pirata solo causarían desgracias. Usó tu naturaleza dulce y confiada en tu contra.

Señaló hacia el océano, donde los sueños de libertad de Rosa se desvanecieron con la muerte del rey y la partida de su barco.

—¿Ves lo que puede pasar cuando ofreces tu amor a alguien? —preguntó doña Lucía—. Juegan con tus emociones como un gatito juega con un ratón. El pirata te engañó, Rosalinda.

Esa verdad caló en el interior de Rosa como veneno, y mató todo lo que tocó dentro de su cuerpo: su esperanza, su confianza, y su voluntad.

—Veo poder dentro de ti, Rosalinda, más allá de tus sombras. Eres astuta y tenaz, como yo. Mata las emociones de tu corazón y serás imparable. Seremos imparables.

Si Rosa hacía lo que la ama deseaba y se unía a lord Morales, él y los cardenales de la Iglesia permanecían leales a la ama, el reino sería suyo para gobernarlo, porque ella era el verdadero cerebro detrás de todo. Las mujeres siempre lo habían sido.

—¿Qué harías con todo ese poder? —preguntó Rosa y la ama sonrió.

—Lo que yo deseara.



# CAPÍTULO 34

## Mariano

Los cañones estallaron desde la cubierta superior. Eran mucho más pequeños que los de la inferior, pero el agua que corría había arruinado la pólvora y las mechas no se encendían. Sin embargo, tenía un plan y solo necesitaba mantener la atención del comandante un poco más.

Mariano agarró a un miembro de la tripulación y gritó por encima de las explosiones:

—¡Preparad los botes de remos!

—Pero ¿adónde iremos? —preguntó el hombre—. El comandante Alejo nos rodeará cuando el barco se hunda.

—¡Exacto! Llenad los botes de señuelos. Quitaos los abrigos, los pantalones y rellenadlos con lo que encontréis. ¡Que se vean convincentes! Luego tiradlos por babor y haced un espectáculo como si intentáramos huir.

—Pero esos botes son nuestra última esperanza —dijo el hombre, que era más niño que otra cosa.

—No tenemos ninguna esperanza. Como has dicho, el comandante estará pendiente de nosotros para recoger los pedazos tan pronto como nos hundamos. En especial, ahora que sabe que el

rey sigue vivo. ¡Haz lo que te digo y rápido! No nos mantendremos a flote por mucho tiempo.

Mientras el chico corría, Mariano se volvió hacia el rey.

—¿Cuándo está previsto que comience el ritual de Atadura?

El rey Sebastián negó con la cabeza.

—No lo sé, algunas noches la fiesta empezaba después de la puesta de sol, otras bien pasada la cena. Pero el ritual lo realiza el cardenal, así que puede ocurrir cuando a él le plazca.

Mariano se pasó una mano por la cara.

—¿Sois un hombre que reza, alteza?

—En absoluto.

—Igual que yo, pero puede que empiece pronto, porque no sé cómo demonios vamos a llegar a ella a tiempo.

—Un problema a la vez, amigos —dijo Santi, mientras afilaba sus dagas—. Primero tenemos que sobrevivir a este combate.

Puso un sable en manos del rey.

—¿Peleáis tan bien como parece?

El rey Sebastián rio con timidez.

—Ni siquiera sé cómo responder a eso.

Una salva de cañonazos resonó desde la nave del comandante que se acercó. Sus velas se movían con la brisa. Había visto los botes de remos y los apuntaba con sus cañones.

La tripulación del rey devolvió el fuego hasta que se agotó la pólvora.

—Ahora, muchachos —ordenó Mariano. Hicieron ademán de correr hacia babor, donde los botes de remos se mecían en el mar a la espera, frente al barco del comandante. Su vista estaría sesgada y

no podrían ver que los cuerpos de los botes no eran de hombres de verdad.

En cambio, la tripulación se escondía en el barco que se hundía, detrás de barriles y cañones, debajo de las velas caídas. Los hombres del barco del comandante gritaron y sus voces se acercaban.

Mariano agarró el garfio con la palma de la mano mientras se escondía detrás de una viga.

Santi estaba a su lado con los ojos brillantes.

—¿Cuánto falta? —susurró.

—Un minuto como mucho, la nave del comandante rodea el mascarón de proa ahora.

Miró a los hombres a su alrededor; algunos parecían preparados, otros asustados. Mariano recordaba la sensación de inquietud mezclada con excitación antes de que él y la tripulación del Venganza abordaran un barco.

Su padre siempre les gritaba:

—Es un buen día para una contienda, ¿no os parece? —Y la tripulación rugía de alegría, pero aquellos hombres eran piratas curtidos, hechos de alquitrán y agua salada. Esta tripulación parecía estar formada por niños y hombres de cabello claro. No pudo evitar preguntarse si no era algo intencional, ya que la tripulación del rey había sido elegida por los que conspiraban contra él.

—¿Por qué os odian tanto el lord y la doña? —le preguntó al rey, que yacía a su izquierda.

El rey frunció el ceño.

—Iba a poner fin a la Ofrenda y a los diezmos a la Iglesia. Quería hacer algo bueno de verdad para mi pueblo, para variar.

Santi soltó una risita.

—Cuidado, joven rey, puede que quiera casarme con vos cuando esto acabe.

Mariano levantó una mano. El gran galeón liderado por el comandante apareció a la vista y se volvió hacia los miembros de la tripulación que tenía más cerca.

—Sé que tenéis miedo y es lógico. Yo también tengo miedo.

Los ojos de Santi brillaron de sorpresa.

—Pero quiero que sepáis que no os llevaré a la perdición y tampoco os abandonaré. Lucharemos y no pararemos hasta salir victoriosos.

—Listos los cañones —gritó el comandante Alejo—. A la orden. Listos. Apunten. ¡Fuego! —Una explosión de disparos resonó desde el barco junto a ellos. Disparando a los botes de remos, y a los «cuerpos» que yacían dentro. No había cuerpos, por supuesto, solo chaquetas rellenas de pergaminos. Sin embargo, si la tripulación hubiera estado allí, habría sido despedazada.

Con la pólvora aún espesa en el aire, y logrando así ocultarse de los hombres del comandante, Mariano ordenó:

—¡Al abordaje! ¡Ahora, entre el humo!

La mitad de la tripulación del rey se puso en acción, mientras alzaban garfios, enganchándolos en los cabos de la nave del comandante, en las barandillas, o dondequiera que pudiera. La otra mitad, situada más arriba, abrió fuego.

Oculto en el caos, Mariano se balanceó por la borda y chocó contra el casco con un fuerte golpe. La daga que llevaba entre los dientes tembló por el impacto, pero al instante se levantó y se lanzó sobre la cubierta enemiga. Era, una vez más, el hijo de su padre: el

guerrero y la serpiente del mar. Venía por venganza, y, maldita sea, se sentía glorioso.

Santi saltó a la cubierta junto a él, Mariano podía sentir la furia desbocada del hombre.

Lo harían por Rosa y volverían a ella pasara lo que pasara.

—¡Hombres en cubierta! —gritó alguien y se desató el infierno.

Con un rugido, Mariano golpeó con el hombro al primer oficial que vio. El hombre gritó un instante antes de que su cráneo se estrellara contra el mástil. Dos pares de manos agarraron la camisa de Mariano, pero este se encogió de hombros, giró sobre sí mismo y atravesó el estómago de ambos hombres.

La necesidad de venganza era abrumadora. Se dilataron sus fosas nasales y su corazón palpitó con fuerza. Mataría al mundo entero si eso significaba que las personas que le importaban estaban a salvo. Desmantelaría todo el reino de Coronado para verlos ilesos.

Saltó a la cubierta principal y continuó su asalto. Una daga pasó silbando junto a su oreja.

Los ojos de Mariano se centraron en la única persona que deseaba atravesar.

—Tú —gruñó mirando fijamente a los ojos del comandante.

Mariano preparó su espada.

El comandante Alejo levantó su arma.

—Te llevarás este barco por encima de mi cadáver.

Mariano sonrió.

—Con mucho gusto.



# CAPÍTULO 35

## Rosalinda

Doña Lucía estaba recostada en un sofá de terciopelo, mientras fumaba un cigarrillo. Tenía las piernas cruzadas y las uñas de los pies pintadas del color de las cerezas relucientes. Llevaba una capa negra transparente con pequeños diamantes entretejidos en la tela. Una máscara de cadenas de plata le colgaba desde el nacimiento del cabello hasta la altura de la boca.

—Hoy es el día, querida. Informaremos al reino del lamentable deceso del monarca, y que tú y tus gloriosas sombras juráis lealtad a lord Morales.

A doña Lucía le salía humo de los labios cuando Rosa salió del vestidor.

Confeccionado con fragantes pétalos de rosa de un rojo intenso, el vestido de Rosalinda era una obra maestra. El corpiño era bajo para mostrar sus hombros caídos y sus pechos turgentes. Los pétalos envolvían sus brazos y se abrochaban en las muñecas. La delicada falda le ceñía la cintura, y dejaba al descubierto la curvilínea figura de Rosa y sus redondas caderas. Si se movía de forma equivocada, una ráfaga de viento podía dar justo en el blanco y el vestido se desvanecería.

El ama sonrió.

—Tu hermana Majestuosa, Amparo, es una magnífica modista, ¿verdad? Ese vestido te sienta de maravilla. Serás la criatura más deseada en el baile de máscaras.

Rosa miró la alfombra de felpa. A partir de ese momento odiaría el aroma de las rosas. Verlas y olerlas le hacía pensar en su familia y en lo que había perdido, y ahora la hacían pensar en él y en su ridículo tatuaje de serpiente. La bestia se había enroscado alrededor de una rosa roja como la sangre. Juana tenía razón, la infame serpiente del mar la arruinó en cierto modo. Le había hecho creer que el amor era suficiente y que ella era suficiente. Fue tan imbécil como para pensar que ella valía más para él que las riquezas por saquear y los barcos por abordar; pero no era así.

—Cuando esto termine, ¿liberarás a Juana? Estaré atada a lord Morales y no podré hacer nada contra él.

—El destino de Juana está solo sobre tus hombros —dijo doña Lucía—. Si completas tu Atadura sin incidentes y obedeces mis órdenes, no hay razón para que no se le permita salir de la habitación en la que la he escondido.

¿La habitación? Mariano había dicho que estaba oculta en los túneles. Apretó la mandíbula, lo más probable era que él le hubiera mentido todo el maldito tiempo.

Rosa miró a la ama, estaba tranquila, y supuso que había ganado. Dejar escapar la información de que Juana estaba dentro del palacio no era algo que doña Lucía hiciera jamás. No si no tenía la absoluta seguridad de que Rosa estaba bajo su control.

Tal vez… Rosa se mordió el labio, tal vez hubiera otra manera. Maribel podía empujar las velas de cualquier barco y Carolina podía convertir el agua en cristal, eso podría impedir que las naves se les

acercaran. Si reunía suficientes Majestuosas, y podía convencerlas de luchar —o al menos de huir—, todavía había esperanza. Solo necesitaba llegar a Juana primero.

—¿Podría verla antes del ritual? Para asegurarme de que está bien y despedirme. —Un nudo de tristeza obstruyó la garganta de Rosa al pensarlo.

—¿Y darte la oportunidad de hacer algo arriesgado? No.

Los finos labios de la doña envolvieron su cigarrillo y sus mejillas se hundieron al aspirar el tabaco. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que los hilos de humo salieran de su boca.

—Ama, si pudiera…

—Si lo que te preocupa es el bienestar de Juana, pregúntale a Isobel.

—¿Isobel?

—¿Quién crees que me habló de tu plan de fuga? ¿De tus escapadas con ese pirata? —A Rosa se le nubló la vista y sus rodillas flaquearon.

—No pongas esa cara, eres demasiado confiada. —Puso los ojos en blanco—. Juana será liberada cuando se complete el ritual de Atadura y te hayas ido de este lugar, ni un minuto antes. Le pediré que escriba una carta a las Islas del Sur donde lord Morales… —Se detuvo y sonrió—. Al castillo de Coronadia donde residirá el rey Morales.

Las campanas repicaban en las torres de los templos y zumbaron en los oídos de Rosa.

—Ya es la hora. —Doña Lucía chasqueó los dedos—. Cora, prepara a nuestra Rosalinda para su desfile final por la isla.

Cora, la criada de Rosa durante los últimos once años, se puso en acción. Se dirigió hacia una máscara de porcelana que descansaba sobre una almohada de terciopelo; la cogió y caminó detrás de Rosa para colocarla sobre su rostro. Hecha de forma exacta para ella, la máscara se ajustaba a la perfección a los contornos de su frente, nariz y barbilla. Solo las cuencas de los ojos y los orificios nasales quedaban abiertas, su boca quedaba sellada.

Cuando se vio en el espejo, un cráneo inquietante le devolvió la mirada. Donde debería haber estado la boca, unos dientes esqueléticos se curvaban en una sonrisa. Tenía flores rojas pintadas en la barbilla, las sienes y la frente. En la parte superior había una corona de rosas y espinas doradas.

—Adecuado, ¿no? —dijo doña Lucía—. La gente te comparará con la amante de la muerte con ese traje. Asombrará y aterrorizará a todos los asistentes por igual.

Doña Lucía tiró el cigarrillo al lavabo y se levantó.

—Una última cosa —dijo. Tomó un par de guantes negros y se los puso despacio. Las guardias de palacio llevaban los mismos cuando ponían grilletes a las Majestuosas rebeldes. Las sombras de Rosa retrocedieron—. Tengo algo especial que me gustaría que te pusieras.

Se acercó a una cajita que había sobre la mesa y abrió la tapa; dentro, un brazalete dorado brillaba sobre un suave terciopelo.

—Esto ha sido forjado con hierro. —Enarcó una ceja arrogante y sonrió con satisfacción—. No pensabas que confiaría ciegamente en ti, ¿verdad? ¿No has aprendido nada de mí?

Rosa se enfureció y sus sombras gritaron, pero poco pudo hacer mientras doña Lucía le sujetaba el brazalete en la muñeca. Sus

poderes se callaron, sometidos por el metal sobre su piel.

Doña Lucía extendió su brazo para que Rosa lo tomara, y ella no dudó. Deslizó una mano temblorosa alrededor del codo del ama. Cuanto antes llegara a Isobel, mejor. Además, tenía que saber hasta dónde llegaba su traición.

Tomadas del brazo, salieron al pasillo. En un espeso silencio, las dos se abrieron paso hasta el final del rellano, bajaron los escalones y llegaron al vestíbulo, donde las Majestuosas que habían alcanzado la mayoría de edad permanecían a la expectativa. Los ojos de Rosa se enfocaron en Isobel, que llevaba un vestido de seda de telarañas con arañas de trasero gordo que entraban y salían. Una enorme tarántula le cubría la cabeza con sus patas segmentadas que se movían sobre su rostro formando una especie de máscara.

Isobel juntó sus dedos.

—¿Me veo demasiado perturbadora?

Rosa intentó hablar, pero era imposible con la ridícula máscara que le ocultaba la boca. Doña Lucía era perversa, sabía que Rosa no podría preguntarle nada a Isobel, ya que ni siquiera podía mover los labios.

Doña Lucía palmeó la mano de Rosa antes de separarse y colocarse a la cabeza de la pequeña comitiva. Hizo una seña con la cabeza a los criados y, al unísono, abrieron las pesadas puertas del palacio. Una gran ovación estalló entre los invitados que se habían alineado desde el palacio hasta el templo para que todos pudieran ver de cerca por última vez a las chicas que habían sido elegidas para la Atadura antes de que comenzara el ritual.

Una vez que doña Lucía avanzó, Isobel se inclinó hacia ella.

—Lo siento mucho.

Rosa giró la cabeza hacia ella, quería sacudir a Isobel y preguntarle: «¿Dónde está Juana?».

Isobel inspeccionó la zona para asegurarse de que nadie la escuchaba. ¿Cómo podía alguien oír por encima del estruendo de la multitud?

—Me ordenó que te espiara para asegurarme de que te comportabas. —Su respiración se entrecortaba—. Intenté ocultarle tus secretos y decirle que hacías todo lo que te pedía, para contenerla, pero… —Su barbilla se tambaleó y su rostro se contrajo —. Mató a mis bebés cuando descubrió mis mentiras y les arrancó las piernas como si nada. Lo siento mucho, Rosa. Lo siento mucho. Nunca quise traicionarte. —Isobel se llevó una pequeña tarántula a la mejilla y la acarició. Sus lágrimas cayeron sobre su cabeza—. Es un monstruo.

Un grito brotó del vientre de Rosa y subió por su garganta, pero quedó atrapado en sus labios sellados. Se llevó los dedos a la nuca y empezó a tirar de las cintas que sujetaban la máscara. La cosa no se movía y los nudos se tensaban cuanto más se esforzaba por aflojarlos.

Los aplausos recorrieron el vestíbulo mientras Maribel seguía a doña Lucía hasta la escalinata del palacio y bajaba por el camino. Alma fue la siguiente. Isobel se frotó los mocos de la nariz.

—Ya casi es mi turno. —Su cuerpo se sacudió con un rápido escalofrío.

Se oyeron gritos de asombro cuando Serena y su máscara cubierta de docenas de pequeños espejos siguieron a las otras chicas. Fue una elección acertada ya que la querían porque podía esculpir el rostro de una persona de la forma que quisiera. Rosa recordó el día

en que escaló el palacio para llegar a la habitación de la doña y Serena había guardado su secreto; ella tampoco quería esta vida.

Si Rosa seguía adelante con esto, si se ataba a ese imbécil y cumplía las órdenes de la ama, ¿cuántas otras Majestuosas sufrirían el mismo destino de perder su derecho a elegir lo que querían para su propia vida?

Isobel se giró hacia Rosa y la rodeó con los brazos.

—Por favor, créeme cuando te digo que lo siento. Perdóname.

A Rosa se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería decirle a Isobel que nunca podría culparla y deseó poder decir que no había nada que perdonar ya que todas eran prisioneras de las exigencias de la ama, pero no podía articular ni una maldita palabra por culpa de la estúpida máscara.

Isobel respiró hondo y soltó a Rosa.

—Podemos hacerlo. —Se frotó las lágrimas que le caían por la barbilla—. Mantendré la cabeza alta como tú y afrontaré lo que venga.

A Rosa le dolió el corazón cuando Isobel se adelantó. Su vestido resplandecía sobre su piel morena cuando la brillante luz de las antorchas la iluminó. Grandes vítores llenaron el cielo nocturno y casi ahogaban los gritos de horror dentro del cerebro de Rosa.

¿Cómo había sucedido? Juana y ella nunca volverían a verse y lord Morales usaría las sombras de Rosa para destruirlo todo.

Nunca las había soltado en su totalidad por miedo a lo que pudieran hacer, ya que nunca quiso herir a nadie, pero ¿ahora? Lord Morales las usaría como ejército y la sangre estaría para siempre en sus manos; no podía dejar que eso sucediera.

Un movimiento llamó la atención de Rosa. Era Isobel, que seguía de pie al principio de la escalinata; levantó la barbilla y enderezó la columna, tan segura y seductora como siempre, pero Rosa pudo ver el temblor de su labio inferior mientras comenzaba a descender.

Rosa se tensó e intentó invocar a sus sombras, pero el hierro había hecho que se escondieran bajo sus costillas.

«Os necesito», dijo. «Por favor».

Una sola sombra se abrió paso a través de la sujeción amortiguadora del hierro y se filtró desde la palma de su mano. La levantó y observó cómo palpitaba con debilidad. La pobre cosa era casi transparente.

«Ve a ver si encuentras a Juana», ordenó. «Por favor, date prisa».

Los pies de Rosa avanzaron entumecidos, y ocuparon la posición de Isobel. Más allá, los jardines eran una explosión de antorchas encendidas, flores y adornos, y todos los asistentes vestían trajes y máscaras tan salvajes y extravagantes como los suyos. Una mujer imitaba a un fauno, con una cola ridícula; otra llevaba un dedal y alfileres en la cabeza. El Día de la Atadura no tenía tema, como los demás días de la Ofrenda, porque no había que alabar a Xiomara por orden de la Iglesia.

El burbujeante líquido se derramó en las copas de los invitados, que alzaron sus copas en vítores. Las Majestuosas desatadas permanecían abrazadas mientras los visitantes reían, chismorreaban y bramaban.

El ambiente era divertido, jovial y despreocupado. Era la última velada en la isla para los más ricos del reino, la última ocasión de hacer lo que quisieran hasta el año siguiente.

Rosa apenas podía soportar la idea de otra Ofrenda y de una pobre chica obligada a entregarse a quien pagara el diezmo más alto.

Sus ojos se fijaron en doña Lucía mientras se abría paso entre la multitud palpitante. Lord Morales se movía a su lado, su corona de plumas de pavo real alcanzaba alturas vertiginosas y el pico azul real de su hocico era igual de ancho. La tomó del brazo y la saludó con la mano como si fuera él quien se exhibiera. «Imbécil arrogante», pensó Rosa.

Los juerguistas se separaron mientras las chicas avanzaban en fila hacia el templo. La mirada de Rosa permanecía fija hacia delante. Manos anónimas se acercaban a ella y a las otras chicas mientras continuaban su procesión. Los invitados tocaban su cabello, su piel, sus piernas.

¿Estas eran las personas que dirigían el reino de Coronado? ¿Estos eran sus nobles y malditos jefes de estado?

«Repugnante», pensó. «Ladrones inmorales».

¿No había nadie bueno de verdad en el mundo?

Sus ojos se llenaron de tristeza. Su padre había sido un buen hombre y su madre dulce y amable. Su hermano era capaz de hacerla reír hasta que se le saltaban las lágrimas y Juana era su amiga más querida. ¿Y el rey? Quería marcar la diferencia. Todos ellos habían sido buenos.

Eran dignos de confianza y honorables, pero todos le habían sido arrebatados; incluso Isobel, con sus sonrisas tímidas y sus bromas furtivas, había desaparecido para Rosa.

Echaba mucho de menos a Mariano en ese momento. Su ceño y sus cejas siempre fruncidas y la forma en que le sonreía con esa

expresión de sorpresa, como si él tampoco pudiera creer que fuera feliz. Lo echaba tanto de menos, de un modo tan terrible, que no creía que su alma pudiera soportarlo.

Los pies que habían movido a Rosa entre la multitud boquiabierta se detuvieron de repente. La gente que la rodeaba jugueteaba con los pétalos que formaban su vestido, entre gritos, maldiciones y golpes de unos a otros para llegar a ella y tocarla. Mientras su cuerpo se sacudía por las manos ávidas que manoseaban su carne, su ira floreció.

Era una pequeña semilla que empezó a crecer cuando era pequeña. Su primer recuerdo fue el miedo en la cara de sus padres cuando vieron que tenía poder, cuando sus venas, sus ojos y sus dedos se volvieron negros como un cielo de medianoche. No tenían miedo de ella ni de lo que podía hacer; estaban preocupados por ella, porque la vida de una Majestuosa estaba condenada desde su nacimiento. Y, cuando ellos murieron, seguidos de su hermano, esa semilla había echado raíces. Cada momento terrible después de eso había ayudado a regar la semilla de odio en su interior. Pero esto… la miserable Ofrenda, la codicia de la doña, el señor Morales, la muerte del rey, Juana raptada y Mariano. Todo eso desbordó la presa que contenía su rabia.

Las guardias se precipitaron en el frenético caos, con las espadas preparadas. Una golpeó a un hombre en la sien con la empuñadura de su arma mientras dos jóvenes guardias rodeaban a Rosa con sus brazos y la ayudaban a recorrer el resto del camino hasta el templo. La catedral ya estaba llena con los invitados más preciados, pero el resto de la multitud también entró. Sus voces rebotaban en las paredes doradas como un huracán furioso y casi se le doblaron las

rodillas cuando la colocaron en el escenario junto a sus hermanas Majestuosas.

Isobel tenía los ojos muy abiertos y desorbitados.

—Rosa —susurró Isobel—, tus manos.

Las yemas de los dedos y las uñas se habían vuelto oscuras. Las venas negras palpitaban bajo su piel mientras sus sombras luchaban contra el hierro que debilitaba su fuerza. No había pedido a sus sombras que vinieran, tan solo estaban allí y luchaban por ella y por liberarse.

Rosa cerró las manos en puños y dos palabras se formaron en su mente: «Todavía no».



# CAPÍTULO 36

## Mariano

La luna ya había salido cuando se adentraron en la laguna abandonada donde estaba prisionera la *tlanchana*. La maniobra era arriesgada, un pie en el agua y la criatura atacaría, pero no querían arriesgarse a que nadie les viera, ni a ellos ni a su embarcación anclada más allá de la bahía. Había intentado convencer al rey y a Santi de que se quedaran a bordo del barco, pero no había forma de detenerlos. Iban a liberar a su amor, su hermana y confidente.

Mariano se estremeció al pensar en Rosalinda. Debía de odiarlo, pensaría que la había abandonado. La imagen de ella preparándose para la Atadura con lágrimas en los ojos le encogió el alma.

Todo estaba en absoluto silencio, no se oía el canto de los insectos ni el chapoteo de las olas: el mundo que rodeaba a la *tlanchana* parecía vivir en un estado de quietud.

Los tres botes de remos que transportaban a Mariano y a sus compañeros se acercaron a la orilla.

—Tened cuidado dónde pisáis —susurró, mientras los tripulantes se turnaban para saltar a la arena. Él recordó lo que Rosalinda le había dicho la noche que se sentaron en esta misma laguna. Las aguas habían sido hechizadas y la *tlanchana* no podía hacer daño mientras la superficie permaneciera intacta.

Un único chapoteo sonó en la pequeña laguna y algo oscuro y brillante acechó bajo las turbias aguas. La piedra preciosa palpitaba. Mariano se llevó la mano al pecho. ¿Podría la bestia sentir la magia en su interior?

Cuando abrió la boca para decirle a Santi que algo iba mal, un grupo de guardias irrumpió en dirección al palacio, con sus armaduras que repiqueteaban como el carro de un vendedor ambulante. No eran las fuertes guardianas de doña Lucía, eran los hombres de la Iglesia. Grandes, bestiales toros con espadas deslustradas y dientes perdidos durante años por matar en nombre de sus dioses.

El rey Sebastián se adelantó con presteza, pisando con fuerza como muestra de su poderío.

—Nos dejaréis pasar.

Los guardias se detuvieron, pero nadie respondió. En cambio, uno de los hombres escupió en el suelo, cerca de los pies del rey.

Santi se quedó con la boca abierta.

—No puedes tratar así a tu soberano.

Un hombre de larga barba y cejas espeluznantes soltó una risita.

—¿Qué soberano? Todo lo que veo son intrusos que pronto morirán.

Santi suspiró.

—¿Tenemos que pelearnos siempre? Si soy honesto, me estoy cansando. No considerarían arrojar sus armas ahora y retirarse, ¿verdad?

El guardia rio con amargura y se volvió hacia sus hombres.

—Matadlos.

Mariano desenvainó su sable y saltó de la barca.

Un gran chapoteo llegó desde la laguna y las aguas mancharon la arena y mojaron las botas de Mariano. Muchos de los guardias retrocedieron sobresaltados, con los ojos desorbitados por el terror. Hubo otro chapoteo, luego otro y los botes de remos chocaron y se balancearon antes de volver a sumergirse en el agua.

—Intenta liberarse —gritó un joven guardia que tropezó con un trozo de madera y cayó de espaldas.

El guardia barbudo gritó:

—La reina *tlanchana* tiene hambre. Quizá deberíamos darle de comer a uno de estos chicos.

¿La reina *tlanchana*? La piedra preciosa ardía contra la piel de Mariano. ¿Podría ser de verdad la reina de las sirenas? ¿La que le había dado la piedra a su madre hacía tantos años? Se le ocurrió una idea que podría ser una sentencia de muerte, pero ¿qué otra opción tenía? Les superaban en número y, después de la batalla con el comandante, no estaban en condiciones físicas para ir a la guerra. Solo tenía que confiar en que la gema lo mantendría protegido.

—Poneos detrás de mí —gritó a Santi, al rey y a su tripulación.

Mientras los guardias levantaban sus espadas y corrían hacia delante, Mariano se inclinó hacia las aguas.

Dos ojos brillantes se encontraron con su mirada. Un viento violento barrió los árboles muertos y él se estremeció.

«Suéltame», susurró una voz serpentina en su cabeza. «Dame la mano».

Un escalofrío recorrió su piel, pero ya no tenía tiempo para pensar si los iban a masacrar.

No moriría sin que Rosalinda supiera lo que significaba para él.

Mariano apretó los dientes y metió el puño en el agua fría. Unos dedos pegajosos se aferraron a su antebrazo. La magia onduló sobre la superficie y abarcó la carne de Mariano cuando la piedra le abrasó el pecho.

Gruñendo, levantó a la *tlanchana*. La magia que la retenía luchó contra ambos, pero él era más fuerte. Cayó al suelo y la bestia aterrizó de forma pesada sobre él.

Todo se detuvo y los guardias se paralizaron tartamudeando. La *tlanchana* inclinó la cabeza y olfateó el aire. Su cuerpo se estremeció.

«¿Quién eres?», su voz resonó en su cráneo.

Una flecha zumbó en el aire, clavándose con profundidad en su hombro. Lanzó un gemido desgarrador y se lanzó hacia delante, sus garras se clavaron en el pecho del guardia barbudo, que lanzó un grito agudo antes de que ella le clavara los dientes en la garganta.

Los guardias intentaron luchar contra la bestia, pero su larga cola los lanzó por los aires. Mariano se puso en pie y colocó su cuerpo con la gema entre sus amigos y la *tlanchana*. No pudieron hacer más que ver cómo sus dientes y garras acuchillaban, mordían y destruían todo a su paso hasta que los guardias que quedaban se retiraron.

Santi sonrió satisfecho.

—Estos arrogantes recibieron su merecido.

Giró la cabeza hacia ellos, Mariano apretó la mandíbula y fulminó a Santi con la mirada. Santi hizo un gesto de preocupación y se encogió de hombros como disculpándose.

La *tlanchana* utilizó los brazos para arrastrarse en su dirección, el cabello negro le cubría la cara y goteaba agua fétida por su pecho

desnudo. Abrió las fauces y chilló, y el sonido hizo que todos se arrodillaran. Se lanzó a toda velocidad hacia ellos, mientras que todo lo que Mariano podía pensar era que había liberado a un demonio en la Isla de las Pecadoras.



# CAPÍTULO 37

## Rosalinda

Rosa permaneció en silencio mientras doña Lucía anunciaba los hombres que serían atados a Serena, Maribel, Alma e Isobel. Cada uno de los pretendientes caminó hacia el frente del templo y se paró junto a su Majestuosa, mientras hacían un gran espectáculo al entregar sus monederos a los sacerdotes. Esto era lo que valía una Majestuosa, algo de oro y plata para pagar su diezmo, para su «salvación». Y aquella desdichada ama sonreía y se acomodaba como una tigresa ronroneante todo el tiempo.

Alma fue la primera en ser llamada al altar. Su cabello negro le caía en cascada por la espalda y la máscara de hiedra envolvía sus ojos y su nariz. Sonreía y parecía entusiasmada con su pretendiente. Alma nunca se preocupó por cosas como la canción del corazón o el amor. A sus ojos, era un honor que la hubiera elegido. Rosa seguía sin sentirse bien. Ella también debería haber podido elegirlo.

Extendió la palma de la mano. El cardenal Rivera tomó su espada consagrada y cortó una línea afilada en el centro. Su sangre goteó en un cáliz y su pretendiente realizó el mismo acto. Con las manos aún sangrantes, el cardenal juntó las palmas y las envolvió en una cinta azul para invocar el poder y las bendiciones de los dioses.

Les dio el cáliz con la sangre de la otra persona a cada uno, lo inclinó para que el líquido caliente se deslizara por sus gargantas. Las velas parpadearon y la multitud jadeó. Alma gimió cuando un poco de su magia abandonó su cuerpo y se unió al alma de su anfitrión. El cardenal Rivera hundió el dedo meñique en los restos que quedaban en los cálices. La sangre goteó de su larga uña al trazar una fina y corta línea en el cuello de Alma. Ella siseó cuando el símbolo de su Atadura marcó para siempre su piel.

Y eso fue todo, el ritual estaba completo. Alma ya no era una persona independiente, ya no tenía voluntad propia y debía servir a su noble anfitrión y a su familia a cualquier precio.

A continuación, llamaron a Serena. Rosa observó con resignación.

¿Cómo había permitido que esto sucediera? Había estado tan obsesionada con sus propias necesidades y miedos que no había visto el escenario completo. No vio los terrores por los que estaba pasando Isobel, no había visto la tensa rabia que se reflejaba en el rostro de Maribel, la silenciosa rebeldía de Serena y la ruptura del espíritu de Lola; solo se había preocupado por sí misma y Juana.

Los dedos de Rosa se dirigieron al brazalete de su muñeca. Sus fantasmas recobraban fuerzas, pero aún estaban débiles. Si pudiera quitarse la maldita cosa, podría hacer algo para detener esto.

Pero se les había acabado el tiempo, y la Atadura de Serena estaba completa. Siguió la de Maribel, y, por último, la de Isobel. Doña Lucía levantó una copa de vino, del mismo color que la sangre derramada en el suelo.

—Y ahora, tengo el placer de anunciar a lord Crescencio Joaquín Morales de las Islas del Sur como el pretendiente final.

Los murmullos llenaron la sala cuando lord Morales subió los escalones pavoneándose como el pavo real del que iba disfrazado. Hizo a un lado su capa de plumas y se colocó junto a Rosa. Tenía los ojos y la nariz ocultos por una máscara ornamentada, pero los labios estaban al descubierto y curvados hacia arriba.

—Le agradezco su continua generosidad, doña Lucía. —Levantó su copa de vino espumoso—. Esta noche, celebramos en honor del rey. Que descanse en paz.

Los invitados lanzaron un suspiro colectivo de sorpresa y las voces cobraron vida.

—¿Ha muerto el rey Sebastián? —Una mujer lloró con lágrimas falsas—. ¿Nuestro rey se ha ido?

La sonrisa de lord Morales se hizo más profunda.

—Así es. He recibido la lamentable noticia de que nuestro gran rey ha encontrado su muerte a manos de piratas. Pero no se preocupen, porque lo hemos vengado. No lloren, queridos, porque esta noche celebramos el nacimiento de un nuevo monarca. —Se bebió el vino de un trago y rompió el vaso cerca de los pies del público antes de extender los brazos—: Yo.

El silencio cubrió el templo y nadie se movió, salvo una persona con un sombrero que parecía una ciruela gigante mientras se desmayaba.

Lord Morales se paseó por el escenario, mientras reclamaba el territorio como suyo.

—El rey Sebastián era un simpatizante.

El público jadeó sorprendido.

—Quería que acabáramos con la Ofrenda y que cambiáramos nuestras gloriosas costumbres. ¿Es ese el tipo de gobernante que

necesitamos?

Algunos asistentes negaron con la cabeza.

—Los súbditos de la corona luchan contra nuestras sentencias. Cada día, su determinación se fortalece. Los jóvenes y los pobres desafían las leyes y los impuestos que hemos establecido. Si se levantan en nuestra contra, todos seremos condenados.

Los ojos de los invitados brillaron de comprensión, al saber que las palabras de lord Morales eran ciertas. Durante generaciones, los ricos y poderosos habían dominado el reino de Coronado como un sol implacable y derribaban a cualquiera que se atreviera a decir basta. Los mantenían separados por clases o por habilidades, los mantenían sin educación. Y, sin embargo, los que estaban por debajo de ellos aún luchaban contra la tiranía y resistían.

¿Y qué papel tenían las Majestuosas en todo esto? Abusaban de sus dones para que la monarquía pudiera gobernar con puños pesados hechos de magia.

Una chispa de esperanza se encendió en el interior de Rosa, los desposeídos y desesperados aún ponían nerviosos a los «dueños» de la tierra, que tenían que confiar en Majestuosas como Rosa y Camila para su protección. ¿Qué pasaría si todos aquellos que habían sufrido, que habían perdido, que no tenían nada, se unían y luchaban contra los soberanos que los habían sometido a impuestos hasta matarlos de hambre? ¿Y si las Majestuosas estuvieran con ellos?

El mundo cambiaría para siempre.

Lord Morales hinchó el pecho.

—Únanse a mí en la celebración de esta nueva y gloriosa era en el reino, pues seremos tan ricos y bendecidos como nunca antes.

Esto provocó una oleada de vítores y aplausos.

Rosa bajó la barbilla y con los brazos a sus espaldas, tiró con más fuerza del brazalete que mantenía a raya sus sombras. No se quedaría de brazos cruzados al ver cómo los nobles trataban a la gente por debajo de ellos como excremento en sus botas. Las Majestuosas eran algo más que cuerpos que ofrecían protección, algo más que poderes llamativos que podían hacer llover perlas sobre el cuello de una persona; eran humanas y merecían ser tratadas como tales.

—Como su nuevo soberano, me aseguraré de que los que tenemos propiedades, sirvientes e inversiones en el reino sigamos prosperando. Debemos apoyarnos mutuamente. No hay duda de que los ricos son la columna vertebral y el centro de este gran imperio.

Los vítores de los invitados resonaron en la cabeza de Rosa. ¿Estos eran los líderes de la tierra? ¿Estos monstruos con vestimentas elegantes? ¿De qué había tenido miedo toda su vida?

¿De ellos?

Lord Morales señaló a Rosa.

—Con esta Majestuosa a mi lado, ¿quién puede detenerme?

«No», quiso decir. Sus labios estaban sellados por la máscara, pero la sola idea la hacía sentir bien. Le sentaba muy bien rebelarse, aunque fuera una negativa silenciosa.

Mientras la multitud aclamaba, el vino fluía y las mejillas brillaban, lord Morales se inclinó hacia Rosa y le frotó la espalda con un nudillo. Su piel retrocedió ante su contacto y sus sombras sisearon cuando su aliento le acarició la oreja.

—Después de convertirnos en uno, mi amor, ¿podrías hacer que se inclinaran ante mí si así lo deseara? ¿Podrías obligarlos a saltar al

mar si yo lo deseara? Eres así de fuerte, ¿verdad, cariño?

Rosa tragó saliva y volvió sus ojos hacia la doña. La mujer estaba de pie junto al cardenal, con cara de suficiencia y la barbilla alta mientras lord Morales le ponía en la mano un pesado monedero.

Doña Lucía había ganado. Había conseguido el poder y la influencia que tanto deseaba. No importaba quién saliera herido cuando lord Morales ocupara el trono, porque ella lo había puesto allí y lo había hecho posible. Doña Lucía se había ganado un asiento junto al resto de la élite y se aseguraría de que sus Majestuosas sirvieran bien a su reino.

«Ella está aquí», gritó su sombra. «Está dentro de los muros del palacio. Oigo gritar a Juana. La oigo».

La mente de Rosa se agitó. Aún había esperanza. «¿Dónde está?», le preguntó.

«No la encuentro. No lo sé».

«Sigue cazando. Buen trabajo, sombra».

Sintió su ronroneo.

El dedo de lord Morales recorrió la parte delantera del corpiño de Rosa.

—No veo la hora de atarme a ti.

El asco le corría por las venas y la furia la consumía.

Ella se apartó de su tacto y retrocedió dando los tumbos. La habitación se quedó en silenció de inmediato.

Los ojos de lord Morales se abrieron de par en par.

—¿Te atreves a alejarte de mí? ¿Del hombre que ha pagado un precio tan alto para estar contigo?

Extendió el brazo para agarrarla, pero Rosa fue más rápida. Apenas tuvo tiempo de pensar antes de que la palma de su mano

golpeara su mejilla. Le dolía desde los dedos hasta las muñecas, pero, Xiomara, se sentía de maravilla.

La indignación se desató en sus ojos.

—¡Perra!

La golpeó con la mano, dándole un revés con tanta fuerza que ella cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la fría baldosa. El brazalete también, lo que hizo crujir el metal. Él aulló de risa mientras Rosa gemía y se levantaba.

Doña Lucía bajó corriendo los escalones y la agarró por el hombro.

—¿Qué has hecho? —dijo mientras pasaba por encima de Rosa, y hablaba con lord Morales y el cardenal Rivera en voz baja mientras la habitación giraba en círculos vertiginosos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas calientes y se estremeció. Nunca la habían golpeado de verdad, y, lord Morales lo hizo como si no significara nada.

Como si ella no fuera nada.

La conmoción desapareció y se apoderó de ella una rabia abrasadora, mordaz, que lo consumía todo.

Se enfocó en lord Morales.

—Esa mocosa astuta necesitaba una severa reprimenda. ¿Dónde está su amiga, doña Lucía? Yo digo que le cortemos los dedos para darle una lección a nuestra Rosalinda.

—Sí, lord Morales. —La voz de doña Lucía estaba teñida de desesperación—. Merece ser castigada.

Los invitados se limitaron a mirarla boquiabiertos. Ni siquiera sus hermanas Majestuosas atadas y desatadas hicieron ademán de ayudarla por miedo a las represalias de la ama y los hombres a los

que servían. Durante años, Rosa había agachado la cabeza y observado cómo sus hermanas hacían lo mismo, había obedecido y callado: ahora ya no lo haría más.

Que el mundo viera lo que ocurre cuando una Majestuosa decide que ya no tiene miedo. Cuando decide valerse por sí misma, y no necesita matar su corazón para hacerlo.

Cerró los ojos y levantó el brazo antes de golpearlo contra la baldosa; el dolor la atravesó, pero volvió a hacerlo. Se escuchó la voz de doña Lucía y las guardias se abalanzaron sobre ella. Rosa golpeó el brazalete una y otra vez hasta que una de las bisagras se rompió. Rodeó con los dedos el brazalete roto que mantenía a raya su poder, justo cuando unas manos la agarraron por los hombros y, con una plegaria a Xiomara, Rosa liberó el brazalete de un tirón.

Sus sombras se agitaron como un nubarrón y la máscara que llevaba en la cabeza se desprendió y cayó al suelo. Cuando abrió la boca, no lanzó un grito, sino mil que representaban todos los dolores que había sufrido, todas sus penas, y también las de sus hermanas Majestuosas. Las sombras no eran criaturas que vivieran dentro de ella. Eran dolor y agonía, miedo y odio. Y cada una era más despiadada que la anterior.

Las sombras salieron de su cuerpo con tal fuerza que todos corrieron hacia atrás. Los cristales se hicieron añicos y las estatuas de los dioses también. «Bien», pensó. «Que los bastardos se derrumben. Que el palacio se desmorone. Igual que habían hecho con Xiomara y su templo».

Quería ver a todo el mundo herido como ella, verlos sangrar como ella sangró.

Lord Morales se puso en pie y corrió. Empujó a su mujer y se dirigió hacia las puertas, pero con un pensamiento las sombras de Rosa bloquearon su camino, encerrándolo a él, y a todos los demás, dentro.

Intentó trepar por una ventana, pero una sombra rodeó su tobillo y tiró de él, lo que lo hizo caer boca abajo con un resoplido. Cuanto más se acercaban sus sombras, más intentaba defenderse, pero no podía escapar.

—¿Qué quieres? —La saliva voló de su boca.

«Venganza», susurraban las sombras en su mente. «Venganza».

Se puso a horcajadas sobre él.

—¿Desea tocarme ahora, mi señor?

Las sombras de Rosa se retorcían a su alrededor, entretejiéndose en su cabello y deslizándose por su cuerpo como serpientes mortales. Sabía que era aterradora, con sus ojos y las puntas de sus dedos negros como el alquitrán y su piel enfebrecida por la furia.

Sacudió la cabeza.

—Nunca.

Una pequeña chispa en su interior suplicó a Rosa que se detuviera, sentía que no debía rebajarse a su nivel.

«Misericordia», clamaba su espíritu. «Ten compasión».

Pero apartó esa pequeña parte de ella, el hombre que tenía delante no le había mostrado tanta amabilidad, ni se la mostraría jamás. ¿Por qué iba a ofrecerle algo a cambio?

—Por favor —susurró—, nunca volveré a tocar a un alma viviente si me perdonas.

Rosa encontró la mirada de la esposa de lord Morales. Las dos se miraron. Luego, la esposa hizo un único y casi imperceptible

movimiento de cabeza.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Rosa.

—Tiene razón, lord Morales. Nunca volverá a tocar un alma viviente.

—Por favor. ¡No!

—¡Esto es por el rey! —Alzó la voz lo suficiente para que todos la oyeran.

Sus sombras se abalanzaron y se clavaron en la garganta de lord Morales, que gemía de miedo. Su cuerpo se convulsionó y el blanco de sus ojos se volvió negro.

Estaba de pie. Jadeaba y se sentía enferma. Observaba cómo todo a su alrededor se convertía en un infierno mientras todos huían aterrorizados. Pero su furia era mayor que su miedo. Él trataba a la gente como a perros, era miserable, cruel y la habría obligado a hacer cosas terribles con una sonrisa en la cara.

—Esto es por mí —susurró—, y por todos a los que intentó lastimar.

Las venas de lord Morales se hincharon y su torso se estremeció con temblores agónicos. Su piel se volvió gris. Con un chasquido, la vida en su interior se extinguió.

Una mujer que gritaba tropezó con la pierna del lord y cayó contra un candelabro. Las llamas saltaron a las cortinas, y en unos instantes, la sala quedó envuelta en llamas. Algunas de las Majestuosas del agua intentaron sofocar el incendio con sus poderes, pero las sombras de Rosa las hicieron retroceder.

—Que arda —gruñó.

Maribel sonrió satisfecha y se apartó de los ojos de su pretendiente y abrió los brazos, y envió una ráfaga de aire al fuego hasta convertirla en un torrente de llamas.

—¡Rosalinda! ¡Para! —La voz de doña Lucía se oyó por encima de los gritos, del fuego crepitante y de las manos que golpeaban las puertas de madera.

La máscara de cristal de la señora estaba torcida y el cabello suelto. Se tambaleaba sobre sus pies y las sombras de Rosa debían de haberla hecho retroceder con más fuerza. «Bien», pensó.

Las puertas que se habían cerrado de forma hermética se astillaron bajo el peso de los frenéticos invitados. La madera cedió y la gente corrió para salvar sus vidas, empujándose unos a otros para liberarse de la infernal escena creada por las sombras de Rosa.

—¡Mira lo que has hecho! —Doña Lucía hizo un gesto—. La Iglesia no lo permitirá. ¿Y lord Morales? Lo mataste. ¿Le quitaste la vida a un hombre inocente?

—¿Inocente? —chilló Rosa—. ¡Está tan perdida en sus propias mentiras que no puede ver la verdad!

—Lo has arruinado todo. ¡Tu alma está condenada! No toleraré esto. Yo…

—¡Cállese! —chilló. Sus sombras se envolvieron alrededor de las vigas en lo alto y tiraron hacia abajo, estrellándose entre ella y la doña con una fuerza estrepitosa.

Sus ojos recorrieron lo que quedaba del templo a través del fuego y el humo. Pudo ver dos cuerpos inertes en el suelo: lord Morales y el cardenal Rivera. Ella lo había hecho. Había dado rienda suelta a sus sombras. Sus acciones habían sido miserables y horribles, pero

al menos ahora el mundo nunca vería a ese hombre convertirse en rey.

Rosa cayó al suelo. Su energía agotada, su alma en carne viva, y su corazón dolido por el hombre que la había traicionado. Las llamas lamían su carne y el humo le invadía los pulmones. Sus ojos se volvieron pesados.

«Descansa», canturreaban sus sombras. «Escóndete. Nosotras nos ocuparemos de todo lo demás».

Y, por segunda vez en su vida, lo permitió.



# CAPÍTULO 38

## Mariano

Veloz como una víbora, la serpentina cola de la *tlanchana* envolvió a Mariano y lo empujó hacia delante. Sus garras rasgaron su camisa hasta dejar al descubierto la cadena y sus ojos brillantes lo miraron a la cara y luego volvieron a la gema.

«¿De dónde has sacado esto?». Su voz se deslizó en su cerebro.

—Era de mi madre —dijo, mientras intentaba no respirar su hedor.

«¿La capitana Antonella?».

Tragó saliva. Asintió.

«¿Dónde está ahora?».

—Muerta.

«¿Y el chico? ¿Manuel?».

¿Su padre?

—Muerto también.

Ella siseó.

«¿Sabes qué es esta piedra, pirata?».

Ella la agarró con la mano, tiró de la cadena con fuerza contra su nuca.

—Fue un regalo, protege al portador de…

«De criaturas como yo».

Se lamió los labios resecos.

—Me han dicho que te lleva al deseo de tu corazón.

Le pasó una garra por el mentón. «¿Y qué deseas? ¿Ser como tu padre? ¿Ganar riquezas inconcebibles?».

Mariano se estremeció.

—No. Yo… —¿De verdad iba a decir esto? ¿En voz alta para que lo oyeran todos esos hombres? Tenía que hacerlo, o temía que ella le cortara la garganta en dos—. Quiero amor. Quiero amar y ser amado. Y quiero una familia —sonrió—, aunque la riqueza también estaría bien.

Las escamas de la *tlanchana* brillaron.

«Realmente eres su hijo».

—¿La conocías? —A Mariano se le llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeó para disipar esa extraña sensación.

Ella esbozó una sonrisa afilada.

«Le di esa gema».

Una terrible conmoción sonó en algún lugar de la isla. Hubo una explosión, seguida de gritos de terror.

—Rosalinda —dijeron al unísono Santi, el rey Sebastián y Mariano.

«La bruja con la que te vi antes, ¿es el deseo de tu corazón?».

Sí, eso era Rosa para él. La pequeña ladrona había soltado la piedra que sellaba su corazón. Ahora, cantaría y lo llamaría, siempre.

La reina *tlanchana* rodeó la cadena con los dedos y tiró de ella. Su cadena se soltó y él cayó al suelo.

«Mi deuda está pagada en lo que concierne a tus padres. Que estés bien, hijo de Antonella Ruiz. Que nunca nos volvamos a ver».

Se deslizó hacia la estatua en la que Rosalinda y él se habían sentado hacía solo unas noches y la hizo pedazos. El suelo tembló, las aguas turbias brillaron y palpitaron, y luego todo quedó en

silencio. Fuera cual fuese el hechizo que la había mantenido atrapada, debía de haberse mantenido dentro de la estatua. La reina *tlanchana* se zambulló en la laguna y su cola atravesó la superficie y golpeó el agua con un enorme chapoteo, lo que hizo que los botes que se habían alejado de la orilla regresaran a la arena.

Los gritos resonaron desde donde se alzaba el templo.

Sin decir una palabra más, Mariano echó a correr. Sus pies lo llevaron hacia el caos y su corazón hacia ella. Santi y el rey ya lo alcanzarían, no estaba dispuesto a aminorar el paso por nadie.

Una luz resplandeciente ondulaba sobre los árboles y el calor le rodeó las mejillas. Se detuvo ante el templo, o al menos lo que quedaba de él, ya que todo el lugar había ardido en llamas. No podía ver más allá de la puerta, solo había humo, cenizas y un fuego rugiente.

Corrió hacia las llamas.

—¡Rosalinda! —La garganta le ardió de inmediato. Tosió—. ¡Rosalinda! —Estallidos y crujidos vinieron del interior mientras los cristales se rompían por el calor—. Maldita sea. —Se pasó las manos por el cabello, en busca de algo que lo ayudara a entrar sin chamuscarse la carne.

Entrecerró los ojos contra el calor abrasador, protegiéndose los ojos con el antebrazo. Ella no podía estar ahí; nadie podía estar vivo. Tenía que estar en otra parte, tal vez estaba fuera con los supervivientes que quedaban o tal vez había huido; tenía que ser eso, ella estaba bien. Estaba bien. Ella estaba bien. No lo habían arriesgado todo, luchado contra viento y marea, solo para que ella pereciera en el último momento.

Entonces se dio cuenta, tan de repente que se le doblaron las rodillas. La visión de Juana. La serpiente que envolvía una rosa roja como la sangre, y la apretaba hasta que el tallo se rompió. Rosa sola en un precipicio, rezumando tristeza. Muerte y destrucción. Fuego. Deshaciéndose.

A lo lejos se oían voces que sonaban como si vinieran del palacio. Empezó a correr, pero se detuvo.

Una sombra oscura atravesó el infierno como un barco fantasma flotando entre la niebla y se deslizó entre los escombros y las llamas.

Mariano se detuvo cuando la aparición atravesó la puerta del templo.

Sombras deslizantes rodeaban su cuerpo, protegiéndola de las llamas. Tenía los ojos negros y la cara cubierta de hollín, estaba casi desnuda salvo por los pétalos de rosa pegados a su piel manchada.

Pasó junto a Mariano, con los ojos desenfocados.

—Rosa —llamó. Fue tras ella—. ¡Rosalinda, detente!

Las sombras que la rodeaban siseaban como víboras. Mordían y chasqueaban cuanto más se acercaba.

Y entonces, ella estaba allí de pie ante él. Una versión vacía de sí misma.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Pero la sombra que llevaba el rostro de su amor no reconoció su presencia.

—Rosa.

Se detuvo y giró en su dirección.

«No nos llames por ese nombre».

La voz de Rosalinda desapareció, reemplazada por mil susurros miserables.

El horror desgarró los pulmones de Mariano.

—Rosalinda, soy…

«¡Un mentiroso!», gritaban las voces. «¡Eres un mentiroso! ¡Nos abandonaste!».

—No. Yo… —Se lanzó hacia delante, mientras la cogía de los hombros—. Mírame. —Le dio una rápida sacudida—. Mírame, maldita sea.

Las sombras golpeaban contra su cuerpo, pero él no sentía dolor. Le tiraban del cabello y rasgaban la ropa, pero no la soltó.

—Sé que puedes oírme. Sé que estás ahí en alguna parte —gritó —. Por favor, Rosalinda. Vuelve conmigo.

Al diablo las sombras. No pasaría ni un minuto más sin que su alma gemela supiera quién era. Sin que ella supiera lo que significaba para él y que nunca la lastimaría a propósito. La necesitaba de vuelta ahora mismo.

—Escucha mi voz. —Sus dedos se clavaron en sus brazos—. Eres Rosalinda, hermana de Santiago, aliada del rey, amiga de Juana y… la ladrona de mi corazón.

Su cabeza se inclinó muy despacio, lo que hizo que se le estrujara el estómago.

—Eres la persona más valiente que he conocido. Puede que solo hayamos pasado un breve tiempo juntos, una pizca de polvo en la línea temporal del destino, pero la apreciaré siempre. Me has enseñado lo que es la esperanza y querer una vida mejor. Rosalinda, me has enseñado a amar.

La ceniza se agitaba con la brisa y le llovía sobre el cuello y los hombros. Aulló ante la embestida de dolor abrasador, y sintió cómo

trozos de su piel chisporroteaban y estallaban como grasa fundida en una cazuela.

—Por favor, vuelve conmigo. Voy a llevarte a mi casita en la Fortaleza del Pirata, ¿recuerdas? Por favor, recuerda.

Aquellos ojos negros y desalmados se clavaron en los suyos.

—No vale la pena salvarme. Soy una asesina.

A Mariano se le alivió el alma, era la voz de Rosa y no la de sus sombras.

—No me importa lo que hiciste, ni a ninguno de nosotros… ¿me oyes? Ninguno de nosotros tiene las manos limpias en esta maldita isla.

Sin embargo, ella lo atravesó con la mirada.

—Me abandonaste.

Sacudió la cabeza.

—Me raptó el comandante. Nunca te abandonaría.

Sonaron pisadas en el camino. Sonó la voz de Santi que por fin los había alcanzado. La esperanza brotó en Mariano como un manantial.

—El rey Sebastián está aquí. —Con la yema del pulgar le limpió el hollín de la mejilla—. Tu hermano también.

—¡Mentiroso! —Sus sombras rasgaron el aire y los árboles se quebraron—. ¡Están muertos! Están todos muertos.

—No. El rey Sebastián y Santiago corren hacia aquí mientras hablamos.

Sus pestañas se agitaron, cerrándose sobre sus ojos. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, mezclándose con la suciedad.

—Todo el mundo miente siempre.

Odiaba verla tan destrozada y desconfiada. Odiaba que él, aunque no lo hubiera hecho a propósito, tuviera algo que ver con su ruina.

Sus dedos se apretaron alrededor de su cara.

—Nunca te mentiré. Eres la canción de mi corazón y no he amado a nadie con tanta ferocidad en toda mi vida. Quiero —se estremeció cuando más brasas asaltaron su cuerpo—, quiero estar contigo.

Cuando ella abrió los ojos, tenían el glorioso tono ámbar quemado que él adoraba. Mariano sonrió con nervios.

—Ahí estás.

Lo miró con asombro y sus manos rodearon su muñeca.

—¿Has vuelto por mí?

Se inclinó hacia ella y le besó la frente manchada de hollín y sangre.

—Sí, encontré mi camino a casa.



# CAPÍTULO 39

## Rosalinda

Él giró su cuerpo para que ella pudiera ver al pequeño grupo que venía del bosque. Jadeó y aspiró una bocanada de ceniza. Presenciaba una aparición, la inhalación de humo había dañado sus sentidos.

Era el rey el que estaba allí justo delante de ella. Agotado y ensangrentado, pero vivo.

Miró a Mariano, y él le sonrió con timidez. Si su cuerpo no estuviera tan débil, lo habría besado allí mismo.

—Pero… yo os vi morir —le dijo al rey Sebastián.

Se frotó el cuello.

—Soy un poderoso sanador, ¿recuerdas? Una pequeña herida de cuchillo no puede detenerme mucho tiempo.

Rosa enjugó sus lágrimas e incluso esbozó una pequeña sonrisa.

—Os habéis vuelto arrogante en nuestro tiempo separados, alteza. En especial, cuando acabo de hacer todo esto… —Señaló el templo en llamas—. En parte en vuestro honor.

Sonrió e inclinó la cabeza.

—Nunca volveré a cuestionar tu lealtad.

Un hombre avanzó y su gracioso bigote se crispó. Sus ojos dorados brillaban, mientras atrapaban las llamas como la luz de las

estrellas. Era delgado, anguloso y muy familiar.

Una visión de un joven que bailaba y cantaba a pleno pulmón para secarle las lágrimas cuando era niña surgió en su mente.

Los rasgos infantiles se habían endurecido, pero sin duda era él.

Las lágrimas volvieron a nublarle la vista y cerró los ojos. Cuando los abrió, Santiago seguía allí. Xiomara, bendita sea, su hermano estaba vivo.

Pero ¿cómo? ¿Cómo había llegado a la Isla de las Pecadoras? ¿Cómo lo había hecho Mariano?

Se volvió hacia su pirata, el cabello le sobresalía en ángulos extraños, tenía la cara maltrecha y magullada, pero nunca había visto nada tan perfecto como él en aquel momento.

Mariano asintió con la cabeza.

—De verdad es él.

La barbilla de Rosa tembló mientras sus ojos se volvían hacia el hombre, y se atrevió a pronunciar la esperada palabra.

—¿Hermano?

Tragó saliva.

—Sí.

—¿Cómo?

Sus ojos se fueron al suelo.

—Yo…

A Rosa no le importó. Corrió a toda velocidad; hacía demasiado tiempo que le dolía su ausencia en el cuerpo.

Chocaron. Él se rio y la balanceó en el aire como hacía cuando ella era pequeña. La abrazó fuerte y apoyó la mejilla sobre su cabeza.

—Mi preciosa Rosa.

Tenía los ojos tan apretados que le dolían. Así solía llamarla su padre.

—¿Cómo puede ser? —susurró.

La retuvo allí, entre sus brazos.

—Después de que te secuestraran, busqué por todas partes a los hombres que te raptaron. Ellos… Dijeron que estabas muerta, pero estuviste aquí en esta desdichada isla todo el tiempo. Yo…

Se apartó un poco, solo para mirarla.

Le temblaba la barbilla.

—Te fallé en todo, y sé que no merezco tu amor ni tu confianza, pero te juro que te creí muerta. No debería haber creído a un maldito cazador y debería haber seguido buscando. Si hubiera sabido que estabas aquí…

Sus palabras la inundaron de emociones. Sus ojos llorosos se clavaron en los de ella, pidiéndole perdón, pero no había nada que perdonar. Había sido el mejor hermano mayor que cualquier joven Majestuosa pudiera desear.

—Después de que te raptaran, recé para que los buitres se abalanzaran sobre mí y me destrozaran, pero nunca vinieron. Siempre pensé que la muerte me jugaba una mala pasada al no venir esas primeras semanas, pero ahora veo que tuvieron piedad.

Le quitó la suciedad de la mejilla.

—Nunca he estado más orgulloso en la vida de nada más que de poder llamarte mi hermana.

A Rosa se le cortó la respiración. Oír esas palabras de Santi era como un bálsamo fresco para su alma rota. Rodeó su torso con los brazos, y lo apretó con las pocas fuerzas que le quedaban. Sus manos la envolvieron y su calor la tranquilizó.

—Te he echado de menos —susurró—. Te he echado de menos más de lo que te imaginas. —Él suspiró en su cabello—. Pensé que me odiarías.

Rosa apretó más fuerte.

—Nunca.

Alguien gritaba a lo lejos, y a continuación, se oyó un estruendo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el rey.

—Deben ser las Majestuosas —dijo Rosa—. Con suerte hacen pedazos el palacio. —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¡El palacio! —Salió del regazo de Santi y se alejó corriendo.

—¿Adónde vas? —la llamó.

—¡A buscar a Juana! Está en algún sitio dentro.

Mariano se apresuró a alcanzar a Rosalinda.

—¿Ha estado en palacio todo el tiempo? Pero ¿cómo? —preguntó —. Yo la oí en esos túneles. Sin duda era Juana con quien hablé. Ella… ella me habló de su visión.

—Doña Lucía lo sabía todo, sabía de ti, de nosotros porque obligó a mi hermana Majestuosa a espiarme. Debió saber que habías encontrado esos túneles y trasladó a Juana antes de que pudieras llegar a ella.

—Maldita hechicera —escupió.

—No tienes ni idea.

Los hombres la siguieron de cerca y no dijeron nada mientras subía los escalones. El vestíbulo era un caos y las Majestuosas corrían de un lado a otro, mientras echaban a los invitados, lanzaban bolas de nieve a la cara de las guardias, rompían jarrones, bailaban, reían y aplaudían. Eran libres y hacían lo que les daba la gana.

Pero ¿dónde estaba doña Lucía?

Unos jóvenes vestidos con los colores rojo y negro de la armada del rey Sebastián entraron en pelotón. Mariano se volvió hacia ellos.

—Id a la bahía, y aseguraos de que nadie salga de esta isla. —Sonrió—. Tengo una idea.

Justo cuando el pie de Rosa tocaba el escalón que conducía a las habitaciones, doña Lucía apareció en lo alto de la escalera con Juana a cuestas.

—¡Juana! —gritó Rosa. Juana tenía las manos esposadas con grilletes, pero aparte de eso parecía ilesa. Gracias a Xiomara.

—Me alegro de verte libre de esas sombras —gritó Juana mientras bajaba los escalones—. Esta vieja bruja necesitaba ser… —Sus palabras se cortaron. Su boca se abría y cerraba como si se estuviera ahogando.

—¡No! —Las sombras de Rosa se precipitaron hacia delante, pero se detuvieron cuando la ama puso a Juana delante de ella. Los dedos de sus pies se tambaleaban sobre el último escalón.

Miró al rey Sebastián, a Mariano, a Santiago y se burló.

—Eres más difícil de matar de lo que pareces. —Levantó la mano, con la piel reluciente de poder. Los tres hombres detrás de Rosa jadearon, se agarraron la garganta y cayeron de rodillas.

El pánico se apoderó de Rosa, pero ya no jugaba a los juegos de doña Lucía. Había terminado la era de suplicar clemencia por una vida que fuera suya. No iba a pedir: la tomaría.

—¡Suficiente! —Rosa liberó sus sombras, a todas ellas, que saltaron sobre los tres hombres que ahora formaban parte de su familia y empezaron a trabajar para romper el agarre de la ama.

Rosa subió los escalones a golpes. El resto de sus sombras giraban y se retorcían alrededor de su cuerpo, dispuestas a hacer lo

que fuera necesario para salvar por fin a Juana.

A doña Lucía le brillaron los ojos y Rosa se preparó para la ráfaga de dolor que doña Lucía pretendía enviarle, pero, antes de que la ama pudiera hacer nada, Juana le dio un codazo en las tripas y un pisotón en el pie. Doña Lucía gritó de rabia y empujó a Juana, haciéndola volar escaleras abajo.

Rosa se estremeció, pero, con un solo pensamiento, sus sombras avanzaron a toda velocidad para atrapar a su amiga. Juana cayó, pero las sombras se llevaron la mayor parte del golpe.

Rosa avanzó y tiró a la doña al suelo.

Las uñas de doña Lucía se clavaron en la cara de Rosa, y cortaron su piel como cuchillos. Rosa lloró de dolor, pero no le importó, se aseguraría de que la ama no volviera a hacer daño a nadie.

—¡Lo arruinaste todo! —gritó la ama—. La Iglesia nunca volverá a tomarme en serio. No después de lo que has hecho. ¡Pequeña bruja desagradecida!

El poder de doña Lucía rezumaba por la garganta de Rosa y por sus pulmones. Se extendió como fuego helado hasta que cada trozo de la carne de Rosa se congeló. La alarma corría por sus venas, pero no podía moverse, ni siquiera podía obligar a sus pulmones a funcionar.

Sus pestañas se agitaron de forma violenta. Aire. Necesitaba aire.

—Te di el mundo. Te ofrecí a lord Morales y todas sus riquezas en bandeja de plata, ¿y así es como me lo pagas?

A Rosa le ardían los pulmones.

«No merece vivir», susurraban las sombras de Rosa. Estaban débiles, cansadas, pero no dejarían de luchar hasta que Rosa

exhalara su último aliento. «Permítenos protegerte. Es todo lo que siempre quisimos».

Durante mucho tiempo, se había equivocado con ellas. No eran sus enemigas, sino sus aliadas. Su alma no era miserable; era cariñosa, fuerte y protectora de sus seres queridos.

Como el rey Sebastián, como Juana, y Santi. Como Mariano. También como ella.

—Daré un escarmiento contigo y tus amigos. Todo el reino sabrá que no soy alguien a quien se le debe dar la espalda.

Las uñas de doña Lucía se clavaron en el pecho de Rosa.

—Empezaré por tu corazón, ya no lo necesitarás.

Las voces sonaban desde abajo y su familia estaba a salvo del poder de la ama. Ella y sus sombras se habían asegurado de ello, pero sabía que la ama nunca se detendría y mientras viviera, buscaría vengarse de Rosa.

Los ojos de Rosa se clavaron en los de la ama, y en ellos solo vio codicia y odio.

«Fantasmas, haced lo peor».

Los gritos de angustia de la ama penetraron en la mente de Rosa mientras sus sombras se vengaban. Estaba mal quitarle la vida a otra persona, pero en este caso, no se permitiría sentir nada.

Pesados pilares se estrellaron a lo lejos y gruesas enredaderas se entretejieron alrededor de las vigas y aplastaban el palacio desde dentro. Un nuevo incendio se había desatado. Las llamas comenzaron a devorar el salón de baile, el mismo lugar donde la vida de Rosa había terminado y comenzado. ¿Cómo era posible que solo una semana antes ella y Juana estuvieran intentando escapar? Los brazos y las piernas de Rosa se entumecieron. Todo se volvió

más lento y borroso, y el calor de su sangre filtrándose por su pecho era como un abrazo reconfortante.

—Tenemos que salir de aquí —clamó alguien por encima de los gritos de la ama—. Todo el lugar se está viniendo abajo.

Unas manos fuertes le rodearon el torso y las rodillas, y la levantaron como a una niña dormida. En su mente borrosa, se preguntó si no estaría soñando. Tal vez, si se obligaba a despertarse, descubriría que se había quedado dormida y que su padre la llevaba a la cama.

Las últimas fuerzas de Rosa se disolvieron y la oscuridad se apoderó de ella, atrayéndola al olvido, arrastrándola a algún infierno al que, tal vez, pertenecía.



# CAPÍTULO 40

## Mariano

-Te tengo —susurró Mariano—. Quédate conmigo, Rosa.

Un cruel tajo marcaba su pecho. Serpientes de sangre se deslizaban por la pendiente de sus pechos hasta lo que quedaba de su vestido. Sus brazos colgaban inertes mientras corría hacia la salida y sus sombras se deslizaban por el suelo bajo ellos, demasiado débiles para volver siquiera hacia ella.

Pero había ganado: había rescatado a su amiga y había liberado a toda la isla. Un crujido salvaje resonó cuando los pilares del vestíbulo se partieron.

—Corred —rugió Mariano por encima de las crepitantes llamas—. ¡Corred!

Santi y el rey levantaron a Juana y corrieron hacia la puerta.

Una mano invisible agarró la garganta de Mariano y el hielo llenó sus venas impidiéndole respirar. Apretó los dientes, obligó a sus piernas a moverse, mientras luchaba contra la agonía y su pulso se ralentizaba.

—¡No dejaré que la tengas! —gritó doña Lucía.

Cuando Rosa se desvaneció, sus sombras habían perdido fuerza, y dejaron el dominio libre a la ama.

Se balanceaba en lo alto de los escalones, con la piel llena de furiosas cuchilladas.

Solo unos pasos más. Eso era todo lo que debía hacer para que salieran del palacio antes de que se acabara el tiempo.

Desde arriba se oyó un chirrido desgarrador. Mariano levantó los ojos antes de que cayera la última viga. Atrapado en un minúsculo espacio en solo unos instantes, solo pudo observar cómo la viga en llamas caía sobre ellos. Podía oler el barniz quemado, podía saborear la ceniza y el hollín.

Con sus últimas fuerzas, se lanzó hacia delante.

Rosa salió volando de sus brazos y se precipitó por los escalones de piedra que conducían a las puertas de entrada.

La siguió de cerca, con el aire que salía de sus pulmones por el impacto. El palacio se derrumbó y los gritos de doña Lucía se cortaron cuando lo que quedaba del vestíbulo se estrelló sobre su cabeza.

Una explosión de llamas arrojó a Mariano y el fuego abrasador le mordió la carne. Se retorció. Se quemó. Cada parte de él, desde su piel hasta su alma, estaba chamuscada por la ceniza.

El rostro manchado de hollín de Juana apareció en su visión borrosa; ella se veía tan horrorizada como él herido.

—Has sobrevivido —resolló.

Sus ojos se ablandaron y se llenaron de lágrimas.

—Parece que soy tan difícil de matar como vosotros tres. —Señaló a Santi y al rey, que estaban abrazados, mientras se besaban y lloraban. Juana se arrodilló junto a Rosa y le puso la mano sobre la herida, luego, sus ojos se desviaron hacia el pecho de Mariano—. ¿Así que tú eres la serpiente del mar?

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

—Esperaba que tu visión fuera errónea.

—Nunca lo son. —El rostro de Juana se endureció, pero entonces miró hacia lo que quedaba del palacio—. Tal vez que Rosalinda se entregara a su poder no fue algo tan malo. Tal vez necesitaba romperse para que algo nuevo pudiera renacer.

De los escombros salía humo y solo se había perdido una parte del gran palacio, pero pudo ver que el fuego comenzaba en el ala oriental. Mientras tanto, el agua fluía por las ventanas del oeste; quizá no todas las Majestuosas deseaban ver el lugar arder en llamas.

Santi y el rey Sebastián cojearon hacia ellos. El rey cayó al lado de Rosa y sonrió con timidez a Juana.

—Hola.

Juana se quedó boquiabierta.

—¿Hola? Alteza.

Santi se aclaró la garganta.

—Soy Santiago Raúl Marcos Acalán Cienfuegos, hermano de Rosalinda. —Esperó a que Juana dijera algo, que se desmayara tal vez, pero ella se limitó a sonreír.

—Eres tal y como ella te describió —dijo Juana y él le devolvió la sonrisa.

—¿Me permites? —preguntó el rey, mirando a Santi, a Mariano y a Juana. Juana enarcó una ceja—. ¿Me permites que…?

—Nuestro rey es un sanador —dijo Santi—. Aunque, debo decir que encuentro su método un tanto problemático.

—Hazlo —interrumpió Mariano.

El rey se inclinó y besó los labios de Rosa. Santi tenía razón, el rey Sebastián tendría que buscar una nueva estrategia. A partir de ahora, los labios de Rosa estaban reservados solo para Mariano; si sobrevivía.

La hemorragia disminuyó y el rey se desplomó.

—¿Quieres que me deshaga de ellas? —preguntó Santi a Juana, mientras señalaba sus grilletes.

—Por favor.

Se puso manos a la obra, desbloqueándolos con facilidad.

Cuando los pesados hierros golpearon contra el suelo, dijo:

—¿Qué tal si nos largamos de esta isla?

En silencio, Mariano deslizó los brazos bajo su amor y la levantó. Gruñó contra el dolor, sus huesos doloridos y su carne quemada, pero prefería morir condenado a que la apartaran de su lado.

De las sombras surgieron figuras espeluznantes. En su neblina de dolor, pensó que eran engendros que venían a buscarlo en su fin, pero no eran más que Majestuosas desaliñadas con los ojos brillantes. Se abrazaban unas a otras; algunas lloraban, pero la mayoría sonreía como si ver arder el palacio fuera un regalo.

Dos mujeres destacaban entre la multitud y se acercaban tomadas del brazo. Juana dio un pequeño grito ahogado.

—Lola —susurró cuando vio a la Majestuosa de cabello largo y castaño.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, abrió la boca para hablar cuando la más alta preguntó:

—¿Ha muerto Rosa?

Juana negó con la cabeza.

—No, Isobel. Se pondrá bien.

La Majestuosa suspiró aliviada, una gran araña trepó por su brazo y se posó en su hombro. Le temblaba la barbilla.

—Todo esto es por mi culpa —dijo en voz baja—. Le conté a la ama tus planes. Yo no quería hacerlo. Yo…

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Juana—, y me alegro de que estés a salvo. —Su atención se volvió hacia Lola—. Las dos.

Un rubor afloró a las mejillas de Lola, y resaltó la marca que Mariano había visto lucir antes en otras Majestuosas en los mercados oscuros.

—Debería haber estado allí —lloró Lola—. Debería haberte seguido hasta el fin del mundo, pero estaba tan asustada por las cosas que he visto; he pasado por tanto.

Juana se acercó a Lola en dos zancadas y la abrazó, y Lola le devolvió el abrazo.

—Lo sé —Juana se enjugó una lágrima—, pero ahora tenemos que irnos. Tenemos que devolver al rey a donde pertenece y sacar a Rosa de aquí.

Lola negó con la cabeza y dio un paso atrás.

—No puedo, Rosa debe odiarme.

—Ella nunca lo haría —dijo Juana—. No la dejaré.

—Pero…

Juana tomó la barbilla de Lola.

—Antes no la oía, tenía la cabeza ocupada con mis preocupaciones, pero ahora la oigo. Eres la canción de mi corazón.

Las pestañas de Lola se agitaron.

—Todo este tiempo pensé que estaba equivocada, pensé que mi corazón me había mentido porque nunca mencionaste… Estamos predestinadas.

—Sí. Si tú te quedas, yo me quedo —afirmó Juana.

—Entonces todos debemos quedarnos —añadió Santi—. Y eso arruinaría todo por lo que tanto hemos luchado. Una reina *tlanchana* casi nos mata.

Los gritos de los hombres resonaron en el bosque y los guardias que quedaban por fin se habían armado de valor para atacar. Se escucharon ramas quebrándose y las voces se hicieron más fuertes, parecía que docenas venían hacia allí. Y, con cada uno de ellos tan maltrecho, no había manera de luchar.

—Debemos irnos —dijo Mariano, no había llegado tan lejos para morir en el último momento.

Isobel puso una mano en el hombro de Lola.

—Ve, yo me quedaré y me aseguraré de que nuestras hermanas estén bien. Arreglaré todo el daño que la ama me hizo hacer.

—Ven con nosotras —instó Juana—. No deberías tener que pagar por algo que te obligaron a hacer.

—No, pero esta es la única manera. Estoy atada al nuevo líder de los cazadores y él podría usar nuestra conexión para llegar a vosotros; no volveré a ser utilizada de esa manera.

—¿Dónde está? Podríamos obligarlo a venir —sugirió el rey Sebastián.

—Está dentro, alteza, e intenta sacar a quienquiera que esté atrapado en el palacio. Yo… No creo que sea un hombre tan terrible.

—Accedió a la Atadura —repuso Santi—. Es una escoria.

—Es joven, tiene solo dieciocho años como yo. Y la verdad es que no conozco su pasado, no puedo juzgarlo porque todos hacemos lo que podemos ante situaciones apremiantes. Yo… No quiero dejarlo, ni tampoco lo llevaría con nosotros porque los cazadores se volverán

locos y vendrán a buscarlo. —Enderezó los hombros—. Me quedo. Lleva contigo cualquier Majestuosa que puedas encontrar y vete de esta isla lo antes que puedas.

El golpeteo de las botas contra las hojas secas tensó el cuerpo de Mariano. Rosa le pesaba en los brazos, no quería interrumpir la despedida de las Majestuosas, pero el tiempo no estaba de su lado.

—Ve —dijo Isobel, y miró hacia el bosque. Levantó los brazos al cielo, e invocó a mil pequeñas bestias a su lado—. Salid de aquí. Os prometo que mis bebés y yo estaremos bien. Los mantendré distraídos todo lo que pueda. Llevad al rey a su trono y provocad el cambio. Encontrad una manera de romper el hechizo que ata a las Majestuosas a sus anfitriones. Luego, regresad a por nosotras.

El primer guardia apareció mientras blandía una espada y unas esposas de hierro. Mariano reacomodó a Rosa en sus brazos, aunque el mero acto resultaba agotador. Era imposible que ganaran otra batalla, no cuando aún le dolían todos los músculos del cuerpo.

—Debemos huir —dijo.

Isobel sonrió.

—Dile a Rosa adiós de mi parte, y que le doy las gracias por verme.

—Lo haré —dijo Juana.

Dieron la espalda a Isobel y a su ejército de arañas y corrieron hacia la laguna tan rápido como sus cuerpos heridos se lo permitieron.



# CAPÍTULO 41

## Rosalinda

Tres días después de la Ofrenda, Rosa se despertó sobresaltada y sacudida por los terrores de sus sueños.

A medida que la niebla del sueño se evaporaba, su entorno se volvía más claro.

Dos ventanas circulares dejaban entrar pequeños rayos de luz. Las paredes y el techo eran de listones de madera. Unos vasos verdes y azules tintineaban unos contra otros en una mesa junto a la que descansaba. Todo parecía ondular de forma lenta bajo ella, como si el mundo estuviera a la deriva. Le dieron ganas de vomitar, sobre todo cuando la invadieron los recuerdos de lo sucedido.

No había sido una pesadilla.

Lord Morales. Doña Lucía. Cardenal Rivera. Habían desaparecido.

Un grito ahogado escapó de sus labios, ellos estaban muertos por lo que ella había hecho. Sonaron pasos desde arriba y Rosa se paralizó.

Dos botas aparecieron sobre los escalones de la escalera, luego unos pantalones sueltos y una camisa ondeante con las mangas subidas hasta el codo. Rosa supo enseguida que aquellos rizos pertenecían a Juana. Se lamió los labios resecos e intentó hablar,

pero no le salieron palabras. El fuego, las llamas, el poder helado de doña Lucía, le habían abrasado la garganta.

Una amplia sonrisa se dibujó en la cara de Juana, que se ensanchó.

—¡Lo sabía! —Saltó de la escalera y corrió hacia la cama—. Está despierta —gritó Juana—. ¡Rosa está despierta!

Se arrodilló junto a Rosa.

—Tuve una visión de que despertarías justo después del té, y aquí estás. —Sacudió la cabeza con asombro—. Todos estos años no he podido controlar mis dones porque temía por nuestro futuro. Pero ¿ahora? Ay, Rosa, veo todo con tanta claridad. Mis visiones están ligadas a mis emociones, al igual que tus sombras.

Rosa parpadeó para ahuyentar las lágrimas que le llenaban los ojos porque su mejor amiga parecía feliz de una forma tan maravillosa. Sus rasgos no estaban tensos y agotados por la preocupación como en los últimos años; tenía una ligereza contagiosa.

—Hay tanto para contarte. —Juana tomó un pañuelo de la mesa y secó la piel húmeda de Rosa—. Has estado dormida varios días. La verdad es que estuvimos muy asustados.

¿Estuvimos? Rosa intentó hablar de nuevo, pero le dolían las cuerdas vocales.

—No digas nada, todavía no. Has sufrido quemaduras y heridas graves. —Sus ojos recorrieron el rostro de Rosa—. El rey Sebastián ha podido curarte la mayoría de las heridas, pero te han quedado cicatrices. —Juana trazó una línea desde la comisura de la ceja de Rosa, pasando por la nariz, hasta la mandíbula—. Creo que te hacen

parecer bastante feroz. Llévalas con orgullo, como recuerdo de todo lo que has hecho para salvar a las Majestuosas.

Rosa se aclaró la garganta y el dolor era como tragar fragmentos afilados de cristal, pero tenía que contarle lo que había pasado.

—Yo los maté.

—Lo sé, y se lo merecían.

—Pero ¿merecían la muerte? —Le temblaba la barbilla.

—Tal vez no, pero esos tres solo existían para avivar la llama de la codicia. No es de extrañar que se quemaran.

Rosa cerró los ojos, pero incluso en la oscuridad solo veía el fuego. El calor la perseguiría el resto de sus días y los ecos del terror quedarían grabados para siempre en su mente.

—Me alegro de que lo hicieras, Rosa. De que hayas dejado libres a tus sombras. —Juana se inclinó hacia ella—. A veces hay que provocar un alboroto para que nos escuchen y cambiar el mundo. —Acomodó un mechón de cabello sudoroso detrás de la oreja de Rosa —. El reino nos ha presentado como las villanas durante siglos. Ya era hora de que le diéramos a Coronado alguien a quien temer de verdad.

—No quiero ser la villana de la historia de nadie.

—¿No lo ves? Lo has sido todo el tiempo, pero todas lo hemos sido. No porque quisiéramos, sino porque así lo planificaron. Pero, cuando abrazaste tu poder, el fuego ardió tan brillante que los pecados del reino ya no pudieron esconderse en las sombras. Y ¿sabes qué? Sus pecados no son peores ni mejores que los nuestros. Todos somos iguales: defectuosos, egoístas, asustados y buenos. Todos somos villanos y héroes.

—¿Tan simple como eso?

Juana resopló.

—Nunca nada es tan simple, pero al menos así suena bien.

—Es cierto. —Rosa sonrió.

Se sentía rota y vulnerable, pero también había una rama de esperanza. Su padre solía hablar de los incendios forestales que asolaban el bosque, decía que a veces eran necesarios. Que había que convertir en brasas la maleza moribunda y los árboles viejos para abrir camino a las nuevas semillas.

Quizá lo que había hecho no era del todo malo y algo podría brotar de las cenizas.

Dirigió su mirada a Juana, a su amiga y hermana, que amaba con todo su corazón.

—Supongo que a veces es necesario que el mundo arda para que crezca un nuevo bosque. —Juana sonrió.

—Y qué maravilloso bosque será.



# CAPÍTULO 42

## Mariano

Seis días después de la Ofrenda.

Mariano estaba sentado detrás del escritorio de caoba del camarote del capitán. Sonrió con satisfacción, eran sus aposentos. Había tomado la embarcación del comandante Alejo y la había convertido con rapidez en su propio barco. El orgullo se le hinchó en los pulmones al pensar en su nuevo nombre.

La venganza de Xiomara.

Mariano, Santiago, el rey Sebastián, Juana y Lola habían dejado a todo el mundo en la isla, excepto a las Majestuosas desatadas que pudieron encontrar, a la tripulación y a Rosalinda, por supuesto. Luego, volaron el resto de las naves hasta hacerlas astillas y rasgaron sus velas. Los nobles, los sacerdotes, los guardias, todos fueron abandonados. Con un poco de suerte, Isobel encontraría la forma de cambiar el corazón del hombre al que se había unido y tal vez el nuevo líder de los cazadores cambiara sus pensamientos y salvara a Majestuosas esparcidas por el reino cuando viera lo maravillosas que eran; como había hecho Mariano. Mientras tanto, la nobleza y sus acompañantes iban a probar cómo era vivir en la Isla de las Pecadoras.

Sabía que a Juana y a Lola les molestaba que tantas Majestuosas se hubieran quedado atrás. Deseaba poder volver y rescatarlas a todas, pero no se arriesgaría a que nadie fuera a por Rosa o el rey Sebastián. Juana le hizo jurar a Mariano que, una vez que el rey estuviera a salvo en su sitio, los llevaría de vuelta. Pero, aunque lo hicieran, había que tener en cuenta la Atadura. Tenían que encontrar la manera de romper el vínculo entre las Majestuosas y sus dueños. Suspiró y se pasó una mano por el cabello. Pronto lo resolverían, juntos, cuando reuniera el valor suficiente para hablar con Rosalinda.

El sol entraba por las ventanas detrás de Mariano y le calentaba los hombros. Se recostó en la silla. Rosa llevaba días despierta y estaba dentro del barco, no a cincuenta leguas, y sin embargo no había ido a verla. Quería darle espacio para estar con su familia, su hermano y su mejor amiga, pero la verdad era que estaba aterrorizado.

Él había sido la causa de su perdición. No a propósito, por supuesto, pero no dejaba de ser cierto.

Cuando posara sus ojos en él, ¿vería al hombre que era la canción de su corazón? ¿O solo vería un recuerdo de traición y muerte? ¿Lo amaría después de lo ocurrido? ¿O lo rechazaría? Se le revolvió el estómago. No creía que pudiera soportar su rechazo.

La puerta crujió al abrirse, levantó sus ojos y luchó por controlar sus facciones. La silueta de Rosa ocultaba la luz del día y una corona de sol la rodeaba como si fuera etérea. Mariano no pudo hacer otra cosa que quedarse sentado, cegado por su esplendor.

—¿Vas a invitarme a pasar? —preguntó. Su voz era fina como el papel, tierna por el humo y el desuso.

Mariano tragó saliva. Había llegado el momento, ella iba a amarlo o a destrozarlo. Apoyó las manos en el escritorio, la madera fría bajo las yemas de sus dedos, y se levantó.

—Por supuesto.

Estaba tan guapa como nunca la había visto y no llevaba la cara pintada para ocultar su belleza natural, ni prendas llamativas que expusieran su carne. Llevaba pantalones sueltos, una camisa de hombre y el cabello le caía en suaves ondas por la espalda.

—¿Me permites? —Señaló la silla de terciopelo para invitados.

—Sí, claro. —Le sudaban las palmas de las manos y se las secó en el abrigo.

Ella se deslizó en el asiento.

—Todavía estoy un poco débil.

—Es comprensible. —Se quedó de pie, preocupado por si se desplomaría si intentaba moverse.

—Supongo que te debo las gracias por rescatarme. Yo… —Sus ojos se desviaron hacia su regazo—. No recuerdo mucho esa noche.

—Yo no te rescaté. —Las palabras le salieron más duras de lo que planeaba, pero la ira surgió dentro de él, el tipo de irritación que solo ella despertaba. ¿Había olvidado que él era su canción del corazón? Habría arrancado la luna del cielo con tal de verla a salvo. No necesitaba agradecimientos.

Su mirada se clavó en él.

—¿No? Pero pensé que eras tú quien…

—Te salvaste a ti misma, yo solo estuve allí para asegurarme de que no destruyeras la isla por completo durante tu esfuerzo.

Su piel clara palideció.

«Maldito imbécil», se espetó. «¿Por qué dices una cosa así?». Quería darse una bofetada en la cara. «Dile lo que sientes. Dile que te preocupas por ella. Que estás feliz de verla bien. Dile algo. Cualquier cosa».

Pero estaba aterrorizado. ¿Y si ella no le correspondía? ¿Cómo hacía esto la gente? Querer ser amado era lo más aterrador que había hecho nunca.

Rosalinda se pasó un dedo por la cicatriz que le recorría la barbilla.

—Casi coincidimos —dijo—. Nunca me dijiste de dónde venía la tuya.

Recordó la noche en que se conocieron; debería haber sabido en el momento en que la vio que ella lo cambiaría para siempre.

—Con gusto te lo contaré mil veces.

Sonrió e hizo una mueca de dolor.

—¿Te duele algo? —Por supuesto que sí, había pasado por tanta agonía y angustia hacía solo unos días. Sus puños se cerraron. Podía aplastarlos contra el escritorio en ese mismo momento—. Si hubiera estado allí para ayudarte, nada de esto habría pasado.

—Por favor, no hagas eso. No te culpes por lo que pasó. Creo… Creo que necesitaba hacer esto yo misma. No me arrepiento de ser quien soy, ya no; y tú tampoco deberías.

Ella se impulsó con los hombros hacia atrás, la barbilla inclinada hacia arriba como a él le gustaba ver.

—¿Qué deseas, Mariano?

Casi se echó a reír, desde que Rosalinda había irrumpido en su vida, todos sus deseos habían cambiado. Atrás habían quedado sus esperanzas de riquezas sin medida, sustituidas por la desesperada

necesidad de ver a Rosalinda y a su grupo de desaliñados amigos a salvo y felices.

¿Qué deseaba? Rosalinda con él para siempre. Santi a su lado. También Juana, Lola, y el rey Sebastián. Quería una familia y quería amor, lo que le había dicho su padre no hacía mucho.

Giró la cabeza hacia las ventanas, observó el mar en calma que se extendía ante ellos como una lámina de cristal. Le hizo pensar en la última vez que había estado en el barco del Draque y en lo diferente que había sido el tiempo, cómo se había sacudido todo mientras su padre agonizaba.

Frunció el ceño. No había tenido el privilegio de ver a su padre enterrado en el mar, ni tampoco a su madre.

—¿Quieres rezar la oración del muerto por ellos? —preguntó—. ¿Por todos los que hemos perdido? Lo hacemos cuando uno de los nuestros es abatido en un enfrentamiento con un enemigo o muere de enfermedad, y cosas por el estilo.

Un único hoyuelo apareció en su bello rostro.

—No has respondido a mis preguntas.

Le ardían las mejillas y de repente se sintió más nervioso que nunca, pero no quería que ella lo viera así de débil e inestable. Quería ser una roca para ella mientras se curaba, que lo mirara y solo viera fuerza y como un hombre que podía protegerla de lo que viniera.

—Yo… —Tragó saliva. «Me importas tú. Desde el momento en que nos conocimos».

Sacudió la cabeza. ¿En qué cobarde se había convertido? Podía luchar por ella, arriesgarlo todo para salvarla y, sin embargo, no podía soportar la idea de que ella conociera sus verdaderos

sentimientos. Dejaría su alma desnuda sobre una mesa y un cuchillo en sus manos.

Sus dedos recorrieron el escritorio mientras se movía a su alrededor; Mariano apenas podía respirar.

¿Cómo podía ser el hombre que ella necesitaba cuando lo hacía sentirse tan vulnerable? Estaba petrificado. ¿Y si ella veía lo asustado que estaba y ya no lo quería?

¿Cómo había hecho su padre? ¿Cómo había amado cuando dolía tanto? ¿Cómo había sobrevivido cuando le arrebataron a su madre?

—Tengo miedo —dijo.

Rosa se detuvo.

—¿De qué?

—De ti. —Ahí estaba, había dicho las palabras y ya no había vuelta atrás—. Tengo miedo de no ser suficiente. Pensé que ser un hombre era no tener miedo nunca, ser fuerte para ambos, pero temo que soy débil.

—Eres tan dulce y a la vez tan tonto.

Él se estremeció.

—No necesito tu protección ni tu fuerza. —Levantó la mano y una sombra azul verdosa brotó de su palma. Rodeó sus dedos, su brazo, antes de envolver la espalda de Mariano y apretarlo contra su cuerpo.

—¿Tus sombras?

—Han evolucionado como yo. Son azules, como el color del mar. Eso es lo que me viene a la mente cuando pienso en ti, mi pirata.

Le deslizó la mano por el pecho y su tacto era a la vez agonía y felicidad.

—Solo te necesito a ti. Solo quiero tu amor, Mariano.

Cerró los ojos y aspiró su dulce y tranquilizadora declaración. Exhaló cuando su verdad se instaló en su interior: su amor era suficiente, ella lo quería y lo deseaba.

—Te pregunté qué deseas —dijo ella—. Debo oírlo de tus labios.

Le rodeó la cara con los dedos.

—Rosalinda, solo quiero que sepas que, con cada latido de mi corazón, con cada pedazo de médula en mis huesos, te deseo a ti y solo a ti. Me duele el alma por ti. ¿Me preguntas qué deseo? La respuesta eres tú y siempre serás tú. Tú eres mi hogar.

Un escalofrío la recorrió. Levantó la cabeza y sonrió con brillante alegría.

—Entonces, bésame.

Mariano sonrió. Su cuerpo nunca se había sentido tan ligero y, si ella no lo sujetaba, estaba seguro de que podría volar como las gaviotas.

—Brujita mandona.

—Bruto endemoniado.

Se rio entre dientes.

—Sí, es verdad.

Sus labios se encontraron y colisionaron como dos barcos.

El mundo a su alrededor se desdibujó y todas las preocupaciones y los terrores, todos los planes construidos para el nuevo gobierno del rey Sebastián, nada de eso importaba. Solo existían Mariano y Rosalinda.

Solo el roce de sus suaves labios contra los suyos. El roce de su cuerpo contra el suyo. El canto de su corazón al suyo.

—Quédate conmigo —susurró en su beso. Nunca dos palabras habían sido tan aterradoras.

Ella podría alejarse en cualquier momento, podría arrancarle el alma y arrojarla al mar. Se separó, pero solo lo suficiente para poder mirarla a los ojos.

—Para siempre.



# CAPÍTULO 43

## Rosalinda

Mariano suspiró con alivio, su declaración parecía haberle quitado un peso de encima y por fin podía respirar. Apoyó la mejilla en la cabeza de Rosa y la abrazó con fuerza.

El calor de él. La solidez de su cuerpo. La canción de su corazón que la llamaba, acogiéndola y amándola con la promesa de que nunca la dejaría marcharse.

De alguna manera se había convertido en algo más en el transcurso de la Ofrenda, tenía mayores capacidades y confiaba más en sí misma. Era más que una Majestuosa. Más que algo para ser usado. Era una mujer, una amiga, una hermana. Era ella misma. Con sus defectos, pero digna, y merecía tener cualquier tipo de amor que deseara. Sí, se lo merecía.

Se rindió a sus suaves besos. Sus labios recorrieron su piel y el calor la invadió cuando su lengua exploró la suya. Sus dedos se apretaron contra la espalda de él, atrayéndolo más cerca. Podía sentir las cicatrices de su piel bajo el abrigo, y, de repente, Rosa quiso recorrer cada parte maravillosa de él. Ver cada moretón y cada imperfección, y besar todos sus dolores.

Dio un paso atrás, sonrojada.

—Quítatelo —le ordenó.

Mariano parpadeó.

—¿Perdón?

—Quítate la camisa. Quiero verte.

Tragó saliva, y su vulnerabilidad la volvió loca de necesidad. La golpeó tan fuerte que sus rodillas se debilitaron. No solo quería verlo, quería sentirlo y estar con él. Estaba cansada de que su cuerpo solo conociera problemas y penas. Era hora de curarse y de ver qué se siente entregarse a algo placentero.

Dejó que una sombra saliera de ella y se dirigiera a la puerta, para cerrar el pestillo de la cerradura. Le ordenó que le quitara la blusa por la cabeza y luego sus pantalones cayeron al suelo. A Mariano los ojos se le abrieron de par en par, pero le sostuvo la mirada mientras ella se despojaba de su ropa. Su cabello colgaba en ondas sueltas delante de ella y el calor del camarote del capitán acariciaba su piel.

Su dedo recorrió la cicatriz de su pecho y luego la de su cara.

—Nunca me avergonzaré de las marcas de mi cuerpo —dijo—. Me recuerdan que soy una superviviente, como tú.

En silencio, Mariano se quitó el abrigo y la camisa. Las quemaduras aún eran recientes, pero estaban casi curadas. Fue el tatuaje de su pecho lo que llamó su atención, la forma en que la serpiente se enroscaba alrededor de la rosa le hizo darse cuenta de lo mucho que le había echado de menos toda su vida.

Rosa no soportaba estar separada ni un segundo más, lo necesitaba y sus manos la tocaban en lugares que pedían su caricia.

Su pecho subía y bajaba mientras ella llenaba poco a poco el espacio entre ellos. Con suavidad, extendió los dedos sobre su tatuaje y cerró los ojos.

«Esto», se dijo a sí misma. «Aquí es donde quiero estar. Este cuerpo es mío para apreciarlo. Este es el hombre al que amaré el resto de mis días».

Mariano puso sus manos a ambos lados de su rostro y la besó con ternura. El calor se enroscó en su vientre y se extendió por sus venas. Sus dedos se deslizaron desde el pecho de él hasta los duros contornos de su abdomen.

—Llévame a la cama —susurró.

Hizo una pausa, mirándola a los ojos, y buscó dentro de ellos para asegurarse de que hablaba en serio, y así era. Nunca antes había deseado nada con tanta desesperación.

—Por todos los mares, eres maravillosa. —La estrechó entre sus brazos.

La tumbó con suavidad sobre la mullida cama y se metió entre sus piernas. Le dedicó una tímida sonrisa y ella se la devolvió. Le encantaba ese hombre y cada parte de él. Se inclinó para besarlo y el peso de su cuerpo sobre el de ella le provocó una descarga de salvaje regocijo. Se estremecía con cada empujón de sus caderas. Sus uñas se clavaron en el cabello de él y lo acercaron.

Ella quería más, más y más. Lo deseaba, pero sus malditos pantalones le estorbaban.

—Quítatelos —jadeó—. Ahora, por favor.

Mariano se rio entre dientes.

—¿Estás segura? Podemos esperar.

—¿Hasta cuándo? —Rosa ardía.

Le apartó un mechón de cabello de la frente.

—Hasta que estés lista.

—Estoy lista. —Soltó una risita—. Muy, muy lista.

Él sonrió y la besó. Una descarga de insaciable deseo la estremeció por dentro cuando sus lenguas volvieron a encontrarse. No apartó la boca de la suya mientras se bajaba los pantalones.

—¿Estás segura, Rosalinda? —susurró.

—Nunca he deseado nada más en mi vida. —Y profundizó su beso; con lentitud se convirtieron en uno.

Jadeó. El dolor y el placer le nublaron la vista y le agarró la espalda. Susurró su nombre. Sus cuerpos se movieron juntos. Lentamente al principio, con suavidad, hasta que la creciente necesidad se convirtió en una carga demasiado pesada.

Ella estaba en casa. Esta era su casa. Él estaba en casa.

Y, si por alguna razón alguna vez se perdía, solo tenía que cerrar los ojos y escuchar la canción de su corazón.



Estaban de pie en cubierta, con las manos entrelazadas y el cabello agitado con la brisa.

—Los vientos se levantan, capitán —dijo uno de los miembros de la tripulación—. ¿Subimos las velas?

Mariano lanzó una mirada interrogante a Rosalinda.

Por mucho que deseara quedarse allí, en aquel momento, había llegado el momento. Le apretó la mano y asintió.

Se volvió hacia el rey Sebastián, que no se había separado de su hermano desde que habían embarcado.

—¿Qué decís, alteza? ¿Os llevamos de vuelta a vuestro reino?

El rey miró a Santi, a Rosa, a Juana, a Lola, a Mariano, luego volvió a Santi.

—¿Vendréis conmigo?

—Creo que nos hemos ganado un buen baño y una muda de ropa —dijo Santi—. Yo nunca he estado dentro de un castillo, pero me han dicho que hay una fuente más grande que las casas de la mayoría de la gente. ¿Es cierto? ¿Os bañabais en ella de niño?

—Sí. —El rey agitó la cabeza—. Bueno —parpadeó, en un intento de ordenar sus pensamientos—, no todo será diversión y juegos, Santiago. Tenemos mucho que hacer. Por ejemplo, averiguar de qué forma ayudar a las demás Majestuosas.

En su prisa por huir, solo habían conseguido llevar a trece mujeres a bordo. Algunas eran viejas, otras jóvenes, pero Lola se había asegurado de tomarlas bajo su protección. Quedaban tres veces más en la isla, pero ya volverían por las demás. Rosa tenía que agradecerle a Isobel lo que había hecho por ellas.

El rey Sebastián hizo una mueca de dolor.

—También tendremos que tratar con la reina. Todavía tiene influencia política y social, y me detesta.

¿Era porque era hijo de Camila? Camila, que ocupó el lugar de doña Lucía hace tantos años.

Santi sonrió.

—Me han dicho que soy encantador, la reina estará rendida a mis pies al atardecer.

Rosa sorprendió a Mariano poniendo los ojos en blanco.

—¿Está decidido entonces? ¿Os uniréis a mí? —El rey los miró con esperanza. Rosa soltó los dedos de Mariano y lo tomó por el brazo.

—Lo que hagamos, lo haremos juntos —dijo a todos, pero sostuvo la mirada en Mariano.

Sonrió y besó la parte superior de su cabeza.

—Me gusta ese plan.

—Creo que deberían establecerse algunas reglas básicas en torno a cosas como esas. —Santi señaló a los dos amantes—. Quiero decir, eres mi hermana pequeña, y tú eres… —Señaló a Mariano—. Tú eres tú. Es incómodo.

El grupo se rio para disgusto de Santi. Mariano le dio una palmada en el hombro.

—Acostúmbrate, amigo.

—¿Amigo? ¿Eso es todo lo que somos ahora? Creía que éramos más como hermanos.

—Por supuesto… hermano. Y ahora es el momento de llevar al rey al lugar al que pertenece.

Se zafó de Rosa y se acercó al aparejo.

—Alguien tiene que izar las velas. Podríamos ser nosotros. —Sonrió—. El último en izar la vela superior limpia la cubierta.

Los amigos se miraron sorprendidos cuando Mariano corrió. Juana y Lola se rieron, Santi y el rey Sebastián sonrieron y Rosa arqueó las cejas. Entonces salieron tras él, a gritos y empujones mientras esquivaban las sombras de colores de Rosa. Ella tomó a Mariano por la muñeca, lo besó con profundidad, antes de escalar para izar las velas, dejándolo abajo, aturdido.

Dejó escapar una carcajada y corrió tras sus amigos. Sacudió la cabeza.

—¡Tramposa!

Volvió a reír. Su cabello ondeaba a su alrededor libre como su propio corazón.

Sonrió y la llamó.

—Estaré encantado de limpiar las cubiertas si eso significa verte subir desde este ángulo. —Comenzó a subir, con lentitud.

Soltó una risita.

—Y estaré encantado de verte fregar mientras me relajo al sol.

Sus sombras bailaban a su alrededor, de colores brillantes púrpura, verde y amarillo. Ya no silbaban dentro de su mente, sino que ronroneaban y cantaban con deleite.

¿Quién sabía lo que estaba por venir? ¿Qué batallas se librarían por el reino de Coronado? Nada de eso importaba, solo existía el aquí y el ahora. Ese día.

Y ese día era precioso.

# Índice

Capítulo 1. Rosalinda
Capítulo 2. Mariano
Capítulo 3. Rosalinda
Capítulo 4. Mariano
Capítulo 5. Rosalinda
Capítulo 6. Mariano
Capítulo 7. Rosalinda
Capítulo 8. Mariano
Capítulo 9. Rosalinda
Capítulo 10. Mariano
Capítulo 11. Rosalinda
Capítulo 12. Mariano
Capítulo 13. Rosalinda
Capítulo 14. Mariano
Capítulo 15. Rosalinda
Capítulo 16. Mariano
Capítulo 17. Rosalinda
Capítulo 18. Mariano

Capítulo 19. Rosalinda
Capítulo 20. Mariano
Capítulo 21. Rosalinda
Capítulo 22. Mariano
Capítulo 23. Rosalinda
Capítulo 24. Mariano
Capítulo 25. Rosalinda
Capítulo 26. Mariano
Capítulo 27. Rosalinda
Capítulo 28. Mariano
Capítulo 29. Rosalinda
Capítulo 30. Mariano
Capítulo 31. Rosalinda
Capítulo 32. Mariano
Capítulo 33. Rosalinda
Capítulo 34. Mariano
Capítulo 35. Rosalinda
Capítulo 36. Mariano
Capítulo 37. Rosalinda
Capítulo 38. Mariano
Capítulo 39. Rosalinda
Capítulo 40. Mariano
Capítulo 41. Rosalinda
Capítulo 42. Mariano
Capítulo 43. Rosalinda




**¡QUEREMOS SABER**
**QUÉ TE HA PARECIDO!**

Nos puedes escribir a
**hola@vreuropa.es**
con el título de esta novela en el asunto.

**Encuéntranos en:**

**instagram.com/vreuropa/**

**twitter.com/VREuropaYA**

**tiktok.com/@vreuropa**

**COMPARTE**
tu experiencia con
este libro con el hashtag
***#Laisladelaspecadoras***

**Título original:** *Sinner's Isle*
**Traducción del inglés:** Mara Scoufalos
**Maquetación:** Estudio Olifant (@be.olifant)
**Diseño de portada:** © Zarin Bak
**Conversión a formato digital:** Estudio eBook

Primera edición: septiembre de 2024

© 2024, Angela Montoya
© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado por primera vez por Joy Revolution, una editorial de Random House Children's Books, una división de Penguin Random House
Derechos de traducción gestionados por Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 978-84-19873-69-9

EUROPA

Seguinos

**VReuropa**


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

# Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**En todas las historias hay un HÉROE.**

**En todas las historias hay un VILLANO**

**En todas las historias hay un MISTERIO.**

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

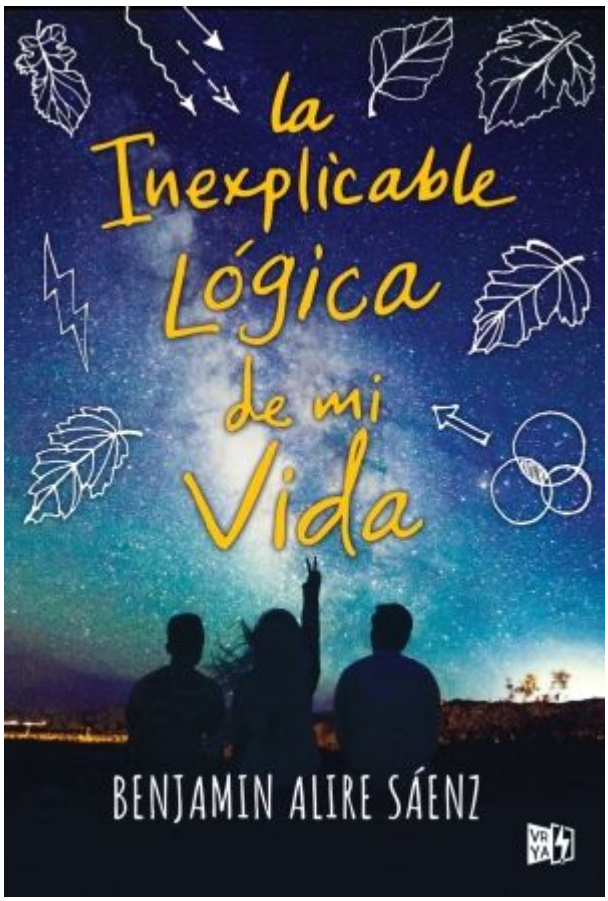
Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve

Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ

# La inexplicable lógica de mi vida

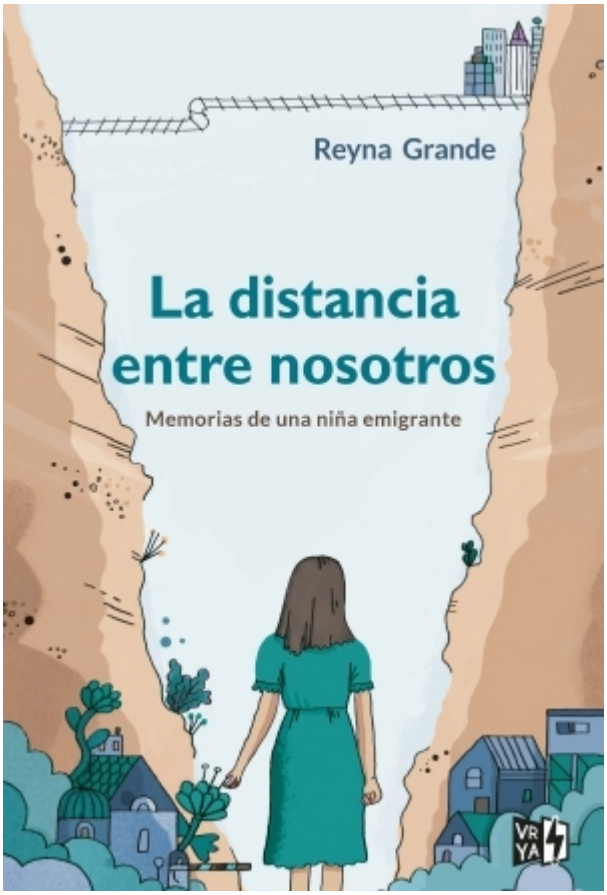
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.**

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

# La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Hay libros que nos transforman.**

**Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.**

**Este es uno de ellos.**

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible

distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

# Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.**

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en  los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


¿Qué harías si una mañana te despiertas comprometida con tu archienemigo?
NO DEBÍA SER ASÍ
AMY LEA
VeRa

# No debía ser así

Lea, Amy
9788419873729
348 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Charlotte Wu tiene una difícil tarea: organizar el baile de graduación perfecto. Todo parece ir sobre ruedas hasta que inmersa en los actos de decoración sufre un traspié y se precipita desde una escalera, cayendo encima de J. T. Renner, la persona que más odia de todo el instituto. Pero lo peor viene cuando recobra la consciencia y descubre que ha viajado en el tiempo: ahora tiene treinta años, a su lado duerme Renner y, encima, es su prometido. Realmente, ¿el mundo se ha vuelto loco? ¿Cómo puede haber viajado al fututo? Y, lo más importante, ¿en qué momento dejaron de ser enemigos y llegaron a enamorarse? Atravesando una serie de aventuras y una nueva normalidad confusa, Charlotte y Renner harán lo que sea necesario para encontrar el camino de vuelta a los diecisiete años. Pero ¿qué pasará con ellos si lo logran?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)